

CHARLOTTE LINK

¿DE QUIÉN
TE ESCONDES?

Lectulandia

«¿De quién te escondes?». Al final Simon tiene que preguntárselo a Nathalie. Dos días atrás se tropezó con esta joven en la playa. Estaba demacrada y asustada, y él se ofreció a ayudarla. Una decisión impulsiva que se ha vuelto en su contra, pues desde entonces se han visto envueltos en una espiral creciente de violencia y muerte que les ha convertido en blancos... ¿de quién? Nathalie no está simplemente perdida o desamparada, como él creyó. ¿Es una víctima? ¿Es culpable? ¿Qué está pasando?

¿De quién te escondes?, un suspense psicológico impecable, nos lleva a una decisión cuyas consecuencias, como sucede tantas veces, era imposible prever, al tiempo que va atrapándonos en una historia de secretos, mentiras, asesinatos y una sórdida red que trafica con los sueños y la vida de quienes tienen poco que perder.

La novela que desbancó a J. K. Rowling, Elena Ferrante, Henning Mankell, Stephen King y Jojo Moyes en las listas de libros más vendidos en Alemania.

Lectulandia

Charlotte Link

¿De quién te escondes?

ePub r1.0

Titivillus 19-10-2017

Título original: *Die Entscheidung*
Charlotte Link, 2016
Traducción: Claudia Toda Castán

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Gousainville, Francia

Lunes, 7 de diciembre

Necesitó tan solo unos segundos para abrir la puerta. Utilizó un alambre que había doblado tal y como años atrás le había enseñado Boris, su hermano mayor. En aquel entonces ella era una niña mientras que Boris era ya casi adulto; cualquiera que conociera sus peculiares aficiones habría apostado a que algún día sería un criminal: se entretenía forzando cerraduras y abriendo ventanas con una palanca, y llegó a adquirir mucha destreza. Sin embargo, acabó siendo un carpintero muy formal y jamás en la vida había infringido la ley.

Selina empujó la puerta y se coló rápidamente en la habitación; cerró tras de sí y se apoyó en ella un instante. Por el momento todo estaba saliendo según el plan, había logrado no hacer ruido. Sin embargo, sabía que podían descubrirla y que, si eso pasaba, estaría perdida. Si Igor y Sergei la pillaban intentando escapar, ya podía darse por muerta.

Sus ojos se acostumbraron a la penumbra. Había una farola en la calle, al otro lado de la valla del jardín, pero un árbol impedía el paso de la luz. Entre las sombras reconoció el contorno de los muebles: un escritorio, estanterías, un archivador. El despacho de Taisia. Ella era la peor. Igor y Sergei eran unos matones, pero esa mujer era la cabeza pensante; fría, despiadada y sin el menor escrúpulo. En esa casa mandaba ella. Y todos la obedecían.

Selina había visto aquella estancia una vez, de pasada, aprovechando que la puerta se había quedado abierta unos minutos. Así fue como se dio cuenta de que allí, a diferencia de en el resto de la casa, las ventanas no tenían rejas. La puerta principal estaba reforzada con barrotes y habían desenroscado las manillas de todas las ventanas. Era imposible escapar, había demasiadas dificultades y suponía hacer mucho ruido. Eso frustraba cualquier plan de huida.

La única posibilidad de fugarse estaba en aquella habitación: el despacho de la jefa. Por lo visto no le gustaban las rejas ni las ventanas sin manillas, tal vez quisiera ventilar el despacho de vez en cuando. No obstante, siempre mantenía la puerta cerrada con llave. Y seguro que la llevaba siempre encima.

Taisia ya se había acostado y las demás chicas no se encontraban en la casa. Igor y Sergei jugaban a las cartas en la salita junto a la cocina. Selina sabía que tenían prohibido tomar alcohol, así que no podía esperar que se emborracharan y bajaran la

guardia o perdieran reflejos. Estaban sobrios y en alerta como perros de caza. Si se les ocurría revisar su habitación...

Solo de pensarlo le entraron sudores. No podía permitirse pensar en eso: le temblarían las rodillas, caería presa del pánico y terminaría cometiendo algún error.

Aún tenía el alambre en la mano, así que se agachó y lo escondió debajo del archivador. Lo acabarían encontrando, pero daba igual que descubrieran cómo lo había hecho. Si lograba escapar, estaría ya muy lejos. El alambre lo había extraído de un corsé, descosiendo las costuras pacientemente con las uñas. A las chicas no se les permitía tener siquiera una lima de manicura, y mucho menos unas tijeras; cuando estaban en la casa debían entregar hasta las horquillas. Resultaba casi imposible hacerse con cualquier tipo de objeto.

Pero Selina lo había conseguido.

Porque era astuta. Y porque, además, contaba con ayuda.

Llevaba el móvil en el bolsillo de los vaqueros. Haber burlado todos los controles con éxito rozaba el milagro. En parte, aquel logro se debía a que, en el poco tiempo que llevaba en la casa, todavía no habían efectuado un registro de las habitaciones. Las otras chicas le habían contado que los hacían sin previo aviso y que lo dejaban todo patas arriba. Comprobaban cada grieta de la pared, cada recoveco, cada compartimento del armario. Pero lo peor de todo eran los cacheos, de los que Taisia se ocupaba personalmente. Selina se ponía mala solo de pensar en aquella repugnante mujer examinándole todas las cavidades del cuerpo. Aparte de que encontraría el teléfono, y no quería ni imaginarse las consecuencias que eso podía acarrear. Sin duda sería el final de su salvación. Por eso era crucial que aquella noche todo saliera bien. Sabía que era su única posibilidad. Debía conseguirlo ese día. No habría una segunda vez.

Finalmente se atrevió a avanzar por la habitación. Muy despacio, para no tropezar. No debía tirar, tocar ni mover nada, no debía desplazar ni una silla. De pronto cayó en la cuenta de que no sabía si la ventana estaba protegida con un sistema de alarma. El miedo la hizo detenerse y reflexionar. Como no había manera de comprobarlo, su única opción era correr el riesgo. O bien abortar la misión y regresar a su habitación. Pero retirarse la atemorizaba tanto como continuar. Había tenido la inmensa suerte de bajar los dos tramos de escalera y cruzar el pasillo de la planta baja sin que nadie la viera. Era casi imposible que volviera a lograrlo, pues Igor y Sergei hacían rondas aleatorias. Podía encontrárselos de frente en cualquier momento. En tal caso, que Dios se apiadara de ella.

Así que debía correr el riesgo de que sonara la alarma. A lo mejor conseguía salir y perderse a toda prisa entre las sombras. De pronto oyó un ruido extraño, pero enseguida reconoció que eran sus dientes que entrechocaban. No sabía que la expresión «castañetear los dientes» respondiera realmente a un reflejo físico. Estaba aterrorizada, pues era consciente de que aquello era una locura y de que la probabilidad de no sobrevivir a aquella noche era muy alta.

Rodeó la mesa. El portátil de Taisia reposaba cerrado sobre el escritorio. Se trataba de un modelo pequeño. Lo cogió sin pensárselo demasiado, era muy fácil llevárselo. Quién sabía lo que podía contener. Sin duda lo fundamental era huir, escapar de aquella locura, pero, oculto tras el más puro y genuino instinto de supervivencia, latía otro deseo: vengarse de aquella gente. Quizá algún día. De algún modo.

Cuando alcanzó la ventana, estaba sofocada. Desde que abrió la puerta hasta aquel instante habían transcurrido tres minutos escasos, pero tenía la sensación de haber realizado un trayecto eterno y extenuante. Estaba empapada en sudor y el jersey se le pegaba al cuerpo. Se sentía lúcida y electrizada, y a la vez agotada. Al borde del colapso. Y en ese momento no podía permitirse tener un colapso.

Alargó el brazo hasta la manilla de la ventana, la agarró y tiró de ella con cuidado. Esperaba que se disparara el estridente pitido de la alarma, pero todo permaneció en silencio. Giró la manilla.

Silencio total.

La ventana se abrió.

Un aire frío y húmedo invadió la habitación. Inspiró profundamente. ¿Cuánto llevaba sin salir y sin respirar otra cosa que el olor a cerrado de aquella vieja casa? A pesar de que en aquel suburbio industrial de la periferia de París no había más que unos pocos árboles y arbustos, sin apenas verde, Selina sintió la fragancia de la tierra, de las agujas de pino, de la madera. Las lágrimas inundaron sus ojos porque, durante unos segundos, la invadieron los recuerdos: los paseos con sus padres cuando era niña y, luego, también con su novio Sarko. Los domingos salían a dar largas caminatas con el perro del chico bajo las espesas ramas de los árboles. En los bosques el olor era idéntico al que percibía ahora.

¿Cómo había podido despreciar a Sarko y su tímido amor? ¿Cómo había podido rechazarlo sin pestañear?

«Nada de llantos —se amonestó—. ¡Ahora no!».

Trepó al alféizar de la ventana y miró hacia abajo. Pese a que se trataba de un bajo elevado, había poca altura. Eso sí, debía tener cuidado al caer para evitar torceduras, ya que todo dependía de la rapidez con que pudiera alejarse de allí. Por un instante pensó en dejar el ordenador, ya que podía complicarle el salto, pero al final decidió llevárselo.

Selina se dejó caer. Aunque aterrizó sobre tierra blanda, tuvo la impresión de hacer muchísimo ruido. Cualquiera en diez kilómetros a la redonda habría oído a una mujer saltando desde una ventana. Solo que en diez kilómetros a la redonda no había nadie salvo Igor, Sergei y Taisia. Ya no vivía nadie por allí. Había comercios vacíos, un taller de vehículos abandonado y un centro comercial a medio construir. Aparte de eso, nada. Desde los horribles atentados terroristas de noviembre, en París había una gran presencia policial y militar, al menos eso le habían contado. Pero allí no había ni rastro de la policía.

Igor y Sergei podían matarla en aquel jardín y nadie se enteraría.

No se oían ruidos en el interior de la casa. Aún no habían notado nada.

Atravesó el jardín corriendo y saltó la valla, que por fortuna no supuso un gran obstáculo. Se atrevió a mirar atrás: todo seguía a oscuras.

Debía de haber llovido, porque la calle estaba mojada. Negra como el carbón y brillante, bañada por la luz de las pocas farolas que aún funcionaban.

Había memorizado el camino: debía seguir recto y girar a la izquierda en el primer cruce. Después de unos doscientos metros llegaría a las obras abandonadas del centro comercial. Él la estaría esperando en el aparcamiento. Era lo acordado: alguien la recogería con un coche. Solo podía rezar para que fuera puntual, porque esa persona, y sobre todo ese automóvil, eran su única esperanza.

Echó a correr con todas sus fuerzas.

Hoy sé que mi madre empezó a beber muy pronto, aunque cuando realmente cayó en el alcoholismo fue cuando mi padre nos abandonó. En aquel entonces yo tenía siete años y no entendía bien las cosas pero, echando la vista atrás, diría que en ese momento todo se precipitó. A la hora de la cena siempre había una botella de vino en la mesa que, para cuando me acostaba, ya estaba vacía. Yo no tenía ni idea de qué era el alcohol, solo sabía que aquel líquido no olía bien y me extrañaba que a mi madre le gustara tanto. Después de cenar se sentaba frente al televisor con la botella y una copa, y enseguida se le cerraban los ojos. De vez en cuando se despertaba sobresaltada, se servía otra vez y seguía bebiendo. Antes no se quedaba dormida con tanta facilidad, por eso llegué a la conclusión de que el vino contenía algo que daba mucho sueño.

Ella nunca recogía la mesa, así que lo hacía yo. Con el tiempo cada vez tardaba menos porque no había gran cosa que retirar. Dejó de cocinar y apenas hacía la compra. A menudo solo cenábamos la media baguete seca que sobraba del desayuno con algo de queso. Y eso en los días buenos, porque a veces solo tomábamos pan con mantequilla.

Como almorzaba en la escuela, no me resultaba tan duro encontrarme por la noche con una cena tan modesta. Pero añoraba los tiempos pasados. Mi madre solía preparar platos maravillosos, ponía la mesa en el salón y encendía las velas, y mi padre volvía a casa del trabajo y se alegraba de vernos. Sobre todo a mí. En aquella época yo iba a la guardería y él siempre quería saber qué tal me había ido el día y qué cosas había hecho. Se sabía los nombres de los otros niños y, si le contaba que me había peleado con mi amiga Bernadette, al día siguiente me preguntaba si nos habíamos reconciliado.

Más adelante, en la escuela primaria, Bernadette y yo seguíamos siendo amigas y riendo a diario. Pero mi madre nunca mostró el menor interés al respecto. Si yo sacaba el tema durante la cena, ella exclamaba: «Por Dios, Nathalie, ¡siempre igual! ¡Siempre igual! ¿Por qué no maduráis de una vez?».

Y después tomaba unos sorbos de Grand Marnier. Aquel licor pegajoso, dulce y fuerte se había convertido en su bebida predilecta. Al poco rato se le ponían los ojos vidriosos y se le nublaba la vista. Entonces me resultaba prácticamente imposible hablar con ella porque rechazaba cualquier tema que le planteara. Así aprendí que las cosas importantes debía decírselas al comienzo de la cena, cuando aún se podía tratar con ella. Por ejemplo, si necesitaba dinero para una excursión del colegio o para comprar un cuaderno nuevo; o si me tenía que firmar las notas.

Vivíamos en Metz, la capital de Lorena. Por su proximidad a la frontera con Alemania, muchos habitantes trabajaban allí y hablaban alemán. En segundo tuve que elegir una lengua extranjera y me decanté por ese idioma. Mi padre me animó. Fue poco antes de que nos abandonara.

Mis padres nunca se peleaban, o por lo menos yo no me enteraba; por eso su separación me pilló por sorpresa. Más tarde comprendí que las cosas iban mal desde hacía mucho tiempo y que yo era una ingenua porque no me había dado cuenta. Disfrutaba con las elegantes cenas que preparaba mi madre cada noche y me parecía lo más normal del mundo que se arreglara y se pusiera vestidos bonitos, medias finas y zapatos de tacón. Se maquillaba con esmero y se ponía perfume en el cuello.

Yo envidiaba su ropa, aunque era ajena a la desesperación con que lucía sus mejores galas para atraer a un hombre que llevaba mucho tiempo sin interesarse por ella. Más adelante, cuando yo tenía trece o catorce años, me contó que él la había engañado cuando estaba embarazada, y que desde entonces no había dejado de hacerlo. Cuando hablaba del tema daba la impresión de que mi padre había tenido una aventura con cualquier mujer que pasara por su lado. Quizá ella le reprochaba cosas que no eran verdad, pero muchas de sus sospechas iban bien encaminadas. Él era encantador y muy guapo, y todo lo que me fascinaba, como sus atenciones, su seguridad, su buen humor y su amabilidad, encandilaba también a otras personas. Muy especialmente a las mujeres.

Mi padre era jefe de departamento en una empresa que fabricaba ropa interior. ¡Qué oportuno! Mi madre poseía la mejor lencería sin tener que gastar un céntimo, pero por desgracia no le servía para reconquistar a su marido.

Cuando su problema con la bebida empeoró, no me imaginé que su adicción la destruiría tanto a ella como a la relación que nos unía. Yo era una niña triste que había perdido a su papá.

—¿Adónde se ha ido? —pregunté a mi madre con lágrimas en los ojos cuando me confesó que se había marchado y que ya no volvería.

Estaba pálida, con una copa en la mano. La rellenó por tercera vez con un generoso chorro de Grand Marnier y se la bebió de un trago.

—Ha elegido a la otra —respondió—. Por fin.

Parece ser que llevaba algún tiempo apartado de las aventuras esporádicas, pero a cambio se había producido una catástrofe mucho mayor: se había enamorado de otra mujer.

—¿Quién es? —quise saber.

—Una modelo de lencería —contestó, sirviéndose más—. De veinte años.

Yo tenía siete, y los veinte me parecían tan lejanos como los cuarenta o los cincuenta. No podía comprender por qué mi padre nos abandonaba a nosotras, a su familia, por aquella mujer.

—¿Vendrá a vernos?

—Dios mío, Nathalie, ¡vaya pregunta! —exclamó. Apuró la copa y tomó de nuevo la botella.

Aquella mañana de junio de 2002 mi madre avanzó a trompicones hasta la cama y se quedó inmediatamente dormida.

A mi padre no lo volví a ver. Se mudó a París con la modelo de lencería de veinte años. Nos enviaba dinero de manera regular.

Pero, al margen de eso, dejamos de existir para él.

Sofía, Bulgaria
Noviembre de 2015

I

Sofía era aún peor que Plovdiv, y eso que se suponía que el cambio iba a ser para mejor. Kiril creyó que allí encontraría un trabajo como el de su amigo Dano, que se había marchado un año antes. Dano siempre había sido el valiente, el atrevido; Kiril, en cambio, el inseguro e indeciso. Su amigo había conseguido enseguida un puesto en el aeropuerto y hablaba maravillas de la vida en Sofía:

—Aquí todo es muchísimo mejor. Hay miles de oportunidades. ¡No lo pienses más y vente de una vez!

Kiril tomó la decisión cuando la situación en Plovdiv se hizo insostenible. Cuando el cierre del pequeño vivero donde había trabajado durante años lo dejó en la calle. Cuando todos los intentos por encontrar otro trabajo fracasaron. Cuando los nueve meses de la prestación por desempleo se agotaron y el subsidio familiar apenas alcanzaba para mantenerlos a él, a su esposa Ivana y a sus cinco hijos. Cuando, después de tres meses sin pagar el alquiler, el casero amenazó con desahuciarlos.

Ivana se pasaba el día llorando.

—No quiero acabar en Stolipinovo, Kiril. Me da mucho miedo. ¡No pienso ir allí!

Stolipinovo era el barrio más pobre de la ciudad. Era el lugar con el que se amenazaba enviar a los niños que no estudiaban. Acabar allí suponía tocar fondo. Bloques soviéticos de color gris, decadentes, ruinosos. Viviendas húmedas, cochambrosas, heladas. Basura amontonada en la calle. Grupos de niños desaliñados de los que no se sabía si tenían un hogar al que volver o si llevaban tiempo viviendo en la calle. Perros famélicos, despeluchados y enfermos que deambulaban buscando desesperadamente algo de comida. Pestilencia. Mugre. Desolación.

A Stolipinovo no dejaban de llegar periodistas extranjeros. Tomaban fotografías, documentaban la miseria. Kiril se imaginaba cómo se estremecerían los ricos habitantes de Alemania, Francia o Inglaterra al observar aquellas instantáneas. Bulgaria, hogar de los pobres de Europa. Quien no lo creyera solo tenía que viajar hasta allí.

Tras el desahucio, Stolipinovo habría sido su siguiente parada y por eso Kiril decidió jugárselo todo a una carta: olvidó sus dudas y sus miedos, y se mudó a Sofía con la familia al completo. Si Dano lo había logrado, él también lo conseguiría. Su

amigo le prestó algo de dinero y lo avaló, de ahí que les alquilaran una vivienda pese a no tener trabajo. Residían en lo alto de un bloque que a Kiril se le antojaba una torre de cajas de zapatos. Daba la sensación de que el edificio estaba torcido. Seguramente no lo estaba, pero lo parecía.

El piso era minúsculo: dos habitaciones para siete personas. Por la noche los niños dormían juntos en el dormitorio, mientras que Kiril e Ivana abrían el sofá cama del salón. Había además una cocina, pero era tan pequeña que no cabían todos al mismo tiempo y tenían que comer en dos turnos. Aunque tampoco era mucho lo que Ivana podía poner en la mesa...

Kiril se consolaba pensando que, en verano, los niños pasarían la mayor parte del tiempo en la calle y se haría más llevadero. En aquel momento, sin embargo, estaban a finales de noviembre y, pese a la falta de nieve, el frío arreciaba día tras día. Se avecinaba un invierno crudo y gélido que se prolongaría hasta bien entrado marzo.

Y él seguía sin trabajo.

En las últimas semanas había notado que la actitud de Dano ya no era tan amable. Aunque los había ayudado mucho, empezaba a perder la paciencia después de meses sin que la situación mejorara. Kiril se veía obligado a pedirle dinero constantemente, para el alquiler, para la comida... Los niños necesitaban con urgencia botas de invierno pero eso ni se atrevía a mencionárselo. Un día su amigo le comentó que ya le había prestado una suma elevada y que dudaba mucho que algún día pudiera devolvérsela.

—Y como comprenderás —añadió—, ¡todo no puedo perdonártelo!

—Lo sé —contestó consternado—, pero es que parece que estoy gafado. Me dejo la piel buscando trabajo y no me sale nada.

Se encontraban en un bar. Fuera era de noche, hacía frío y soplaba el viento; dentro hacía muchísimo calor y había demasiada gente. Olía a tabaco, a sudor, a alcohol. La clientela entraba y salía, y cuando el aire gélido se colaba por la puerta Kiril respiraba agradecido. Le dolía la cabeza, llevaba sin probar bocado desde el desayuno. La noche anterior no había pegado ojo porque Ivana se pasó horas llorando. Solo se le ocurrió una cosa para consolarla: «Volveré a hablar con Dano. Quizá nos ayude».

Por eso estaba allí sentado. Cuando se presentó en casa de su amigo este propuso salir a tomar algo. Por supuesto Kiril vaciló, pero Dano insistió: «Yo pago la cerveza, ¡vamos!».

Ya al segundo trago se sintió mareado. Necesitaba meterse algo en el estómago, pero no se atrevió a pedir nada. En la mesa de al lado había un hombre tomando un guiso cuyo aroma casi hizo que se le saltaran las lágrimas.

Se desmayaba de hambre.

—Mira, Dano, sé que ya nos has ayudado mucho, pero es que ahora mismo...

estamos en las últimas. No puedo pagar el alquiler de noviembre, casi no tengo ni para comer. Ivana llora sin parar. Los niños rebañan el plato y ponen cara de pena pero no podemos darles nada más. Están siempre malos porque andan por la calle sin ropa de abrigo. No sé qué será de nosotros si nos cortan la calefacción, estoy desesperado. Hemos tocado fondo. He tocado fondo.

Se le saltaron las lágrimas y se las secó con un gesto de impotencia casi infantil. No llorar, sobre todo no llorar. Intuía que las lágrimas, en lugar de ablandar a Dano, lo crisparían aún más.

—Tienes demasiados hijos —sentenció su amigo.

Kiril asintió con humildad, aunque pensó que aquel comentario era injusto y del todo innecesario.

—Durante años tuve mi trabajo en el vivero. Sabe Dios que no me pagaban mucho, pero al final siempre me las apañaba. Incluso con cinco hijos.

—Ya, pero no puedes traer al mundo un niño tras otro confiando en que siempre ganarás lo bastante para mantenerlos a todos —repuso Dano—. Y del subsidio familiar mejor no hablamos. ¡Con eso no tienes ni para empezar!

Él no tenía esposa ni hijos, por lo que su vida era mucho más fácil.

«Aunque también más inestable y solitaria», pensó Kiril, sin decirlo.

—Pero no puedo librarme de mis hijos —dijo con una risa nerviosa, consciente de que la idea era un auténtico disparate.

Dano exhaló un suspiro, le dio un trago a la cerveza, posó el vaso en la mesa y clavó la mirada en su amigo.

—Esto no puede seguir así, Kiril. No puedo ayudarte más. Llevo meses manteniendo a una familia de siete miembros y no veo que esto vaya a cambiar. Algo así acaba destruyendo las mejores amistades, lo sabes de sobra.

—Solo tenemos que pasar el invierno. En invierno es mucho más difícil encontrar trabajo. Ya en primavera...

—Venga, hombre, ¡no te engañes! ¿Cuándo vinisteis a Sofía? ¡En abril! En plena primavera. Y no encontraste nada. Y en verano tampoco. Ahora que estamos en otoño, ¿de verdad crees que la próxima primavera va a ser todo distinto? Joder, Kiril, ¡no seas tan ingenuo!

—Tú me convenciste para que viniera a Sofía. Me dijiste que...

—¿Ahora me vas a echar la culpa a mí? ¿Después de todo lo que he hecho por vosotros? A lo mejor ya no te acuerdas de cómo estabais en Plovdiv, allí no teníais futuro. Sofía era una buena oportunidad, sí, pero nada más. ¡No es culpa mía que no sepas aprovechar las oportunidades!

—Hago todo lo que puedo. Yo...

—Mira, el otro día un compañero de trabajo me habló de un negocio interesante —lo interrumpió—. Interesante de verdad. El tío se embolsó miles de euros en un santiamén. Y fíjate que he dicho euros, no leva.

Kiril se quedó mirándolo embobado. El salario medio en Bulgaria era de unos

trescientos euros al mes. Aquel «miles de euros» le parecía sacado de un cuento de hadas. De un cuento turbio. Porque no era posible ganar tanto dinero de manera legal.

Su amigo bajó la voz aunque fuera innecesario. El ruido era tan ensordecedor que costaba trabajo escuchar las propias palabras, por lo que resultaba del todo imposible oír la conversación de una mesa vecina.

—Dales una oportunidad a tus hijos —susurró Dano—. Dásela al menos a uno.

Kiril no tenía ni idea de a qué se estaba refiriendo.

II

La mujer se llamaba Viara y su aspecto, lejos de resultar antipático, inspiraba confianza y respeto. Tenía una voz agradable y un rostro inteligente y bonito. Llevaba un elegante traje gris azulado que parecía adquirido en una boutique; lo que estaba claro es que no provenía de los grandes almacenes en los que Ivana había comprado ropa. Tenía buenos modales: al entrar en el piso se quitó las botas mojadas y sacó del bolso, como por arte de magia, unos zapatos de ante que combinaban con el traje y con los que calzó sus delicados pies. Sentada en el desfondado sofá del salón en el que cada noche dormían Kiril e Ivana, sujetaba con ambas manos la taza de café que le habían ofrecido. La usaba para calentarse. La habitación estaba helada.

Fue el compañero de trabajo de Dano quien les habló de Viara. Durante días Kiril vivió en conflicto consigo mismo y con Ivana antes de concertar el encuentro. Diciembre estaba a la vuelta de la esquina y, aunque no nevaba, el aire era húmedo y muy frío. El casero les había enviado un aviso y les había cortado la calefacción por los retrasos en el pago del alquiler.

Su situación no podía ser más desesperada.

—Bien, hablemos de su hija Ninka —comenzó la mujer—. Me han dicho que tiene diecisiete años.

—Correcto —confirmó Kiril.

Ivana no dijo nada. Tenía los ojos clavados con tanta intensidad en aquella desconocida que parecía querer adentrarse en su mente para captar cada uno de sus pensamientos e impresiones.

—¿Podrían presentármela? —pidió Viara.

Kiril se levantó y se dirigió a la habitación contigua. Volvió con Ninka, que estaba esperando allí. Se había acicalado como mejor supo: llevaba un vestido negro de algodón, algo gastado pero muy ceñido, decorado con encaje blanco en el cuello y los puños; se había puesto unas medias color carne y unas bailarinas marrones que, además de desentonar, tenían las puntas rozadas. Su melena rubia, recién lavada, le llegaba casi hasta la cintura. Observaba a la desconocida con unos ojos azul oscuro que reflejaban miedo y esperanza a partes iguales. Esta se levantó y le tendió la mano.

—Hola, Ninka. Soy Viara.

La adolescente sonrió con timidez.

—Hola.

La mujer se giró hacia Kiril.

—Su hija es una preciosidad. Sería una pena que...

—¿El qué? —saltó Ivana.

—Que no lo aprovechara. Las firmas de cosmética y de moda pagan una fortuna por rostros como el suyo. Ninka tiene algo especial. Me alegro de que me hayan llamado.

—Este amigo mío... Dano... me comentaba que usted dirige una de las agencias de modelos más importantes de Europa.

—Sí, así es. Tenemos la sede en Roma pero vengo mucho a mi país porque aquí hay chicas muy hermosas. Aunque he de decir —añadió mientras examinaba de nuevo a Ninka— que hacía mucho tiempo que no veía a una joven tan bonita.

Ninka se sentía incómoda; su madre le hizo una señal con los ojos y pudo abandonar aliviada la habitación. Tenía las mejillas al rojo vivo. ¡Iba a ser modelo! Llevaba dos días como en un sueño, desde que sus padres habían mencionado esa posibilidad.

—Además es muy lista —apuntó Kiril cuando se volvieron a quedar a solas con Viara—. Y ambiciosa.

—Entiendo —contestó ella—. Y como es tan lista y ambiciosa ustedes quieren brindarle la oportunidad de labrarse un buen futuro.

—Así es. Estoy seguro de que podría llegar muy lejos en la vida. Solo que aquí... tiene muy pocas posibilidades.

—Disculpen que sea tan directa —replicó Viara—, pero aquí no tiene ninguna posibilidad. Según lo que me ha contado el compañero de su amigo Dano... —Carraspeó discretamente, se sentó en el sofá y agarró la taza de café, el único objeto de la estancia que desprendía algo de calor.

—Sí —admitió Kiril. ¿De qué serviría mentir?—. Ahora mismo estamos en las últimas, ya no sabemos qué hacer. Soy incapaz de cuidar de mis hijos, de mi mujer o de mí mismo. No veo otra solución... —Tuvo que tragar saliva porque otra vez se le pusieron los ojos llorosos. La situación le había destrozado tanto los nervios que se había convertido en un hombre de lágrima fácil—. Solo veo esta posibilidad...

—Han tomado la decisión adecuada —afirmó suavemente la mujer—. Comprendo que no les resulte sencillo dar este paso. Pero le están proporcionando a Ninka un futuro seguro y próspero. Y al mismo tiempo mejoran la situación de sus otros hijos.

Ivana, callada hasta el momento, intervino:

—¿De verdad que le irá bien? Solo tiene diecisiete años y nunca ha estado fuera de casa. Jamás ha tenido novio. En muchos sentidos sigue siendo... una niña.

—Nosotros nos preocupamos mucho de las chicas —aseguró Viara con voz

tranquilizadora—. Queremos ofrecerles una gran carrera como modelos o incluso como actrices. Las cuidamos como si fueran hijas nuestras.

—Dano nos contó que la hija de un amigo suyo acaba de marcharse a Europa, por eso conocía su agencia. ¿Sabe qué tal le va a esa joven?

—Estupendamente, por supuesto. A todas nuestras chicas les va estupendamente.

—¿Y podríamos visitar a Ninka?

Por primera vez la mujer dudó unos segundos.

—De eso ya hablaremos más adelante —repuso—. Es importante que al principio se acostumbre a su nueva vida. Tendrá una agenda apretada: un día Milán, otro Londres, después Roma o París... No le quedará mucho tiempo libre. Pero le va a encantar, eso se lo puedo asegurar. A todas les encanta.

—Dios mío, ojalá sea así —deseó Kiril.

Tras ese comentario se instaló en la habitación un silencio incómodo, debido a un punto muy concreto que quedaba por tratar.

Viara sabía muy bien qué era eso que los padres no se atrevían a mencionar. Un aspecto que convertía la situación en algo terrible pero que, dadas sus circunstancias, no podían soslayar.

—Tres mil euros —dijo sin rodeos—. Mil quinientos para ustedes; la otra mitad, para su hija.

Por fin estaba sobre la mesa. Kiril se dio cuenta de que se había quedado sin aliento. Levantó la vista para mirar a Ivana. Mil quinientos euros era una cantidad considerable. Con ese dinero podrían pagar el alquiler hasta el verano, poner la calefacción y comprar ropa de abrigo para sus otros cuatro hijos. Comer en condiciones dejaría de ser un problema. Kiril podría buscar trabajo más tranquilo. Su situación mejoraría de un modo que nunca se habrían atrevido a soñar.

«Estamos vendiendo a nuestra hija por mil quinientos euros».

Aquella frase resonaba como un trueno en la habitación, pese a que nadie la había pronunciado.

Y Viara también la oía.

—El dinero de Ninka es un anticipo por su trabajo. Una vez allí, lo ganará en un santiamén, pero así evitamos que llegue sin medios. La parte que les entregamos a ustedes es en reconocimiento por su labor en la educación de su hija. Todo ello se liquidará después mediante nuestra comisión. Pueden estar tranquilos: aquí no hay nada ilegal, eso es lo último que queríamos.

Kiril, que había contenido la respiración, soltó el aire con alivio. Su invitada acababa de pronunciar una frase importante: «Aquí no hay nada ilegal». Esa frase era algo a lo que podían aferrarse.

Por primera vez en todo el día (a decir verdad, por primera vez en semanas) en el rostro de Kiril apareció algo que recordaba vagamente a una sonrisa.

«¿Lo ves? —decía la mirada que dedicó a su esposa—. Es lo que Dano nos aseguró: la propuesta es seria, podemos fiarnos de esta gente».

Ivana no le correspondió con una sonrisa pero al menos en sus ojos asomó un renovado brillo de esperanza; la esperanza de estar haciendo lo correcto.

—Nuestras chicas viajan en coche —explicó Viara—. Hay un chófer disponible pasado mañana. Como ven, todo podría ser muy rápido.

—¿Tan pronto? —preguntó Ivana, sorprendida—. ¿Antes de Navidad?

—Esta Navidad su hija podrá enviarles un paquete lleno de regalos maravillosos —contestó la mujer con una gran sonrisa.

Kiril posó la mano en el brazo de su esposa.

—Es mejor así. Nos resultará más difícil si lo postergamos.

—Pero es que... tan pronto...

Él tuvo que morderse la lengua para no recordarle que, si no pagaban el alquiler de inmediato, la semana siguiente estarían en la calle. Aunque no hacía falta que se lo recordase. La amenaza del casero había sido la razón de que Ivana accediera a concertar una cita con aquella mujer.

—Cuanto antes se marche Ninka, antes se librá de este frío de esta casa —insistió él—. Y podrá empezar una vida mejor.

Ivana asintió con la cabeza. Se levantó y salió de la habitación. Por el temblor de sus hombros, Kiril supo que estaba llorando.

—Para las madres siempre es difícil —dijo Viara con compasión.

«Para los padres, también», pensó Kiril.

—Estamos haciendo lo correcto, ¿verdad? —preguntó con un deje de angustia.

—No le quepa la menor duda —respondió la mujer.

Lyon, Francia
Miércoles, 9 de diciembre

A Nathalie aquel tipo le parecía repugnante pero llevaba ya cuatro horas acurrucada en el portal de una de las incontables bocacalles del Quai Perrache de Lyon, a resguardo de la fría llovizna. Sentía que las rodillas le flaqueaban de hambre y estaba dispuesta a que se le acercara quien fuera, por mucho que, como ese hombre, apestara a alcohol y tuviera pinta de violador.

«Vete a la mierda» es lo que normalmente le habría espetado a un tipo así. Pero intentó poner buena cara y sonreír. Notó que la sonrisa le salía muy forzada: a fin de cuentas, estaba cansada, hambrienta y congelada.

Y exhausta y muerta de miedo.

—¿No tendrá por casualidad unos céntimos? —le pidió.

El hombre volvía de la compra, llevaba una bolsa de plástico en la que se oía el entrecocar de botellas. Algo de dinero debía de quedarle. A menos que se lo hubiera gastado todo en alcohol...

—Nada de nada —contestó con una sonrisa maliciosa—. Estoy sin blanca.

Ella no se lo creyó pero tampoco era cuestión de discutir. Se inclinó ligeramente hacia delante: no sabía que el hambre causaba tanto dolor. Sentía como navajazos en el estómago.

Pese a estar muy bebido, el tipo advirtió sus retortijones.

—Llevas tiempo sin comer, ¿eh? —preguntó sin abandonar la sonrisilla.

¿Para qué disimular?

—Sí —admitió.

—Si te vienes conmigo te daré un bocadillo. Y una sopa para que entres en calor.

La sola mención de aquellas palabras («bocadillo», «sopa» y «calor») estuvo a punto de arrancarle un gemido. Imaginó que aquel hombre viviría en una pocilga y que le serviría alimentos medio podridos en platos mugrientos. Pero estaba dispuesta a hacer muchas concesiones para que se le pasaran los calambres del estómago y entrar en calor aunque fuera durante media hora.

—¿Cómo te llamas? —inquirió el tipo.

Nathalie sabía que no debía revelarle su verdadero nombre bajo ningún concepto. No podía correr ningún riesgo.

—Aurélie —mintió.

Así se llamaba la mujer que la había llevado hasta Lyon tras recogerla en un área de descanso de la autopista, muy cerca de Dijon. Aquel había sido el mejor momento del día: el calor dentro del coche, el azote de la lluvia contra los cristales, el confortable asiento, la música relajante en la radio... Con ella no había nada que temer; era muy amable y le pidió, preocupada, que dejara de hacer autostop.

—Es muy peligroso... ¿Adónde quieres ir?

—A la Provenza —contestó.

Allí estaba el apartamento. El lugar de encuentro.

Lamentablemente Aurélie iba solo hasta Lyon, donde vivían sus padres, para pasar una semana con ellos. Nathalie esperaba que le propusiera acompañarla o que comieran juntas, pero la joven tenía prisa: en cuanto atravesaron el enorme túnel de la autopista le pidió que se apeara, antes de dirigirse al centro de la ciudad.

—Te aconsejo que cojas el tren —dijo al despedirse—. Con el TGV llegarías enseguida a Aix.

—Buena idea —respondió Nathalie, sin confesar que no tenía dinero para un billete en el tren de alta velocidad. Es más, no le quedaba nada, ni un céntimo, cero. La noche anterior había comprado una hamburguesa y una botella de agua, y se gastó todo lo que llevaba.

Sin dinero y tan hambrienta que, en aquel portal, decidió ir a casa de ese indeseable con la esperanza de conseguir un trozo de pan y una sopa.

—Aurélie —repitió él—. Qué nombre más bonito. Yo me llamo Yves.

—Hola, Yves.

—Vamos, vente conmigo —insistió.

Nathalie se incorporó con cuidado, temiendo que las piernas no la sostuvieran. Creyó que le fallarían las rodillas pero sorprendentemente logró levantarse y mantenerse en pie sin tambalearse. Se encontraban en la calle Marc-Antoine Petit, se había fijado antes. Al final de la calle se veía a dos mujeres que recorrían arriba y abajo el Quai Perrache, en espera de clientes. Ya antes de refugiarse en aquel portal Nathalie comprendió que había acabado en un mal barrio. Algunas casas amenazaban ruina, mientras que otras parecían recién rehabilitadas. A pesar de la lluvia había ropa tendida en muchos balcones. Un hombre y una mujer discutían en alguna vivienda, tan acalorados que sus gritos eclipsaban el estruendo de la transitada Autoroute du Soleil, la autopista que, en su camino al Mediterráneo, discurría entre el Quai Perrache y el Ródano. Nathalie había visto una panadería y un pequeño restaurante, pero también numerosos comercios que llevaban tiempo cerrados, con tablones cubriendo los escaparates. Alrededor de algunos bares cochambrosos merodeaban unos tipos con pinta de camellos. Parecía importarles bien poco que la estación de ferrocarril, situada detrás del barrio, estuviera atestada de policías: Francia seguía marcada por los atentados del 13 de noviembre, el estado de excepción persistía en todo el país. El despliegue policial y militar era patente en todas partes. Aquello suponía un riesgo también para Nathalie; si se quedaba allí mucho tiempo algún

agente se fijaría en ella y probablemente acabarían deteniéndola.

Debía esconderse en algún sitio.

Deseó que Yves no pensara que le iba a devolver el favor. A pesar de encontrarse muerta de hambre y desesperada, no tenía la más mínima intención de acostarse con él. Llegado un punto quizá tendría que hacerlo, pero de momento no había alcanzado ese punto. Aquel hombre le daba asco y, además, estaba convencida de que sería portador de alguna enfermedad horrenda. Casi podía sentirla.

—¿Solo comer? —se aseguró. Él esbozó una sonrisa lujuriosa—. No puedo pagarte. Ni con dinero ni de ninguna otra forma.

—¿Vienes o no vienes? —insistió él.

Nathalie examinó sus opciones ante una situación de peligro. El hombre era bastante más alto que ella pero delgado, y no parecía muy fuerte. Además, estaba borracho. Confió en que, si intentaba algo, conseguiría quitárselo de encima.

Volvió a encender el móvil sin que él se diera cuenta. Lo había desconectado para ahorrar batería, pero tal vez tuviera que pedir auxilio. Aunque en ningún caso debía llamar a la policía.

Agarró firmemente su pequeño bolso, en el que llevaba el pasaporte, el móvil y el monedero vacío. Sus únicas posesiones.

Después siguió a aquel desconocido hasta su casa.

La Cadière, Francia
Lunes, 14 de diciembre

Llovía a cántaros. Llevaba así desde primera hora y no parecía que fuera a escampar en todo el día. El cielo y el mar se fundían en un velo gris impenetrable. El Bec de l'Aigle, el portentoso peñasco en forma de pico de águila que se internaba en el Mediterráneo, no se veía a través del chaparrón, síntoma de que el temporal tardaría en remitir.

El valle, húmedo y plomizo, parecía extrañamente inmóvil bajo la escasa luz de aquel día de diciembre.

Simon no dejaba de sorprenderse por la velocidad con que la Provenza, un paraíso idílico de cielo azul y sol radiante, se transformaba en un lugar anodino en cuanto cambiaba el tiempo. En cuestión de segundos perdía su color y su belleza: todo cuanto la hacía atractiva y deseable.

«Es como si dependiera del sol y sin él no fuera nada», pensó.

Desde el ventanal de la casa de su padre miraba hacia el mar sin llegar a atisbarlo. Abajo, en el valle, los coches circulaban por la autopista como si fueran de juguete. Eso era lo único que parecía seguir con vida.

Todo lo demás había muerto, ahogado por la lluvia y por una tristeza casi tangible.

Simon, con el teléfono en la mano, llevaba casi una hora preguntándose si debía llamar a Kristina. Se esperaba una negativa por parte de ella que acabaría de una vez con su endeble relación; eso si no había terminado ya, cosa de la que no estaba seguro. Unos días antes le había hecho daño al decirle que quería pasar las Navidades a solas con sus dos hijos en el sur de Francia. Pensó que lo comprendería pero montó en cólera. Y después cayó en una profunda tristeza.

«Voy a llamarla. Al fin y al cabo ya no puedo empeorar más las cosas».

Marcó el número y esperó. Ella contestó al tercer tono. Gracias a Dios. Simon temía que no respondiera al ver el prefijo francés en la pantalla.

—Hola, Kristina —saludó con voz ronca—. Soy yo. Simon.

—Hola.

—Te estoy llamando desde Francia.

—Sí. Ya lo he visto.

Ella se quedó a la espera. Simon notó que no estaba nada comunicativa; dadas las

circunstancias, lo contrario era pedir demasiado. Por lo general hablaba mucho, deprisa y muy animada, pero en aquel momento parecía limitarse a lo estrictamente imprescindible. Aunque su tono era educado, carecía de todo afecto.

—He venido antes de lo previsto —explicó Simon—. Yo solo. Sin los niños.

—Vaya.

—Sí... No querían venir. Así que no he tenido que esperar a las vacaciones escolares. —Al decirlo se percató de lo mucho que le dolía ese asunto. Que lo hubieran dejado plantado. A dos semanas de las Navidades.

—Lo lamento —dijo ella.

En realidad no quería confesarle lo humillado que se sentía, pero no pudo evitarlo.

—Ese tío, el tal Leon, los tiene embobados. Les ha regalado unos trineos increíbles con dos asientos, volante y no sé qué más...

—Pero si aquí no ha caído ni un copo —se extrañó Kristina.

—Ya, pero hay pistas de nieve artificial. En fin, se los ha camelado para que se queden. Si eres hábil, a los niños de esa edad puedes convencerlos de lo que quieras. Pero creo que, en el fondo, quien mueve los hilos es Maya.

Oyó que Kristina exhalaba un leve suspiro. Sabía que sus quejas la sacaban de quicio. Que si Maya, su exmujer. Que si Leon, el guaperas sin escrúpulos por el que lo había abandonado. Que si los niños empezaban a considerarlo su nuevo padre. Que si Maya, de manera sutil pero evidente, los ponía en su contra, en contra de su propio padre. Simon era consciente de que a ninguna pareja le gusta que el otro hable sin parar de su ex, pero no sabía cómo obviarlo. En aquel momento era lo que más le preocupaba. Junto con sus finanzas, la crisis que atravesaba y otro millón de cosas más.

En ocasiones se sorprendía de que una mujer como Kristina quisiera estar con un hombre como él.

—Puede que esta vez no sea cosa de Maya —respondió ella—. A lo mejor no era buena idea llevarte allí a los niños. Me dijiste que el año pasado se aburrieron mucho.

En eso tenía razón. Simon había pasado con ellos la Nochevieja anterior, que resultó un fiasco total a pesar de que hizo buen tiempo, con sol y viento. Pero ¿qué iban a hacer allí dos criaturas de once y ocho años? Meterse en el mar podía ser peligroso y, además, era imposible aguantar mucho rato dentro del agua. El viento era demasiado frío para quedarse jugando en la arena. El Aqualand, atracción veraniega por excelencia con sus enormes toboganes y piscinas, estaba cerrado. Los niños se quejaban y no paraban de protestar mientras él intentaba inventarse actividades que les cayeran en gracia. El día antes de su regreso se produjo en París el atentado contra la redacción de la revista satírica *Charlie Hebdo*. Durante el viaje por la autopista encontraron patrullas de policía fuertemente armadas en todos los peajes, y los grandes paneles que solían informar de los atascos y las obras mostraban la frase JE SUIS CHARLIE. Las letras naranjas resplandecían en el lluvioso atardecer invernal. Más

tarde Simon tuvo la impresión de que el atentado y su repercusión fueron lo único que sus hijos encontraron emocionante de aquellas vacaciones, un pensamiento que lo entristecía profundamente.

—No puedo permitirme llevarlos a Florida ni nada parecido —se defendió—. Esta casa es lo único que tengo...

—La casa es de tu padre —corrigió Kristina—. Y te la presta. Siempre dices que cada vez que quieres usarla tienes que aguantar que te llame «fracasado». ¿Por qué no dejas de pedírsela?

—¿Y dónde quieres que vaya?

—Quédate en casa. Es mucho mejor que dejarte humillar.

—¿Y que los niños pasen todas las vacaciones metidos en mi piso...? Ya me dirás cómo lo consigo.

—Pues tendrán que acostumbrarse, y eso depende de ti. Igual que deberían acostumbrarse a que haya una mujer en tu vida. Pero, claro, ¿no quieres abrumarlos!

La conversación había alcanzado el punto crítico.

—Quiero darles tiempo.

Kristina soltó una risa sin la menor alegría.

—Nos conocemos desde junio, Simon. Hace ya medio año. ¿Cuánto tiempo necesitas para darles una pista de que a lo mejor hay alguien en tu vida?

—Soy su padre. Les costará asumir que tendrán que compartir mi cariño con otra persona.

—Claro... Y como te quieren tantísimo, les da igual tu plan y te dejan más solo que la una a dos semanas de Navidad —espetó ella con cinismo—. ¡Espabila, Simon! Eres una marioneta a merced de tu familia. Hacen contigo lo que quieren, todos y cada uno de ellos. Porque saben que pueden. Porque jamás te defiendes. Porque no eres... —Dejó la frase a medias.

«Porque no eres lo bastante hombre», pensó Simon. Su padre no dejaba de repetírselo. Dudaba que ella le dijera algo tan duro, pero estaba claro que lo que tenía en la punta de la lengua se le parecía bastante.

Llegados a ese punto ya no le importaba rebajarse un poco más. De todos modos, Kristina ya no esperaba nada de él.

—¿Te apetece venir? —preguntó, y añadió en voz baja—: Me gustaría mucho.

Ella no dudó ni un segundo.

—No. No quiero ir, Simon. Y, si te soy sincera, creo que lo nuestro ya no va a ninguna parte.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que has oído. No vuelvas a llamarme. No me escribas. Aclárate la cabeza, decide si en tu vida hay sitio para una mujer. Y si es así, sal a buscarla. Lo siento, pero lo nuestro termina aquí. —Colgó.

Simon se quedó mirando el móvil. La lluvia golpeaba el tejado. De fondo se oyó el chillido de un pájaro, quizá una gaviota.

Se preguntó si habría alguien en el mundo que igualara su extraordinaria eficacia para torpedearse y hundirse a sí mismo. Pero algo le decía que el récord de aquella lamentable y patética disciplina lo tenía él.

Más adelante se preguntó muchas veces qué habría sucedido si Kristina hubiera aceptado la invitación. Seguramente no se habría montado en el coche para bajar hasta el mar y pasear bajo la lluvia por la playa desierta. En lugar de eso, habría decorado la casa con adornos navideños, colocando estrellas e instalando una guirnalda luminosa en la cubierta del balcón. Se sentiría lleno de ilusión y buen humor. Después habría ido al supermercado Casino a hacer la compra: champán, salmón, aceitunas, una baguete. Cosas que le gustaban a Kristina. Habría apilado leña junto a la chimenea para encenderla por la noche. Habría puesto velas nuevas en los candelabros.

Aunque en realidad se engañaba; el sí de Kristina no podía cambiar el hecho de que todo lo que emprendía en su vida le salía mal. Eso sí, al menos los preparativos lo habrían mantenido lo bastante ocupado para no tener que pensar en ello.

Tal y como estaban las cosas, Simon iba a pasarse toda la semana rumiando su fracaso.

La lluvia era intensa y enseguida le empapó el pantalón y se le filtró en las deportivas. Llevaba un chubasquero. Aunque tenía las manos metidas en los bolsillos, las sentía húmedas y frías. Había dejado el coche en el aparcamiento de la playa de La Madrague; después recorrió la pasarela de madera que bordeaba la rocosa orilla, continuó por un tramo de carretera y finalmente llegó al arenal de Les Lecques. Parecía ser la única persona en toda la playa. En un momento dado avistó a un corredor, pero después ya no se encontró con nadie más. La gente se había quedado en casa. O estaba comprando regalos. O acudía en masa a los supermercados.

¿A quién se le iba a ocurrir pasear a solas por la playa?

Ojalá se hubiera quedado en Alemania, en Hamburgo. El tiempo no podía ser peor que allí. Estaría igualmente solo pero, al menos, tendría amigos cerca. Podría visitar a Kristina para intentar arreglar la situación. Por teléfono, con mil quinientos kilómetros de por medio, la cosa no había salido bien; pero quizá si se presentara en su casa con una botella de champán bajo el brazo y una sonrisa encantadora... Ella también pasaba sola la Navidad, a lo mejor se alegraba de verlo pese a todo. Simon solía causar una impresión muy positiva en las mujeres; era la única cosa que le salía bien. Era guapo, inteligente y culto. Para cuando las mujeres descubrían que, aparte de eso, no tenía nada de especial, ya se habían quedado prendadas de él.

Tendría que haber cancelado el viaje cuando los niños lo dejaron plantado. Pero entonces hubiera tenido que avisar a su padre. Este, pensando que su hijo ocuparía la villa dos semanas, había dado vacaciones a la señora que cuidaba de la casa, regaba las plantas y comprobaba que todo estuviera en orden. Por eso Simon no podía no

aparecer sin más. Pero le horrorizaba contarle la verdad a su padre: que sus propios hijos no querían estar con él.

Se imaginaba lo que diría y carecía de fuerzas para soportar sus comentarios. De manera que allí estaba, en la villa, antes de lo previsto y sin que le apeteciera lo más mínimo.

Kristina tenía razón: era una marioneta. No había palabra que lo definiera mejor.

El mar, de un gris oscuro, estaba agitado. Su espuma amarillenta y sucia invadía rítmicamente la arena compacta. Simon se apartaba a pesar de que ya tenía los pies empapados. Aunque la caminata era agotadora, le estaba sentando bien. Al final había tomado una buena decisión: se sentía mejor allí que en casa, donde se habría obsesionado pensando que, tras el fracaso de su matrimonio con Maya, había conseguido arruinar también su relación con Kristina.

A la derecha se extendía el paseo marítimo, con bancos, papeleras y zonas ajardinadas. Había un minigolf, una zona vallada para jugar al voleibol y un ti vivo, que en aquella época del año estaba parado. Más allá había el aparcamiento, donde en verano era totalmente imposible dejar el coche, pero ahora se encontraba desierto.

En paralelo al aparcamiento discurría el bulevar de la Plage, a lo largo del cual se alineaban bloques de apartamentos. Abundaban los carteles de pisos en alquiler. En verano aquellas pequeñas viviendas con balcones cubiertos estaban llenas, pero aquel día no había ni rastro de turistas. Y con ese tiempo, el lugar no resultaba nada atractivo. Paredes empapadas, cristales empañados. La humedad del mar filtrándose por los muros. Simon se imaginó el interior de los apartamentos: muebles, alfombras, sábanas... todo helado. En verano, tras semanas de sol radiante, sería distinto; pero en ese momento no se habría alojado allí por nada del mundo.

Paseaba tan absorto en sus pensamientos que no advirtió un pequeño grupo de gente hasta que se encontró a su altura. Llamarlo «grupo» quizá fuera exagerado. Se trataba de tres personas paradas en el paseo, junto a un edificio a rayas blancas y grises en cuya planta baja se encontraban los baños públicos y, en la superior, el puesto de socorro. En realidad, Simon se percató de su presencia porque todo lo demás estaba desierto.

Al fijarse, vio que eran dos hombres y una mujer joven. Uno de los hombres comenzó a gritar. Simon dominaba el francés, pero acababa de llegar de Alemania y siempre necesitaba algo de tiempo para acostumbrarse y poder seguir una conversación.

—¡Eso me da igual! —voceaba el tipo—. ¡Vamos a la policía ahora mismo!

La joven respondió algo, pero Simon no la oía desde donde estaba.

El hombre replicó a gritos:

—En la comisaría saben qué hacer con gente como tú. ¡Y más vale que me pagues! No pienses que te vas a ir de rositas.

Simon dio un paso hacia el grupo. La cosa no iba con él pero por algún motivo la escena le suscitó compasión. La joven, que rondaba los diecinueve o veinte años,

tenía un aspecto lamentable y enfermizo, y a duras penas lograba mantenerse en pie. Simon se preguntó qué habría hecho para que aquel hombre descargara sobre ella tanta furia. El otro permanecía callado, a dos pasos de distancia, y parecía dubitativo.

—Así que, ¡desfilando! La policía lo aclarará todo.

«Seguramente ha robado algo —pensó Simon—. Tiene sentido, parece que lleva días sin comer».

Pero no podía ayudarla. Aunque le daba pena, tendría que apañárselas para salir del enredo en el que se había metido. Ya se disponía a reanudar la marcha cuando la joven lo vio y corrió hasta la barandilla de las escaleras que llevaban del paseo a la playa. Simon alcanzó a distinguir unos ojos desorbitados y un rostro demacrado y fantasmal.

—¡Señor! ¡Ayúdeme, por favor! ¡Por favor! ¡Si me llevan a la policía estoy perdida!

Reticente, Simon avanzó hacia ella.

—¿Qué sucede?

El hombre de los gritos llegó a la escalera y agarró a la joven por el brazo para evitar que huyera.

—Se ha colado en un apartamento. Sin pagar, claro está. Ha forzado dos cerraduras, la del portal y la del piso.

Una vagabunda. Simon se había acercado lo bastante para notar, pese al aire húmedo y frío, la peste que desprendía. Olía a suciedad y a sudor.

—Por favor, ayúdeme —repitió la chica.

—Soy el encargado de aquel edificio —anunció el hombre a la vez que señalaba un bloque de apartamentos al otro lado de la calle. Después hizo un gesto hacia su acompañante, que seguía algo apartado—. Este es mi ayudante, Yanis. Viene de revisar los pisos, como hacemos en invierno una vez por semana. En cuanto encontró a esta joyita me avisó de inmediato.

Simon apreció una expresión de culpabilidad en la cara del otro hombre. Se arrepentía de haber llamado a su jefe. Podía haber dejado que la chica se marchara y olvidar el asunto.

—No quería meter la pata —dijo para justificarse—. Uno nunca sabe... Con los tiempos que corren...

Los tres se quedaron mirando a Simon como si esperaran de él una solución al problema. Así, se vio en la absurda situación de tener que ejercer de árbitro en un conflicto que le resultaba del todo ajeno: él no era más que un turista alemán (un turista alemán deprimido, corrigió para sus adentros) que había salido a pasear bajo la lluvia.

—No me parece que sea para tanto —dijo al fin. El francés le salía a trompicones, necesitaba práctica. Solo llevaba dos días en Francia y apenas había hablado con nadie.

El encargado lo observó con recelo.

—*Allemagne?* —preguntó.

—*Oui.*

—¡Ayúdeme, por favor! —La joven repitió sus súplicas en alemán—. ¡Dígale que no me lleve a la policía! ¡Por favor! ¡Es cuestión de vida o muerte! —A pesar de su fuerte acento hablaba bien, casi sin fallos gramaticales.

—Solo has forzado las cerraduras, ¿verdad? ¿Solo eso?

—No avise a la policía. ¡Se lo ruego!

Simon sabía que la policía francesa era mucho menos delicada que la alemana, pero aun así no lograba explicarse el pánico de la joven. Aunque no pudiera pagar los desperfectos que había ocasionado, no la iban a meter en la cárcel por eso. ¿O sí? ¿Qué le pasaba? ¿Se había escapado? ¿Era menor de edad? Le echaba unos veinte años, aunque podía estar equivocado. A lo mejor se había fugado de su casa o de alguna institución y tenía miedo de que la obligaran a volver.

—Por favor —repitió en alemán—. ¡Ayúdeme!

—Me gustaría saber de qué están hablando —se entrometió el encargado, desconfiado.

—¿Cuánto cuestan las cerraduras? —preguntó Simon.

El hombre reflexionó unos instantes.

—Pues... unos cincuenta euros. Eso solo las cerraduras, porque también ha gastado electricidad y agua...

—¡Eso no es verdad! La luz estaba cortada y solo había agua fría.

—No tengo problema en que lo aclaremos en comisaría.

Simon sacó la cartera y extrajo un billete de cincuenta euros. Dada su situación económica era una insensatez darle dinero a aquel tipo, pero tenía la impresión de que, si no actuaba, solo podían pasar dos cosas: o bien el asunto se prolongaría eternamente, o bien tendrían que acabar llamando a la policía.

«Mi buena acción de Navidad», pensó.

—¿Con esto zanjamos el asunto? —inquirió.

El encargado vaciló.

—Dígame su nombre y sus señas. No sea que la policía la esté buscando y me acaben preguntando a mí... En ese caso daré sus datos y les contaré lo que acaba de pasar.

Entonces quien dudó fue Simon.

—¡Por favor! —musitó la joven.

Finalmente pensó que no iba a pasar nada y facilitó su nombre y su dirección francesa.

—Estoy aquí de vacaciones —añadió—. Si hay algún problema no tendré inconveniente en explicar lo sucedido.

El encargado agarró ávidamente el dinero.

—Bueno, en realidad tampoco es tan grave. Habría que denunciarla, está claro, pero mi trabajo no es ocuparme de todos los vagabundos y maleantes de este país. En

fin, joven, ojalá no se arrepienta. Porque quien va a cargar con ella es usted.

«“Joven” es un apelativo muy benevolente para un cuarentón», pensó Simon. Pero en este mundo todo es relativo: el encargado debía de rondar los sesenta.

En cuanto a lo de «cargar con ella»... Él no tenía intención de ocuparse de ella. Bastante había hecho ya.

El encargado y Yanis se marcharon. La chica se quedó de pie rodeándose el cuerpo con los brazos como si buscara protección o calor, o quizá ambas cosas. Tiritaba de frío. El poco tiempo que llevaba a la intemperie había bastado para que estuviera empapada.

—Gracias —dijo—. Me ha salvado.

—No ha sido nada. Tengo que... —Quería librarse de aquel asunto—. Tengo que irme.

Notó que la chica luchaba consigo misma.

—Por favor... Sé que ya ha hecho mucho, pero... ¿podría darme... unos euros? Llevo siglos sin comer nada...

Tenía el rostro consumido. Un abrigo corto de pelo sintético gris ocultaba su figura, pero sus piernas, envueltas en leotardos negros, parecían dos auténticos palillos. Estaba temblando.

De repente Simon se percató de que estaba llorando.

—Ya no puedo más —susurró. Se acercó tambaleándose desde la escalera hasta el edificio del paseo y se apoyó en la pared de madera que protegía las duchas exteriores de las miradas indiscretas.

Simon subió a toda prisa los escalones y se colocó a su lado.

—¿Te encuentras bien?

Parecía que no era capaz de sostenerse en pie.

—Tengo hambre —murmuró—. Y estoy mareada.

Él comprendió que no tenía sentido darle dinero y esperar que llegara por su propio pie a la cafetería más cercana; además, con esa pinta era posible que no la atendieran. Para llegar al supermercado tendría que recorrer un buen trecho, y en esas condiciones no lo conseguiría.

Reprimió un juramento. No podía dejarla allí tirada. Y no había nadie más a la vista.

—¿Hay alguien a quien podamos avisar? —preguntó—. Alguien que se ocupe de ti, familiares, amigos...

Ella negó con la cabeza.

—No. No le puedo decir a nadie dónde estoy.

Entonces se le ocurrió que tal vez era culpable de algo más que de forzar dos puertas y ocupar un apartamento; quizá por eso se ponía histérica cada vez que escuchaba la palabra «policía». No tenía la menor intención de ayudar a una fugitiva de la justicia. No quería meterse en líos. Ya tenía bastante con sus problemas, no necesitaba los de los demás.

Aunque, por otra parte, ya estaba implicado en el asunto. Y abandonarla allí casi equivaldría a una omisión del deber de socorro.

—¿Cómo te llamas?

Lo miró casi sin verlo.

—Nathalie.

Al instante se mordió la lengua, y Simon se dio cuenta de que le habría gustado retirar su respuesta. Por eso dedujo que era su nombre real.

—Nathalie... ¿qué más?

La joven calló. No quería contestar.

Él suspiró.

—Yo me llamo Simon, puedes tutearme.

—Te estoy muy agradecida, Simon.

Se deslizó un poco hacia abajo con la espalda apoyada en la madera. Su debilidad no parecía fingida. Decidido, la tomó del brazo y la condujo hasta uno de los bancos situados junto al edificio. Eso no la protegía de la lluvia, pero no podía hacer otra cosa.

—Espérame aquí sentada. Voy a por el coche. Después, ya veremos.

—Vas a volver, ¿verdad?

—Sí. Pero tengo el coche en La Madrague, tardaré un poco en llegar hasta allí.

—¿Y luego?

—Luego te llevaré a algún sitio a comer algo. —Le dirigió una sonrisa de ánimo.

«Y es lo último que hago por ella», se dijo.

A los catorce años, cuando empecé el instituto, por fin comprendí que mi madre tenía un problema muy serio y que no parecía que fuese a mejorar. Por aquel entonces ya no trabajaba. Había sido recepcionista en un hotel pero, desde que no se limitaba a tomar vino por las noches sino que empezaba el día con un Grand Marnier, seguido de otros muchos, era incapaz de realizar sus funciones. Despedía un inconfundible y casi constante tufo a alcohol y le costaba seguir el ritmo del trabajo. La cosa empeoró porque empezó a tomar pastillas de forma descontrolada. Eran antidepresivos recetados por un psicoterapeuta de incompetencia supina; aquel hombre era incapaz de descubrir el origen de su depresión, así como de ver que aquella medicación, mezclada con el alcohol, no mejoraba su estado sino todo lo contrario.

—Me hacen falta para sentirme mejor —respondía mi madre cuando le imploraba que dejara las pastillas—. Sin ellas no soporto este sinvivir. Tu padre me ha arruinado la vida. Pero mientras tú me necesites, debo mantenerme a flote.

Sin embargo, hacía mucho tiempo que se había hundido. Cuando dejó el trabajo (o cuando la echaron, jamás lo supe con certeza), perdió la única cosa que daba algo de sentido a su vida. Dejó de tener un motivo para levantarse cada mañana. Dejó de tener un motivo para tomar toneladas de caramelos contra el mal aliento (que, de todos modos, no funcionaban). Dejó de tener un motivo para controlar cuánto bebía por la noche y, así, estar medio en condiciones de vestirse y llegar hasta la parada de autobús al día siguiente.

Ya no había ninguna razón para hacer nada. Ni siquiera yo. Por mucho que ella asegurara lo contrario:

—Vivo por y para Nathalie. Por y para mi hija.

Pero no hacía una mierda.

Sin su sueldo, nos quedamos en una situación delicada. Ya solo teníamos lo que nos enviaba mi padre. Al menos en ese aspecto cumplió siempre, quizá era su manera de tener la conciencia tranquila. Una cosa es abandonar a tu esposa por otra mujer, y otra muy distinta es desterrar de tu vida a tu propia hija. ¿Por qué lo hizo? Mi teoría es que todo contacto conmigo implicaba tener contacto con mi madre, y quería evitarlo a toda costa. Quería olvidarse de ella. O quizá era una exigencia de la modelo de lencería. No lo sé. Ni siquiera sé si están casados. Lo único seguro es que mis padres se divorciaron.

Nos tuvimos que mudar porque el dinero no alcanzaba para pagar el alquiler y cubrir nuestros gastos. Encontramos una vivienda a las afueras de Metz, en un barrio de grandes bloques de pisos. La casa tenía un salón y dos dormitorios; yo me quedé con el más pequeño, en el que ni siquiera cabía mi armario. Acabó en el de mi madre, de manera que yo tenía que ir a su cuarto siempre que necesitaba algo. Sin embargo, como cada vez pasaba más tiempo borracha y durmiendo, eso no era un problema. Ni siquiera advertía mi presencia.

El piso tenía un pequeño balcón orientado al noreste. Le daba el sol muy temprano, a una hora a la

que nadie sale a la terraza. Conforme avanzaba la mañana el sol avanzaba rumbo al sur y el balcón volvía a tornarse frío y oscuro. Planté algunas flores en una maceta pero no prosperaron por falta de luz y calor.

Como me pasó a mí. En sentido literal, porque yo también padecía los males de un hogar oscuro y frío. Y también en sentido figurado. A finales de abril de 2010 cumplí los quince; ni siquiera por mi cumpleaños mi madre fue capaz de permanecer sobria durante unas horas para hacer algo. Me moría de ganas de salir a dar un paseo a la orilla del río Seille, de tomar un helado, sentarnos en la hierba y disfrutar de los últimos rayos del sol. Se lo había repetido varias veces, así que el gran día, cuando a las seis de la tarde terminaron las clases, corrí a casa a toda velocidad, esperanzada e impaciente. Pero no me recibió en la puerta, ni tampoco me esperaba en el salón lista para salir. Como casi todos los días, la encontré en su dormitorio tirada en la cama. En la mesilla de noche había una copa y una botella vacía de Grand Marnier. Seguía siendo su licor favorito. A esas alturas yo ya sabía que era bastante caro y muchas veces pensaba que, a pesar de la falta de ingresos, viviríamos un poco mejor si bebiera algo más barato. Pero ella tenía su propia opinión al respecto.

—Si controlas lo que bebes no eres adicto —me explicaba con frecuencia—. Solo se considera alcoholismo si arramplas con todo lo que encuentras.

Puede que incluso se lo creyera.

En cualquier caso, me quedé sin celebrar mi cumpleaños. Hice lo que hacía todos los días al llegar del instituto: recogí la cocina (donde seguían los cacharros del desayuno), pasé la aspiradora por el salón y metí la ropa sucia en la lavadora. Después cogí algo de dinero del monedero de mi madre y salí a hacer la compra: pan, mantequilla, queso, un poco de fruta... Por aquel entonces era una chica muy buena. Un año después empecé a comprarme a hurtadillas algunos cigarrillos y maquillaje barato. Y ropa. A fin de cuentas, mi madre ni se enteraba.

Mi decimoquinto cumpleaños fue uno de los peores momentos de mi vida. Quizá porque, estúpida de mí, me había hecho demasiadas ilusiones.

Cuando volví de la compra mi madre se había levantado. Estaba sentada en el salón con una copa de Grand Marnier en la mano. Otro de sus tontos autoengaños: jamás bebía de la botella. «Eso solo lo hacen los borrachos», sostenía. Ella siempre usaba elegantes copas de cristal, de la época en que las cosas nos iban bien.

No se había puesto zapatillas, solo un par de calcetines rosas que eran míos y que por lo visto había cogido de mi armario. Tenía el pelo grasiento y no se había tomado la molestia de peinarse; el pelo se le había quedado aplastado en el cogote de pasar tanto tiempo tumbada.

—¡Ya estás aquí! —exclamó al verme—. ¡Feliz cumpleaños, Nathalie!

Por lo menos no se había olvidado. «Y encima tendré que darle las gracias», pensé.

Estaba tan triste que notaba frío, aunque era un caluroso día de primavera y en la calle la gente iba en camiseta y sandalias. Me sentía sola y desamparada. La visión de mi madre me causaba un dolor tremendo. Su cara hinchada. Su mirada perdida. La amargura que desprendía. La constatación de que yo no le servía de consuelo. Mi padre la había abandonado, sin duda ese había sido un golpe terrible, pero seguía teniéndome a mí. No estaba sola, podríamos haber sido felices juntas. Pero para ella yo no tenía ningún valor. No era capaz de darle nada; nada que le importara. Me pasaba la vida intentando demostrarle mi amor y ganarme el suyo, pero era en vano.

—Gracias —respondí a su felicitación. Señalando la bolsa de la compra que llevaba en la mano, añadí—: Voy un segundo a la cocina a dejar las cosas.

—Espera. —Se puso en pie y se acercó tambaleándose a la mesa, donde estaba su monedero. Sacó un billete de veinte euros—. Toma, para ti. Por tu cumpleaños. Ve y cómprate algo bonito.

Tragué saliva y pregunté:

—¿No te apetece acompañarme? Podríamos buscar algo juntas.

Llenó de nuevo la copa.

—No me encuentro muy bien. Es mejor que te vayas sola.

—Hace un día precioso, también podríamos sentarnos en una terraza.

Negó con la cabeza.

—Me acabo de tomar las pastillas. Ya sabes que siempre me dan mareos.

—No deberías beber cuando las tomas.

—Un poco de alcohol no hace ningún daño. —Le temblaba la mano. Unas gotas del dorado licor le cayeron en la bata—. Lo que me sienta mal son las pastillas. Pero las necesito, ¿entiendes? Tengo depresión porque tu padre hizo todo lo posible por hundirme. Me ha robado la dignidad. No puedes imaginar lo que se siente cuando el hombre con el que te has casado se acuesta con todas las mujeres que conoce. Con todas y cada una de ellas. Me engañó con cualquiera que estuviera dispuesta a... Bueno, con un montón de mujeres. Tú te acuerdas de él, ¿no?

Tuve que volver a tragar saliva. Por supuesto que recordaba a mi maravilloso padre.

—Era un hombre atractivo —continuó mi madre—. Un hombre realmente guapo. Y él lo sabía. Pero no le bastaba con saberlo, no. Necesitaba constatarlo. Todo el tiempo. Mi adoración... mi amor... no fue suficiente. —Apuró la copa de un trago y volvió a llenarla—. Le regalé una hija encantadora pero tampoco me sirvió de nada.

La hija encantadora era yo. El regalo. Un regalo que a él ya no le importaba. Y a ella tampoco.

—Me despreciaba. No se puede hacer lo que él me hizo a mí. Y a ti también te despreciaba. No pienses que se interesaba por ti. Solía fingir para... para encajar en la imagen... —Vació de nuevo la copa. Cada vez le costaba más expresarse—. En la imagen de buen padre... Quería presentarse ante todo el mundo como un buen padre, ¿entiendes? De esos que juegan con su hija y por el que la hija siente adoración. Pero todo era pura fachada. La imagen era lo único que le preocupaba, cómo lo veían los demás.

Otra copa más. Yo seguía de pie en mitad de la sala con la bolsa de la compra en la mano; en mi interior se reabrió una herida, latente desde la marcha de mi padre y cubierta por una costra muy fina.

—Te despreciaba tanto como a mí. Te engañó como a mí. Y te ha olvidado igual que a mí. ¿O acaso se ha acordado de tu cumpleaños?

Mi padre jamás daba señales de vida por mi cumpleaños. Sin embargo, siempre ingresaba algo más de dinero en la cuenta de mi madre. Seguramente aquel año también había enviado algo. Tendría que revisar los extractos del banco, de los que me ocupaba yo porque ella se negaba a ver su pobreza por escrito. Aunque en realidad no me importaba mucho: ¿de qué me servía el dinero? Lo que yo quería era que me mandara una carta. O una tarjeta. O un SMS. Por no hablar de una llamada de teléfono que me permitiera oír su voz, aunque sabía que me echaría a llorar. No habría soportado escucharlo ni un segundo.

—Pues me ha vuelto a enviar dinero —lo defendí.

Mi madre dejó escapar un resoplido sarcástico.

—¡Dinero! —exclamó con desdén. ¿Se había olvidado ya de que un momento antes ella misma me había regalado veinte euros?—. Te despacha con dinero, Nathalie. Igual que a mí. ¿Es que cree que el dinero puede arreglar un corazón roto?

Después se echó a llorar. Le pasaba siempre que llevaba un rato bebiendo. Lamentó su vida y su destino pero no dejó de beber. Estalló en auténticos sollozos, se tiró al suelo y siguió llorando en la alfombra. A duras penas logró llevarla hasta la cama y arroparla.

Aquella noche cené sola en la cocina, como de costumbre. Tomé un trozo de pan. No tuve fuerzas ni para cubrirlo con un poco de queso. Mi cumpleaños. Mi fantástico decimoquinto cumpleaños. Observaba las casas vecinas y me imaginaba a las familias reunidas en torno a la mesa, riendo, charlando, comiendo. Me sentía como en una isla desierta.

El dolor se hizo demasiado intenso. Aparté el pan. Dejé de comer.
Dejé de comer durante dos años.

La Cadière, Francia
Lunes, 14 de diciembre

Llevaba en el baño una eternidad. Desde fuera, Simon oía correr el agua. Seguro que la chica estaba disfrutando del agua caliente y el aroma de la espuma, cosa más que comprensible visto el estado en que la había encontrado. Ella, con cierta vergüenza, le había pasado la ropa por la puerta entreabierta y él la había metido en la lavadora. Cuando la puso en marcha, cayó en la cuenta de que no iba a poder despachar a la joven tan pronto como quería: en la casa no había secadora porque en invierno solía hacer sol y viento, y la colada se secaba tendida al aire. Pero aquel día no paraba de llover. Encendería la chimenea y arrimaría el tendedero, pero aun así la ropa no estaría seca hasta el día siguiente. Hasta entonces, Nathalie tendría que quedarse.

Le dejó ante la puerta del baño algunas prendas suyas: una camiseta, un jersey y unos calcetines gruesos. En un armario de la habitación de los niños encontró un biquini de su hija que podía ajustarse a su cuerpo escuálido y servirle de ropa interior. Evidentemente, no podía echarla a la calle con semejante vestuario.

Después pensó que debía preparar algo de comer. El frigorífico estaba casi vacío porque, desde que llegó, se había sentido tan desanimado que solo había comprado lo imprescindible. Unos huevos, una botella de leche, dos tomates. Esas eran todas sus provisiones.

Al menos podía hacer una tortilla.

Cortó los tomates en trozos menudos, batió los huevos con algo de leche, lo aderezó todo con sal y pimienta y volcó la mezcla en una sartén. En ese momento oyó que la puerta del baño se abría. La joven cogió la ropa.

Cuando entró en el salón, con la tortilla y un vaso de leche en mano, Nathalie ya estaba sentada a la mesa. Contemplaba la lluvia con los brazos cruzados, como si aún tuviera frío. Su aspecto resultaba muy curioso, con el jersey que le llegaba hasta las rodillas desnudas y los gruesos calcetines de lana. Se había echado hacia atrás la larga melena mojada. Desprendía el olor del gel y el champú de Simon.

—Tu ropa está en la lavadora —anunció él—, y voy a encender la chimenea para que se seque cuanto antes.

Ella emitió un leve suspiro. Entendía por qué era importante que la ropa se secara cuanto antes.

—¿Me puedo quedar hasta mañana por la mañana? —preguntó en voz baja.

Simon le puso delante el plato y el vaso, y después colocó los cubiertos.

—Ahora come. Y, por supuesto, te quedarás hasta que la ropa esté seca.

Ella se abalanzó sobre la tortilla con ansia. La devoró en tres minutos y era evidente que seguía hambrienta. Simon comprendió que no tenía más remedio que salir a comprar. Su visita inesperada se había quedado con ganas de más, y en algún momento él también tendría que comer algo.

—Deberíamos ir al supermercado de Les Lecques —dijo—. No tengo nada más. Ni pan, ni queso, nada. Y me parece que te has quedado con hambre.

—Pues sí —confesó ella—, pero al menos se me han pasado los mareos.

Se tomó la leche a pequeños sorbos. Simon comprobó con alegría que su rostro por fin cogía algo de color.

—¿Cuántos años tienes? —Era una pregunta indiscreta, pero si era menor debía llamar a la policía; de lo contrario tendría problemas. Aunque, claro, ella también podía mentirle.

—Veinte —contestó. No sabía por qué, pero le pareció sincera—. En abril cumpla veintiuno.

—¿Y cuánto hace que estás en la calle?

Le cambió la cara, su expresión pasó a ser de alerta.

—Desde el martes pasado. Estoy un poco... Hoy es lunes, ¿verdad?

—Sí, 14 de diciembre.

—Oh... Quedan diez días para Nochebuena.

—Sí. Y deberías estar en casa para entonces.

No contestó. Él la tanteó:

—Supongo que eres de alguna zona francoalemana. Tu alemán es muy bueno.

—Tu francés también está muy bien.

—Soy de Hamburgo. No es que esté muy cerca de la frontera...

—¿Y cómo es que hablas tan bien?

—Esta casa es de mi padre. Cuando era niño, solíamos venir de vacaciones. Digamos que aprendí el idioma jugando.

—¿Estás aquí de vacaciones?

—Sí.

—¿Tú solo?

—Mis hijos iban a venir. Viven con mi exmujer. Pero... —No quería revelar mucho, su vida privada no era de su incumbencia—. Al final no ha podido ser —concluyó con imprecisión—. Así que ahora estoy disfrutando de una tranquilidad con la que no contaba.

Sentía que aquellas palabras sonaban falsas y, sobre todo, que Nathalie había advertido el cambio en su voz, pero quizá todo fuera producto de su imaginación.

—¿Qué edad tienen tus hijos?

—Mi hija tiene doce. Mi hijo, nueve.

—Y los echas de menos —señaló ella.

A decir verdad, eso no era difícil de adivinar.

—Sí, claro. Y me siento culpable. Los divorcios son terribles para los niños.

—Mis padres también están divorciados —comentó la chica. Después calló y empezó a jugar con el tenedor.

—¿Te has criado con tu madre o con tu padre?

—Con mi madre.

—¿Y por qué no estás con ella?

Nathalie lo miró con cinismo.

—Te he dicho que tengo veinte años. No tengo por qué seguir viviendo con mi madre.

—¿Y dónde vives entonces?

—Con mi novio.

—¿Por aquí cerca?

—No.

No estaba cooperando mucho. Pero él no se dio por vencido.

—El apartamento de Les Lecques... ¿Lo descubriste por casualidad? ¿O habías estado allí antes?

—Es de un familiar de mi novio.

—¿Y por qué forzaste la puerta? Lo normal sería que te hubieran dado la llave.

Ella guardó silencio y siguió jugando con los cubiertos. Su largo pelo castaño se empezaba a secar y a rizarse. Simon pensó que podría resultar muy atractiva si no fuese por su extrema delgadez y la expresión angustiada de sus ojos.

—Escúchame —le dijo—. Tal como están las cosas, vas a pasar aquí la noche. Pero si no quieres que te devuelva la ropa mojada y te eche a la calle, más vale que me des un poco de información. Estoy corriendo un riesgo.

—¿Un riesgo?

—No me gustaría despertarme mañana y descubrir que te has largado con todos los objetos de valor.

En sus ojos se dibujó una expresión que no supo descifrar exactamente. Una especie de desprecio.

—Te equivocas conmigo —replicó—. No soy una ladrona.

Los dos permanecieron en silencio. Simon consideró que era mejor dejar el interrogatorio para otro momento, así que se levantó.

—Tenemos que ir a comprar. No queda comida en casa.

Ella bajó la vista a la ropa que llevaba.

—No puedo salir así.

—Me esperas en el coche.

—¿Y por qué no puedo quedarme aquí?

—Porque no.

—No te fíes de mí.

—¿Acaso te fiarías tú? Aparte de tu nombre y tu edad, no me has contado nada de

ti. Te he conocido en una situación bastante comprometida. Con la sola mención de la policía te mueres de miedo. Dices que vives con tu novio, pero vagas sola por el mundo hecha una pena, sin... —Se interrumpió porque por fin encontró la clave de algo que lo había estado irritando todo el rato—. Sin nada. No llevas nada. Ni bolso ni mochila, nada de nada. Ni documentación, imagino.

Ella negó con la cabeza.

—No —susurró—. Nada.

Simon sintió ganas de abofetearse. ¿Por qué no siguió su camino esa mañana? ¿Por qué se había metido en aquel lío?

—Aunque uno se escape a toda prisa siempre se lleva algo —dijo. Al menos eso se imaginaba, porque nunca había huido de ningún sitio—. Documentación, dinero, tarjeta de crédito, teléfono... Qué sé yo, ¡algo!

—Me llevé todo eso.

—O sea, que te has escapado.

Asintió con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Problemas con tu novio?

—No exactamente.

—¿Qué quieres decir con «no exactamente»?

Nathalie hundió la cara entre las manos. Su cabello cayó hacia delante como una cortina.

—No te lo puedo contar —musitó—. Por favor, te aseguro que no voy a atacarte ni a robarte. Solo quiero quedarme un poco aquí. Te lo ruego.

—¿Dónde están tus cosas? La documentación, el dinero...

—Las he perdido.

—Pues deberías informar a la policía.

Ella negó con la cabeza, desesperada.

—No puedo, no puedo.

—¿Por qué no? ¿De qué tienes tanto miedo? Nathalie, si quieres quedarte aquí vas a tener que contármelo. Todo esto es cada vez más sospechoso. No quiero meterme en algo que ni siquiera sé qué es.

La joven levantó la cabeza y lo miró. Se rendía. Parecía haber comprendido que solo recibiría ayuda si ponía alguna carta sobre la mesa.

—Creo que he matado a un hombre —confesó.

Simon se había preparado para cualquier cosa, pero no para una revelación como aquella. Se quedó mirándola, estupefacto.

—¿Que has matado a un hombre? Bueno, ¿que eso crees?

—Intentó violarme y me defendí. Creo que está muerto. Salí corriendo, no me paré a comprobarlo.

Hamburgo, Alemania
Lunes, 14 de diciembre

Sentada a la mesa de la cocina contemplaba la copa vacía y dudaba si servirse un segundo vino. Sabía que era fácil acabar tomando más alcohol de la cuenta estando sola. Ella solo bebía en sociedad, con sus amigos o sus compañeros de trabajo. O con Simon. Cuando la visitaba solían quedarse en el salón; se sentaban en el suelo con la espalda apoyada en el sofá, escuchando música y disfrutando de una botella de vino. Era una forma de beber placentera, bonita y compartida. El objetivo no era evadirse de la realidad.

Pero aquel día era distinto. Kristina se sentía confusa e insegura. Completamente perdida.

A lo mejor estaba cometiendo un terrible error con Simon.

Decidida, se sirvió de nuevo. Recorrió la cocina con la mirada: el suelo ajedrezado blanco y negro, los electrodomésticos de acero inoxidable, las macetas rojas de cerámica esmaltada en la ventana, con albahaca, romero y perejil. Todo tan ordenado. Elegante. Lujoso. La cocina de una mujer con dinero.

Kristina era la directora ejecutiva de una empresa que fabricaba componentes mecánicos. No era un puesto que suela ocupar una mujer, por lo que se consideraba una persona inteligente, exitosa e independiente. Segura de sí misma.

Pero también se sentía un poco sola. Se había divorciado cinco años antes. Desde entonces, Simon fue el único hombre con el que se había imaginado el futuro. Fue. Porque esa mañana ella misma le había dejado claro que lo suyo había terminado. Pese a que él había tratado de arreglarlo; le había ofrecido la oportunidad de pasar juntos las Navidades en el sur de Francia. En lugar de eso, pasaría la Nochebuena sola. Y el resto de las fiestas más entrañables igual que esa noche: en la cocina con una botella de vino.

Había conocido a Simon en una web de citas para solteros. Llevaba años inscrita pero ningún candidato había despertado su interés. Sin embargo, con él la chispa saltó en la primera cena, en una pizzería. Era muy guapo. Y simpático, educado, inteligente y solícito. Y parecía sentirse atraído por ella.

Era perfecto.

«¿Habrás gato encerrado?», preguntaba una vocecilla en su cabeza tras aquella primera velada. Estaba en la cama, nerviosa, contenta e ilusionada porque habían

quedado para dar un paseo el siguiente domingo. Aunque hubiera preferido no escuchar aquella vocecilla, ya no tenía dieciocho años sino cuarenta y uno. Con dieciocho se habría dejado llevar por la euforia del momento, pero la vida le había enseñado que los príncipes azules no existen. Ni las princesas. Tan solo hay personas con cualidades positivas acompañadas de fallos, debilidades y carencias. La ausencia de estos inconvenientes le parecía de lo más sospechosa.

Podía ser una tontería, claro. Pero, por algún motivo que no sabía explicar, intuía que la gente perfecta en realidad solo era especialista en ocultar lo que no iba bien en su vida. Con esas personas había que tener más cuidado que con las que se mostraban tal como eran: imperfectas, caóticas, dudosas o contradictorias.

Por eso enseguida se le activó una alarma cuando conoció a Simon. Sin embargo, al hablar del tema con su mejor amiga, Lena, esta puso los ojos en blanco y soltó un gran suspiro.

—De verdad, Kristina, si sigues así nunca vas a encontrar pareja. Has puesto reparos a todos los tíos que has conocido, y ahora el problema es que este no tiene ningún defecto. ¿Se puede saber cómo tiene que ser un hombre para conseguir tu aprobación? Simon es atractivo y amable, además de culto y educado. Pero tú sigues descontenta y, créeme, como se entere ya lo puedes dar por perdido. Un hombre así podría estar con quien quisiera, ¡así que no seas tonta!

—Tú lo has dicho, podría estar con quien quisiera. ¿Por qué no está con nadie? ¿Por qué tiene que buscar en internet?

—¿Y por qué buscas tú en internet? Eres una mujer atractiva y con carrera, pero no veo que los tíos caigan rendidos a tus pies por la calle. Simon estuvo catorce años casado, ahora tiene que volver a encontrar su sitio. Tal como lo has descrito, no parece que sea muy lanzado. A lo mejor es tímido y por eso prefiere ligar por internet. ¿Es que vas a reprocharle su timidez?

Esa no era su intención, desde luego. Pero aun así... había algo irritante.

Simon era traductor autónomo y ganaba bastante menos que ella, pero ese no era el problema. En público no se mostraba ni de lejos tan seguro de sí mismo como ella, pero eso no la molestaba. Solía ser melancólico y retraído, pero tampoco se trataba de eso.

Finalmente Kristina descubrió que Simon estaba a merced de su familia, en especial de Maya, su exmujer. Era eso. Y era un problema enorme. Que, en lugar de mejorar, fue a peor.

No es que siguiera sintiendo algo por su ex; le aseguraba que no era así y ella lo creía. Pero, como es lógico, había un vínculo muy fuerte con sus dos hijos. Y Maya utilizaba ese vínculo para manipularlo a su antojo e interferir en su vida. Aquello era malvado, miserable y rastroso, pero hacían falta dos para mantener esa dinámica. Simon se dejaba hacer, y eso irritaba mucho a Kristina. No necesitaba un superhéroe pero sí un hombre que tuviera el control de su propia vida.

En varias ocasiones Simon canceló sus citas de fin de semana en el último

momento porque debía ocuparse de los niños. Las primeras veces fue comprensiva pero, cuando vio que el incidente se repetía, acabó por rebelarse.

—¡Es pura maldad! Al menos podría avisarte antes. Pero no, te llama el viernes por la mañana para decirte que ella y su amorcito acaban de planear una escapada hasta el domingo por la noche y que te deja a los niños. Le da igual si tú tienes planes. ¡Y siempre le dices que sí y le haces de canguro!

—No le hago de canguro, te recuerdo que soy el padre de esos niños.

—Y ella es su madre. También podría renunciar de vez en cuando a alguna cosa, como haces tú todo el tiempo. ¡Como hacemos nosotros!

Sin embargo, lo que Kristina llevaba peor era que los niños no tuvieran ni la más remota idea de su existencia. Era el secreto mejor guardado de Simon. Al principio también se mostró paciente; entendía que no le resultara fácil explicárselo a sus hijos y que postergara el primer encuentro. Pero con el tiempo aquello degeneró en una farsa absurda. Kristina no existía. Con lo cual, en cuanto los niños entraban en escena, no podían verse en todo el fin de semana. Así que ella se quedaba en casa esperando que se apagaran las alarmas.

Y según pasaban los meses aquella situación le resultó cada vez más indignante.

—Quiero darles algo de tiempo —argumentaba él—. Primero tuvieron que soportar el divorcio. Después Maya les presentó a su novio. Y ahora aparezco yo con una nueva pareja. Es demasiado para ellos.

—Pues a lo mejor tendrías que haberte planteado si había sitio en tu vida para una nueva pareja antes de tenerla. Habría sido más justo por tu parte —respondía Kristina con rabia.

Discutían mucho. Su relación, que había empezado muy bien, se había convertido en un lastre para ambos. Si no fuera porque de vez en cuando disfrutaban de momentos muy bonitos, Kristina lo habría mandado todo al garete mucho antes.

Y entonces llegó diciembre y Simon le contó su plan de pasar la Navidad a solas con sus hijos. Apenas pudo mirarla a los ojos mientras se lo decía porque sabía que esa decisión tendría consecuencias.

—Ya veo —le respondió—. O sea, que me dejas sola el día 25.

—El año pasado se quedaron con Maya en Navidad y yo me los llevé a Francia a pasar el fin de año. Esta vez estarán conmigo ese día pero volveremos el 31. Y la Nochevieja será solo para nosotros dos.

Kristina estaba harta.

—Mira, déjalo —contestó con cansancio—. Ya sé lo que va a pasar: en Nochevieja Maya vendrá con el cuento de que los han invitado a una fiesta a la que no pueden faltar y te pedirá que te quedes con los niños hasta el día siguiente. Así que prefiero buscarme un plan alternativo, porque está visto que no puedo contar contigo.

—No puedes saber lo que va a pasar. Es...

—Sí. Sí que lo sé. Estoy convencida de que Maya sospecha desde hace tiempo que hay alguien en tu vida. Por mucho que quieras convertirme en secreto de Estado,

es una mujer, es lista y te conoce bien. Disfruta aprovechando cualquier ocasión para boicotear tu nueva relación. Y lo peor de todo es que tú se lo pones muy fácil.

—Kristina...

—Vámonos juntos a Francia. Preséntame de una vez a tus hijos, sobrevivirán.

—Justo en Navidad...

—Lo tomas o lo dejas. Si me excluyes de tus planes será el final de lo nuestro. Entenderé que hemos terminado.

—Se lo contaré justo después de vacaciones, te lo prometo.

—No puedo esperar tanto.

No estaba dispuesta a que siguiera dándole largas.

Desde entonces no habían vuelto a hablar. Hasta que, aquella mañana, la llamó por teléfono. No la sorprendió demasiado enterarse de que estaba solo en Francia porque los niños lo habían dejado plantado. Era una jugada típica de Maya.

Debía reconocer que Simon se había rebajado mucho al telefonarla. Sin duda, había hecho un gran esfuerzo, pero ¿era motivo suficiente para ceder?

Sabía lo que le diría Lena: «¡Vete con él! No lo dejes escapar. A ver, tenéis un problema grave pero se solucionará. Solo necesita tiempo, tarde o temprano te elegiré a ti. Y entonces ni te acordarás de todas estas historias».

«Pero seguirá siendo el mismo hombre —pensó Kristina—. Tiene un lado indeciso, manipulable y pusilánime; el hecho de que ese lado se haga menos visible no significa que desaparezca».

¿Debía implicarse más en una relación con alguien cuyo carácter tenía algunos rasgos que... en fin, que casi la repugnaban?

Seguro que Lena le contestaría alguna obviedad del tipo: «No puedes moldearlo a tu gusto. Siempre tendrá algunos defectos que no te agraden».

Como si no lo supiera ya. Pero había una gran diferencia entre «que no te agraden» y «que no soportes». Su problema era que no lograba decidir en qué categoría colocar los defectos de Simon.

Se sirvió una tercera copa de vino. En realidad, ya todo daba igual.

Sofía, Bulgaria
Martes, 15 de diciembre

A mediados de diciembre el estado mental de Ivana era preocupante y Kiril comprendió que debía hacer algo. En los días posteriores a la partida de Ninka, su mujer se esforzó por realizar sus quehaceres diarios: salir a la compra y cocinar, lavar la ropa, mediar en las peleas de los niños, limpiar la casa... Todo en mejores condiciones que en los meses previos. Como por arte de magia, los mil quinientos euros acabaron con sus problemas económicos. Kiril pagó los meses de alquiler que se debían y, desde ese momento, disfrutaron de la calefacción. Tenían comida y pudieron comprar zapatos, al menos para dos de sus hijos. Kiril adquirió lana para que su esposa tejiera bufandas, guantes y gorros. Se permitió el lujo de comprar café; al probarlo, le costó recordar cuándo fue la última vez que disfrutó de ese intenso sabor tras llevar semanas bebiendo té aguado. Esperaba que ese café dibujara una sonrisa en el rostro de Ivana pero sus labios permanecían cerrados y tenía la mirada perdida. Estaba como paralizada, y ya llevaba así mucho tiempo.

Con el paso de los días, muchas tareas domésticas empezaron a quedarse sin hacer. Aunque Ivana madrugaba y se mantenía siempre ocupada, sus movimientos eran cada vez más lentos y mecánicos. Como Kiril seguía sin trabajo pudo encargarse de muchas cosas, pero la situación le inquietaba. Habían hecho lo mejor para Ninka.

Pero parecía que Ivana no lo soportaba.

Levantarse temprano y preparar el desayuno agotaba sus energías para el resto del día. Fregaba los platos y después se desmoronaba. Pasaba la mayor parte del tiempo mirando por la ventana. Cuando alguien le hablaba se sobresaltaba mucho; estaba tan sumida en sus pensamientos que se olvidaba de las personas que la rodeaban.

Kiril la observaba con creciente inquietud. Al principio se limitó a esperar que el problema se resolviera sin más. Pero se dio cuenta de que iba a peor y unos días antes, mientras sus hijos mayores estaban en el colegio, se decidió a abordar el asunto. Como siempre, encontró a su esposa en la ventana. Era un día de invierno soleado. La capa de nieve que cubría Sofía empezaba a fundirse. Las blancas y escarpadas laderas del monte Vitoshka se recortaban con una nitidez casi irreal contra el cielo azul. Aquel piso tenía unas vistas magníficas de las montañas.

—¿Qué te pasa? —comenzó Kiril—. Yo también la echo de menos, pero tú estás completamente cambiada.

Se giró hacia él. Solo entonces se dio cuenta de lo delgada que estaba. Aunque solía llevar ropa amplia que ocultaba su cuerpo, se lo notó en la cara: rasgos consumidos, arrugas marcadas. Siempre había tenido los ojos hundidos pero ahora lo estaban aún más, circundados por oscuras ojeras.

Siguiendo la tradición búlgara, la familia ayunaba desde mediados de noviembre hasta el día de Navidad. Pero, al igual que la mayoría de la gente, no seguían el ayuno de manera estricta, de modo que eso no explicaba su delgadez.

—No puedo dejar de pensar en ella —respondió.

—Ninka está bien —aseguró él, casi como un reflejo. No podía ser de otra manera. El bienestar de su hija era la razón por la que habían hecho todo aquello.

—¿Por qué no nos ha dicho nada?

—Porque no habrá tenido tiempo, debe adaptarse a un montón de cosas nuevas. Piénsalo: está en otro país, con otras costumbres. Tiene mucho que aprender, mucho que asimilar. Estoy seguro de que no piensa en nosotros ni la mitad de lo que nosotros pensamos en ella.

—Tengo pesadillas. La oigo gritar. Y está desesperada.

—Tú misma lo has dicho: solo son pesadillas. Tienes miedo y eso se manifiesta en tus sueños, pero no significa nada.

—Soy su madre, Kiril. Presiento que no se encuentra bien.

—Tú no te encuentras bien. Y lo estás proyectando en ella.

Ivana negó con la cabeza sin decir nada, le dio la espalda y se quedó contemplando el imponente macizo montañoso.

—Quizá nunca vuelva a ver todo esto. Las montañas. La ciudad. Quizá no vuelva a escuchar su lengua materna.

Kiril forzó una carcajada.

—No digas tonterías, Ivana. Vendrá a visitarnos cuando pueda.

—Pero ¿por qué no nos ha dicho nada?

—¿Cómo va a hacerlo? Ella seguro que tiene de todo allí: teléfono fijo, móvil, ordenador, qué sé yo... Pero nosotros, no. En este piso no hay ni teléfono, no puede llamarnos y decirnos que está bien.

—Ya lo sé, Kiril. Por eso le di el número de la señora Dimitrova. Pero no ha llamado.

Los Dimitrov eran unos vecinos del segundo piso que tenían teléfono.

—A lo mejor ha perdido el número. O simplemente se ha olvidado.

Ivana volvió a negar con la cabeza.

—Imposible. Me prometió que lo haría. Sabe que para mí es muy importante.

Aquella conversación terminó ahí y ya solo quedaban nueve días para Navidad, pero Ivana parecía no tener intención de ocuparse de los preparativos. El ayuno finalizaba la mañana del día 25, y lo normal es que ya estuviera cocinando, horneando, asando... Con más motivo aquel año, que no tenían apuros económicos para comprar todo lo necesario. Incluso en los momentos más difíciles, siempre había

procurado cocinar tantos manjares como permitiera la situación. Pero aquel año... no hacía nada de nada. Se limitaba a mirar fijamente por la ventana.

Por eso aquella mañana del 15 de diciembre su marido volvió a preguntarle con mucha delicadeza cuándo pensaba preparar el pan. En ninguna comida navideña búlgara puede faltar el pan de Navidad, en cuya masa se esconde una moneda que trae alegría y prosperidad a quien la encuentra para el año que empieza. Kiril no concebía unas fiestas sin aquel pan.

Ivana se encogió de hombros. Estaba aún más delgada, y ya se le notaba también en el cuerpo.

—Este año no voy a hacer pan. No voy a celebrar la Navidad.

—Pero Ivana... —Empezaba a desesperarse. Las cosas no podían seguir así.

—Sé que Ninka no está bien. Me creas o no, lo sé. Hemos cometido un terrible error. Imperdonable.

—Solo queríamos lo mejor para...

—¿Para quién? ¿Para ella o para nosotros? Nos encontrábamos en una situación límite y vendimos a nuestra hija para salvarnos, ¡esa es la verdad! Ese pan, esa comida que quieres que prepare... La pagaremos con el dinero que nos dieron por ella. No puedo hacerlo, no puedo celebrar la Navidad así. ¡No puedo vivir así!

Kiril entendió que solo tenía una opción: conseguir que Ninka diera señales de vida. A ser posible, confirmando que se encontraba bien y que estaba contenta. En su fuero interno intuía que los malos pensamientos de su mujer podían ser ciertos y, aunque no quisiera admitirlo, también empezaba a preocuparse seriamente por su hija.

Se puso el abrigo más grueso que tenía y el gorro de piel con orejeras; por las noches, la temperatura bajaba de cero grados. Salió y se dirigió a casa de Dano esperando encontrarlo allí. Como trabajaba por turnos, quizá tuviera suerte.

Así fue. Su amigo le abrió la puerta medio dormido, aunque no se mostró molesto.

—Volví a las dos de la madrugada —explicó bostezando—. Pero no pasa nada, entra.

En la minúscula cocina, Dano preparó café mientras Kiril le exponía el problema.

—Tengo que ponerme en contacto con Ninka. De lo contrario, Ivana se vendrá abajo del todo. Está desesperada porque seguimos sin noticias de la niña.

Su amigo bostezó de nuevo.

—¿Os dijeron que las tendríais?

—En realidad todo fue muy confuso. Pero Ninka le prometió a su madre que telefonaría en cuanto pudiera, tiene el número de una vecina. Y no sabemos nada de ella... ¡Dios mío, solo tiene diecisiete años!

Dano lo miró con ojos cansados y enrojecidos.

—Hum... No sé qué puede pasar. Supongo que está disfrutando de la vida y se ha olvidado de que aquí hay gente preocupada por ella. Los jóvenes son así.

—Eso es lo que yo le digo a Ivana... pero hay algo raro. Ella insiste en que las cosas no van bien. Está convencida de que Ninka tiene problemas y de que hemos cometido un grave error.

—Hum... —profirió Dano otra vez. Le tendió a Kiril una taza de café fuerte y caliente—. Toma. Empieza por reponer fuerzas.

—Ha adelgazado mucho. Se niega a celebrar la Navidad. No quiere preparar ni cocinar nada, ¡ni siquiera el pan!

A su amigo aquello le indicó la gravedad de la situación.

—Parece serio. Pero ¿qué puedo hacer yo?

—Necesito hablar con Ninka y no sé cómo... Tengo que encontrar a esa mujer, Viara, la dueña de la agencia de Roma que la contrató. Seguro que puede ayudarme. Necesito que la niña dé señales de vida.

—Yo no sé dónde vive Viara. Me enteré de todo por mi colega del aeropuerto y sé tanto como tú.

—¿Podrías darme su nombre y su dirección? ¡Por favor!

—Es que él no quería... —contestó, visiblemente incómodo.

—Por favor. Es la única pista que tengo. A lo mejor él está en contacto con su hija y puede decirme algo.

Su amigo dudaba, nervioso. Finalmente comprendió que no se libraría de Kiril a menos que le proporcionara aquella información.

—De acuerdo, pero más vale que no me busques un problema. Ojalá no me hubiera metido en esto, soy demasiado bueno... —Arrancó una hoja de una libreta y garabateó algo—. Toma. Gregor Semionov, vive en Liulin. Ve a su casa, está enfermo desde ayer.

—¿Es grave?

Dano se encogió de hombros.

—Ni idea.

Kiril notó que un escalofrío le recorría la espalda. Era imposible que la enfermedad de Gregor Semionov tuviera relación con la partida de sus respectivas hijas. Pero aun así... De pronto tuvo un mal presentimiento, aquello no le gustaba nada. Algo le decía que estaba a punto de cruzar una línea roja. Era como una advertencia inaudible e inconcreta, pero tan intensa que lo hizo estremecerse.

Sin embargo, como todo aquello era completamente irracional, tomó la firme decisión de ignorarlo.

Por supuesto que no dejé de comer del todo. Pero comencé una especie de juego para tomar la cantidad mínima de alimento que me permitía seguir funcionando. Quería sacar buenas notas, ocuparme de mi madre y de la casa; quería controlar mi vida. Eso sí, ingiriendo lo estrictamente imprescindible. Si me mareaba, intentaba comer menos para averiguar dónde estaba la frontera entre el mareo y el desmayo. Era algo similar a lo que les ocurre a los jugadores compulsivos; cuando están al borde de la bancarrota suben sus apuestas y sienten un enorme subidón si, después de arriesgarlo todo, consiguen no arruinarse. Yo también apostaba. Y no perdía.

Hoy me resulta imposible explicar qué me pasaba exactamente. Sin duda, un psicólogo lo haría mejor. Por las noches me palpaba el cuerpo, las prominentes caderas, la barriga hundida, las duras y marcadas costillas. Y me invadía la euforia. Cuando la báscula indicaba que había perdido otro kilo me sentía inmensamente feliz. Pasar hambre dejó de resultarme difícil, todo lo contrario: odiaba tener que comer.

En el instituto, entre las 12.10 y las 13.10, nos daban un almuerzo del que estaban eximidos los alumnos que presentaran un justificante paterno explicando que comían en casa. Eso fue lo que hice. El justificante era falso, claro, y en lugar de ir a casa pasaba aquel rato en el parque, disfrutando de la sensación de vacío en el estómago.

Aunque mentalmente me sentía en la cima del mundo, mi cuerpo empezó a mostrar síntomas de que algo no iba bien. Adelgacé mucho, tenía la cara chupada y me fallaban las fuerzas. Mi pelo perdió el brillo, daba igual las veces que me lo lavara. Cada poco tiempo necesitaba ropa nueva porque la que tenía me quedaba grande. Sacaba el dinero del monedero de mi madre, que jamás controlaba los gastos. Como ella era incapaz de ir al cajero, hacía tiempo que me había entregado su tarjeta de crédito y me encargaba yo. También iba a la farmacia a buscar sus pastillas. Ella solo tenía que ocuparse del Grand Marnier, en eso no podía ayudarla. Era demasiado joven para que me vendieran alcohol.

A pesar de encontrarme de maravilla, mi aspecto era tan lamentable que, poco antes de cumplir los diecisiete, en el instituto se dieron cuenta de que pasaba algo. Durante años nadie se había percatado de que existía un problema de alcoholismo en mi familia. Nadie había notado que carecía de todo apoyo y que, desde niña, me encargaba de mi madre y de la casa. Ella no había asistido jamás a una reunión de padres pese a lo poco convincentes que eran mis excusas, nadie se preocupó de averiguar qué sucedía. Si sacabas buenas notas, como era mi caso, los profesores no te prestaban especial atención. Aunque teníamos un cuaderno a través del cual el tutor se comunicaba con los padres, yo falsificaba la firma debajo de cada mensaje. Era imposible invitar a mis compañeros a mi casa, así que ellos tampoco me invitaban a la suya. Estaba muy aislada de la clase. Y en eso tampoco se había fijado nadie.

Sin embargo, mi extrema delgadez, mis profundas ojeras y un desmayo en clase de gimnasia hicieron que saltaran todas las alarmas. La tutora me citó en su despacho para preguntarme si me

pasaba algo y si tenía problemas.

—No. ¿Por qué?

—Tu pérdida de peso es alarmante —respondió la señora Beyle—. Parece que llevas mucho tiempo ayunando.

—Como sin problemas —aseguré.

—Querida Nathalie, eso no puede ser. A juzgar por tu aspecto, o bien no te alimentas correctamente o bien estás enferma. Me gustaría hablar con tus padres.

—Están separados. Mi padre vive en París.

—Pero tu madre está aquí.

—Sí, claro...

—Pues quiero que venga. Hablaremos las tres de tus dificultades, con total confidencialidad.

Comprendí con horror que la confidencialidad era imposible si mi madre, borracha como una cuba, atravesaba el patio tambaleándose para acudir a una cita con la señora Beyle. ¿Cómo había podido ser tan estúpida? Tenía que haber previsto que mi nueva afición terminaría atrayendo a esas hienas supuestamente preocupadas por los demás que rondan con avidez los problemas ajenos.

—No me pasa nada. —Intenté convencer a mi tutora—. Preferiría que mi madre no se enterara. Ya tiene bastante con lo de la separación.

Pero la señora Beyle no cedió. Me dio una hojita con la hora de la reunión, que entregué a mi madre. Por supuesto, no se presentó. Tampoco a la segunda ni a la tercera cita. Mi profesora dejó de creerse las excusas que me inventaba.

Avisó a los servicios sociales.

Llevaba temiendo ese momento desde que los episodios de alcoholismo se convirtieron en un episodio continuo. Si había alguien a quien odiaba y temía a partes iguales era a los asistentes sociales. En nuestro barrio no era extraño encontrárselos, igual que a la policía. Allí vivía mucha gente fracasada y desesperada. Mi madre no era la única que bebía demasiado, y la frustración y la agresividad, unidas al alcohol, desembocaban a menudo en trifulcas familiares. No pasaba un día sin que se oyeran chillidos y juramentos, cristales rotos, portazos y gritos de auxilio por lo menos en una casa. Siempre había algún vecino que llamaba a la policía, que intervenía a tiempo y evitaba males mayores. Yo no tenía nada en contra de los agentes, más bien al contrario, los consideraba protectores y salvadores. Quizá los miraba sin recelo porque sabía que a mi madre y a mí no nos harían nada. Por muy mal que nos fueran las cosas, nunca nos peleábamos ni llamábamos la atención. Mi madre era una bebedora tranquila. Jamás se ponía violenta ni gritaba. Se limitaba a beber y dormir, dormir y beber. A su manera, era una persona de trato fácil.

Pero a veces se presentaban los asistentes sociales para llevarse a los niños de alguna familia problemática. Y esos sí que me ponían nerviosa. También eran una amenaza para nosotras, por mucho que nos escondiéramos en el anonimato de los enormes bloques de pisos. Llevaban la superioridad pintada en la cara; sin duda pensaban que siempre tenían razón, que siempre hacían lo correcto y que siempre sabían lo que era mejor para los demás. Y tenían una mirada penetrante que no había observado en los policías. Cuando me cruzaba con un asistente social en el descansillo o en las escaleras lo reconocía al instante, y siempre tenía la impresión de que, con solo mirarme, sabía que las cosas no iban bien en mi casa y que bajo mi discreta fachada se ocultaban negros abismos.

Ahora mi estupidez les había facilitado el acceso a los enormes problemas de mi vida, así como al resto de mi entorno. Había llamado su atención. No dejaba de ser una paradoja: me había vuelto más ligera, más liviana, más etérea. Más invisible, se podría pensar. Pero al convertirme en un esqueleto andante en la sobrealimentada sociedad del bienestar, yo solita me había colgado un cartel con letras rojas en el que decía: «¡Padezco un trastorno alimentario!».

Y automáticamente eso hacía que la gente añadiera, sin que nadie se lo hubiera pedido: «¡Necesito

ayuda!».

Desconocía lo que significaba «trastorno alimentario» hasta que acudí a la consulta de la psicóloga a la que me enviaron. Me quedé de una pieza al oírlo. ¿Trastornada? ¿Yo? La única trastornada era mi madre, aunque no quisiera reconocerlo. ¿Acaso yo era como ella?

Pero eso fue más adelante. En aquel momento la señora Beyle activó todos los protocolos, lo que acabó con una vida que en el fondo no me disgustaba. Se presentó en casa una asistente social y, como no podía ser de otra manera, se encontró a mi madre borracha y tirada en la cama. Los vecinos de nuestra planta le contaron que no se trataba de una excepción, sino de su estado habitual.

—¿Cuánto tiempo hace que sucede esto? —preguntó, espantada.

La vecina de la izquierda se mostró especialmente cooperativa:

—Muchos años, desde que se mudó aquí con la niña. También toma pastillas a montones. La pobre Nathalie tiene que arreglárselas sola.

Me sorprendió que supiera tantas cosas. Estaba claro que había subestimado la delgadez de los tabiques y la curiosidad de la gente.

Presionada por los servicios sociales, mi madre accedió a ingresar en una clínica para seguir un programa de desintoxicación del alcohol y las pastillas. Mi padre fue informado de la situación y, tras muchos años, mantuvimos nuestra primera conversación telefónica. Al principio el corazón se me aceleró por la emoción, pero enseguida noté que estaba muy incómodo y que buscaba la forma de sacarse el muerto de encima. En este caso «el muerto» era tener que ocuparse de su hija.

—Claro que podrías mudarte a París con nosotros... —Su tono indicaba que aquello le parecía la peor opción—. Pero no sé si es bueno que cambies de instituto justo ahora...

—¿Por qué?

—Porque falta muy poco para el examen de la universidad. ¿Es que quieres suspender por venir a París?

—Bueno, yo...

—Eso sería terrible, también desde el punto de vista psicológico —me interrumpió—. Se lo diré a los asistentes sociales. Dios mío, ¿por qué no puede dejar de beber?

—Está así desde que te fuiste —sentencié.

Él suspiró.

—¿Eso te ha contado? Nathalie, la verdad es que tuve que marcharme porque por entonces ya bebía. ¿Nunca te diste cuenta?

«No, nunca me di cuenta», pensé, pero no se lo dije.

—Pero no se quedaba en la cama ni andaba a trompicones. Iba a trabajar y...

—Se controlaba más que ahora, está claro, pero siempre bebió demasiado. Es un verdadero desastre, ¿cómo ha podido desmoronarse así, teniendo una hija?

«¿Y cómo pudiste largarte así, teniendo una hija?», pensé, pero tampoco se lo dije. Empecé a despedirme de la posibilidad de vivir con él. No me recibiría con los brazos abiertos, lo había entendido.

—Lucille espera un bebé —continuó—. Es un embarazo de riesgo. Necesito que comprendas que todo sería muy complicado si te mudaras con nosotros.

Lucille, la modelo de lencería. Calculé que rondaría la treintena, por lo que el trabajo habría disminuido; las modelos tienen una fecha de caducidad muy corta. Seguramente quería asegurarse el futuro junto a mi padre con la llegada del bebé. Siempre la había odiado, pero en aquel momento la odié aún más. Ojalá le saliera mal la jugada. Ojalá mi padre la dejara tirada igual que nos había dejado a mi madre y a mí.

De manera que en poco tiempo tendría una hermana o un hermano. Mi deseo de trasladarme a París se esfumó. Vivir con Lucille en calidad de madrastra y con un ser lloriqueante que recibiría unas

atenciones y un cariño que yo solo había soñado... No, gracias.

Sin embargo, mi padre propuso una alternativa. Gracias a los años que había pasado en Metz conocía a mucha gente, y ya había hablado con una antigua compañera de su empresa.

«Una amiga muy querida», así se refirió a ella. Seguro que se habían acostado alguna vez y que seguía colada por él. En cualquier caso, estaba dispuesta a alojarme hasta que hiciera los exámenes.

—Pero, con un poco de suerte, tu madre regresará antes y todo volverá a la normalidad —añadió.

Los de asuntos sociales investigaron a fondo a aquella «amiga muy querida» porque no tendría que hacerse cargo de una adolescente normal sino de una adolescente con anorexia. Querían asegurarse de mil cosas: de que la situación no iba a sobrepasarla, de que se ocuparía de mis visitas al psicólogo, de que siempre estaría en contacto con ellos, etcétera, etcétera, etcétera. No me quedaba otra opción. Bajo ningún concepto quería irme con mi padre, Lucille y el bebé; un piso tutelado era impensable a causa de mi enfermedad; las familias de acogida escaseaban; y, en la medida de lo posible, se evitaban las estancias en centros de menores. Por todo ello, al final acabaron adjudicándome a aquella mujer, que se llamaba Éliane y resultó ser muy agradable. Estaba separada y vivía sola, aunque tenía un novio estable. Hablaba maravillas de mi padre, por lo que me dio la sensación de que realmente había tenido una historia con él. Creo que se sentía algo sola en su gran casa. Su novio no se había mudado con ella pese a que se lo había pedido en repetidas ocasiones y por eso agradecía cualquier compañía. Y hay que reconocer que se esforzaba de verdad: acondicionó una habitación, me ayudaba con los deberes, siempre me trataba con amabilidad. Los fines de semana íbamos con su novio a nadar, hacíamos excursiones en bici y nos sentábamos en *bistrots* a tomar café; ambos me tentaban con cruasanes, pastel de manzana y napolitanas. Sin embargo, aunque llevaba una vida regular y una vez por semana visitaba a la psicóloga, la cuestión de la comida no mejoraba. Éliane cocinaba como los ángeles y cuando el olor invadía la casa sentía muchas ganas de probar sus guisos. Pero en cuanto tenía el plato delante se me cerraba el estómago. Con solo tomar una pizca, me notaba tan llena que me faltaba el aire.

—No puedo más —decía entonces—. Pero al menos he comido un poco.

—Eso y nada es lo mismo, Nathalie —respondía ella, triste y decepcionada—. Si esto no mejora te meterán en una clínica, y no podré hacer nada por evitarlo.

Un día nos enteramos de que mi madre había salido de rehabilitación. Antes de que me diera tiempo a recoger mis cosas para irme a casa, sufrió una recaída y solicitó el reingreso voluntario.

Comprendí que volver con ella ya nunca sería una opción.

Al final del verano mi peso era tan bajo que la asistente social se puso literalmente histérica. Hasta yo era consciente de que mi estado era crítico: se me caía el pelo a mechones y dejé de tener la menstruación. En dos ocasiones me desplomé sin más en el instituto. Me daba mucho miedo que me internaran en una clínica pero no conseguía comer con normalidad.

Éliane empezó a acusar el estrés y se la veía cada vez más arrepentida de haber ofrecido ayuda a mi padre. Lo mío parecía un caso perdido.

Pero entonces el novio de Éliane organizó una gran fiesta para celebrar su cincuenta cumpleaños. Invitó a todos sus conocidos. Acudió un amigo suyo al que yo no había visto nunca, que llevó a su hijo de veinticuatro años.

Jérôme.

Y mi vida cambió para mejor.

La Cadière, Francia
Martes, 15 de diciembre

Cuando se fue a dormir, Simon pensó que le sería imposible conciliar el sueño, pero en algún momento debió de vencerlo el cansancio. Se despertó sobresaltado de un sueño profundo, miró el despertador y descubrió que ya eran las ocho pasadas. Por las rendijas de las contraventanas se colaba la primera luz grisácea de la mañana. Oyó un rumor de agua que al principio no supo identificar, pero luego se dio cuenta de que era la ducha del baño de al lado.

Entonces recordó a su invitada. A su más que inesperada invitada.

Se incorporó y lanzó un suspiro.

Por lo menos no lo había asesinado mientras dormía ni parecía haberse largado con todas sus pertenencias (con las de su padre, para ser exactos). Alguien que se daba una ducha matutina tan relajada seguramente no albergaba malas intenciones.

Aun así, su confesión del día anterior le había dejado en shock: «Creo que he matado a un hombre».

Después de oír esa frase Simon descartó la idea de salir a comprar comida. Había perdido el apetito.

—¿A quién? ¿Dónde? —alcanzó a preguntar.

—A un tipo. En Lyon. No sé nada de él, solo que se llamaba Yves.

—¿Y dónde lo conociste?

—En la calle. Estaba acurrucada en un portal, llevaba casi veinte horas sin comer ni beber nada. Llovía y me moría de frío. Estaba desesperada. Dijo que me daría algo de comer si me iba con él.

—¿Y te fuiste con un completo desconocido solo porque...?

Ella lo interrumpió, furiosa:

—Solo porque me ofreció comida, sí. Y porque llovía y necesitaba calentarme aunque no fuera más que un momento. Y porque estaba mareada y me encontraba fatal. Es decir, exactamente por las mismas razones por las que ayer me fui contigo.

Tenía razón. Simon era tan desconocido para ella como aquel Yves de Lyon. Parecía que el tipo había intentado violarla y, a pesar de todo, había vuelto a correr el riesgo.

¿Cómo de desesperada estaba esa chica?

—¿Y qué sucedió? —preguntó, esforzándose por mantener un tono neutro.

—No puedes imaginarte la pocilga en la que vivía. Hecha un desastre, sucia, descuidada. Apestaba, y el suelo estaba pegajoso. Pero allí no hacía frío. Me senté en la cocina, agotada. Él me miraba fijamente todo el rato. Sabía que... —Empezó a llorar—. Sabía que tenía que irme de allí. Largarme mientras estuviera ocupado buscando comida. Pero el hambre era más fuerte. Más fuerte que el miedo. —Simon le pasó un paquete de pañuelos de papel. Ella se secó los ojos—. Lo malo era que no paraba de girarse mientras rebuscaba en los armarios. Me miraba fijamente. Era... era aterrador.

—Tenías que haberte marchado en ese momento.

—Me fallaban las piernas. Él rebuscaba y rebuscaba en los armarios... Tenía la esperanza de que encontrara algo, cualquier cosa, aunque fuera un mendrugo de pan seco. Me goteaba agua del pelo y de la ropa. Solo quería descansar un rato.

—¿Y fue cuando te atacó? —inquirió Simon. Deseaba oír una explicación lógica, convincente. Saber que Nathalie había actuado en defensa propia lo tranquilizaría un poco, si es que había algo capaz de tranquilizarlo. Definitivamente, aquella joven era un verdadero problema.

Ella asintió.

—Empezó con comentarios obscenos. No me quitaba los ojos de encima. Dijo que se alegraba de que la lluvia me hubiera empapado la ropa, así podía verme los pechos, que lo ponían a mil. Me preguntó si tocarlos sería tan excitante como verlos. Ese tipo de cosas...

—Y después de oír eso, ¿te quedaste?

—Me levanté y noté que me mareaba cuando fui a ponerme el abrigo. Ya sabía que no había nada de comer. Me había fijado en que los armarios de la cocina estaban vacíos. Solo tenía alcohol. Miles de botellas. Aparte de eso, nada. Me dirigí a la puerta. Le dije que tenía que irme pero me cortó el paso. —Se estremeció al recordarlo—. Era bastante alto. Pensé que no tendría mucha fuerza por lo flaco que era y porque además estaba borracho. Pero de repente me sujetó por la muñeca con mano de hierro. Al instante comprendí que lo había subestimado.

—Entiendo.

—Me agarró los pechos, intentó tocarme entre las piernas. Apestaba a alcohol. Jadeaba. Era tan... espantoso... ¿debía defenderme? —Fue más una pregunta que una afirmación.

—Por supuesto que sí. Es solo que... No sé, lo de matarlo...

—¿Y qué iba a hacer? ¿Dejar que siguiera?

—Claro que no. ¿Cómo conseguiste dejarlo fuera de combate?

—Con la mano que tenía libre tanteé la encimera que estaba junto a la puerta. No veía nada pero encontré un objeto. Una botella, claro.

—Y le pegaste con ella.

—Se la estrellé en la cabeza. Permaneció un momento de pie, se tambaleó un poco, se le pusieron los ojos vidriosos y se desplomó. Se quedó tirado en el suelo y

ya no volvió a moverse.

—¿Y entonces te fuiste?

—Lo más rápido que pude. Estaba aterrorizada. Intenté coger el bolso, que acabó en el suelo durante el forcejeo, pero Yves se había caído encima y, después de varios intentos por liberarlo, perdí los nervios. Temía que en cualquier instante volviera en sí. Tenía que marcharme.

—¿Así que el bolso sigue allí?

—Sí, supongo. Dentro llevaba el monedero, aunque estaba vacío. El móvil, la documentación. Era todo lo que tenía. Y está en ese maldito piso de Lyon. Debajo de un muerto.

—¿Comprobaste si estaba muerto? ¿No le tomaste el pulso o algo así?

—¡Por Dios, claro que no! Salí corriendo de allí.

—No tiene por qué haber fallecido. A lo mejor solo estaba inconsciente.

—¿Y si la contusión era muy grave? ¿Y si murió después porque no pedí ayuda?

Esa era exactamente la cuestión. Simon dijo con cautela:

—No consigo entender por qué no avisaste a la policía. Actuaste en defensa propia. Ese hombre iba a violarte y solo pudiste evitarlo golpeándole con la primera cosa que encontraste. Nadie puede culparte por eso.

—¿Y cómo voy a demostrarlo?

—Tampoco se puede demostrar que no fue como dices.

Ella negó con la cabeza.

—Tenía demasiado miedo.

La conversación llegó a un punto muerto. Simon era consciente de que, más allá de la cuestión de la legítima defensa, había otras razones por las que Nathalie recelaba de la policía como el demonio del agua bendita. Pero comprendió que no le contaría nada más. De manera que pidió una pizza, porque necesitaban comer algo, y subió de la bodega de su padre una botella de vino tinto. Ella apenas probó bocado. Él sospechó que padecía algún trastorno alimentario, de lo contrario no se explicaba su extrema delgadez. Seguramente solo comía bien después de varios días de ayuno.

Al cabo de un rato la joven dijo que quería acostarse. Simon le mostró la habitación de invitados, con ventana a la fachada. Ella entró, cerró la puerta y ya no volvió a salir. Debió de dormirse al instante. Estaba rendida.

Aquella mañana, a la luz del día que comenzaba, Simon reflexionó sobre toda aquella historia. El problema era mucho más grave de lo que había imaginado en la playa de Les Lecques. No se trataba de una vagabunda que necesitaba un plato caliente, un techo y una ducha, y que luego seguiría su camino. Con razón o sin ella, aquella joven huía de la policía y no poseía nada de nada.

Si la ponía de patitas en la calle ¿qué haría?, ¿adónde iría? ¿Qué opciones tenía, sin dinero y sin documentación?

«No es problema mío», pensó.

Además, estaba claro que le ocultaba cosas. ¿Qué pasaba con su novio? ¿Por qué

se escondía de él? ¿Por qué no podían ayudarla sus padres? ¿Qué había sucedido antes de meterse en el piso de aquel tipo repugnante?

Mientras no le dijera la verdad no tenía por qué ocuparse de ella.

Pero, por desgracia, no sabía qué hacer para que se marchara. No podía señalarle la puerta y decirle «*Au revoir!*».

Por otro lado, tampoco es que la casa estuviera tomada por una gran familia feliz, emocionada por la proximidad de las Navidades y atareada con los preparativos. De ser así, nadie tendría tiempo para una vagabunda que acababa de matar a un hombre de un botellazo.

Lejos de eso, Simon se encontraba solo bajo la lluvia de la Provenza. Sus hijos le habían dado plantón, él había arruinado su prometedora relación con Kristina y ni siquiera podía volver a Alemania porque era incapaz de confesarle a su padre lo que había sucedido; nada salía como quería.

De manera que, ¿por qué tanta prisa en librarse de Nathalie?

«Porque la chica no está bien. Porque seguramente oculta una historia terrible. Porque siempre te pasa lo mismo: cuando quieres hacer una buena obra, te buscas una desgracia».

Se levantó con decisión. Como siempre, dar demasiadas vueltas a las cosas lo llevaba a pensamientos destructivos.

Como Nathalie seguía en el baño, se vistió, se subió al coche y fue a la panadería de La Cadière a comprar baguetes. Estaba convencido de que la joven no aprovecharía su ausencia para vaciarle la casa, ¿cómo iba a llevarse las cosas? Al contrario, más bien tenía la sensación de que no deseaba salir de allí por nada del mundo.

A su regreso lo recibió el aroma del café; la mesa del comedor estaba puesta y el fuego ardía en la chimenea. Nathalie vestía su propia ropa: leotardos de lana negros, una falda corta y un jersey. Se había secado el pelo a conciencia.

Desayunaron café con baguetes mientras afuera seguía lloviendo a mares.

Permanecieron en silencio casi todo el tiempo, pero finalmente Simon abordó el tema:

—¿Dónde irás ahora?

Ella se encogió de hombros y jugueteó con el trozo de pan que tenía en el plato.

—No sé.

—¿Qué hay de tu madre?

—O está borracha o en la clínica de desintoxicación. No pienso ir con ella.

—¿Y tu padre?

—No quiere saber nada de mí.

—¿Tu novio?

—Imposible.

—¿Por qué?

Guardó silencio.

A Simon se le ocurrió una cosa. En realidad la idea llevaba tiempo gestándose en su cabeza, pero la voz de la razón la había estado reprimiendo.

—Si supieras que ese hombre, el tal...

—Yves.

—Eso. Si supieras que Yves está vivo, ¿te serviría de algo? Ya no tendrías que temer a la policía...

—Podrían acusarme de lesiones...

Él hizo un gesto con la mano, como para apartar esa objeción.

—Para eso tendría que denunciarte, y no lo hará. Tendría que enfrentarse a una acusación de intento de violación. Mantendrá el pico cerrado, estoy seguro.

Ella no parecía muy convencida, aunque al final dijo, dubitativa:

—Bueno... Quizá sí que me quedaría más tranquila.

Simon volvió a tener la impresión de que había algo más. Bastante más.

—Es necesario que recuperes tus cosas. Sobre todo la documentación. No puedes andar por ahí sin nada.

Ella lo miró.

—¿Quieres decir...?

—Yo podría llevarte a Lyon.

«Has perdido el juicio», dijo su voz interior.

—¿A Lyon? Pero si está...

—A tres horas en coche. Y tres de vuelta. Podemos hacerlo sin problema.

—¿De verdad harías eso por mí?

Él apuró su café y se levantó antes de que aquella voz aumentara de volumen e intensidad.

—Lo mejor será que salgamos ya —afirmó.

Metz, Francia

Martes, 15 de diciembre

Era un fastidio y muy injusto tener un gripazo una semana antes de Navidad, pensaba Jeanne. Los últimos días había estado tan enferma que solo se levantaba para arrastrarse hasta el cuarto de baño. El espejo le devolvía un rostro pálido y cetrino con manchas rojas en las mejillas, los labios secos y agrietados y el pelo completamente enmarañado. El termómetro marcaba cuarenta de fiebre. Se mojaba las muñecas con agua fría en el lavabo y cuando se inclinaba para beber del grifo sentía mareos, por lo que tenía que agarrarse a la repisa del espejo.

«Dios mío, ¿cómo es posible sentirse tan mal?», se repetía.

Le dolía todo, hasta el último hueso y el último músculo del cuerpo. Los dientes, las encías, la garganta. Tenía las mucosas inflamadas.

Apenas tomaba nada porque solo de pensar en comida le entraban náuseas.

Sin embargo aquel día, 15 de diciembre, empezó a encontrarse un poco mejor. La fiebre había remitido y el dolor se había calmado. Parecía que iba a sobrevivir. Durante la última semana no lo había tenido tan claro.

El día 23 tenía previsto viajar para visitar a sus padres, que disfrutaban de su jubilación en una casita de la costa atlántica. Con suerte, para entonces estaría recuperada.

Esa mañana había conseguido levantarse y llegar hasta la ventana, descalza y envuelta en el edredón. Su piso era el último de un bloque de viviendas. Contempló la ciudad de Metz, bañada por una luz invernal pálida y algo neblinosa; se fijó en el humo de las chimeneas y en las masas de nubes en el horizonte. Un día frío sin una brizna de viento, con el aire extrañamente inmóvil.

Al apartarse de la ventana se dio cuenta de que su estudio, que consistía en un salón-dormitorio, una cocina y un baño, estaba hecho un desastre. Había pañuelos de papel tirados por todas partes. Junto al sofá cama se alineaba una colección de botellas de agua medio vacías. Valérie, una amiga que vivía en la planta baja, la había cuidado durante un tiempo pero se había marchado a un curso de formación y el caos no había tardado en imponerse. De la cocina provenía un olor desagradable. Jeanne recordó que la última comida que le había subido su amiga se había quedado sin tapar encima de la mesa; cuando se la llevó, estaba tan agotada que se había arrastrado hasta el sofá y se había quedado dormida sin guardarla.

«Tengo que tirarla de inmediato», pensó.

Pero estaba más débil de lo que creía. Recorrer los pocos pasos hasta la ventana le había provocado temblor de piernas y un ataque de sudor. De repente sintió que le faltaban fuerzas para llegar a la cocina.

En cambio, vio que el teléfono inalámbrico estaba al alcance de su mano. Decidió llamar a sus padres para decirles que tenía muchas ganas de verlos y de celebrar las Navidades con ellos. Estaba a punto de coger el aparato cuando sonó el portero automático. Lo que faltaba.

Por un momento se planteó no hacer caso, pero después se le ocurrió que podía ser el cartero. A lo mejor le traía un paquete navideño.

Fue hasta la entrada con cuidado de no caerse. Se sentía tan mareada que tuvo que apoyarse dos veces en la pared.

El telefonillo se encontraba al lado de la puerta. Lo descolgó.

—¿Sí?

—Entrega urgente —dijo una voz masculina.

Justo lo que se había imaginado.

—Suba, por favor —contestó, y pulsó el botón del portero al tiempo que abría la puerta.

De pronto dos hombres entraron en su casa. Jeanne se quedó tan perpleja que de primeras ni siquiera se asustó. ¿Ya habían subido? ¿Tan deprisa? Mientras uno la empujaba al salón el otro cerró la puerta. La joven tardó un poco en abrir la boca para decir algo. A su cerebro le costaba funcionar, al fin y al cabo estaba enferma.

—¡Oigan! —protestó finalmente—. ¿Quiénes son? No pueden entrar así.

El hombre que estaba junto a ella le dio dos guantazos que le sacudieron la cabeza a derecha e izquierda.

—Soy yo quien hace las preguntas, ¿está claro?

Ella parpadeó con dificultad. Vio que el otro hombre, que también llevaba vaqueros y chupa de cuero negros, bloqueaba la salida. Mantenía las piernas separadas y los brazos cruzados y contemplaba la estancia con rostro impasible.

—El cartero está a punto de llegar —logró decir Jeanne—. Acabo de abrirle, ya debe de estar arriba.

Le ardían las mejillas. Tenía el corazón a mil. ¿Qué estaba pasando?

El hombre la miró con frialdad.

—Es de los nuestros. No te preocupes, no nos interrumpirá nadie.

El lento cerebro de Jeanne comprendió que, con ayuda del tipo de abajo, habían conseguido que les abriera la puerta sin sospechar nada. Habrían entrado antes en el portal. En aquel bloque había mucho movimiento, resultaba muy sencillo colarse detrás de alguien.

—¿Qué quieren? —susurró.

El hombre levantó la mano pero no le pegó.

—Limítate a contestar, ¿entendido? Y como grites... —De pronto tenía una

navaja en la mano, cuya hoja hizo saltar. El acero brilló ante los ojos de Jeanne—. Como grites te mato. No quiero oír ni pío. Solo tienes que responder a lo que te pregunte, ¿entendido?

Ella asintió. No comprendía nada. ¿Qué querían de ella? ¿Dinero? ¿Cuánto esperaban sacar de una insignificante empleada de laboratorio que vivía en un estudio de una habitación? Tenía que ser otra cosa. Se concentró. Gracias al subidón de adrenalina estaba muy lúcida y pensaba a toda velocidad, pero no se le ocurría nada. Su vida era de lo más anodina: su trabajo, unos cuantos amigos con los que salía los fines de semana, de vez en cuando viajes a la costa para visitar a sus padres. Eso era todo. Tenía veinticinco años, había mantenido dos relaciones largas y llevaba casi dos años sin novio. ¿Qué parte de su nada espectacular existencia interesaría a aquellos dos matones?

—¿Te acuerdas de Jérôme Deville? —le preguntó el hombre.

Ella asintió.

—Quiero oír un «sí».

—Sí.

Su primer amor. Ella tenía dieciséis y él, diecinueve. Habían estado saliendo unos dos años y medio. Ella, la típica chica de un entorno burgués y protegido. Él, el bala perdida, el aventurero, el seductor. Inquieto, alegre, tomaba la vida tal como se presentaba, sin planear nada, sin preocuparse de nada, sin pensar demasiado. Un día conoció a otra y todo terminó. Aunque entonces Jeanne creyó que se moriría de pena, por supuesto lo superó.

Llevaba años sin saber nada de él. Se había marchado de Metz, alguien le había contado que a París. El periódico publicó que su padre había fallecido. Eso era todo lo que sabía.

Quería decir todo aquello pero no se atrevió. Debía limitarse a contestar. Estaba muerta de miedo.

—Ahora nos lo vas a contar todo de Jérôme —ordenó el hombre, y le dio tal bofetada que la tiró al suelo. La agarró por los pies, la arrastró hasta una silla y la sentó en ella—. ¡Concéntrate! Queremos saberlo todo.

Toulon, Francia
Martes, 15 de diciembre

Inès Rosarde, comisaria de la Policía Criminal de Toulon, necesitaba un café bien cargado. En realidad lo que le hacía falta era un buen trago, pero en pleno día y estando de servicio eso era impensable. Notaba que le temblaban las piernas. La conversación con su superior, el comisario divisionario, había sido muy desagradable. En rigor, no se podía considerar una conversación puesto que ella apenas tuvo oportunidad de decir nada. Cada vez que abría la boca, su jefe la interrumpía:

—Présteme atención. ¡Cállese y escúcheme bien!

Había ocurrido una desgracia y la responsabilidad recaía en Inès. Aunque no estaba directamente implicada, era la superiora y debía responder de los errores de su equipo. Era una lástima que el principal afectado fuera el teniente Perez, su mano derecha, a quien aquello le iba a costar el cuello. O al menos su carrera. Por lo pronto se encontraba suspendido del servicio. Y era probable que nunca recuperara su puesto.

Jamás debía suceder algo así. Habían descubierto a los cabecillas de una banda de traficantes, acusados de varios delitos muy graves. Perez dirigía la operación. Inès tenía gripe y se había quedado en cama con cuarenta de fiebre, y durante aquella conversación con su superior se preguntó si era razón suficiente para haberse ausentado en un momento tan importante. Y qué opinaba el comisario de eso.

¿Habría cambiado algo si ella, y no Perez, hubiera dirigido la operación?

Un civil había muerto, esa era la desgracia que bajo ningún concepto debía suceder. Dos traficantes lograron escapar y se montó un tiroteo con los agentes en plena calle. Aunque la zona estaba asegurada por un cordón policial, un viandante surgió de la nada y no lograron protegerle a tiempo. Murió de un tiro en la cabeza. El arma de la que salió el disparo no era de la policía, como después se determinó, sino de los delincuentes. Pero eso no cambiaba el hecho de que no tendría que haber estado allí, ni de que la responsabilidad recaía en los cuerpos de seguridad. Más concretamente en el teniente Perez, al mando de la operación.

—Perez es demasiado joven e inexperto, ¿cómo es posible que lo dejara a cargo de una misión tan importante?

El comisario había repetido aquella pregunta tres veces sin esperar la respuesta de Inès Rosarde, que solo a la cuarta ocasión consiguió decir:

—Estaba perfectamente capacitado, lo mantengo incluso ahora, después del terrible suceso. No tuve ninguna duda a la hora de ponerlo al mando. Era... es mi mejor hombre. Lo sucedido me habría podido pasar a mí.

—Pero no le ha pasado a usted, le ha pasado a Perez. Y ahora todos pagamos los platos rotos. ¿Ha leído el periódico de hoy? Está lleno de reproches y se piden responsabilidades. El hombre muerto a tiros «por error» era un padre de familia. Deja tres niños pequeños.

Inès bajó la cabeza. Era terrible, realmente terrible, una tragedia. Aun así, tenía la certeza de que a su jefe no le importaban tanto el padre de familia fallecido y los tres huerfanitos como la mala prensa y la reiterada petición de responsabilidades. Por supuesto, jamás habría expresado tal cosa en voz alta.

Sabía que desde ese momento estaba en el punto de mira: durante meses no debía suceder nada en su jurisdicción que pudiera provocar ni la más mínima arruga en el ceño de su superior. Había perdido a Perez como mano derecha. Ahora debía encontrar a alguien para sustituirlo, y el comisario le había recomendado que esa vez procurara tener mejor olfato.

De regreso a su despacho se dio cuenta de que todos callaban a su paso. Reinaba un silencio opresor y agobiante. Peor aún: un silencio compasivo. Todos sabían que acababa de sufrir las iras del comisario.

Sacó un café de la máquina (solo, cargado, sin leche ni azúcar), se dirigió a su despacho y cerró de un portazo. Se sentía realmente mal; aparte de lo sucedido, aún notaba en los huesos los coletazos de la gripe. Pero la salud no importaba. Su cabeza no rodaría, esa era la buena noticia de la mañana. Sentía ganas de llorar por Perez, pero eso no ayudaba a cambiar las cosas.

Seguir adelante. Era su lema. Planificar los próximos pasos. Mantener la mente despejada.

Tenía que buscar un sustituto. En teoría podía ser también una mujer, pero en la práctica se entendía mejor con los hombres. Regresó a la puerta, la abrió y le pidió a una agente que pasaba por delante:

—Necesito el expediente del teniente Jean Caparos. Tráigamelo, por favor.

Había que ponerse en marcha.

Autoroute du Soleil, Francia

Martes, 15 de diciembre

Durante la primera hora y media no cruzaron ni una palabra. Llovía sin parar, los limpiaparabrisas se movían rítmicamente a derecha e izquierda. La montaña Sainte-Victoire, que en días despejados se alzaba en el horizonte majestuosa e imponente, apenas se distinguía entre las nubes. A ambos lados de la autopista, envueltos en la gris monotonía, se veían pequeños pueblos y granjas aisladas.

Simon se preguntó si sería el único al que le afectaba aquel paisaje y tuvo que esforzarse para no caer en la melancolía. Seguramente para otros solo era un día de lluvia normal, nada más. Quizá la situación en la que se encontraba lo hacía más vulnerable. Al parecer, Nathalie no había descansado aquella noche tan bien como él creía. Dormía arrebujaada en su asiento, respirando acompasadamente. Su larga melena la cubría como una manta.

«O está agotada o demasiado tranquila, si tenemos en cuenta que vamos camino de averiguar si ha matado a un hombre», pensó.

Empezaba a plantearse si era buena idea y, más aún, cómo era posible que la hubiera propuesto él mismo: viajar a Lyon con una completa desconocida para ir a casa de un completo desconocido (y no debía engañarse: más bien para colarse en su casa dado que, si de verdad estaba muerto, difícilmente podría abrirles la puerta...). ¿Qué locura era aquella? Era un disparate. Y peligroso. Podía salir muy malparado si Nathalie resultaba ser la mayor mentirosa del mundo. Sin embargo, tenía la impresión de que decía la verdad cuando le contó lo sucedido en Lyon. Quizá era buena actriz, pero le había parecido sincera. No obstante, el mismo instinto que le indicaba que no mentía le también le decía que ocultaba cosas. Y que Yves y Lyon no eran sus únicos problemas.

«Me he metido en todo esto por mi situación —reflexionó—. Por mi soledad. Por la sensación de que siempre fracaso y lo hago todo mal. Por mi deseo de tomar el control de una vez por todas para mejorar las cosas».

Sin duda prefería viajar a Lyon con Nathalie para investigar una historia de lo más extraña antes que pasarse los días previos a la Navidad en casa de su padre mientras llovía sin parar.

La joven se enderezó de pronto y al instante estuvo completamente despierta.

—¿Ya hemos llegado?

—Acabamos de pasar Orange —informó Simon—. Quedan unas dos horas.

Ella apoyó la cabeza en la ventanilla y lo miró.

—¿Por qué haces esto?

A Simon no le apetecía revelar sus tristes pensamientos.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —contestó—. ¿Dejarte en la calle sin dinero, sin documentación y con un miedo atroz a la policía?

—No eres responsable de mí. Te da igual lo que me pase.

—Me he metido en esto contigo, no me da igual.

Ella asintió; su expresión revelaba que esa era una respuesta que nunca antes le habían dado, o muy pocas veces.

Él se avergonzó un poco de hacerse el héroe, cosa que no era en absoluto.

—De verdad, no me molesta. Tampoco es que haya muchas personas importantes en mi vida...

—¿No tienes novia? ¿O es que te has separado hace poco?

—Hace ya dos años. Pero no, no tengo nada serio. —No quería hablarle de Kristina porque pensaba que sus fracasos le pertenecían solo a él.

—Encontrarás a alguien. Seguro. Eres bastante guapo.

Deseó no ponerse colorado, aunque sintió que le ardían las mejillas. Mantuvo la vista clavada en la carretera.

—El tiempo lo dirá.

—¿En qué trabajas?

—Soy traductor.

—¿Ah, sí? ¿Qué bien! ¿Y qué traduces?

—Libros. Del francés y del inglés.

Parecía muy impresionada.

—Debes de ganar bastante dinero, ¿no?

Si no tuviera que pagar nada, sí, claro.

—Bueno... —respondió evasivo. No podía decirse que el número de encargos fuera abrumador.

—Pero vives en Alemania y posees una villa preciosa en el Mediterráneo... Seguro que tienes dinero.

—La casa es de mi padre.

—Ah, es verdad. Ya me lo habías dicho.

La conversación resultaba demasiado personal para Simon.

—Y tú ¿en qué trabajas? —inquirió. Lo que menos le apetecía era hablar de su exitoso y adinerado padre.

Se mostró un poco avergonzada.

—No soy tan lista como tú. No podría traducir libros ni nada por el estilo... Soy dependiente de una joyería.

—¿Dónde?

El día anterior no quiso decirle dónde vivía. Suspiró como si hubiera decidido que

ya daba igual.

—En París.

—¿En París? ¡Qué maravilla vivir allí!

—Sí. Pero tenías razón, crecí cerca de la frontera alemana. En Metz, por eso me defendiendo bastante bien en alemán.

Habían hablado en francés todo el tiempo, pero Simon recordó que su pronunciación en alemán era perfecta.

—Te defiendes con bastante soltura. Deberías perfeccionarlo de cara al futuro.

—Está bien así —respondió ella.

«Nada en tu vida está bien —pensó Simon—, tienes problemas serios». No quería mencionar a su madre alcohólica, así que decidió preguntarle por su pareja:

—¿Qué pasó antes de que te fueras de París? ¿Te peleaste con tu novio? ¿Qué te llevó a Lyon? ¿Y por qué estabas tan desesperada como para irte a casa de aquel tío?

—No me peleé con mi novio. Pero... es difícil de explicar. —Él esperó con paciencia y finalmente ella continuó—: Tuve que marcharme de forma precipitada. Salí del trabajo y no pude ni pasar por casa a recoger mis cosas. Solo llevaba el bolso con la cartera, el móvil y la documentación. Nada más.

¿Qué podía ser tan urgente como para abandonar la ciudad a toda prisa? Simon intuía que no podía presionarla. En solo unas frases había dado más información de la que había revelado hasta entonces. Debía actuar con cautela si quería conocer toda la historia.

—Pero tendrías una tarjeta de crédito. ¿Por qué no sacaste dinero para comprar algo de comer en lugar de irte con un tipo como Yves?

—Lo intenté, todavía en París. Imposible. La cuenta estaba vacía. Y llevaba poco dinero.

—¿Era tu cuenta personal o...?

—Era de los dos. —Su rostro adoptó una expresión reservada.

Simon se preguntó si habrían vivido por encima de sus posibilidades. ¿O es que el novio lo había sacado todo a espaldas de Nathalie?

—¿Y cómo lograste llegar a Lyon sin dinero?

—Haciendo autostop.

—Vives peligrosamente.

—Me recogió una mujer muy amable.

Él hizo otro intento.

—No entiendo que tuvieras que marcharte tan deprisa que ni siquiera pudieras pasar por casa.

Ella se encogió de hombros.

—Pues así fue.

—¿Y no quieres contármelo?

—No quiero meterte en problemas.

A él casi se le escapó la risa.

—¡Ya es tarde para eso!

Ella guardó silencio. El hombre tenía toda la razón.

—¿Cómo se llama tu novio? —insistió él.

—Jérôme —respondió. Sin más. Sin apellido.

Simon tuvo la certeza de que el tal Jérôme era el núcleo del problema.

—Propongo que paremos en un área de servicio y repongamos fuerzas con un café y un cruasán. Después nos ocuparemos de Lyon y de Yves.

—De acuerdo —aceptó ella.

Lyon, Francia
Martes, 15 de diciembre

Era más de la una cuando llegaron a Lyon. Alargaron la pausa del café porque en el fondo tenían miedo de averiguar lo que les esperaba en el piso de Yves. Podía ser que lo encontraran vivo y coleando y que montara en cólera al ver a Nathalie. O que estuviera muerto. La tercera opción era que estuviera vivo pero no en casa. O demasiado borracho para abrir la puerta.

En cualquier caso, necesitaban entrar en el piso. La prioridad era que Nathalie recuperara sus cosas, sobre todo la documentación. Simon tenía un plan que, por el momento, no pensaba revelar: la ayudaría a recobrar el bolso, le demostraría que (Dios lo quisiera) no había matado a Yves, regresaría con ella a La Cadière, la alojaría una noche más y, a la mañana siguiente, le daría doscientos euros y le pediría que siguiera su camino. Con eso haría mucho más de lo necesario y no tendría mala conciencia. Si la chica tenía otros problemas ya no era asunto suyo, entre otras cosas porque no tenía intención de contárselos. Tendría que arreglárselas sola.

Exactamente igual que él.

Se pasaron el barrio junto a la autopista, que, pese a las obras de rehabilitación, seguía resultando bastante lúgubre. Abandonaron la autovía en la primera ocasión y retrocedieron un buen trecho por las calles. Simon había recorrido aquella zona muchas veces en su juventud y conocía bien las casas señoriales del Quai Perrache, que habían vivido tiempos mejores; con el paso de los años se estaban viniendo abajo. Sus altas ventanas y balcones con barandillas de forja labrada ofrecían una vista espectacular del Ródano, que fluía a sus pies ancho y tranquilo. En días soleados, cuando el agua brillaba y los árboles de la otra orilla estaban en flor, la imagen era maravillosa. Pero ¿quién iba a sentarse en el balcón o dejar abiertas las ventanas en verano, con el estruendo de la autopista? La gente con dinero se había marchado y solo quedaban los que no podían permitirse otra cosa. Por lo tanto, nadie invertía en los edificios, aunque hacía poco se había puesto en marcha un proyecto para demoler las casas en ruinas y sustituirlas por construcciones modernas.

—¡Ahí es! —exclamó Nathalie de repente. Llevaba un rato mirando por la ventanilla, muy concentrada—. Calle Marc-Antoine Petit. Ahí fue donde me habló.

Simon giró y aparcó nada más doblar la esquina. Seguía lloviendo a raudales y hacía frío. La joven se ajustó el abrigo y se puso la capucha. Parecía nerviosa y

asustada.

—A ver si consigo encontrar el portal —dijo—. Su piso estaba tres edificios más allá.

Recorrieron la calle. En los baches del asfalto se habían formado charcos y tenían que mirar dónde pisaban. Por suerte, todo estaba desierto y no se cruzaron con nadie. El mal tiempo retenía a todo el mundo en casa.

Al principio, Nathalie dudó porque todos los portales se parecían; en realidad, eran casi idénticos. Pero finalmente creyó reconocer la puerta.

—Sí, aquí fue. Esta puerta tiene un ventanuco y las otras no. Estaba aquí sentada cuando me habló.

—Vale —repuso Simon—. Así que, ¿tres edificios más allá?

Ella asintió. Comenzó a andar delante de él. Todo su cuerpo estaba en tensión.

—Es aquí —anunció, y se detuvo.

Era una casa como todas las demás, al final de la calle Marc-Antoine Petit. Simon contempló la fachada. Algunas ventanas indicaban que la vivienda estaba vacía y en otras colgaban cortinas que en su día fueron blancas, pero el tiempo y el tabaco habían vuelto de un amarillo grisáceo. En varios alféizares incluso había flores.

En el panel del portero automático solo tenían etiqueta algunos timbres, pero eso daba igual porque Nathalie desconocía el apellido de Yves. Empujó la puerta, que se abrió sin problemas dando paso a un portal oscuro en el que resonaban los pasos. Olía a una mezcla de comida podrida y pañales sucios.

—Es el cuarto piso —susurró la chica—. O eso creo.

Seguía yendo por delante. Los escalones crujían. En la pared había una pintada en la que ponía «*Fuck you!*». Uno de los rellanos estaba cubierto con una alfombra mullida sucísima pero, en su intento de crear cierta sensación de hogar, resultaba conmovedor.

De pronto Simon deseó no haberse embarcado en aquella aventura. Estaba muy lejos de ser un héroe, aquello le quedaba grande. Yves podía agredirlo. No le habían pegado en su vida y jamás había tenido que defenderse utilizando la fuerza física. Sabía que algo así le sobrepasaría por completo.

Alcanzaron el cuarto piso, donde había dos puertas enfrentadas. Nathalie se detuvo ante la de la izquierda.

—Aquí es —indicó.

Y eso fue todo. Él se dio cuenta de que ella ya no haría nada más, por muy decidida que pareciera hasta entonces. Fue como si su cuerpo se hubiera desinflado, agotando sus reservas de fuerza y energía. Para su vergüenza, lo que Simon quería era que se dieran la vuelta y se marcharan, pero un resto de orgullo se lo impidió. Rodeó a la chica y llamó con los nudillos. Allí no había timbre.

—¿Hola? —gritó—. ¿Me abre?

Silencio total.

—Te lo dije, está muerto —dijo Nathalie.

—A lo mejor ha salido.

Se quedaron quietos sin saber qué hacer. «A lo mejor ha salido» no les servía de nada: tenían que recuperar el bolso.

—Podemos esperar un poco —propuso él.

—No vendrá.

—Pero tampoco podemos forzar la puerta.

—¿Por qué no? No creo que le importe a nadie.

Simon no quería reconocer que no tenía ni idea de cómo forzar una cerradura. Cada vez se sentía más fuera de lugar. A lo largo de su vida, nada lo había preparado para una situación como aquella.

—Pero haríamos ruido —objetó—. Hay gente viviendo en este edificio. No creo que nos interese llamar la atención.

Por probar, giró el pomo de la puerta. Y esta cedió y se abrió.

Aguantaron la respiración de manera instintiva. Son muchos los libros y las películas que describen con todo detalle cómo huelen los sitios en los que yace un cadáver de varios días.

—No pienso poner un pie ahí dentro —afirmó Nathalie—. ¡Ni un paso!

Simon tomó aire con precaución. Más allá de que el bloque entero olía bastante mal, no notó que de la vivienda saliera nada apestoso. Sí percibía algo extraño, pero no podía identificarlo.

—¿Estás segura de que este es el piso?

—Sí, recuerdo la alfombra del pasillo. —Señaló una alfombra de rafia que se veía por la puerta entreabierta—. Es la casa de Yves.

—No puede estar muerto, apestaría.

—Pero sí que huele raro —observó ella, olfateando con cuidado.

—Después de una semana tendría que ser un olor muy distinto.

—Yo no entro —repitió la chica.

Simon comprendió que le tocaba hacerse el héroe y aventurarse en el piso de aquel tipo que, o bien había salido, o bien estaba borracho en la cama. Solo tenía que coger el bolso de la cocina (si es que seguía allí) y asegurarse de que el hombre no yacía muerto en el suelo. Después podrían marcharse y olvidar el asunto.

Se internó en la vivienda.

Un minuto después sabía exactamente de dónde provenía aquel extraño olor. Y otro medio minuto después estaba vomitando en el fregadero de la cocina.

En aquel momento le quedó claro que la decisión de ayudar a aquella joven en la playa había sido un grandísimo error.

Estaban en el descansillo hablando en alemán. No necesitaron palabras para cambiar a ese idioma, pues temían que hubiera gente escuchando tras las puertas.

Nathalie no había entrado en el piso. Cuando vio salir a Simon dando tumbos,

bañado en sudor y con la cara cenicienta, supo que sus peores temores se habían confirmado.

—¡Está muerto! Te lo dije. Lo he matado. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué voy a hacer...? — Se aferraba a la barandilla, horrorizada y consternada. No saber lo que le había pasado a Yves era malo, pero saberlo a ciencia cierta resultaba terrible.

—Por el amor del cielo... —susurró Simon. Sentía náuseas y escalofríos, como si sufriera una bajada de tensión—. No es lo que me habías dicho, Nathalie. No me lo describiste así.

—Te conté exactamente lo que pasó.

—Pero es que está... Nathalie, comprendo que te defendieras de su ataque, pero ¿tenías que ensañarte?

Ella lo miró confusa.

—¿Ensañarme? Le di con una botella en la cabeza y él...

—Déjalo. Está hecho trizas. Ha sido con un cuchillo, no con una botella. La cocina está llena de sangre. De ahí viene el olor, Nathalie. Ese olor metálico y dulzón ¡es la sangre!

Pero ella seguía confusa. Realmente confusa, pensó Simon.

—Te lo juro, yo... agarré una botella. Estoy segurísima. Se la estampé en la cabeza y salí corriendo. Incluso me dejé el bolso por no pararme a recogerlo. ¿De verdad crees que fui capaz de buscar un cuchillo y...? —No terminó la frase.

—¡Pues míralo tú misma! ¡Entra en la cocina y verás qué carnicería! —Se había puesto a gritar. Ella le puso la mano en el brazo.

—Baja la voz, por favor.

Él se secó el sudor de la frente. Poco a poco se le fueron pasando las náuseas. Empezaba a ver las cosas más claras, a pensar con más lucidez.

—Voy a llamar a la policía, Nathalie. Lo siento mucho. No puedo convertirme en cómplice de... ¡de algo así! Esto es injustificable incluso en defensa propia.

La chica estaba al borde de las lágrimas.

—Simon, te juro que no cogí un cuchillo. Te lo juro por Dios.

—¿Qué le importa Dios a alguien como tú? —respondió encolerizado.

Estaba furioso. Muy furioso. Con Nathalie, pero sobre todo consigo mismo. Se quedaron mirándose fijamente. Pero consiguieron calmarse.

—El olor no es muy intenso —señaló ella.

—Pero ¿qué dices? Lo hemos notado los dos.

—Es verdad, pero piénsalo. Aunque no creas nada de lo que te digo, admite que ayer por la mañana me encontraba en la costa, y de eso hace ya más de veinticuatro horas. Y hay que sumar el tiempo que tardé en viajar desde aquí, desde Lyon, a Les Lecques. Si hubiera matado a Yves el olor tendría que ser más fuerte, nos habría echado para atrás al abrir la puerta. Tú mismo lo has dicho hace un momento. Olía raro, es cierto. Pero era algo tan sutil que al principio ni siquiera sospechamos nada malo.

Simon reflexionó. No era un mal argumento. Aunque, evidentemente, no sabía nada de descomposición de cadáveres. Con toda aquella sangre... ¿de verdad el olor era demasiado sutil?

—¿Estaba allí mi bolso? —preguntó entonces Nathalie.

Se había olvidado del bolso por completo. Estaba demasiado ocupado intentando llegar al fregadero a tiempo para vomitar el desayuno.

—No lo vi al entrar —respondió—. Y, sinceramente, luego no me quedó valor para buscarlo.

—¿Y no podrías...?

—¿Volver a entrar? No. Ni hablar. Si quieres recuperarlo tendrás que ir tú. Quizá no esté de más que veas con tus propios ojos lo que has hecho.

Ella se mordió el labio. Empujó la puerta. La oleada dulzona que invadió el descansillo era más intensa que unos minutos antes.

¿Eran imaginaciones de Simon? ¿O realmente el olor progresaba así de deprisa? En ese caso, la teoría de Nathalie podía ser cierta. Aunque lo último que quería era volver a entrar, al final la siguió.

La cocina estaba frente a la entrada. En la alfombra del pasillo había sangre. Huellas que, como sospechó Simon, eran suyas. A cualquier investigador se le pondrían los pelos de punta: estaban contaminando la escena del crimen, por lo que la policía científica tendría serios problemas para encontrar pruebas relevantes. Por si fuera poco, también estaban convirtiéndose en sospechosos.

Pensó que debía llamar a la policía de inmediato pero, en lugar de eso, entró en la cocina. Allí se encontró a Nathalie apoyada en la mesa, contemplando horrorizada la escena.

Yves (al menos Simon creía que se trataba de él) yacía boca abajo delante de la ventana. El pelo oscuro y enmarañado, el cuerpo enjuto, la ropa gastada y raída. A su alrededor se había formado un gran charco de sangre. Había salpicaduras en las paredes, el techo, la mesa, las sillas. En el marco de la ventana.

—¿Cómo puede la sangre salpicar tanto? —inquirió la joven.

Era una pregunta extrañamente objetiva para una escena tan espantosa, pero él se alegró de que la chica no perdiera la cordura. De que no comenzara a gritar histérica o se desmayara.

—La sangre arterial sale con mucha fuerza —respondió—. Lo leí en algún sitio.

—¿Y qué le han...?

—Yo diría que le rajaron el cuello. Pero parece que también tiene puñaladas en la espalda. Y seguramente en la barriga. —Se preguntó a quién le estaba explicando todo aquello. ¿A la asesina? ¿O a alguien tan asustado como él?

—No he sido yo. ¡Dios mío, yo sería incapaz de hacer algo así! —Con un esfuerzo visible por superar su horror, se arrodilló junto al hombre procurando no mancharse y le cogió la mano.

Al instante se incorporó de un salto.

—¡Está caliente! Simon, tócalo. Está caliente.

Este avanzó por la cocina con precaución. Sin duda el olor se había acentuado y eso reforzaba la teoría de Nathalie de que el cuerpo no llevaba mucho tiempo allí. Pero, entonces, ¿qué había sucedido?, ¿quién era el culpable de aquello? ¿No era demasiada casualidad? ¿Que el mismo hombre fuera primero noqueado por una joven para luego, unos días después, ser brutalmente asesinado en su propia casa? ¿Quién era aquel Yves? ¿Cuál era su papel en aquella historia?

Simon se arrodilló con cuidado y se armó de valor para agarrar la mano del muerto. Nathalie tenía razón: no estaba fría, como cabría esperar. Al contrario, seguía bastante caliente.

Soltó la mano con tal sobresalto que cayó a plomo en el charco de sangre y le salpicó el jersey gris claro.

—¡Madre mía! —exclamó—. Tiene que haber... ¡puede que haya sucedido ahora mismo!

Entonces se le ocurrió otra cosa: ¿estaría realmente muerto? La cantidad de sangre no dejaba lugar a dudas pero, por si acaso, le buscó el pulso. Nada.

Levantó la mirada hacia la joven y reconoció el miedo, incluso el pánico en sus ojos.

—Acaban de estar aquí —susurró la chica—. Puede que sigan cerca. Tenemos que irnos, Simon. Cuanto antes.

—¿Quiénes? —le preguntó mientras se ponía en pie de un salto, contagiado por su agitación y su miedo.

—Luego te lo explico. Ahora no hay tiempo. ¡Deprisa, ven!

Lo cogió de la mano y salieron corriendo. Solo al llegar abajo Simon se dio cuenta de que no habían recuperado el bolso. Pero eso carecía ya de importancia.

Mientras corrían hacia el coche bajo la lluvia torrencial gritó:

—¡Quiero una explicación, Nathalie! ¡Y más vale que sea buena! ¡Si no, iré a la policía!

—Luego —repitió ella—. Luego.

Simon tuvo la certeza de que aquella vez sí hablaría.

Sofía, Bulgaria
Martes, 15 de diciembre

Kiril salió de la casa de Dano y tomó el metro hasta donde vivía Gregor Semionov. Esperaba encontrarlo allí; si estaba enfermo no andaría dando vueltas por la ciudad.

El hombre residía en Liulin, un barrio de bloques soviéticos a las afueras de Sofía, en el octavo piso de un edificio que tenía el ascensor estropeado. Kiril subió por las escaleras y se detuvo resoplando ante la puerta de la vivienda. Llamó al timbre y le pareció oír pasos en la casa. Pero después se hizo el silencio.

Había alguien dentro que no quería abrir la puerta.

—¡Hola! —gritó. Intentó no subir mucho la voz para no asustar a los vecinos—. Soy un amigo de Dano, de Dano Lukaiev.

Nada. Lo intentó de nuevo.

—Dano me ha dado su nombre y su dirección. Me ha contado que usted también ha mandado a su hija al extranjero con una agente de modelos llamada Viara. —En ese momento cayó en la cuenta de que no conocía el apellido de Viara. Ni su dirección. Ni su teléfono.

«Nos pondremos en contacto con ustedes», había dicho la mujer antes de despedirse. Nada más. Y se habían contentado con eso.

—¡Por favor! —insistió—. Sé que está en casa. Solo quiero hablar con usted. Le confiamos nuestra hija a esa mujer, para que pudiera tener una vida mejor, y ahora no sabemos nada de ella. Mi esposa se encuentra muy mal, estamos preocupados. Necesito saber algo de mi hija y esperaba que usted pudiera ayudarme de algún modo.

Todo continuó en silencio. Pero luego se escucharon unos pasos acercándose. Lentos, dubitativos. Arrastrados. Había alguien al otro lado de la puerta.

—Por favor, abra —rogó de nuevo.

La puerta se entreabrió dejando ver el rostro asustado de una mujer mayor.

—¿Sí? —susurró.

—Soy Kiril Dankov. ¿Es usted la esposa de Gregor Semionov?

Ella asintió.

—Katarina Semionova. Pase.

Abrió lo bastante para que pudiera colarse dentro y cerró enseguida. Kiril se sintió muy raro. Como en una película sobre la Bulgaria comunista, cuando la gente

tenía miedo de los servicios de seguridad del Estado y había reuniones secretas, susurros ansiosos y puertas que se cerraban a toda prisa. Cuando era peligroso confiar en el vecino porque podía ser un chivato. Aquellos tiempos habían quedado atrás pero Katarina Semionova sentía miedo, eso era evidente. Un miedo atroz.

En el pasillo se amontonaban cajas, bolsas y maletas. Parecían los bultos de una mudanza, o al menos de un viaje largo.

—Como le he dicho —comenzó Kiril—, se trata de mi hija...

La mujer asintió y le hizo una seña para que la siguiera al salón. Allí había más bolsas cerradas. Un hombre se encontraba junto a la ventana. Gregor, supuso Kiril. La mirada del hombre le recordó de inmediato a la de Ivana. Congelada. Vacía.

También había una chica sentada a la mesa del comedor. Debía de tener unos diecisiete o dieciocho años. De pelo largo y negro y grandes ojos oscuros. Vestía un chándal gris que le quedaba grande y deportivas rosas. Mantenía la mirada clavada en la mesa. Solo levantó la cabeza un instante cuando Kiril entró.

Este se quedó sin respiración por un momento: jamás había visto una joven tan hermosa.

—Mi marido, Gregor —presentó Katarina—. Y nuestra hija, Selina.

—Te he dicho que no le abras la puerta a nadie —advirtió el hombre. Su tono no era de enfado sino de agotamiento.

—Está buscando a su hija.

—O a Viara, la directora de esa agencia de Roma —explicó Kiril—. No sé su apellido ni su dirección.

—Nosotros tampoco —repuso Gregor.

—Pero de algún modo la conocerían...

El hombre señaló a su hija, que tenía de nuevo la cabeza gacha.

—Se acercaron a Selina en una discoteca, un hombre joven llamado Mihailo. Le dijo que era una preciosidad...

«Y no mentía en absoluto», pensó Kiril.

—... y que podía ganar mucho dinero como modelo. Hacerse rica y famosa, aparecer en las portadas de las revistas. Selina le dio nuestra dirección, y él y la tal Viara vinieron a visitarnos. Nos creímos todo lo que esa mujer nos dijo.

Kiril asintió. A él le había sucedido lo mismo. Su apariencia, sus maneras, su buena presencia en general, disipaban cualquier sospecha.

—¿Y cómo es que su hija está aquí? ¿Al final no se fue?

—Yo me opuse —intervino Katarina—. Desde el principio. Todo ese cuento de hacerse modelo y actriz... Rica y famosa... La niña estaba como loca. Quería irse a toda costa. Le dije que era demasiado bonito para ser verdad, que el dinero y la fama no se consiguen tan fácilmente. Eran demasiadas promesas, ¿sabe? Demasiado brillo.

—No habríamos podido impedir que se marchara —sentenció el padre dirigiéndose a él—. Se lo repito a Katarina una y otra vez porque se siente culpable. Selina estaba decidida. Llegado el caso, se habría marchado sin nuestro

consentimiento. ¿Qué íbamos a hacer? ¿Encerrarla?

—¿Y les dieron... dinero? —inquirió Kiril.

Al parecer aquella pregunta no les molestó porque asintieron abiertamente.

—Para ser exactos —explicó Gregor—, se trataba de un anticipo por el trabajo de Selina. La mitad para ella y la otra mitad para nosotros.

—Pero regresó aquí sin dinero —añadió la madre—. Se lo habían quitado todo. Incluso el pasaporte. Venía con lo puesto.

—¿Por qué volvió?

A Kiril le resultaba muy incómodo compartir habitación con una persona y estar hablando de ella como si no estuviera presente. Pero la chica parecía ausente, sin la menor intención de participar en la conversación. Mantenía la vista clavada en la mesa y el rostro inexpresivo.

—Apareció de repente ayer por la mañana en muy mal estado —contestó Katarina con voz entrecortada—. Mi niña. Mi única hija... Ahora con la ropa no se aprecia, pero tiene el cuerpo destrozado. Moratones, arañazos, contusiones... Le han dado una paliza.

—¿Quiénes? —Necesitó apoyarse en el respaldo de una silla.

Gregor se encogió de hombros.

—No lo sabemos.

—¿Han ido a la policía?

—No. Selina nos rogó que no lo hiciéramos. Ha tardado una semana en llegar hasta aquí, la mayor parte en autostop. Y ahora quiere que nos vayamos todos. Dice que no estamos a salvo. Que vienen tras ella.

—Pero ¿quiénes, por el amor de Dios?

Katarina rompió a llorar.

—Antes de que la niña apareciera empezamos a recibir llamadas anónimas. Nos preguntaban dónde estaba, pero no teníamos ni idea. Después unos hombres se presentaron aquí dos veces. Amenazantes, daban miedo. Preguntaban por ella. Nosotros seguíamos sin saber nada, y por suerte nos creyeron cuando les dijimos que no estaba en casa. Pero ¿cuánto tardarán en volver? Selina tiene razón: la están buscando. Y si usted viera a esa gente comprendería por qué la policía no puede hacer nada por protegernos.

—Pero... no lo entiendo. Si Selina se ha escapado, quizá la agencia quiera recuperar el dinero. Seguro que todo se aclarará, se podría...

—¡La agencia! —lo interrumpió Gregor en tono sarcástico—. ¿Qué agencia?

Kiril lo miró fijamente.

—La de Roma.

—La agencia de Roma no existe. Se llevaron a Selina a Francia, a París.

—¿A París?

—Y el trabajo no era de modelo, ni mucho menos, sino en un burdel.

Kiril luchó por respirar.

—¿En un burdel?

—Cuando se negó a trabajar le dieron una paliza, pero consiguió escaparse. Y ahora parece que están removiendo cielo y tierra para encontrarla. Por eso tenemos que irnos.

—Pero ¿quiénes son?

—No lo sé —repuso el padre.

Kiril, con la sensación de que el mundo se hundía bajo sus pies, se volvió hacia la joven.

—Selina, por favor, dime...

—No le diré nada —advirtió Katarina—. Nos contó lo que pudo y desde entonces no ha abierto la boca. Puede ahorrarse las preguntas.

Gregor señaló las bolsas y las cajas.

—Como ve, nos lo hemos tomado en serio. Nos largamos. Debemos escondernos, aquí no estamos a salvo. No quiera saber adónde vamos porque no se lo diremos.

—Y usted debería marcharse ya —añadió Katarina—. Corre peligro estando con nosotros.

Kiril estaba petrificado.

—¿Y qué hay de mi hija? —susurró.

Lyon, Francia
Martes, 15 de diciembre

—¿De quién te escondes? —preguntó Simon.

Su tono se había hecho más familiar. Mantener las distancias ya no tenía sentido. Habían contemplado juntos el cadáver de Yves, tirado en una cocina salpicada de sangre; habían bajado cuatro pisos corriendo por la escalera cogidos de la mano; se habían refugiado en el coche sintiendo uno el miedo del otro, aunque Simon ni siquiera sabía de qué huían. Iban en el mismo barco a merced de la tormenta, tal como él mismo había expresado muy gráficamente. Era absurdo intentar alejarse cuando la crudeza de los acontecimientos los acercaba cada vez más.

Nathalie le había rogado que se marcharan lo antes posible de Lyon, pero Simon se mantuvo firme.

—No te llevaré a ningún sitio hasta que lo sepa todo —había contestado.

Condujeron hacia el centro y aparcaron en las inmediaciones. Después caminaron por el casco antiguo de Lyon y entraron en una cafetería. Se sentaron cada uno ante un café con leche y un cruasán que no tocaron. Lo sucedido durante la hora anterior les había quitado el apetito.

Aparte de ellos dos, en el local había dos chicas sentadas a la misma mesa que no se decían ni una palabra porque estaban absortas en sus *smartphones*. Detrás de la barra, un camarero ponía cara de fastidio mientras hacía un crucigrama. Afuera seguía lloviendo y pasaba poca gente por la calle.

Nathalie jugueteaba con la taza. Contestó a la pregunta de Simon con otra pregunta:

—¿Crees entonces que yo no lo maté?

Él asintió.

—Eso parece. Lo han asesinado hoy, muy poco antes de que llegáramos.

La joven se estremeció.

—Si no hubiéramos parado a tomar un café... seguro que nos los habríamos encontrado.

Él se inclinó hacia delante.

—¿A quién, Nathalie? ¿A quién nos habríamos encontrado?

—No lo sé.

—No te creo.

Ella suspiró.

—De verdad que no sé quiénes son. Solo sé que Jérôme estaba muerto de miedo y que...

—¿Vives con él?

—Sí.

—¿A qué se dedica?

La joven dudó un momento.

—Hasta hace dos años trabajaba de repartidor en una empresa de mensajería.

—Vale. ¿Y ahora?

—Allí no ganaba mucho. Las cosas han ido a peor para casi todo el mundo, al menos en Francia.

—¿Así que cambió de empleo?

—Sí. Un día volvió a casa emocionado. Le habían hecho una oferta muy buena, ganaría tres veces más... como mínimo. Una empresa quería contratarlo, necesitaban un conductor.

—¿Qué empresa?

—Una compañía de transportes que opera en toda Europa. Se ocupan de casi cualquier tipo de traslado.

—¿Y cómo se pusieron en contacto con Jérôme?

—Había ido a entregar un paquete a la sede central. Se puso a charlar con alguien que le dijo que buscaban conductores. Sonaba todo muy bien, así que lo animé para que aceptara, aunque tendría que pasar muchos días fuera de casa y eso nos dejaba poco tiempo para estar juntos. Esperaba que su situación económica mejorase, y así fue.

—¿Pero...? —preguntó Simon.

—¿Pero? —Lo miró irritada.

—A toda esa historia le falta un «pero». Estabais felices y contentos y tu novio consiguió un trabajo genial, pero, mira por dónde, ahora huyes sin saber de quién, un hombre ha sido asesinado días después de que estuvieras en su casa y es evidente que estás muerta de miedo. En cuanto menciono a la policía pierdes la cabeza. Así que dime, ¿qué pasó luego? Cuando Jérôme dejó su trabajo de mensajero y empezó en la empresa de transportes.

Ella suspiró.

—Es el hombre de mi vida —afirmó—. Me sacó de la mierda. Me libró de mi madre, que se pasaba borracha veintitrés de las veinticuatro horas del día; se atiborraba de alcohol y pastillas y ni me hablaba, si es que reparaba en mi existencia. Me libró de mi madre de acogida, que a pesar de sus esfuerzos no podía ayudarme y empezaba a perder la paciencia. Me salvó de los servicios sociales, que me habrían internado en una unidad psiquiátrica. Evitó que me matara de hambre. No comía nada, ¿sabes? Me sentía incapaz. Solo era cuestión de tiempo que un día me cayera muerta.

—Entiendo.

Con una ira repentina en los ojos, Nathalie replicó:

—¿Lo entiendes? No tienes ni idea de lo que es una vida como la mía. Con una infancia en la que tu madre bebe sin parar y tu padre no quiere saber nada de ti. En la que siempre falta el dinero y tienes que vivir en el barrio más pobre de la ciudad. Seguro que fuiste un niño rico y...

El camarero malhumorado levantó la vista del crucigrama. En cambio, podría haber estallado una bomba al lado de las dos chicas y no se habrían dado ni cuenta; no veían más allá de sus móviles. Nathalie bajó la voz.

—Lo siento.

—No pasa nada.

—Jérôme y yo siempre fuimos felices. Somos un equipo, apenas nos hemos dicho una mala palabra. Con una infancia como la mía... En un barrio en el que todas las parejas están en pie de guerra y la policía tiene que intervenir varias veces al día debido a las peleas... Casi no podía creerlo. No podía creerme que existiera alguien como él.

—A riesgo de que vuelvas a enfadarte: lo comprendo. De verdad.

Pareció avergonzarse un poco.

—Lo siento mucho —repitió—. En realidad no sé cómo fue tu infancia.

Simon pensó que se había criado con todas las comodidades materiales, pero también en el empeño de su padre por demostrarle que lo consideraba un fracasado.

—Distinta —reconoció—. Fue muy distinta. Pero no siempre fácil.

Ella asintió. Sus delgados dedos deslizaban la cucharilla por el mantel.

—Al principio todo iba bien —continuó—, con Jérôme en su nuevo trabajo. Viajaba y lo echaba de menos a rabiar, pero el tiempo que pasaba en casa era doblemente bueno. Ya no había problemas de dinero, se sentía relajado y tenía mucho que contar. Fue una época genial. Quizá la mejor que hemos pasado. Sin embargo, hace unos nueve meses...

—¿Sí?

—Cambió. De primeras no me di cuenta, pensé que todos tenemos un mal día. Pero después ya no era el de antes. Seguía pasando mucho tiempo fuera pero ya no volvía contento y satisfecho. Parecía agobiado y apenas hablaba. Estaba... cambiado por completo.

—Seguro que se lo comentaste...

—Por supuesto. Primero lo negaba, decía que eran imaginaciones mías. Pero al final admitió que el trabajo ya no le gustaba tanto.

—¿Te dijo por qué?

—Nada que sonara convincente. Los viajes largos, tanto tiempo fuera de casa... cosas así. Antes eso le daba igual, incluso lo estimulaba. ¿Y de pronto había cambiado de opinión? No podía entenderlo. Siempre tuve la impresión de que me ocultaba algo. Pero, por más que le pregunté, no obtuve respuesta.

—¿Crees que frecuentaba malas compañías?

—¿Malas compañías?

—Siempre hablas de «ellos». «Ellos» acaban de irse, «ellos» han matado a Yves, no nos hemos encontrado con «ellos» de milagro. Dijiste que Jérôme tenía mucho miedo. ¿Miedo de quién? ¿De «ellos»? ¿Son personas de su trabajo? ¿Sabes de qué los conoce?

—No. En aquel momento no creí que fuera nada peligroso, ni se me ocurrió lo de las malas compañías. Daba palos de ciego. Y ahora sigo dando palos de ciego. —Se encogió de hombros, estremecida, y lo miró con la misma desesperación que el día anterior, cuando decidió ayudarla a pesar de que ya tenía bastante con sus problemas—. Pero ahora sé que esto no es ningún juego. Jérôme está en peligro. Lo sé. Y el desgraciado de Yves lo estuvo desde el momento en que pisé su casa.

Una información muy alentadora para él, pensó Simon.

—Pues entonces yo también corro peligro —infirió—. Desde que te recogí en la playa y cometí la locura de traerte a Lyon. —Sacó la cartera, extrajo un billete y lo dejó en la mesa—. Vamos a la policía, Nathalie. Quieras o no quieras.

Ella le puso la mano en el brazo.

—Deja que te cuente lo que pasó.

Principios de diciembre de 2015. Jérôme y yo vivíamos en Issy-les-Moulineaux, un suburbio del extrarradio de París. Yo trabajaba en una pequeña joyería en una calle cercana a los Campos Elíseos. En realidad era una tienda de bisutería barata y feísima que hacía las delicias de las adolescentes. Yo misma era casi una adolescente, por eso me entendía bien con las clientas. Apreciaban mi opinión. No me gustaba lo que vendía pero nadie se daba cuenta, me tomaba el trabajo muy en serio. Mi jefa, la señora Guillot, estaba contenta conmigo.

—Lo haces estupendamente, Nathalie —me repetía a menudo.

El 8 de diciembre me dio permiso para marcharme a las cuatro y media. Era martes, desde el mediodía habíamos tenido más ajeteo del habitual y estaba agotada. Tenía un dolor de cabeza espantoso y no me encontraba bien, como si me rondara una gripe. Por eso la señora Guillot decidió mandarme a casa.

—Métete en la cama —me aconsejó—. Con un poco de suerte, mañana estarás mejor.

Me moría por darme un baño de burbujas. Por refugiarme en la paz de nuestro pequeño piso.

Jérôme se había ido el viernes a Copenhague por trabajo y regresaba aquel día. Yo sabía que la nevera estaba vacía y que esa no era manera de recibir a un hombre que volvía a casa después de cruzar media Europa. Pero en ese momento no me sentía con fuerzas para hacer la compra. Podíamos pedir una pizza.

Justo antes de bajar los escalones del metro me sonó el móvil. La cobertura en la estación no era buena y por eso me quedé en la calle. Tenía mucho frío. Saqué el teléfono del fondo del bolso y miré la pantalla: era él.

—Hola, ¿dónde estás? —le pregunté.

Sus palabras me llegaban muy claras; no estaba conduciendo porque no se oía el habitual rugido de fondo. Sin embargo, sonaba rarísimo. Era su voz, pero parecía la de un extraño.

—Nathalie, escucha: ¿estás en la joyería?

—Voy de camino a casa. Me han dejado salir antes.

—¿Dónde estás exactamente?

—En la estación de Charles de Gaulle-Étoile, a punto de...

Me interrumpió:

—No vayas a casa, ¿me oyes? Bajo ningún concepto. Ni tampoco a la tienda. Márchate de París ¡ahora mismo!

—¿Qué?

—No puedo explicártelo ahora. Confía en mí. No vayas a casa. Podrían estar allí.

Mientras escuchaba esas palabras veía desfilar ante mí a los transeúntes, refugiados bajo sus paraguas y cargados con sus compras navideñas. De repente sentí que tenía los pies en dos mundos distintos. Uno en el mundo normal y el otro, en un mundo incomprensible.

—¿Quiénes, Jérôme? ¿Quiénes podrían estar allí? ¿Te refieres a nuestra casa?

—Te lo explicaré todo, pero ahora tienes que ponerte a salvo. ¿Llevas dinero?

—Sí, pero...

—Pues vete de París. Toma el tren hacia el sur. Yo...

Lo interrumpí:

—¡No puedo marcharme así! Sin nada. Y sin saber qué...

Entonces su voz se volvió tan desesperada que me asusté.

—Por favor, Nathalie. Corres peligro y yo también. Es una situación de vida o muerte. Ni se te ocurra ir a casa y...

La llamada se cortó.

—¡Jérôme! —chillé.

Dos hombres me miraron extrañados. Me giré para marcar el número, lo cogió enseguida.

—Tengo que continuar el viaje —me dijo—. No puedo quedarme aquí.

—Por Dios, Jérôme, ¿qué pasa? ¿Va a haber otro atentado?

Todos los parisinos teníamos aún muy presentes los atentados del 13 de noviembre. Seguía decretado el estado de excepción y la policía y el ejército vigilaban las calles. En ese sentido, la amenaza difusa que describía Jérôme encajaba en la atmósfera general. Sin embargo, tenía la certeza de que se trataba de otra cosa. De algo que tenía que ver directamente con él.

—¿Recuerdas que te hablé de mi tío? El que tiene un piso en la playa, en Les Lecques, departamento de Var.

Me esforcé por acordarme.

—Sí.

—Está en la Provenza. Cerca de Marsella. —Repitió el nombre del sitio—: Les Lecques. —Luego me dio el nombre de la calle y el número—. Espérame allí.

—¿En la Provenza? Pero Jérôme...

—Por favor, ¡vete ya! Es importante, Nathalie. Tu vida corre peligro. Tienes que marcharte de París. ¡Y no vayas a casa!

Como una tonta, pero quizá también porque la situación me parecía absurda, solo pude pensar en el baño de burbujas. Y en mi almohada, porque tenía un dolor de cabeza espantoso. Estaba a punto de echarme a llorar. Sin más explicaciones, Jérôme pretendía que me embarcara en un viaje de al menos ocho horas, congelada y enferma como estaba. Y me repetía una y otra vez: «No vayas a casa».

Mi casa era el único sitio del mundo al que deseaba ir.

—Me reuniré contigo en Les Lecques —continuó—. No hagas nada hasta que yo llegue. No hables con nadie, por favor. Y sobre todo no vayas a la policía. ¡En ningún caso!

—Pero ¿por qué no? Si nos busca gente peligrosa...

Me interrumpió:

—Tienen contactos en las más altas esferas. Pueden conseguir que te detengan. No confíes en nadie. ¡Y lárgate ahora mismo! ¡Adiós!

Colgó el teléfono. Marqué de nuevo pero no respondió.

Me quedé quieta, desconcertada y como anestesiada, una figura inmóvil en el bullicio de París. No tenía la sensación de estar en peligro, un peligro real e inminente, había demasiada gente a mi alrededor. Aun así, me sentía como en una mala película. O en una pesadilla. Todo era irreal.

Pero no estaba soñando. Había escuchado la voz de Jérôme y el miedo que transmitía, su urgencia, su desesperación.

Rebusqué en el bolso y me di cuenta de que no iba preparada para emprender una huida que me alejaría ochocientos kilómetros de mi casa. Además del móvil llevaba la cartera con la tarjeta de crédito, pero cuando fui al primer cajero para sacar dinero vi que la cuenta estaba vacía. Ya me había sucedido antes. Jérôme tenía debilidad por las compras caras, por lo que cada cierto tiempo nos

quedábamos al borde del abismo hasta que cobrábamos a final de mes. No era algo infrecuente, pero en aquella circunstancia era una fatalidad. Eso me dejaba con unos setenta euros, un paquete de pañuelos de papel y un lápiz de labios.

Era todo lo que tenía.

Y me pareció que era poco.

A pesar de las advertencias de Jérôme, decidí ir a casa por si había algo de dinero. Y para preparar una bolsa de viaje con lo estrictamente necesario: ropa interior, leotardos, otro jersey. Un peine, champú, jabón, el cepillo de dientes. Vitaminas, con las que a lo mejor esquivaba la gripe. Y aspirinas para el dolor de cabeza. Podría haberlas comprado en una farmacia pero debía minimizar los gastos.

Tal vez incluso descubriría lo que pasaba. A lo mejor podía atrincherarme en casa.

En aquel momento no tenía claro que de verdad fuese a marcharme.

Me pasé todo el camino llamando a Jérôme.

Pero no respondió.

Lyon, Francia
Martes, 15 de diciembre

—¿Y entonces? —preguntó ansioso Simon.

Las dos chicas de la mesa de al lado se levantaron a la vez y fueron juntas al baño, sin dejar de mirar sus móviles. Normalmente Simon habría pensado: «Menuda generación», era algo que le venía a la cabeza a menudo. Pero no en aquel momento. Estaba concentrado escuchando a Nathalie.

La joven se encontraba absorta en sus recuerdos. Estaba reviviendo lo sucedido el 8 de diciembre.

—Me parecía todo tan increíble —prosiguió—. Aquella advertencia... Todo lo que Jérôme me dijo... Pensé que no podía ser. Quiero decir, llevábamos una vida normal en un país normal... Se supone que aquí no pasan cosas así, que la gente tenga que huir y esconderse. Pero el miedo, el pánico en su voz, era real. Tenía problemas, estaba claro. Él jamás había bromeado con nada así, ¿por qué iba a hacerlo entonces?

—¿Al final fuiste a tu casa?

Ella negó con la cabeza.

—No llegué a subir. Fui porque no podía marcharme al sur sin más, solo con lo puesto.

—¿Y por qué no entraste?

Entonces bajó la voz:

—Porque los vi. A los tipos que nos persiguen. Sobre los que me advirtió Jérôme. Había dos delante del portal y distinguí a otro en un coche aparcado. Ellos no me vieron, estaba oscuro. Hay farolas delante del edificio, pero evité la zona iluminada.

—¿Y cómo sabes que no eran gente normal que pasaba por allí?

—Porque no parecían normales en absoluto. Llevaban gafas de sol ;de noche, en pleno diciembre! Su aspecto era siniestro, parecían matones o chulos. No los había visto nunca por el barrio. Además, no llamaron a ningún timbre, no pretendían visitar a nadie. Saltaba a la vista que estaban esperando. ¿A quién? Incluso sin la advertencia de Jérôme me habría dado la vuelta instintivamente al verlos. Eran el tipo de tíos que no te quieres encontrar cuando vas sola.

—Entiendo —dijo Simon. Y lo entendía. Hasta aquel momento, la historia de Nathalie le resultaba demasiado confusa y peculiar, pero ahora parecía tener una base

real. El miedo que apareció en sus ojos mientras se la contaba le convenció de que no estaba mintiendo. La llamada de Jérôme era real. Los tipos de delante del portal eran reales. Y, sin duda, marcharse lo antes posible había sido la opción más inteligente.

—Pues bien —continuó la chica—, retrocedí hasta la esquina y, una vez allí, eché a correr hasta el metro. Fui hasta la Gare de Bercy y me bajé porque de repente me pareció distinguir en el vagón a uno de los hombres, aunque creo que me equivoqué. El reloj marcaba casi las siete y media, me subí al primer tren que partía. Se dirigía a Dijon; no era mi destino pero debía abandonar París. El problema era que no tenía dinero para seguir viajando, ya te puedes imaginar mi desesperación. Intentaba todo el tiempo hablar con Jérôme pero tenía el móvil apagado. Con el último euro me compré algo de comer y por la noche me refugié en distintos McDonald's. Al día siguiente, miércoles, una mujer me trajo en su coche a Lyon. Una vez aquí, creí que me sería imposible continuar. No me quedaba ni un céntimo. Me resguardaba de la lluvia en aquel portal cuando Yves se acercó a mí. Y... —Se encogió de hombros—. Bueno, el resto ya lo sabes. Tras escaparme de su casa conseguí llegar a Les Lecques haciendo autostop. Me colé en el apartamento del tío de Jérôme y me puse a esperarlo muerta de hambre, deseando con todas mis fuerzas que apareciera. Pero el que se presentó fue el ayudante del encargado...

—Jérôme te dijo que os encontraríais en el apartamento. Creo que debemos ir allí y comprobar si ha logrado llegar. Parece que solo él puede arrojar luz sobre este asunto tan misterioso.

Nathalie hundió la cara entre las manos. Tenía gotitas de sudor en la frente.

—Si lo de Yves es cosa de ellos... —susurró—. Si lo han matado ellos, entonces me pisan los talones. Quizá estén ya de camino a Les Lecques. Me juego la vida yendo allí. —Se corrigió—: Nos jugamos la vida.

—¿Cómo pueden saber lo del apartamento?

—¿Y cómo podían saber lo de Yves?

Pues sí, aquello era un enigma. Yves no formaba parte de la vida de Nathalie. Se trataba de un conocido casual, de un hombre en cuya casa había pasado un cuarto de hora. Que no la conocía y no sabía nada de ella. Y que, sin embargo, ahora estaba muerto. Apuñalado. O bien alguien quería mandarle un mensaje de advertencia a Nathalie, o bien tenía razones para estar furioso con Yves.

—¿Cabría la posibilidad... de que su muerte no tenga nada que ver contigo? —aventuró Simon.

—¿Cómo de probable te parece eso? —replicó ella.

Simon asintió. Deseaba que existiera esa opción, pero lo cierto es que no lo creía nada probable.

—Todo lo que me has dicho refuerza la idea de que debemos acudir a la policía.

—Me escaparé antes. No pienso ir.

—¿Por qué no?

—¿Y qué les voy a contar? ¿Esta historia absurda? No tengo forma de probar

nada. Ni siquiera sé quién o qué está detrás de todo esto, no puedo darles nada sólido a lo que agarrarse. ¡Pensarán que estoy loca!

—Puede que al principio sí. Pero te tomarán en serio en cuanto vean el cadáver de Yves. Desde luego, en ese punto tu relato se vuelve muy creíble.

—Lo que verán es un asesinato. Tendré que explicarles que intentó abusar de mí y que le estampé una botella en la cabeza. Y entonces pensarán que lo apuñalé yo, igual que lo creíste tú.

—Pero determinarán la hora de la muerte. Y para ese lapso temporal tienes una coartada: me tienes a mí.

—¿Ah, sí? ¿Y qué crees que van a determinar? Pues que lo han asesinado hoy, más o menos a la hora en la que tú y yo llegábamos a Lyon. Estoy segura de que hemos dejado un montón de ADN por las escaleras, el pasillo, la cocina... Y estoy igual de segura de que los asesinos no han dejado nada de nada. Tienes el jersey manchado de sangre...

—Pero eso es absurdo. ¿Por qué íbamos a acudir a la policía si lo hubiéramos matado nosotros? ¿Cuál sería nuestro móvil?

Ella se encogió de hombros.

—Simon, tengo mucho miedo de que no me crean. Al fin y al cabo, no soy más que la hija de una alcohólica, tutelada por los servicios sociales desde los diecisiete años, que ni siquiera ha terminado el instituto... Me considerarán sospechosa...

—Pero a mí no —aseguró él—. Además, soy ciudadano alemán, no tienen derecho a detenerme así como así.

—¿Seguro?

En realidad no estaba nada seguro. Y ella tenía razón en algo: no podían contarle a la policía lo que estaba pasando. Porque ni la propia Nathalie lo sabía.

—Jérôme me previno en contra de la policía. Parece que la gente de la que huimos tiene contactos dentro.

—Eso me parece una idea descabellada. Francia no es una república bananera donde la corrupción y la prevaricación campan a sus anchas.

Lo miró pensativa.

—Dijiste que vas muy a menudo a la Provenza, ¿verdad? A la villa de tu padre.

—Sí, casi todos los años. ¿Por qué?

—Jérôme también solía ir, al apartamento de su tío. Me habló de los incendios que asolaron la región y que dejaron el terreno carbonizado. Empezaron en 2002 o 2003; hasta el año 2005 había incendios casi todos los veranos.

Era cierto, Simon lo recordaba. Un año que estaba allí pasando las vacaciones con Maya y con los niños, su hija entró corriendo en la casa dando gritos: «¡Nieve! ¡Nieve!». Cuando salieron, resultó que era ceniza blanca que se depositaba en el porche y el jardín porque la montaña de detrás de la casa estaba en llamas. Los aviones cisterna recogían agua del mar y la descargaban sobre el fuego en una lucha desesperada por apagar el incendio. Simon y Maya empaquetaron lo imprescindible y

prepararon el coche ante la posibilidad de que evacuaran la zona.

—Sí, lo sé —contestó.

—Entonces quizá sepas también que siempre se dijo que los incendios habían sido intencionados. Obra de los especuladores inmobiliarios que veían peligrar los precios de la Costa Azul porque había cada vez más compradores que preferían la Provenza, más barata y menos concurrida. Así lograron inutilizar grandes extensiones de terreno. También se dijo que los responsables habían actuado en connivencia y bajo la protección de personas muy influyentes de París. Incluso de miembros del gobierno.

Eso también era cierto. Los periódicos especularon sobre esa posibilidad, por lo que debían de tener indicios y fuentes fidedignas. Sin embargo, las investigaciones policiales sobre el terreno fueron paralizadas, según varios medios debido a las presiones de París. Parecía evidente que las altas esferas intentaban encubrir actividades delictivas. Las dimensiones del escándalo nunca llegaron a conocerse. ¿Porque las sospechas eran infundadas o porque se sobornó a gente influyente? ¿Acaso los responsables eran demasiado poderosos?

—Quieres decir que... —comenzó Simon, pero Nathalie lo interrumpió.

—Quiero decir que estas cosas pasan. En Francia y en cualquier sitio. Todo el mundo tiene un precio. Y la gente no siempre utiliza el poder para hacer el bien.

La puerta de la cafetería se abrió y entraron dos hombres. La joven se sobresaltó al instante, parecía un conejito paralizado ante una serpiente. Los hombres se sentaron a una mesa en el mismo momento en que las chicas volvían de los aseos. La cafetería continuaba casi vacía pero Simon percibió enseguida que Nathalie empezaba a agobiarse.

—Llevamos demasiado tiempo aquí —dijo la chica—. Vámonos, por favor.

—Nadie nos va a hacer nada —respondió él, aunque se levantó—. De acuerdo, nos vamos.

Llegaron al coche bastante mojados, parecía que nunca iba a dejar de llover. Nathalie consiguió volver a respirar con normalidad.

—Lo siento. De repente... Había demasiada gente.

—No pasa nada. Tampoco podíamos quedarnos allí eternamente. Debemos pensar qué vamos a hacer ahora.

Ambos guardaron silencio. Oían las gotas golpeando el techo del vehículo. Entonces Simon preguntó:

—¿Conoces a alguien de la empresa de Jérôme? ¿A algún compañero de trabajo? ¿A su jefe?

—Un conductor vino dos veces a casa. Un chico joven y agradable, muy discreto.

—¿Sabes cómo se llama o dónde vive?

—No sé su apellido. Se llama François.

Simon suspiró.

—Debe de haber como cien mil franceses con ese nombre. Tendríamos que hablar

con alguien que... —Sacó el móvil—. ¿Cómo se llama la empresa?

—Denegri Transports. Con sede en París.

Simon lo buscó en Google y encontró la página web de la compañía. Ofrecía transportes de todo tipo por Europa: mudanzas, cargas comerciales, incluso mercancías peligrosas.

—Escúchame bien —le dijo a Nathalie—, vas a llamarlos. Aquí está el número. Intenta que te pongan con algún responsable. Hazte la inocente, diles quién eres y explícales que no sabes dónde está Jérôme. Que no ha vuelto a casa y que no consigues contactar con él.

—¿Y no les parecerá raro que llame ahora? ¡Hace más de una semana que ha desaparecido!

—Cuéntales que has estado fuera y que ahora no consigues localizarle.

Nathalie dudó.

—Tengo miedo.

—No creo que la empresa esté metida en esto. Pero tienen que haberse dado cuenta de que tu novio ha desaparecido, más aún si conducía un vehículo suyo. Estoy convencido de que habrán intentado averiguar dónde está. Supongo que cuando les digas tu nombre te pasarán con algún superior, quizá piensen que tienes alguna información. Por precaución, voy a ocultar mi número.

Marcó, activó el manos libres y le tendió el móvil. Observó que la chica temblaba al cogerlo.

—Denegri Transports, *bonjour* —dijo una agradable voz de mujer.

Nathalie tragó saliva.

—*Bonjour*. Soy Nathalie Boudin...

«Por lo menos ahora sé su apellido», pensó Simon.

La joven quiso continuar hablando pero no pudo porque su interlocutora, reprimiendo una exclamación, la interrumpió:

—Señorita Boudin... Espere un momento, por favor. Voy a transferir su llamada.

—Te lo dije —susurró él.

Enseguida se oyó otra voz femenina.

—¿Señorita Boudin? Soy Madeleine Denegri.

La dueña en persona. La máxima responsable. Simon frunció el ceño, esperaba más bien un jefe de sección.

A Nathalie solo le salió un hilillo de voz:

—Yo... Mi pareja...

—Su pareja ha desaparecido, lo sé. Jérôme Deville. ¿Dónde se encuentra usted, señorita Boudin?

La joven miró a Simon aterrorizada.

—En casa de unos amigos —siseó este.

—En casa de unos amigos —repitió. Su voz cobró un poco de firmeza—. Llevo varios días intentando contactar con él...

—¿Dónde viven esos amigos? ¿Dónde está usted?

Él negó con la cabeza. No le gustaba aquella conversación, aunque no sabría decir por qué. Quizá porque habían pasado la llamada de Nathalie, la novia de un simple conductor, directamente con la dueña y señora de la compañía.

—¿Sabe dónde podría encontrarse Jérôme? —preguntó la joven en lugar de responder—. Estoy muy preocupada.

—Nosotros también, señorita Boudin. No conseguimos contactar con él. Partió con uno de nuestros vehículos para recoger una carga en Copenhague y dicha carga no ha sido entregada. Todo esto es muy desagradable. Solo espero que no haya hecho ninguna tontería.

—¿Tontería?

—Sacarle partido al camión, por ejemplo. Venderlo en algún sitio para conseguir dinero fácil, qué sé yo. Pero no deberíamos mantener esta conversación por teléfono, ¿dónde se encuentra, señorita? Podríamos reunirnos con usted enseguida.

Simon volvió a negar con la cabeza.

—No digas nada —vocalizó casi sin emitir sonidos.

—¿Adónde iba la carga? —inquirió Nathalie—. ¿Y qué era?

La señora Denegri sonó muy enfadada.

—Camarones del mar del Norte y pescado danés ultracongelado para un distribuidor de París. No creo necesario explicarle que si se ha roto la cadena de frío, la mercancía se habrá estropeado. El cliente nos solicitará una indemnización, lo que no me tiene especialmente contenta. Y ahora dígame, por favor, dónde se encuentra.

Su tono se había endurecido. Se notaba que necesitaba esforzarse para continuar siendo amable.

Nathalie no respondió, no sabía cómo seguir.

—No me aparece su número en la pantalla —apuntó Madeleine Denegri.

—Estoy llamando desde mi móvil —contestó la joven.

La directora no comentó nada. ¿Acaso sabía que era imposible que Nathalie utilizara su móvil porque sus hombres lo habían encontrado en casa de aquel borracho desgraciado?

«Todo esto me está volviendo paranoico», se dijo Simon.

Sin embargo, le arrebató el teléfono a la chica y lo apagó. Del todo. Por si acaso. Ella estaba más pálida aún que cuando descubrieron el cadáver de Yves.

—Simon, ¿crees que...? —comenzó.

—¿... Que sabía que no llamabas con tu móvil?

—¿Cómo es posible?

—No tengo ni idea. Quizá nos estamos obsesionando.

Pero a la joven se le había ocurrido algo.

—¡Pues claro! Seguro que la empresa tiene mi número. Es muy posible que Jérôme se lo diera para casos de emergencia, por si le pasaba algo. Así llegaron a Yves: rastreando mi móvil.

—Eso suena muy peregrino, Nathalie. En realidad no sabemos si la empresa tiene algo que ver con todo esto. Más bien al contrario: me parece improbable.

—Pero la señora Denegri estaba muy tensa. Y resulta de lo más extraño que me hayan pasado directamente con ella. Además, solo le interesaba una cosa: dónde me encontraba. Reconoce que eso es muy raro.

—Está claro que tienen un problemón porque Jérôme no ha realizado la entrega.

—¿Y eso se soluciona descubriendo dónde estoy yo?

—A lo mejor piensan que sabes, o al menos imaginas, dónde está él. Y que les resultará más fácil sacártelo en una conversación cara a cara que por teléfono.

—¿«Sacármelo»? ¿Es que pretenden torturarme?

—¡Por Dios, Nathalie! Seamos sensatos. Me niego a creer que esas cosas...

—¿Pasen? ¿O que te pasen a ti?

En lugar de contestar, Simon preguntó:

—¿Cómo pueden haber localizado tu móvil? No es algo tan sencillo.

—Si tienen contactos en la policía les habrá resultado muy fácil.

—Pero eso no es más que una suposición.

Ella alzó las manos en un gesto de resignación.

—No crees nada de lo que te digo.

—Claro que sí. Me creo todo lo que te pasó. Y la llamada de Jérôme, su miedo, todo. Solo intento mantener los pies en la tierra. No dejarme arrastrar por esta... paranoia.

—¿Paranoia? ¡Has visto a Yves con tus propios ojos!

Eso era cierto. Pero, aun así, no quería que Nathalie le contagiara su histeria.

—Vamos a regresar a La Cadière, no podemos quedarnos aquí para siempre. Y allí pensaremos qué hacer.

Mientras encendía el motor se preguntó si, tras su primer gran error (implicarse en los problemas de una desconocida), no estaría cometiendo otro: marcharse de Lyon en lugar de acudir a la primera comisaría de policía.

La Cadière, Francia
Martes, 15 de diciembre

Aterrizó en Marsella con retraso, recogió el coche de alquiler, introdujo la dirección en el GPS y se puso en camino. Se preguntaba si estaba haciendo lo correcto.

No acostumbraba a cambiar de opinión sobre las decisiones que ya había tomado. Y, en otras circunstancias, el hecho de que las Navidades estuvieran a la vuelta de la esquina la habría hecho desconfiar de sus actos. Las fiestas incitaban al sentimentalismo. Las emisoras de radio ponían villancicos que evocaban recuerdos de infancia, había velas encendidas en todas las ventanas, y el olor a manzanas asadas y a vino caliente que flotaba por las calles despertaba algo más que el apetito: anhelos mucho más difíciles de saciar, como protección, pertenencia, familia.

«Vaya mierda», pensó Kristina.

Abandonó la autopista y se dirigió a la bahía de Cassis. En el pequeño pueblo turístico al borde del mar buscó un restaurante, pidió un plato de espaguetis y una botella de agua y se puso a mirar por la ventana.

Allí las Navidades parecían mucho más lejanas, por lo menos tal como ella las conocía. Y eso que ni el cielo era azul ni el mar centelleaba bajo el sol. Diluviaba. Veía una bandera francesa, aún a media asta y completamente empapada, que se balanceaba con la brisa. En el muro de enfrente resistía desde la campaña electoral un cartel del Frente Nacional, ahora reblandecido por el agua. Había también un abeto torcido sujeto a una farola y adornado con lazos rojos y dorados que habían perdido la forma a causa de la lluvia. Navidades al estilo sur de Francia.

«Aquí, desde luego, no hay lugar para el sentimentalismo —pensó Kristina—. Es más fácil caer en una depresión».

Tenía sus razones cuando tomó la decisión de romper con Simon. Por eso ahora se avergonzaba un poco de su incoherencia, aunque su amiga Lena tenía gran parte de culpa. Se lo había estado recriminando sin cesar:

—Estás loca, es un tipo estupendo y algún día te arrepentirás. Claro que hay problemas, pero ¿cuándo no los hay? Podría ser peor, podría engañarte con otra. O ser adicto al juego, o alcohólico, o violento. No consigue aclarar lo de sus hijos, de acuerdo. Es un fastidio, no te digo que no, pero no es tan grave. Tarde o temprano será agua pasada, créeme. En uno o dos años, ni os acordaréis del asunto.

Kristina reconocía que su amiga tenía razón, pero al mismo tiempo sabía que sus

argumentos no respondían al verdadero problema.

No se trataba solo de que Simon no se aclarara con sus hijos: en su vida había demasiados asuntos sin resolver. Mentalmente no se había separado del todo de su exmujer. Y nunca había llegado a independizarse de su padre; prefería estar un montón de días solo en el lluvioso sur de Francia antes que confesarle que su plan con los niños se había frustrado.

En un hombre de cuarenta años aquello resultaba... inaceptable.

Sin embargo, allí estaba ella, contemplando un mar plomizo y tomando unos espaguetis insípidos que se habían quedado fríos. Estaba sola en el restaurante y notaba que el camarero deseaba que terminara deprisa para (si no se presentaba nadie más) poder escaquearse del trabajo.

«¿Por qué hago esto? ¿De verdad tengo dudas sobre si este hombre puede ser mi pareja? ¿O es por culpa de las Navidades?».

Cuando llegó a La Cadière eran cerca de las tres de la tarde. La comida en Cassis le había servido para ganar tiempo pero no para aclarar sus ideas. Aun así, seguía decidida a darle una última oportunidad a Simon. Aunque al final eso significara una ruptura definitiva.

Además, ya estaba allí. Regresar a Marsella y tomar el primer avión de vuelta a Alemania no era una opción. Odiaba la incoherencia, pero también detestaba dejar proyectos a medias. Kristina no era de las que se echan atrás.

Sintió cierta emoción cuando enfiló el camino de tierra que llevaba a la villa serpenteando colina arriba. A pesar de la lluvia. Y a pesar de que, por supuesto, el dueño de la casa no era Simon sino su padre. Pero intentó no pensar en ello.

A ambos lados del camino se abrían grandes jardines a través de cuya espesura se veían, o al menos se intuían, las demás villas, construidas con la piedra arenisca característica de la región. Contraventanas azules. Había palmeras, cactus y arbustos floridos. La hierba salvaje estaba salpicada de margaritas y botones de oro. En pleno diciembre. Aquello era Europa pero parecía otro mundo.

Kristina se detuvo ante la penúltima casa de la colina. Contempló la gran verja de hierro forjado pintada de verde y el número. Simon se lo había dicho hacía tiempo, cuando aún se planteaban pasar juntos las vacaciones en el Mediterráneo. Antes de que ese tema se convirtiera en un conflicto que acabaría decidiendo su futuro como pareja.

Aparcó en un pequeño descampado al otro lado del camino y se bajó del coche. Quedó a merced de la lluvia porque no llevaba paraguas. Daba igual, lo que estaba en juego era más importante que el hecho de presentarse con el pelo mojado.

Buscó el timbre y lo pulsó. Con una mano en la verja para poder empujarla en cuanto percibiera el zumbido, observó la explanada de grava que había ante la villa; no vio el coche de Simon. Sabía que no había ido en avión, que había conducido desde Hamburgo. A lo mejor la propiedad poseía un garaje, de lo contrario aquello significaba que no había nadie en casa.

Llamó dos veces más y no obtuvo respuesta. Sacudió la verja y, para su sorpresa, esta se abrió. Entró, cruzó la zona de grava y subió los escalones de piedra flanqueados de plantas floridas que conducían a la villa. No le pareció que hubiera otro lugar donde aparcar un vehículo.

Quizá Simon había bajado al mar, a pasear por la playa. El tiempo era horrible pero no por eso iba a quedarse día y noche encerrado en casa.

Una vez arriba observó, aliviada, que todas las contraventanas estaban abiertas, por lo que dedujo que Simon no se había ido de viaje sino que estaría paseando o haciendo la compra. Se resguardó de la lluvia en el porche delantero. Llamó con los nudillos a la puerta acristalada y accionó sin convicción la manilla pero, como era de esperar, no se abrió. Miró a través del cristal y vio el salón. Techos altos con vigas de madera, una chimenea de piedra rodeada de sofás y sillones de colores, baldosas de terracota, coloridas alfombras, un Van Gogh (una lámina) en la pared. Restos del desayuno en la mesa de madera, situada junto a la ventana. Kristina frunció el ceño.

Era demasiada vajilla para un hombre solo. Distinguió dos platos y dos tazas. No había restos de comida, en la mesa solo quedaba una panera con media baguete. Los platos y las tazas estaban situados frente a frente.

¿Con quién había desayunado Simon?

Aunque llovía a mares no hacía demasiado frío, por lo menos no para ella, que acababa de llegar del norte y estaba acostumbrada a temperaturas más bajas. Además, llevaba su abrigo de invierno. En el porche había dos tumbonas, de modo que decidió sentarse a esperar. A lo mejor Simon aparecía en cualquier momento. Miró a su alrededor, desde allí se veía el mar. Con buen tiempo, la vista debía de ser espectacular, aunque aquel día las nubes se fundían con el agua en un gris monótono y los gritos de las gaviotas, que rompían el silencio cada poco tiempo, acentuaban la sensación de soledad.

«Ahora entiendo que llamara para pedirme que viniese —pensó—. Esto es deprimente».

Se arrebujó en el abrigo y se reclinó en una de las tumbonas. Se oían las gotas contra el tejado del porche. Justo a su lado, en una maceta de terracota, una planta con espinas se mecía suavemente con la brisa. Casi se quedó dormida. Solo casi. Una tensión interna la mantenía despierta. Esperaba. Tenía un mal presentimiento, quizá relacionado con la vajilla del desayuno.

Algo no encajaba.

Les Lecques, Francia
Martes, 15 de diciembre

Aparcaron a cierta distancia del complejo de apartamentos. En aquella época y con ese tiempo, los aparcamientos estaban vacíos. Ya era de noche y las farolas estaban encendidas. Aparte del suyo, solo había otro coche. Una mujer lo bastante valiente como para nadar en el mar a oscuras y bajo la lluvia se estaba quitando el bañador tras la puerta del maletero y con ayuda de una linterna. Ella, Simon y Nathalie eran las únicas personas en muchos metros a la redonda.

—Bueno —dijo Simon—, ¿quién entra?

Parecía claro que la joven se sentía incapaz.

—¿Y si ellos están ahí?

Ellos. Siempre ese oscuro «ellos».

Simon no podía expresar la enorme irritación que sentía por chocar continuamente contra aquel reparo. Y, más aún, por dejar que lo asustara.

—¿Qué probabilidades hay? —contestó con cansancio—. ¿Cómo pueden conocer este sitio?

Nathalie se encogió de hombros.

—Tengo miedo —se limitó a responder.

Él abrió con decisión la puerta del coche.

—Tenemos que encontrar a Jérôme, y a lo mejor está aquí. Voy a mirar. ¿Dónde es?

—En la tercera planta, a la izquierda.

—¿Y cómo entro?

—Si aún no han reparado las cerraduras todo debería estar abierto.

Simon abandonó el coche. Pasó por delante del edificio a rayas que albergaba los baños públicos, el lugar donde había empezado todo treinta y seis horas atrás. El día anterior. Y parecía que había pasado una eternidad.

Miró a su alrededor antes de cruzar la calle. Nada: ni coches aparcados con disimulo ni hombres con gafas de sol. No tuvo la impresión de que vigilaran el bloque de apartamentos.

El edificio estaba a oscuras, parecía encontrarse vacío. La verja que daba acceso al jardín se abrió sin problemas y Simon recorrió un camino adoquinado. Todo permanecía en sombras, la luz de las farolas no alumbraba la finca; era evidente que

habían cortado la electricidad. Los arbustos crecían hasta el camino y resultaba muy difícil lograr una visión de conjunto.

Notó que se le aceleraba el corazón. «No seas ridículo —se reprochó—, te estás dejando contagiar por esta locura».

Pero había un problema: no era una locura. No desde Lyon. No desde que había visto el cadáver de Yves.

Comprobó que la cerradura del portal seguía rota, de manera que solo tuvo que empujar la puerta. El vestíbulo olía a cerrado pero, por suerte, la escasa luz del exterior se colaba por unos ventanales que llegaban hasta el suelo. Esperó un momento para que sus ojos se acostumbraran a la penumbra y después subió por la escalera. Tercer piso, había dicho Nathalie. En cada descansillo se detenía para escuchar; aparte de su respiración, no oía nada. Debía ser sigiloso porque, aunque sus misteriosos perseguidores no estuvieran allí, podía sorprender a Jérôme en el piso y que este lo tomara por un enemigo. No le apetecía nada recibir un puñetazo en la cara o una patada en el estómago.

Emprendió el tercer tramo de escalones. Por fin estaba arriba. Volvió a quedarse inmóvil, escuchando. Nada. A juzgar por la ausencia de ruidos, supuso que no había nadie más en el edificio.

Vio que había varios apartamentos pero enseguida reconoció el que buscaba porque la puerta estaba entornada. En un primer momento le pareció lógico, ya que Nathalie había forzado la cerradura. Pero después se extrañó. ¿No podrían haberla encajado del todo, igual que la del portal?

La empujó con cuidado.

La vista se le había acostumbrado a la oscuridad. Además, se accedía directamente al salón y este tenía un balcón que daba a la calle, bien iluminada por las farolas. Simon distinguió sin problemas todos los elementos de la estancia: a la izquierda había una cocina americana, separada de la sala por una barra de desayuno. Se encontraba patas arriba, con todos los armarios abiertos; la nevera, desconectada, también estaba abierta. El salón era un desastre parecido, con muebles y cajones revueltos y libros desparramados por el suelo. Habían arrastrado un sofá y la alfombra estaba hecha un gurrño.

Aquello era muy raro. ¿Lo hizo Nathalie mientras buscaba dinero o comida?

Había una puerta abierta de par en par que llevaba a otra habitación. Entró con paso vacilante. Una cama doble, un armario, una cómoda. Cajones revueltos, sábanas tiradas por el suelo. Alguien buscaba algo con mucho interés. Rezó por que hubiera sido Nathalie.

Otra puerta daba al cuarto de baño, en el mismo estado que las demás estancias. Simon había descubierto dos cosas: que alguien había registrado el apartamento de arriba abajo.

Y que Jérôme no se encontraba allí.

Cuando regresó se habían quedado solos en el aparcamiento. La nadadora y su coche habían desaparecido. Seguía lloviendo sin parar.

A la luz de las farolas, Nathalie tenía tan mal aspecto que daba lástima.

—No, no he sido yo. No desordené nada. Claro que busqué dinero y comida, pero no así. No volqué los cajones ni arrastré el sofá ni tiré cosas por el suelo. Todo estaba en su sitio cuando me encontró el ayudante del encargado.

—Pues entonces los estragos son obra de otra persona —dedujo él, y se sintió un poco tonto por la obviedad del razonamiento.

—Han sido ellos. Me pisan los talones, Simon. Estuvieron en Lyon y ahora están aquí. Dios mío, creo que...

—Tranquila. A lo mejor ha sido Jérôme. Quizá buscaba algo y ha sido menos cuidadoso que tú.

—Él no es así. ¿Por qué iba a destrozar nada? ¿Por qué tanta violencia? No, Simon. Estoy segura de que han sido ellos. ¡Debemos irnos!

—Por ahora vamos a casa, allí pensaremos qué hacer.

Se disponía a encender el motor pero ella le agarró la muñeca.

—¡No! Podrían estar esperándonos.

—Nathalie, sé razonable. Es imposible que sepan nada de mí ni de mi casa.

Intentó de nuevo accionar la llave y ella volvió a impedirselo.

—Los mensajes privados de Facebook —susurró.

—¿Qué pasa con eso?

—Jérôme y yo nos mandamos muchos. A lo mejor me ha escrito un mensaje.

—¿No podría resultar peligroso?

Ella negó con la cabeza.

—La cuenta está protegida con contraseña. Aunque tengan mi móvil, no es fácil entrar. Por mucho que cuenten con expertos necesitarán algo de tiempo. ¡Déjame el teléfono!

Simon lo sacó de mala gana, lo encendió y se lo dio.

Ella inició sesión y reprimió un grito.

—¡Hay un mensaje suyo! Es de... espera... del jueves pasado. Nada más desde entonces.

—¿Y qué dice?

—Más o menos lo mismo que me contó por teléfono. —Leyó en voz alta—: «Ve al lugar acordado y espera allí, intentaré ponerte en contacto contigo. No digas nada a nadie. Esto es muy serio».

—Hum... —profirió Simon.

—¿Por qué no ha venido ya? Aunque se encontrara en la otra punta de Europa cuando me llamó o cuando escribió esto... ¡ya tendría que haber llegado!

—No dice que vaya a venir. Solo dice que se pondrá en contacto contigo.

—Pero por teléfono me aseguró que vendría. Y además es nuestra única opción, ¿no? Reunirnos y decidir qué hacer.

—No lo sé —suspiró él, cansado. Cada vez tenía más la sensación de estar enredándose en la historia de unos desconocidos a los que, en realidad, no tenía intención de conocer. Si no fuera porque había visto el cadáver de Yves con sus propios ojos, haría tiempo que se habría librado de Nathalie porque todo aquello era un disparate.

Aunque aún no era tarde para hacerlo, pensó.

—Escúchame... —comenzó, pero ella lo interrumpió.

—¿Crees que debo contestar?

Él reflexionó un momento.

—¿Por qué no? Dudo que vayan a leerlo. Pero no menciones nombres ni lugares.

La joven leyó en voz alta lo que escribía:

—«¿Dónde estás? ¿Qué está pasando?».

Aquello era inteligente, consideró Simon. En caso de que sus perseguidores consiguieran hackear la cuenta de Nathalie solo averiguarían que ella no tenía ni idea de dónde se encontraba su novio y que desconocía lo que estaba ocurriendo. Con suerte, eso la retiraría de la primera línea de fuego.

«Qué situación de mierda», pensó.

La joven envió el mensaje y le devolvió el móvil.

—Perdona, antes te interrumpí. ¿Qué ibas a decir?

—Sí, bueno... Verás, Nathalie...

Ella lo miró con expresión de desprecio.

—¡Tiras la toalla! No me sorprende, llevaba tiempo esperándolo.

Aquel desdén hizo que a Simon le hirviera la sangre.

—No es la expresión más exacta, Nathalie. No puedo tirar la toalla porque nunca la he cogido. En toda esta historia, lo único que he hecho por voluntad propia ha sido defenderte cuando el encargado y su ayudante te acosaban en este mismo sitio en el que estamos. Les di dinero para el cerrajero y pensaba irme yo solo, sin saber quién eras, cómo te llamabas ni qué se te había perdido allí. Todo lo que ha pasado después no ha sido decisión mía.

—¿Ah, no? Entonces ¿te he obligado yo?

Estaba a punto de defenderse de aquella pregunta, formulada con toda ironía, cuando se dio cuenta de que «obligación» era la palabra clave. De una forma tan sutil como imparable, se había ido sintiendo cada vez más obligado.

—¿Y qué iba a hacer? ¿Dejarte apoyada contra las duchas y que te desmayaras de hambre? ¿Lavarte la ropa y echarte a la calle antes de que se secara?

—Fuiste tú quien propuso ir a Lyon para averiguar lo de Yves —le recordó Nathalie—. Yo no te lo pedí.

—Dijiste que creías que habías matado a un hombre. Si te soy sincero, me pareció un disparate, pero mencionaste que te habías dejado el bolso en su piso. Entonces pensé que si descubrías que ese hombre estaba vivo y además recuperabas tus cosas, sobre todo la documentación, podría pedirte que te marcharas sin tener

remordimientos. Y dedicarme a solucionar mis propios asuntos.

—Nada te impedía hacerlo. ¿Sabes una cosa, Simon? Creo que al principio todo esto te vino bien: encontrarte conmigo, que te distrajera con una historia que según tú era un despropósito. Y que lo de ir a Lyon te pareció una buena idea porque, claro, ni por asomo imaginabas que pudieras acabar ante el cadáver de un alcohólico brutalmente asesinado. ¿Acaso tenías algo mejor que hacer? ¿Por ejemplo encerrarte en casa de tu padre a contemplar la lluvia y a rumiar los errores de tu vida?

—No hay errores en mi vida —negó como un niño.

—Te sientes muy solo, ¿crees que no se te nota? Tus hijos iban a pasar las Navidades contigo pero cambiaron de opinión y eso te cabrea. Te preguntas por qué fracasó tu matrimonio y por qué estás aquí mientras a tu ex le va de perlas. A lo mejor incluso tiene un novio ¡y se lo pasan genial en la cama!

—Bájate ahora mismo. Bájate del coche y arréglatelas sola.

Nathalie no se movió.

—Que te bajes —repitió él.

Ella lo miró desafiante.

—Y si no, ¿qué? ¿Qué harás, Simon?

Él respondió con frialdad:

—Llévate a la policía. No tengo tanto que perder como tú.

La expresión de triunfo se borró del rostro de la chica, aunque no hizo el más mínimo ademán de apearse.

—Simon, lo siento...

—Solo una noche más —la cortó él—. Y mañana, a primera hora, te largas. No quiero tener nada más que ver con este asunto.

—Pero ¿por qué ahora, de repente?

—Porque todo esto es una locura —respondió. Y por fin arrancó el motor.

Cuando conocí a Jérôme en la fiesta de cumpleaños del novio de Éliane comprendí al instante que mi vida daría un vuelco. Sería bonito contar que lo vi, me gustó, dejé que me cortejara, me tomé mi tiempo para pensarlo y al final le dije que sí.

Pero no fue así. En cuanto nos conocimos, quise estar con él para siempre.

Destacábamos entre la multitud reunida en el jardín porque éramos los únicos entre los dieciocho y los veinticuatro años. Todos los demás rondaban la cincuentena, como el propio homenajead. Jérôme después me dijo que se estaba aburriendo como una ostra hasta que me vio; entonces pensó que por fin había encontrado a alguien con quien charlar.

Yo estaba a la sombra de un árbol, sujetando con tristeza un plato en el que Éliane me había servido un montón de ensalada de pasta. Hice lo posible por esquivar el bufet pero ella me interceptó, me endosó un plato y lo llenó hasta arriba.

—Acordamos que todos los días comerías algo. —Estaba nerviosa e irritada.

No habíamos acordado tal cosa. Un día me planteó esa exigencia e interpretó mi silencio como que yo lo aceptaba. Nuestra relación se había enfriado mucho y yo sabía por qué: le habría encantado poder sacar pecho ante los servicios sociales por haber solucionado mi desorden alimentario; no me perdonaba que le estropeará el triunfo.

Por supuesto, mi intención era deshacerme del plato o, para ser más exactos, de la comida que contenía. Pero ella me vigilaba. Se encontraba en medio de un grupo de señoras y charlaba animadamente pero no dejaba de mirarme cada cierto tiempo. Aunque podría haber rodeado la casa para tirar la asquerosa ensalada al contenedor, no quería provocar a mi madre de acogida. Si se chivaba, los servicios sociales recurrirían al plan siguiente, que con toda probabilidad era una clínica. O un psiquiátrico.

De manera que estaba sopesando mis opciones cuando Jérôme se acercó, me sonrió y dijo, señalando el plato con un movimiento de cabeza:

—¡Que aproveche!

¿Qué puedo decir? Era guapísimo, el sueño de cualquier adolescente. Alto, ancho de hombros, cuerpo musculado. Pelo negro rizado, un poco demasiado largo. Ojos oscuros. Boca amplia. Llevaba vaqueros y una camisa blanca arremangada. Calzaba unas deportivas bastante sucias. Sostenía un vaso en la mano. Al verlo, enseguida se me pasaron por la mente palabras como «confiado», «estiloso», «superguapo».

Lo habitual es que los hombres así sean conscientes de su efecto en las mujeres y a la lista anterior se sumen adjetivos como «arrogante» o «presuntuoso».

Pero no era el caso de Jérôme. Parecía realmente encantador. Y aunque saltaba a la vista que gustaba a todo el mundo, no se comportaba como si se creyera superior a nadie.

¡Y me estaba sonriendo! A mí, la Nathalie de diecisiete años con un trastorno alimentario, una madre borracha y un padre irresponsable. Nadie se sorprenderá si digo que en aquella época me

consideraba la chica más fea de toda la ciudad. Incluso de todo el país. Me debatía en una extraña trampa psicológica: por un lado quería estar lo más delgada posible pero, por otro, entendía que mi rostro consumido, mis ojos hundidos y mis piernas de palillo no ayudaban a que me sintiera guapa. Eso por no hablar de mi pelo, quebradizo y sin brillo. De modo que intenté aparentar seguridad en mí misma, convencida de que no lo lograría.

—Gracias —contesté—. En realidad no me apetece nada.

—¿Ah, no? Entonces ¿por qué te has servido?

—Ha sido cosa de Éliane. Dice que tengo que comer más.

Nueve de cada diez personas habrían opinado que Éliane tenía razón. O habrían hecho alguna observación sobre mi aspecto. Algo como: «¡Se te va a llevar el viento!» o «¿Es que te vas a presentar a un concurso de modelos?».

Pero Jérôme no dijo nada. Asintió con la cabeza y sugirió:

—Vamos a sentarnos al fondo del jardín y me lo como yo. Tengo hambre pero me da vergüenza acercarme al bufet por cuarta vez. —Y añadió—: Me llamo Jérôme.

—Nathalie —me presenté.

Hicimos exactamente lo que había propuesto. Al fondo del jardín había una gran rama en el suelo y nos sentamos encima. Yo sostenía el plato mientras él devoraba la ensalada. Entre Éliane y nosotros se interponía tanta gente que, aunque alcanzaba a verme, no podía distinguir si estaba comiendo o no. Jérôme me contó muchas cosas sobre él: que tenía veinticuatro años y hacía mucho que había dejado los estudios. Que hacía trabajillos aquí y allá, y siempre tenía líos con su padre porque quería que fuese a la universidad; eso no le apetecía nada, ni siquiera sabía qué carrera estudiar. Que se planteaba mudarse a París porque Metz le parecía muy aburrido.

Yo lo escuchaba intentando disimular mi fascinación. Fascinación no solo por el hecho de que un chico tan guapo se fijara en mí, sino sobre todo porque aquella tarde de septiembre me dio algo que hacía mucho tiempo que no me daba nadie: la sensación de que me tomaba en serio. Aceptó sin más que no me apeteciera la ensalada. No intentó convencerme de que tenía que comer más. No me explicó los problemas de salud derivados del hambre continuada. No hizo bromas estúpidas como: «Venga, a ver quién acaba antes» o «Una cucharada para mí y otra para ti», con las que me habría infantilizado.

Nada de eso, simplemente aceptó lo que le dije. Respetó mi deseo. Y con eso me estaba respetando a mí, a la persona que era. A la imperfecta, anoréxica, desdichada y desorientada Nathalie.

Para él yo estaba bien.

Aquella tarde, por primera vez desde que tenía uso de razón, intuí cómo me sentiría si alguna vez lograba justo eso: estar bien.

De ser creyente, habría rezado para mis adentros: «Por favor, Dios, no permitas que después de la fiesta este chico desaparezca sin dejar rastro». Como no lo era, pensé: «Es la oportunidad de mi vida».

Si hubiera tenido más años y experiencia habría temido abrumarlo con semejante expectativa. Habría sabido que una pareja (si es que llegábamos a serlo) no tiene una buena base si uno de sus miembros necesita mucha ayuda y obliga al otro a actuar de salvador. Cualquiera persona sensata habría pensado: «Esto es peligroso. La situación me hace demasiado vulnerable. Ninguna de las posibles consecuencias jugaría a mi favor: quizá utilice su superioridad para someterme; o, pasado un tiempo, desee tener una novia normal y me abandone; o una relación tan exigente a sus veinticuatro años acabará por hacerlo infeliz, por lo que tomará la misma decisión que en el punto dos».

Pero no pensé nada de eso. Tenía diecisiete años y no sabía nada de la vida.

Solo veía la oportunidad, no el peligro. Y estaba decidida a aprovecharla.

La Cadière, Francia
Martes, 15 de diciembre

Habían emprendido el viaje a Lyon aquella misma mañana pero, mientras ascendían por la colina, Simon volvió a tener la sensación de que llevaban fuera días, incluso semanas. Le parecía que el que regresaba por la noche era distinto al que partió por la mañana. Habían sucedido demasiadas cosas. Y Nathalie tampoco era ya la chica flaca y extraña que le había contado una historia disparatada de la que no se creía una palabra. Lo que al principio pensó que era producto de una fantasía exacerbada había resultado ser cierto.

No solo él había cambiado. También el mundo que lo rodeaba había dado un giro radical, un giro que lo asustaba y al que no sabía cómo enfrentarse.

Estaba tomando la última curva cuando Nathalie agarró el volante inesperadamente y con tanta fuerza que el coche se salió del camino y casi se estampó contra un muro.

—¿Estás loca? —gritó mientras pisaba el freno a fondo.

—Para —susurró la chica.

—¿Por qué?

Ella casi se le echó encima para apagar los faros.

—¡El coche!

—¿Qué coche?

—Enfrente de la verja, ¿no lo ves?

No lo había visto, conducía absorto en sus pensamientos. La luz de la entrada de la villa se encendía automáticamente al caer la noche y, gracias a ella, pudo distinguir un vehículo en el descampado.

—Matrícula francesa —murmuró Nathalie.

—Puede que sea de algún vecino —aventuró Simon, no muy convencido. La siguiente casa, la última colina arriba, se encontraba bastante alejada. No tenía sentido dejar el coche ahí y recorrer a pie el resto del camino, y menos aún con un tiempo tan malo. Con la casa situada más abajo sucedía lo mismo: lo lógico sería aparcar delante de ella, había sitio de sobra.

—¿Quién puede ser? —preguntó la joven—. ¿Esperas visita?

—La verdad es que no —repuso con malestar. Reflexionó un instante. Se trataba de un vehículo bastante grande; la asistenta de su padre conducía uno pequeño y

aparcaba dentro de la finca. Además, en ese momento estaba de vacaciones.

—Tenemos que irnos —susurró Nathalie.

—Quizá no sea nada —intentó tranquilizarla, aunque no estaba seguro—. Si son... si son ellos, no habrían dejado el coche a la vista.

—No saben que hemos visto el cadáver de Yves. Tampoco saben que venimos del apartamento que han registrado. Creen que no tenemos ni idea.

—Nathalie, llevan una semana detrás de ti y no han conseguido pillarte. Dudo mucho que piensen que no te das cuenta de nada.

—En cualquier caso, no saben que estoy alerta porque me pisan los talones. Simon, no voy a entrar, ¡no voy a entrar! —Su voz adquirió un tono histérico.

Era cierto que había cambiado mucho desde aquella mañana. A Simon siempre le había parecido nerviosa, asustada, confusa y algo trastornada. Sin embargo, desde el descubrimiento del cadáver, alternaba ataques de pánico con una parálisis total. Es probable que al principio pensara, o al menos deseara, que el caos que había provocado la llamada de Jérôme acabaría por aclararse, que todo se trataba de un inmenso error. Pero había comprendido que no sería así. Y estaba a punto de enloquecer.

—¡Por favor, por favor, Simon! ¡Vámonos de aquí!

Él se despreció por dejarse amedrentar hasta el punto de huir de su propia casa. Aun así, apagó el motor, metió la marcha atrás y guio el coche mientras se deslizaba pendiente abajo.

La joven, que estaba al borde de la hiperventilación, comenzó a respirar más pausadamente.

—Gracias. Es una trampa, Simon. Están esperándonos dentro.

—No lo creo —repuso él, al tiempo que se preguntaba qué era lo que creía. No se le ocurría ninguna explicación lógica para el coche aparcado delante de la villa. A la vista de aquellas extrañas circunstancias, quizá estaba haciendo lo correcto: quitarse de en medio.

Por el momento. Al día siguiente regresaría. Fuera quien fuese el que se hallaba dentro, no se quedaría esperándolos hasta el amanecer.

—Y ahora, ¿qué? —inquirió cuando llegaron al pie de la colina.

—Vamos a donde sea, podemos dormir en el coche.

—No me parece buena idea. No sé cómo te encuentras tú, pero yo estoy destrozado. Necesito una cama y unas horas de sueño. —Se frotó los ojos, que le ardían de cansancio—. Ya no logro pensar con claridad. Hubiera preferido quedarme en mi casa en lugar de huir como un... como un... —No se le ocurrió una comparación—. Bueno, no me habría marchado —simplificó.

—¡El encargado! —exclamó Nathalie. De pronto había recobrado la lucidez, quizá por la descarga de adrenalina—. ¡El encargado y el tal Yanis! Les diste tu nombre y tu dirección.

—¿Estás segura? —No lo recordaba con exactitud.

—Sí, muy segura. El hombre quería saber quién eras y dónde vivías, por si se metía en problemas por mi culpa.

—Es cierto, pero ¿y qué? ¿Es que él también es de los malos?

—Piénsalo un momento. Esa gente ha ido al apartamento y...

—Sospechas que han ido —la corrigió. Había que tener mucho cuidado con Nathalie. Cualquier afirmación suya que no se refutara terminaba convertida en un: «Tú también creías que...».

—Si sabían lo del apartamento —continuó ella—, no les habrá sido difícil localizar al encargado. Habrán ido a buscarlo y...

—Espera, ¿cómo averiguaron su nombre?

—Preguntando por la zona.

—¿Y lo descubrieron así, sin más?

—Se harían pasar por turistas que querían alquilar un piso. Es sencillo...

Simon reflexionó. La chica tenía razón, les habría resultado muy fácil.

Nathalie prosiguió:

—Así que encontraron al encargado y le preguntaron por mí; el tipo se acordaba, claro. Les dijo que me fui contigo y les dio tu nombre y tu dirección.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—He visto a esos tipos, Simon. Créeme, si te preguntan algo les contestas, y das gracias a Dios por tener una respuesta. Es la mejor opción, o quizá la única, de que te dejen en paz y se marchen.

—Todo eso me suena muy novelesco —opinó él.

Atravesaron el puente sobre la autopista y ascendieron por la colina en la que se alza el pueblecito de La Cadière. Debido a la lluvia y a que era de noche no había gente por la calle, aunque vieron a una pareja de aspecto extraño paseando bajo el mismo paraguas. Casi todas las ventanas estaban iluminadas y en la calle principal (tan estrecha que no podían cruzarse dos coches) brillaban las luces de Navidad. Simon enseguida se sintió mejor. En los alrededores de su villa las casas estaban muy alejadas unas de otras y semiocultas por los densos jardines. Además, aquella noche reinaba una oscuridad fantasmal que acentuaba la sensación de soledad e indefensión. En el pueblo, por el contrario, el ambiente era alegre y navideño. Entonces su huida le pareció aún más grotesca.

Sin embargo, debía reconocer que algo lo había empujado a marcharse; algo, más allá del pánico de Nathalie, que también le impedía regresar en ese momento. Su instinto le lanzaba advertencias. Ojalá no se equivocara al tomarlas en serio.

Dejó el coche en el aparcamiento del hotel más grande del pueblo y corrieron bajo la lluvia hasta la entrada.

—Ni se te ocurra dar nuestros nombres —susurró Nathalie.

—No soy tonto —replicó, pero al instante pensó que sí lo era. Aún peor: era un completo idiota.

Una vez dentro, les explicaron que en época navideña el hotel disponía de un número limitado de habitaciones y que solo les quedaba una libre, y que por supuesto podían compartirla si lo deseaban. No obstante, tendrían que compartir también la cama porque el sofá de la habitación era demasiado pequeño incluso para la menuda Nathalie. Simon se encontraba tan cansado que todo le parecía bien. Su agotamiento se debía a la tensión acumulada y, en esa situación, cualquier arreglo se le antojaba una bendición del cielo. Solo quería dormir para olvidar lo sucedido, aunque fuera durante unas horas.

Nathalie no opinaba igual. Primero obligó a Simon a acostarse en el sofá, pero estaba claro que no podría dormir allí. Cuando él se metió en la cama, ella se fue al sofá, y tampoco pudo conciliar el sueño. Al final, encendiendo la luz por enésima vez, terminó en la cama, a pesar de que al principio se había negado en redondo. Exceptuando el abrigo y las botas, continuaba completamente vestida, cosa que Simon consideraba ridícula.

—Jérôme es el único hombre en mi vida —declaró antes de tumbarse—. Aunque no sepa dónde está y nos encontremos en una situación terrible. Simon, no quiero que haya malentendidos, yo...

Él solo quería descansar de una vez.

—Por favor, Nathalie, acuéstate y cállate. No tengo intenciones de ningún tipo y, aunque las tuviera, en este momento me faltan las fuerzas. Así que deja de darle vueltas al tema y duérmete.

La joven pareció algo molesta por sus palabras pero a él no le importó; enseguida se durmió profundamente y no tuvo sueños. Y si los tuvo, al día siguiente no recordaba nada.

Toulon, Francia
Miércoles, 16 de diciembre

El teniente de la Policía Nacional Jean Caparos intuía por qué su superiora lo había mandado llamar. En la comisaría de Toulon solo se hablaba de la trágica muerte de un civil durante una operación policial y de la suspensión del compañero de Inès Rosarde. El teniente Perez era muy querido y todos lamentaban lo sucedido. Más aún considerando que, después de ser suspendido durante un tiempo, las posibilidades de que recuperara su puesto eran muy limitadas.

Al entrar en el despacho y cerrar la puerta, Caparos notó enseguida que su jefa no se encontraba bien. Era evidente que tenía gripe y que debería estar en la cama. Sentada a su escritorio, tenía los ojos enrojecidos, profundas ojeras y la cara muy pálida. Dijo «buenos días» con la voz ronca.

—Siéntese —ordenó, señalando la silla situada frente a ella—. Supongo que ya se imagina por qué está aquí...

—No estoy muy seguro —repuso él con cautela. Sobre la mesa había un expediente y dio por hecho que era el suyo. Se había enterado de que Rosarde lo había solicitado el día anterior.

—Como ya sabe, el teniente Perez ha sido suspendido temporalmente del servicio. Y he pensado que usted es el más indicado para ocupar su lugar. —Inès siempre iba directa al grano. Andarse con rodeos le parecía una pérdida de tiempo.

—¿Temporalmente?

Ella hizo un gesto impaciente con la mano.

—No estará suspendido para siempre pero tampoco volverá a su puesto, no debemos engañarnos. Por lo tanto, en lo que a usted respecta, no se trataría de algo temporal.

Una buena oferta y Caparos lo sabía. Pero también representaba un reto enorme: Rosarde y Perez se entendían de maravilla, eran el binomio perfecto. Les bastaba un cruce de miradas y, sin palabras, parecían leerse el pensamiento. Él tendría que seguir los pasos de Perez, y no estaba seguro de encontrarse a su altura.

La comisaria leyó de su expediente:

—«Jean Caparos, nacido el 3 de noviembre de 1977 en Marsella. Treinta y ocho años. Seis años en la Policía Nacional, cuatro en Protección de Testigos y dos en la Policía Criminal». —Levantó la vista para mirarlo—. Soltero y sin hijos.

—Así es —confirmó.

Seguramente ese era un aspecto importante para su superiora. Convertirse en su colaborador más estrecho implicaba hacer muchas horas extra, por lo que mantener una vida personal resultaría complicado. Sin embargo, eso no suponía un problema para él. Su compromiso con su trabajo era máximo y vivía en consecuencia, lo que ya le había costado más de una relación sentimental. El único modo de evitarlo habría sido tomarse menos en serio su profesión y dedicarle menos tiempo, pero eso no encajaba con su concepto del deber.

Y ahora recibía su recompensa. Inès Rosarde no lo había elegido por casualidad, se imaginaba qué cualidades habían sido determinantes: era fiable, leal, serio, comprometido. Sabía que en la comisaría todos compartían esa opinión.

—No hace falta que le diga que el comisario divisionario nos estará vigilando —continuó su superiora—. Tras la trágica muerte del civil estamos en el punto de mira de las altas instancias. No podemos cometer ni el más mínimo error.

—En mi opinión, nunca podemos cometer errores —contestó, y enseguida se dio cuenta de lo tajante de su comentario. En realidad quería decir que las «altas instancias» deberían saber que, los vigilaran o no, ellos siempre trabajaban con el máximo empeño y dedicación: todos daban lo mejor de sí mismos.

—Claro, claro —repuso ella con cierta impaciencia.

Se levantó y él hizo lo mismo; parecía que la entrevista había terminado. Inès era conocida por eso: despachaba los asuntos deprisa y nunca dedicaba a ningún tema más tiempo del estrictamente necesario.

—A partir de este momento es usted mi compañero, Caparos. Mi mano derecha, por así decirlo. Estoy segura de que formaremos un buen equipo.

Él admiró la objetividad y la calma con que pronunció aquellas palabras. Debía de encontrarse bastante afectada por la suspensión de Perez. Si de ella dependiera, jamás lo habría dejado marchar, pero eran otros quienes habían tomado la decisión y no le quedaba más remedio que encajarla lo mejor posible. Aceptar las cosas como eran y seguir adelante. Y eso estaba haciendo, con determinación y disciplina.

«Voy a aprender mucho de una persona así», pensó Caparos.

Le tendió la mano y ella se la estrechó.

—Me esforzaré al máximo —aseguró el teniente.

—Estoy convencida. De lo contrario no lo habría elegido. —Le dedicó una sonrisa más forzada que cordial; considerando su situación, resultaba comprensible—. Me alegro de que trabajemos juntos. Y espero que no nos encontremos con retos dramáticos nada más empezar.

Una frase que no era muy de su estilo, consideró Caparos. Rosarde no se arredraba ante ningún reto, dramático o no. Supuso que estaba realmente disgustada.

—Confío en que podremos hacer frente a cualquier dificultad —respondió.

Aunque no dijo nada, Inès sonrió. Fue una sonrisa de aprobación. Para sus adentros, el teniente suspiró aliviado: parecía que en aquella primera conversación

había cumplido las expectativas de su superiora.

La Cadière, Francia
Miércoles, 16 de diciembre

A la mañana siguiente, el sol brillaba y el mundo parecía nuevo y resplandeciente. Simon no entendía cómo se había dejado amedrentar por un simple coche aparcado ante su casa. La situación de la noche anterior le resultaba del todo incomprensible. Solo se la explicaba por la oscuridad, la lluvia y el cansancio, que había podido con él.

Y, claro, por el cadáver de Yves y el apartamento destrozado.

Sin embargo, a la luz del día y habiendo descansado, se inclinaba a pensar que había razones más lógicas para ambas cosas. Quizá a Yves lo había matado alguien que no tenía nada que ver con Nathalie ni con su historia. La zona donde vivía era conocida porque se traficaba con drogas, a lo mejor había tenido un altercado con algún camello.

En cuanto al apartamento, por culpa de Nathalie el portal y la puerta permanecían abiertos; cualquiera podía haber entrado. Quizá un vagabundo que buscaba dinero. O un grupo de jóvenes ociosos que había organizado una fiesta y lo había destrozado todo.

Había muchas explicaciones sensatas y casi todas, reflexionó Simon, resultaban más convincentes que la historia de Nathalie.

La contempló. Estaba acurrucada en posición fetal, respirando profunda y regularmente con la boca entreabierta. Incluso dormida se la veía tensa y angustiada por el miedo; la postura reflejaba su necesidad de protegerse. De nuevo se preguntó si todo era una farsa y, en caso afirmativo, cuál podría ser el motivo. ¿Qué esperaba conseguir?

Sus ataques de pánico le parecían reales. Si los simulaba, era una actriz increíble. Quizá sufría manía persecutoria y por eso creía que todo lo que veía y sentía en su delirio era cierto.

Se levantó sigilosamente y se puso los vaqueros y el jersey, con la sangre de Yves reseca. Ya iba siendo hora de cambiarse de ropa.

Mientras desayunaba, casi solo en el salón del hotel porque ya era tarde, apareció Nathalie. Estaba ojerosa y parecía tan ansiosa como el día anterior. Las doce horas de sueño no la habían tranquilizado lo más mínimo.

Pidió café solo y no tocó los cruasanes ni las baguetes. Jugeteaba con la

servilleta, absorta en sus pensamientos, y finalmente preguntó:

—¿Y ahora?

—No sé lo que harás tú, pero yo vuelvo a casa. Y voy a entrar tanto si hay un coche enfrente como si no.

—¿De verdad vas a...?

—Sí. Es lo que tenía que haber hecho anoche.

La chica parecía indecisa. Al final susurró:

—No tengo adónde ir.

Él comprendió que aquel era el momento perfecto para desentenderse de sus problemas, pero se la veía tan desgraciada y asustada que no fue capaz de hacerlo.

—Si quieres acompáñame a la villa, te daré dinero para el tren a París. Allí están tu casa y tu trabajo, ¿no podrías retomar tu vida?

—Pero ¿y Jérôme?

—Dijo que se pondría en contacto contigo, pero hasta entonces no puedes ocupar un apartamento de forma ilegal ni... —se interrumpió.

—Ni ser una carga para un completo desconocido... —completó ella—. Para ti.

Simon no replicó porque la joven había dado en el blanco. Era una carga para él. Y cada minuto que pasaba se le hacía más pesada.

Eran más de las diez cuando ascendían por el otro lado del valle hacia la villa. La luz del día lo transformaba todo. Bajo los rayos del sol, el mundo parecía un lugar perfecto.

El coche aparcado frente a la casa había desaparecido.

—¿Lo ves? —dijo Simon.

Nathalie, que a falta de una alternativa mejor había aceptado su ofrecimiento, se agachó en el asiento tratando de esconderse y empezó a respirar con dificultad.

Él se apeó para abrir la verja y entonces se fijó en que no estaba bien cerrada. Se mecía levemente con la brisa. Frunció el ceño. Quizá no la cerró cuando se marchó el día anterior.

Condujo por la grava, aparcó y se bajaron. Ya de lejos, mientras ascendían por los escalones, se dio cuenta de que la puerta estaba abierta de par en par.

—¡Mierda! —exclamó.

La joven, que había seguido su mirada, se detuvo en seco.

—¡Oh, no!

Simon sintió tal cólera que se olvidó de toda precaución. En realidad debería darse la vuelta y llamar a la policía, pero no pensaba escabullirse de nuevo. Ya lo había hecho una vez, no habría una segunda. Quienquiera que fuera el intruso no conseguiría obligarlo a huir. Estaba harto. Estaba verdaderamente harto de todo lo que sucedía en su vida desde hacía cuarenta y ocho horas.

Subió los escalones de dos en dos y se precipitó al interior de la casa. Allí se

quedó horrorizado por la escena: el destrozo era peor que en el apartamento de Les Lecques. Mucho peor. Cuadros arrancados de las paredes. Un sofá volcado. La pila de leña para la chimenea dispersa por toda la habitación. Las sillas yacían en el suelo, alrededor de la mesa. Por todas partes se veían trozos de vajilla. El reloj de pared estaba hecho añicos y las cortinas, arrancadas de cuajo.

—Santo Dios —murmuró.

Se dirigió a la cocina. La misma imagen: miles de fragmentos de cristal y porcelana. Granos de café por el suelo. Habían tirado las macetas del zócalo de la ventana y se veía tierra, hojas y raíces por todas las superficies. La nevera estaba abierta. Un mar de leche se extendía por las baldosas.

Percibió un ruido a su espalda y se giró al instante. Era Nathalie, que estaba en la entrada.

—Simon... —susurró.

—Ladrones —dijo él. Se pasó las manos por el pelo—. Malditos ladrones. Si hubiéramos estado aquí anoche...

—Habrían entrado de todas formas. Nos buscaban a nosotros, Simon. A mí. Dios mío, si hubiéramos estado aquí... —Palideció aún más. Buscó un asiento con la mirada y, como no había ninguno a mano, terminó agachándose en el suelo, en medio de la devastación—. Nos habrían matado.

—¡Tonterías! —repuso él, con más aspereza de la que pretendía—. No habrían entrado. Pero como vieron que no había nadie aprovecharon la oportunidad. Y luego, rabiosos por no encontrar dinero, lo destrozaron todo. ¡Típico! Sale en el periódico todos los días. ¡Joder! ¿Cómo pude ser tan estúpido de dejarme convencer para ir a ese maldito hotel? —Furioso, dio una patada a una cafetera de cristal que había sobrevivido a la catástrofe. Saltó en mil pedazos.

—Pero aquí hay objetos de valor —rebatía Nathalie. Aunque se encontraba muy alterada, había logrado hacerse una visión de conjunto—. Los candelabros, los espejos, los marcos de las fotos... Hasta yo, que no soy ninguna experta, veo que son de plata y antiguos, tienen que valer dinero. ¿Por qué no se los han llevado?

—Seguro que faltan cosas —replicó él—. Ahora mismo no sé cuáles pero...

—¿Qué apostamos a que no falta nada? Nos buscaban a ti y a mí, Simon. Y esta destrucción... Nos están haciendo una advertencia. Sobre todo a mí.

Él se quedó mirándola fijamente, deseando ordenarle que se levantara y se fuera, que lo dejara en paz de una vez por todas y se buscara a otro para cargarle su paranoia. Sin embargo, mientras buscaba unas palabras lo bastante hirientes para alejarla de su vida para siempre, resonó otra voz en la casa.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó alguien en alemán.

Era Kristina. Estaba parada en la puerta de la entrada y miraba con espanto el tremendo destrozo.

Y a Simon.

Y a Nathalie, acurrucada en el suelo.

La joven estaba en el baño, dándose una ducha. Simon y Kristina salieron al porche. Ella fumaba un cigarrillo. Él había repetido ya tres veces que debería avisar a la policía, pero temía que Kristina desapareciera mientras hablaba por teléfono. Necesitaba explicárselo todo, aunque era consciente de lo increíble que resultaba la historia. Sin duda, ella pensaría que se la había inventado para ocultar una escapada romántica con una jovencita a la que le doblaba la edad.

Kristina había dicho que no debían tocar nada y que no era buena idea que Nathalie utilizara el baño, pero esta pareció no escucharla. Simon se alegró de que estuviera ocupada por un tiempo.

—Ayer me quedé dormida en una de las tumbonas —comenzó Kristina—. Cuando me desperté ya era de noche y estaba muerta de frío. —El recuerdo la estremeció—. No habías vuelto, así que me marché.

—¿Aparcaste enfrente de la casa?

—Sí. Vine en un coche de alquiler, aterricé en Marsella a mediodía.

Simon suspiró. Kristina. Habían huido de Kristina.

—¿Dónde estabais anoche? —inquirió ella—. Tu... amiguita y tú.

—Nathalie no es mi amiguita. Entiendo que te resulte extraño pero...

—«Extraño» se queda corto. Sé que fui yo quien decidió dejarlo, pero anteayer me llamaste para pedirme que viniera. Habría agradecido que me informaras de que tenías un plan B por si te decía que no.

—No tenía ningún plan B. Cuando hablamos ni siquiera conocía a Nathalie. Me la encontré en la playa poco después de colgar y...

Ella enarcó las cejas.

—¡Pues sí que va rápido lo vuestro!

Él no sabía por dónde empezar.

—Se encontraba en serias dificultades y quise ayudarla. Y ahora parece que yo también estoy metido en un buen lío. El destrozo de ahí dentro... —Señaló hacia la casa—. Ojalá sea cosa de ladrones que buscaban dinero y objetos de valor... —Mientras hablaba hizo un repaso mental y se dio cuenta de que Nathalie tenía razón: no faltaban objetos valiosos, y eso que había muchos—. Si no han sido los ladrones, entonces se trata de la gente que persigue a Nathalie. A esos no les interesa el dinero ni la plata ni nada parecido: la buscan a ella. Y a mí también, porque sé demasiado.

Kristina lo miró fijamente. La ceniza que se consumía en el cigarrillo cayó sobre las baldosas.

—¿Y qué es lo que sabes?

—Lo ignoro, y Nathalie también. Parece que su novio está metido en algún asunto turbio. Ha desaparecido, pero la llamó para avisarla de que corría peligro y le dijo que se escondiera. Ella no tiene ni idea de qué sucede, quizá...

—Perdona, Simon —lo interrumpió—. ¿Todo eso no te parece un poco... descabellado? Quiero decir, ¿de verdad te crees lo que me estás contando?

Él comprendía su escepticismo. Se la veía cansada, envejecida y triste. Supuso que en ese momento se arrepentía de haber hecho aquel viaje sorpresa a la Provenza.

—Entiendo tus dudas. Pero hay un muerto, un hombre de Lyon que acogió a Nathalie en su casa durante un cuarto de hora. Lo han degollado, ahora está tirado en su cocina y...

—Pero ¡qué dices!

—Lo he visto con mis propios ojos, Nathalie y yo estuvimos ayer en Lyon. Al regresar vimos un coche aparcado aquí, frente a la casa. Ahora sé que era el tuyo pero anoche temimos que fueran... Así que nos fuimos a un hotel.

Kristina profirió un grito de dolor, no se había fijado en que el cigarrillo se había consumido del todo. Lo tiró y acto seguido sacó otro del bolsillo de los vaqueros y lo encendió.

—Yo también busqué un hotel, era espantoso. No he pegado ojo.

—Menos mal que no estabas aquí cuando... cuando vino esa gente.

—¡«Esa gente»! En serio, Simon, ¿no te has planteado que la tal Nathalie sea alguien con muy malas intenciones?

—Claro que me lo he planteado —repuso débilmente.

—Consigue que vayas a un hotel y esa misma noche entran a robar en tu casa. ¿No te parece sospechoso?

—Pero no falta nada.

—¿Ya lo has comprobado?

—Por lo pronto, he visto un montón de cosas valiosas que podrían haberse llevado sin problemas. No me parece un robo normal. —Ella se encogió de hombros. Estaba furiosa y triste—. Y el muerto de Lyon... ¿Por qué iba Nathalie a preparar algo así solo para facilitar un robo normal y corriente?

—Ni idea, a lo mejor perdieron el control en algún momento. No soy experta en los círculos en que parece moverse tu Nathalie.

—No es «mi» Nathalie.

—Llámalo como quieras, pero es obvio que tienes un vínculo con ella. Y estás en todo tu derecho, el asunto no me concierne.

—Claro que sí. Sí que te concierne, Kristina. Yo te importo. Me alegra tanto que estés aquí...

—Lo siento mucho, Simon, pero la alegría no es mutua. He cometido un error inmenso viniendo, ojalá no hubiera sido tan estúpida. Me acabo este cigarrillo y me subo al coche; en Marsella intentaré tomar el primer avión a Alemania. Y después ya no tendremos ningún contacto.

—No puedes irte ahora, voy a llamar a la policía. Fuiste la última persona que estuvo aquí antes de que entraran, querrán hablar contigo.

Metz, Francia
Miércoles, 16 de diciembre

Valérie Moraux se consideraba una mujer activa y enérgica, y no se engañaba. La vida nunca le había regalado nada: de pequeña había sido enfermiza y tímida, de adolescente la atormentaron el sobrepeso y la misma timidez, y luego, con apenas veinte años, se enamoró de un indeseable. Cuando al final de la veintena logró escapar de aquella relación traumática, plagada de ofensas y humillaciones, se había convertido en una persona distinta: en una mujer decidida a no dejarse asustar o menospreciar por nadie. Ni hombres ni mujeres.

Era muy agradable que una amiga suya viviera en su mismo edificio. Jeanne Berney tenía veinticinco años, cinco menos que ella, pero era una chica muy centrada y sensata. Vivía en uno de los áticos y Valérie, que residía en el bajo, sentía un poco de envidia. Las vistas desde el ático eran espectaculares, con toda la ciudad y las colinas boscosas que la rodeaban. Desde su piso ella solo veía el balcón del vecino, pero como pasaba mucho tiempo con su amiga no le importaba tanto.

Jeanne llevaba diez días con gripe. Valérie la había cuidado desde el principio, yendo a la farmacia, haciéndole la compra y preparando reconfortantes sopas de verduras que luego le subía a su piso.

Más de una vez su amiga le había dicho: «No sé qué haría sin ti, Valérie...».

Eso le encantaba. No había nada como sentirse útil.

Sabía que Jeanne quería pasar las vacaciones en casa de sus padres, en Saint-Brevin-les-Pins, una pequeña población de la costa bretona. Valérie había hablado ya dos veces por teléfono con su angustiada madre para tranquilizarla:

—No se preocupe, señora Berney, yo la cuido. Se pondrá bien para Navidad, estoy segura.

En los últimos días, sin embargo, no había podido ocuparse de ella porque su jefe la obligó a asistir a un curso de formación. Le sentó fatal pero no pudo negarse, necesitaba el trabajo. Preparó una gran olla de sopa y se la dejó a su amiga en la cocina con la indicación de que la fuera calentando por raciones. Cuando regresó a casa la noche anterior fue a visitarla. Pero no le abrió la puerta. En los peores momentos de su enfermedad, Jeanne le había dado una llave para que pudiera entrar y salir a su antojo, pero antes de irse al curso Valérie la había dejado en la mesa del comedor. No quería acabar perdiéndola.

Dando por hecho que su amiga dormía, le envió un wasap. Pero ya era por la mañana y no había contestado; es más, el mensaje ni siquiera aparecía como leído.

Empezó a inquietarse. No era normal dormir tanto. Aunque tras la enfermedad seguramente Jeanne estaba muy débil. Pero aun así... resultaba muy extraño.

De manera que volvió a subir y tocó el timbre, otra vez sin éxito. Aquello le dio mala espina. ¡Si tuviera la llave! ¿Debía avisar al portero para que abriera? Pero quizá su amiga se enfadaría... En cualquier caso, Valérie estaba demasiado alarmada para irse a trabajar y ausentarse todo el día. Telefoneó a su empresa fingiendo una gripe y envió otro mensaje a Jeanne: «Jeannie, ¿qué pasa? Ya estoy aquí, anoche fui a verte. He subido ahora pero no me abres. ¿Estás bien? Contesta, por favor. Estoy preocupada».

A media mañana decidió que tenía que hacer algo. Consideró llamar a los padres de su amiga pero no quiso asustarlos por si luego no pasaba nada malo. Así que decidió avisar al portero, daba igual si Jeanne se enfadaba con ella. Pero antes subió al ático una última vez.

Aunque había ascensor, Valérie siempre utilizaba las escaleras. Seguía arrastrando algunos kilos desde la adolescencia y aprovechaba cualquier ocasión para moverse. Además, ese era un ejercicio que el médico le había recomendado vivamente. Casi nunca se encontraba con nadie en la oscura escalera. La mayoría de los vecinos usaban el ascensor.

Sus pasos resonaban contra los peldaños. A partir del segundo tramo comenzó a jadear. No estaba tan en forma como le gustaría, y menos en esos días prenavideños, caracterizados por el exceso de comida. Y de champán y vino caliente.

«A partir de enero me lo tomo en serio», se prometió.

Pero no era solo el sobrepeso lo que hacía que respirase con dificultad. También sentía miedo. De pronto la asaltó un mal presentimiento.

«Tenía que haber hecho algo antes», pensó.

Oyó pasos que se acercaban. Alguien bajaba por la escalera. Se detuvo un momento para inspirar profundamente porque le daba vergüenza cruzarse con un vecino resoplando como una ballena.

Retomó el ascenso y llegó hasta la quinta planta. Cuando giró para emprender el siguiente tramo de escalones se encontró frente a frente con un hombre que seguramente la había oído y por eso se había quedado parado.

Se miraron asustados.

Aquel hombre no vivía en el edificio, Valérie se dio cuenta al instante. No lo había visto nunca. Iba tan desastrado que parecía un vagabundo: ropa arrugada, barba de varios días, pelo despeinado. Era joven (no llegaría a treinta, calculó), pero se lo veía ajado, como si hubiera pasado por situaciones muy difíciles en la vida. Desprendía un fuerte olor a sudor, pero no a alcohol. Borracho no estaba.

—¿Quién es usted? —preguntó ella reaccionando antes que él.

El joven la miró fijamente, con los ojos enrojecidos de cansancio.

—Jeanne Berney... No está en casa, ¿verdad?

—¿Quiere ver a Jeanne?

Él señaló las escaleras.

—Vengo de arriba. He llamado varias veces pero no está.

—¿Cómo ha entrado en el portal?

—Con un vecino.

Valérie suspiró. En aquel edificio siempre había mucho movimiento y a nadie parecía preocuparle que cualquiera pudiera colarse. Sin embargo, con los tiempos que corrían, la gente debería ser más cuidadosa que nunca. Pero a los jóvenes les parecía mal no dejar entrar y salir libremente a cualquiera que se presentara en la puerta. Para eso no tenían prejuicios.

En vista de cómo estaba el mundo, Valérie consideraba que eso era peligroso. Pero en aquel momento lo que de verdad le preocupaba eran las palabras del desconocido, que afirmaba haber llamado varias veces sin obtener respuesta. Definitivamente, aquello no era normal.

—¿Quién es usted? —repitió.

—Un amigo de Jeanne. —Era evidente que no quería decir su nombre. Lanzó una mirada angustiada a su alrededor—. Escuche, necesito hablar con ella. ¿Podría decirme dónde trabaja?

Ella dudó unos segundos.

—No está en el trabajo.

—¿Y dónde está?

Lo esquivó y subió la escalera.

—A lo mejor a mí sí me abre.

El extraño la siguió. Aunque a Valérie no le inspiraba mucha confianza, al menos no parecía peligroso. Se le veía angustiado pero no agresivo.

Llamó al timbre, dos pulsaciones largas y tres cortas, la contraseña que solían utilizar.

Sin respuesta.

Probó otra vez.

—¿Debería estar en casa? —preguntó el joven, que se removía inquieto tras ella.

—No lo entiendo —murmuró ella.

Llamó una última vez y decidió no perder más tiempo. Fue a buscar al portero.

Media hora después se encontraba ante el cadáver de su amiga, gritando de dolor y desesperación. Un solo vistazo bastaba para comprender que había sido brutalmente maltratada antes de morir de un corte en el cuello. El forense que acompañaba a la policía científica determinó que había fallecido unas veinticuatro horas antes.

Valérie lo percibía todo como a través de una espesa niebla. Si alguien le hubiera preguntado por lo sucedido en las horas posteriores al terrible descubrimiento, habría

sido incapaz de responder. Todo se desdibujaba y se mezclaba ante sus ojos: los agentes, las distintas voces, el ir y venir de gente desconocida. Estaba sentada en la cocina de su amiga temblando de frío, a pesar de que la temperatura era excesiva. Sostenía en las manos un vaso en el que una amable agente había servido agua por segunda vez. Iba dando pequeños sorbos, muy concentrada. Mantenía la vista clavada en el vaso, como si aquella actividad fuera un complejo problema matemático.

Era importante que se tomara muy en serio lo de beber agua. Si se concentraba en el siguiente trago no tendría que pensar en Jeanne. Pensar en ella la haría chillar como al principio, y no quería que eso sucediera. Se había mareado de tanto gritar.

Un agente tomó asiento frente a ella. Se había presentado, pero Valérie fue incapaz de retener su nombre.

—¿Puede hablar? —preguntó.

Ella asintió. Otro trago. Muy importante.

—¿Era amiga de Jeanne Berney?

—Sí.

—¿Cuándo notó su desaparición?

—He estado fuera. Tres días. En un curso.

—¿Dónde tuvo lugar ese curso?

—En... Reims.

—¿Y en qué fechas?

¿Cuándo había sido? ¿Hacía cien años?

—El lunes y el martes. Salí de viaje el domingo por la tarde porque empezábamos el lunes muy temprano. Regresé anoche.

—Entonces vio a Jeanne Berney por última vez...

—El domingo. A mediodía. Le traje algo de comer. Tenía gripe y estaba en cama.

—¿Desde cuándo?

—Hace unos diez días.

—¿Y usted la estuvo cuidando?

—Sí. Es mi amiga.

—Entiendo. ¿Hay algo que le llamara la atención durante esos días? ¿O antes? ¿Algo que no fuera como siempre?

Valérie dio otro sorbo. Si los pensamientos no se le agolparan en la cabeza...

—No, creo que no.

—¿Estaba asustada? Me refiero a su amiga. ¿Nerviosa, inquieta...?

—Estaba enferma. En algunos momentos tenía mucha fiebre. No, no me pareció asustada. Lo único que le preocupaba era reponerse para Navidades. Quería pasarlas con sus padres y... —De pronto se estremeció—. Sus padres. Tengo que llamar a sus padres.

El policía le puso una mano en el brazo y dijo en tono tranquilizador:

—Nosotros nos ocuparemos de eso. Ahora intente recordar los últimos días que estuvo con Jeanne Berney. Quizá dijo o hizo algo que entonces parecía irrelevante

pero que ahora, a la vista de los... terribles acontecimientos, puede ser importante.

«Los últimos días que estuvo con Jeanne Berney...». Notó que las lágrimas resbalaban por sus mejillas. No quería hacerlo. No quería pensar en Jeanne. No era capaz. Además, no había nada. Nada raro o fuera de lo normal. Su amiga estaba como siempre. Quitando la fiebre y que se sentía fatal, claro. Pero no parecía asustada en absoluto. Lo único era...

Dejó el vaso, que estaba a punto de llevarse a los labios.

—El hombre —dijo.

—¿Qué hombre?

—El que ha venido a verla. Me lo encontré en la escalera. Llamó al timbre pero Jeanne no le abrió. —Se mordió el labio. Qué frase tan estúpida. Claro que no le abrió: llevaba veinticuatro horas muerta, con la garganta rajada. Continuó apresuradamente—: Dijo que era amigo suyo. Que necesitaba verla. Era un tipo muy raro, con pinta de vagabundo. Muy nervioso. Estaba detrás de mí. Se quedó todo el tiempo detrás de mí. —Se giró como si el extraño siguiera tras ella—. No lo conozco, no lo había visto nunca.

El agente se inclinó hacia delante. De pronto todos sus músculos estaban en tensión.

—¿Podría describírmelo? —preguntó.

La Cadière, Francia
Miércoles, 16 de diciembre

Alrededor del mediodía, dos policías municipales, Thierry Leboyer y su compañera Thérèse Perrin, se desplazaron hasta la casa del padre de Simon. Esperaban encontrarse con el típico robo de una villa: por desgracia, era algo habitual en la zona.

Mientras Thierry Leboyer inspeccionaba la finca, Thérèse Perrin se sentó a la mesa del porche con Simon y Kristina. Nathalie se había encerrado en el dormitorio, Simon la había oído llorar.

—Me gustaría ofrecerle café —dijo a la agente—. Pero la cafetera está hecha añicos y los granos ruedan por toda la cocina.

—No se preocupe. —Perrin sacó un lápiz y una libreta, algo que, en tiempos de los omnipresentes teléfonos móviles, resultaba un poco obsoleto—. ¿Ustedes son el señor y la señora...?

—No estamos casados —respondió Kristina en un tono que revelaba lo importante que le parecía esa aclaración. Simon notó que hablaba un francés muy fluido—. Soy Kristina Dembrovski, residente en Hamburgo, Alemania.

—Y yo soy Simon Lemberger, también de Hamburgo. Esta es la casa de vacaciones de mi padre.

Perrin iba anotándolo todo con diligencia, aunque necesitó que él deletreara su apellido una vez y Kristina, dos.

—¿Pasan aquí las vacaciones juntos?

—Es Simon quien está de vacaciones, con una jovencita —aclaró Kristina—. Yo me he presentado por sorpresa y es evidente que sobro.

—Oh —exclamó la agente, levantando la vista con turbación.

«No parece muy experimentada —pensó Simon—. Espero que esté preparada para lo que viene ahora».

—No estoy de vacaciones con una jovencita. —Enseguida se dio cuenta de que sonaba a la defensiva—. Lo que hago es ayudar a una chica que huye de unos delincuentes.

—¿De unos delincuentes? —repitió Perrin, incrédula—. Quiere decir que...

—La persiguen. Aunque no sabe por qué. Parece que su novio está metido en asuntos turbios. En principio iba a reunirse con ella en Les Lecques.

—Pero, señor...

—Ya lo sé —la interrumpió—. Sé que esto le parece un disparate. Pero déjeme que se lo cuente desde el principio.

—Será mejor que vaya a buscar a mi compañero —repuso la agente.

Se levantó y se internó en el jardín.

—¿Qué piensas hacer si la policía no se cree tu historia demencial? —inquirió entonces Kristina—. ¿Y si al final se descubre que te has dejado engañar por una embaucadora?

—Te parecerá raro, pero me alegraría. Me alegraría mucho porque entonces ella seguiría su camino y yo el mío. Y todo en orden. Kristina, Nathalie no significa nada para mí. Solo quiero acabar con esta historia.

—En mi opinión, jamás debiste meterte en esto.

Su fría superioridad lo enfureció.

—¿Es que tú nunca cometes errores?

—Claro que sí. —Encendió el último cigarrillo. El humo se quedó flotando en el aire claro y frío—. Esta situación es la prueba de uno de mis grandes errores: tener una relación contigo.

—Kristina, ¿de verdad crees que esa chica y yo...?

Ella se quedó reflexionando un momento.

—No, la verdad es que no. Pero esa no es la cuestión. Lo importante es que... Es tan típico de ti que te pase algo así. Que te veas involucrado en un lío como este...

—¿Cómo que es típico de mí? Hablas como si me pasara la vida metiéndome en problemas, y eso es muy injusto.

—A lo que me refiero es a tu incapacidad para ser libre, independiente. Es una constante en tu vida. Ya sea tu padre, tu exmujer o tus hijos... ¡todos hacen contigo lo que quieren! Y es porque te dejas. Porque siempre encuentras razones para supeditarte a las peticiones, las exigencias o la voluntad de otros. Razones buenas, bonitas, altruistas, no digo que no. Pero no sabes dónde está el límite: ¿cuándo deja uno de ser una buena persona para convertirse en el perrito faldero de todo el mundo?

Él se estremeció. Aquella conversación no era nueva, la habían tenido decenas de veces. Pero Kristina jamás se había expresado con tanta dureza y frialdad.

—Ayudar a esa chica con cincuenta euros es una cosa —continuó ella—. Pero llevártela a casa, darle acceso a tu vida y dejarte arrastrar a una ciénaga que apesta a kilómetros... es típico de ti. Es cien por cien Simon.

—Muy bien —respondió, herido—, ¿y qué se supone que debía hacer? ¿En qué momento tenía que haberme librado de ella?

—Si no fueras tan calzonazos no necesitarías preguntarlo —respondió ella con brusquedad.

Entonces oyeron un carraspeo a sus espaldas. Los agentes estaban en el porche. Simon, con las mejillas ardiendo, deseó con toda su alma que no entendieran alemán.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó el hombre.

—Por supuesto, adelante. —Simon señaló las dos sillas vacías. Por la expresión

del policía, dedujo que su compañera le había informado del giro que estaba dando el caso, y que Leboyer era más que escéptico. Llevaba pintadas en la cara palabras como «teoría de la conspiración», «paranoia» o «delirios de grandeza». Solo tenía que decidir en qué lugar de ese espectro situaba a aquella pareja de Hamburgo. Y eso que aún no había visto a Nathalie.

—En fin —suspiró el agente—. Pues cuéntenoslo todo desde el principio, ¿qué es exactamente lo que ha pasado?

Media hora después, el escepticismo de Leboyer no había disminuido lo más mínimo.

—No se lo tome a mal, pero todo esto me resulta... muy estrambótico. ¿No le parece?

—Claro —repuso Simon—. Yo pensaba lo mismo. Pero he estado junto al cadáver de Yves. He visto con mis propios ojos el destrozo del apartamento del bulevar de la Plage, en Les Lecques. Y esta mañana he vuelto a mi casa y me la he encontrado... así. —Señaló hacia la puerta forzada—. Me encantaría creer que la historia de Nathalie es una sarta de mentiras pero, para ser sincero, cada vez me cuesta más creerlo.

—Aquí los robos son muy habituales —intervino Perrin—. Y más en esta época del año, cuando los apartamentos y las casas de vacaciones están desocupados. En ambos asaltos, tanto abajo en la playa como aquí arriba, pueden haber sido ladrones comunes.

—¿Y no le parece un poco raro que en menos de doce horas entren a robar en dos viviendas que tienen en común a una chica de París? —inquirió Simon—. Son dos sitios en los que Nathalie se ha escondido. ¿Eso no podría ser un indicio de que alguien la está persiguiendo?

—Hum —profirió Leboyer—. Y de ese... de ese tal Yves, el de Lyon... ¿tiene su dirección? ¿O al menos su apellido?

—Calle Marc-Antoine Petit. El último edificio de la derecha. En el cuarto piso, a la izquierda. Aunque a estas alturas el olor debería indicar claramente cuál es la vivienda. El apellido lo desconozco.

—Voy a telefonar ahora mismo a la policía de Lyon para que lo comprueben —afirmó la agente. Sonaba como si dudara de que sus colegas fueran a encontrar algo.

—Me gustaría hablar con Nathalie —pidió su compañero.

No fue nada fácil conseguir que la joven saliera de la habitación. Abrió la puerta cuando Simon llamó pero, al ver detrás de él al agente uniformado, dio un paso atrás.

—No hablaré con la policía. ¡No voy a decirles nada!

Finalmente fue Kristina quien logró que colaborara, pero no utilizó argumentos sino la fuerza. Se abrió paso entre los dos hombres indecisos, entró en la habitación, agarró por el brazo a la sorprendida Nathalie y la sacó de allí.

—Tú nos has metido a todos en este lío. ¡Ahora tienes que ayudar a aclarar las

cosas!

La joven no se resistió. Se encaminó hacia el porche, se sentó en una silla y contestó con un hilillo de voz a las preguntas de Leboyer. Nombre, dirección, profesión.

—Si lo he entendido bien, ha perdido su documentación.

—Así es. Estaba en mi bolso, y se quedó en casa de Yves.

—Yves. El hombre asesinado en Lyon. El que intentó abusar de usted, por lo que me han contado.

—Sí.

—¿Le estampó una botella en la cabeza?

—Sí.

—¿Y está segura de que no fue esa la causa de la muerte? No se ha inventado el resto de la historia para encubrir un asesinato, ¿verdad?

Nathalie lanzó a Simon una mirada desvalida. «¿Lo ves? —decían sus ojos—. Sabía que me culparían a mí».

Este salió en su defensa.

—Yo estuve allí, agente. Ese hombre no murió de un golpe en la cabeza. Le cortaron el cuello. Dudo que piense que Nathalie es capaz de algo así.

—Señor, si hubiera visto lo que yo, no le sorprendería lo que algunas personas son capaces de hacer. Incluso las más insospechadas.

—El cuerpo aún estaba caliente cuando llegamos. Los asesinos acababan de marcharse. En ese momento, Nathalie llevaba ya veinticuatro horas conmigo. No puede ser culpable.

—Nos ocuparemos de comprobarlo todo —repuso el agente con frialdad.

Simon empezó a preguntarse si la chica tenía razón. ¿Había sido un error hablar con la policía? En el piso de Yves iban a encontrar las huellas de ambos, además de su vómito en el fregadero. Estaba claro que los tendrían en el punto de mira, más aún a falta de una alternativa. Los otros, fueran quienes fuesen, eran profesionales, de eso Simon estaba convencido: los expertos no hallarían una sola huella dactilar, y tampoco el más mínimo rastro de ADN.

Perrin, que acababa de colgar el teléfono y regresaba a la mesa, se quedó estudiando su jersey.

—¿Eso son manchas de sangre?

Simon miró hacia abajo. Qué tonto, seguía con el mismo jersey. Entre el susto de encontrarse la casa desvalijada y la inesperada aparición de Kristina no había tenido un momento para cambiarse de ropa.

Pensó que lo único sensato era decir la verdad.

—Sí. De Yves. Comprobé si tenía pulso y como todo estaba lleno de sangre...

—Entiendo —respondió ella, sin apartar la vista.

Entretanto, Leboyer le había pedido a Nathalie los datos de su jefa, el nombre completo de Jérôme, y el nombre y la dirección de la empresa para la que trabajaba.

—Lo investigaremos todo paso por paso —prometió. Pero parecía seguir convencido de que se trataba de un robo alrededor del cual se había tejido una mentira disparatada.

Simon tuvo la deprimente sensación de que también aquellos policías franceses lo consideraban el tonto de la historia: un cuarentón que se deja embaucar en la playa por una jovencita y que, cegado por la testosterona, se va a un hotel con ella mientras sus compinches le vacían la casa con total tranquilidad. Se daba perfecta cuenta de la desconfianza con que los agentes trataban a Nathalie, así como del desprecio y la lástima que sentían por él.

Pero debía tener paciencia. Más pronto que tarde encontrarían a Yves. Y se descubriría que en la villa no faltaba nada.

Leboyer se levantó.

—Tengo que pedirles a todos que nos acompañen. Debemos tomarles declaración por escrito. Y después, ¿quieren quedarse en esta casa?

Simon ya había decidido que no era una buena idea. Por un lado, resultaría casi imposible arreglárselas con todo desordenado y parcialmente destruido. Por otro, allí se ofrecían en bandeja de plata a sus perseguidores. Los que buscaban a Nathalie no iban a echarse atrás. Si continuaban en las intermediaciones, aquella villa era un lugar muy peligroso.

—Se me ocurre que podríamos alquilar un apartamento en Les Lecques —contestó—. Ahora mismo hay muchos vacíos, no debería resultar difícil.

—Yo me vuelvo a Alemania —anunció Kristina—. No tengo nada que aportar a la investigación. Me iré en el primer vuelo que encuentre.

—Agradeceríamos que se quedara un poco más —pidió Perrin.

—Es absolutamente necesario —añadió Leboyer. Su tono era amable pero firme.

—¿Cuánto tiempo?

—Por lo menos hasta mañana.

—De acuerdo. Hasta mañana, pero no más.

Por el momento, los agentes se dieron por satisfechos.

—Tengo que buscar a alguien que arregle la cerradura para que la casa no se quede abierta... —afirmó Simon.

Thérèse Perrin se puso a su disposición.

—Yo le ayudaré con eso. Y también a encontrar un apartamento.

Simon se preguntó si aquel ofrecimiento era por simple amabilidad o una forma de control. Pero daba igual, en su situación toda ayuda era bienvenida.

Para desplazarse a la comisaría decidieron dividirse en dos coches, el de Simon y el de la policía. Kristina dejó allí el suyo; lo recogería al día siguiente cuando saliera camino del aeropuerto. Apenas podía esperar que llegara ese momento, lo deseaba con todas sus fuerzas.

Todos los adultos de mi vida reaccionaron con gran nerviosismo al enterarse de que Jérôme y yo estábamos juntos. Aunque por prudencia no se lo conté enseguida a Éliane, lógicamente se dio cuenta de que pasaba poco tiempo en casa, volvía tarde por las noches y estaba ausente y distraída.

Un día quiso hablar de ello.

—Te noto cambiada, Nathalie. ¿Se puede saber dónde te metes?

—No me meto en ningún sitio —gruñí.

Se turbó un poco.

—No lo digo en el mal sentido, es solo que necesito saber dónde estás. ¿Haces los deberes como siempre? Ya sabes que los servicios sociales...

Lo sabía: los servicios sociales estaban encima de Éliane. Aunque he de reconocer que también se preocupaba por mí. En términos generales, era una buena mujer. Por eso (y porque no me quedaba más remedio) decidí contarle la verdad. Se quedó perpleja.

—¿Jérôme y tú? ¡Madre mía! ¿Crees que él es bueno para ti?

Yo estaba convencida de que era el hombre de mi vida. También sabía que decírselo a ella solo me reportaría una sonrisa compasiva. «Pobre niña, ¿qué sabes tú de la vida?», pensaría.

Por supuesto que yo carecía de experiencia, pero sabía cuándo podía confiar en mis sentimientos. Y jamás habían sido tan fuertes e intensos.

—Pues claro que es bueno para mí —me limité a contestar.

Éliane se lo contó a su novio, que a su vez informó al padre de Jérôme. La consecuencia fue que nos vimos rodeados de adultos preocupados. Como yo vivía con Éliane y él con su padre, nos resultaba difícil estar juntos sin que nos molestaran. Las cafeterías y los parques eran una opción, claro. Pero el otoño avanzaba y convertía los parques en lugares inhóspitos. Jérôme estaba muy molesto: aunque yo tenía diecisiete años, todos lo trataban como si hubiera seducido a una niña de doce para robarle su inocencia. A mí me daba pánico pensar que acabara buscándose una novia menos problemática. Por primera vez eché de menos vivir en el espantoso piso de mi madre. A ella no le habría importado que tuviera novio; de hecho, es probable que ni se hubiera dado cuenta...

Éliane intentó hacerme comprender su preocupación.

—Tienes problemas psicológicos, Nathalie, y...

—¡No tengo problemas psicológicos!

No perdió la paciencia.

—Nathalie, no seas tonta. Sabes de sobra que tu trastorno alimentario tiene causas psicológicas. Te lo dice siempre la terapeuta.

Estaba hasta las narices de mi terapeuta, pero me lo callaba porque si me quejaba, me mandaban a otra y había que empezar desde el principio.

—Pero ahora estoy comiendo más —argumenté.

Eso era cierto. No podía decirse que comiera una barbaridad, y según los parámetros normales era

más bien poco, pero ya no sentía un rechazo tan grande hacia la comida. Al menos, no cuando salía con Jérôme. Debido a nuestra complicada situación pasábamos más tiempo en cafés, restaurantes y bares que otras parejas, y lógicamente teníamos que consumir algo. En los bares habría bastado con unas bebidas, pero Jérôme tenía un apetito voraz y siempre pedía pasteles, pasta o lo que sirvieran en el lugar donde nos habíamos refugiado de la lluvia. Yo también me animaba con alguna cosilla, y la mayoría de las veces me la terminaba. Me resultaba muy sencillo comer con él. Quizá porque, como en la fiesta, nunca me presionaba. No le daba importancia. Se tomaba lo suyo mientras charlaba conmigo, sin prestar atención a si yo comía o me dedicaba a jugar con el plato. Es verdad que a veces hacía lo segundo, y cuando el camarero retiraba la mesa y preguntaba: «¿Es que no le ha gustado?», él contestaba: «No». Y eso era todo. Éliane y su séquito siempre se avergonzaban de mí en esas situaciones y daban todo tipo de explicaciones confusas que yo percibía como un menosprecio a mi persona. Con Jérôme, en cambio, podía comer o no comer, a él todo le parecía bien. Y eso era precisamente lo que hacía que todo me resultara más fácil. Comer. Vivir.

Por suerte, se me ocurrió repetirle ese argumento a Éliane en varias ocasiones.

—Cuando estoy con él como mejor.

La guinda del pastel fue demostrarle que había engordado dos kilos. De repente la afirmación de que estar con Jérôme era malo para mí se había quedado sin base. El novio de Éliane nos dijo un día que «había estado investigando» y que el chico «no era ningún angelito», al parecer había tenido varias aventuras amorosas. ¡Pues claro! ¡Tenía veinticuatro años! Me habría parecido más preocupante ser la primera mujer en su vida.

Como Éliane seguía empeñada en demostrar a los servicios sociales que era una educadora fantástica, se puso eufórica cuando le conté que había ganado dos kilos. Tanto que me dio permiso para continuar mi relación con Jérôme, aunque debía ser muy cuidadosa.

—¿Qué quieres decir con «cuidadosa»? —le pregunté irritada.

Ella dio algunos rodeos y al final confesó su temor a que me quedara embarazada. Por supuesto. Eso la dejaría en mal lugar ante los asistentes sociales.

Hasta ese momento no me había acostado con Jérôme pero comprendí que era importante que me recetaran la píldora. La visita a la ginecóloga fue horrible porque, impresionada por mi delgadez, se empeñó en someterme a un interrogatorio sobre mi situación familiar. Se quedó espantada cuando le hablé de mis padres, aunque después le aseguré que no debía preocuparse y le hablé de Jérôme.

—Lo mejor de él es que me permite ser quien soy. No me presiona continuamente para que cambie. Por ejemplo con la comida.

La mujer me escrutó con ojos penetrantes.

—¿Y usted eso lo entiende como tolerancia?

—Lo entiendo como amor.

—Hace muy poco que se conocen. Y «amor» es una palabra muy grande. —Le dediqué una mirada vacía. No podía importarme menos. Ella continuó—: En ocasiones, la tolerancia y la indiferencia están tan cerca que resulta muy difícil reconocer la línea que las separa.

¿Y qué sabía ella de nosotros?

A pesar de todo conseguí la receta. Y así Éliane también se quedó tranquila.

La primera vez que hicimos el amor fue en el coche de Jérôme, en el asiento del pasajero. Era diciembre y hacía un tiempo horrible, por lo que pasábamos muchas horas en el coche. Aparcábamos en cualquier área de descanso de las afueras, a menudo al borde de la autopista. Escuchábamos música y fumábamos. Comprábamos enormes bolsas de comida en McDonald's y yo no me quedaba atrás devorándolas. Pero aquel día ninguno de los dos llevaba dinero suficiente. Teníamos hambre y frío y, además, se nos había acabado el tabaco. Afuera había una densa niebla. De vez en cuando algún vehículo entraba en el área de descanso, que estaba más allá de Nancy. A través de la niebla no

veíamos más que la luz blanquecina y difusa de sus faros. Jérôme había aparcado casi en la maleza para evitar que otro vehículo chocara con nosotros si nos veía demasiado tarde. Eso si llegaba a vernos.

Estábamos fundidos en un abrazo muy apretado no porque fuese un momento romántico sino por el frío y la humedad que se colaban por las rendijas. Habíamos viajado hasta más allá de Nancy con la calefacción al máximo para que el calor acumulado durase un tiempo. Pero, por desgracia, no había servido de mucho.

—¡Puto frío! —exclamó él, enfadado—. Esto no tiene ninguna gracia. Y el invierno acaba de empezar...

Sentí que se me aceleraba el corazón. Ese había sido mi miedo constante: que perdiera la paciencia. Que todo empezara a parecerle demasiado trabajoso, demasiado incómodo, demasiado complicado. De hecho, se había pasado todo el trayecto quejándose de que no podía pagar tanta gasolina.

—Podríamos ir a mi casa —propuse—. Éliane ya no se opone a lo nuestro.

—Se opone a mí —me contradijo—. Lo noto a cada momento. Ahora mismo no nos crea problemas porque piensa que te hago bien, pero ¿te has fijado en las miradas que me echa?

Era cierto, Éliane no lo veía con buenos ojos. No le gustaba. Lo tenía por un rompecorazones y temía que algún día me hiciera daño. Yo sabía que eso no sucedería jamás porque estábamos hechos el uno para el otro; ninguna de las anteriores novias de Jérôme estaba predestinada a él. Pero eso no era fácil explicárselo a una mujer como Éliane, que presumía mucho de sus experiencias vitales aunque, en mi opinión, tenía más bien pocas. Yo seguía sospechando que había tenido algo con mi padre, lo que significaba que había pasado por la situación contra la que quería prevenirme: acabar siendo una más de las innumerables conquistas de un casanova incorregible. Quizá le había quedado un trauma de aquella experiencia. Y por eso era incapaz de imaginarse que la intuición de otras personas fuera mejor que la suya.

—Pero por lo menos no dice nada... —dije en contestación a su pregunta.

—Ya, ¿y qué? Si las miradas mataran... Además, me siento incómodo en esa casa. Mucho. Y en la de mi padre... bueno, eso ni pensarlo.

Tampoco yo soportaba a su padre. El hombre estaba muy alterado porque su hijo ni estudiaba ni aprendía una profesión y se conformaba con ir tirando con trabajillos ocasionales. Siempre le estaba dando la charla, también en mi presencia, lo que nos resultaba muy embarazoso a los dos. Afirmaba sin ningún empacho que su hijo «acabaría mal». De no ser tan cansino habría resultado hasta gracioso. A nivel intelectual Jérôme le daba mil vueltas, pero el viejo no se daba cuenta porque era incapaz de ver más allá de sus narices.

—Estoy pensando en irme a París —anunció de repente.

El día que nos conocimos ya mencionó lo de irse a París, y yo siempre deseé que aquel plan se hubiera esfumado. Para nosotros, para nuestra relación, sería lo mismo que si se marchaba al otro lado del mundo.

—Pero ¡Jérôme! —exclamé espantada.

—¿Cuándo cumples dieciocho?

—En abril.

—Pues en abril podrías venirte conmigo.

—Pero no habré terminado el instituto.

La mirada que me dedicó indicaba que aquello era una tontería. Y, pensándolo bien, yo era de la misma opinión. Éliane y las asistentes sociales me repetían sin cesar lo importante que era el examen previo a la universidad. Escuchándolas, parecía que mi vida entera dependía de eso. Pero en ese instante pensé: «Quiero vivir». Solo vivir. Disfrutar del momento. No resignarme a ir haciendo lo que

otros consideran conveniente para luego descubrir que la vida se ha esfumado.

—Da igual —dije un minuto después—. Claro que podría ir.

—Allí siempre necesitan repartidores. Ganaría mucho dinero.

Por entonces aún desconocía la tendencia de Jérôme a soltar afirmaciones cuya veracidad no había comprobado. En realidad nunca me pareció perfecto, y sin duda aquel era un defecto importante. Quizá alguien le había contado eso de los repartidores y él lo había dado por seguro. Más adelante, ya en París, quedó claro que nadie lo necesitaba. Pero, en fin, ¿quién está libre de defectos?

—Iré donde tú vayas —le aseguré.

Me miró y, de pronto, percibí una gran dulzura en sus ojos.

—Lo sé —murmuró.

Al instante lo supe. Supe que sucedería. Aunque casi nos habíamos peleado. Aunque él llevaba todo el día de mal humor. De repente algo había hecho clic.

—Te amo —susurró.

—Yo también te amo.

«Amor es una palabra muy grande», había dicho aquella estúpida médica. Pero tenía razón. Es una palabra grande, un concepto grande, un sentimiento inmenso. Y sé que mucha gente se lo toma a la ligera. Es fácil decir «te amo», pero a menudo no hay más que simpatía o amistad, o una pasión marcada por el deseo. Ese no era mi caso. Cuando le dije a Jérôme que lo amaba lo hice desde lo más profundo de mi alma y de mi corazón. Sabía que nuestro amor era especial porque, para mí, iba unido a un sentimiento de esperanza. Desde que mi padre nos abandonó y mi madre se sumergió en un mundo al que no podía seguirla, mis esperanzas de conseguir una vida mejor se habían ido debilitando. A menudo creí que se habían roto para siempre y que nunca podría recuperarlas... Pero desde que estaba con él había aprendido algo muy importante: la esperanza encierra en su interior una fuerza indestructible; no importa cuántas veces se la destruya, se levanta una y otra vez, es como una chispa minúscula que solo necesita una brizna de viento para convertirse en llamarada. Quizá esto sea un cliché, pero para mí fue un descubrimiento increíble. Mi vida podía ser mejor. Feliz. Fantástica. Llena de posibilidades, oportunidades y maravillosos giros inesperados.

Hacer el amor con Jérôme era la consecuencia natural de todo aquello. El asiento no era precisamente cómodo y el coche estaba helado, pero daba igual. Lo importante era que estábamos juntos, y sentí que nos fundíamos para siempre.

Nada ni nadie podría separarnos jamás. Aquel era el mejor día de mi vida.

A partir de ese momento caminé hacia la luz.

Sofía, Bulgaria
Miércoles, 16 de diciembre

Aquel miércoles por la mañana, tras una noche en blanco plagada de imágenes terribles y un miedo espantoso, Kiril decidió acudir a la policía para pedir ayuda. Tras enterarse de lo que había sucedido con Selina, no podía seguir fingiendo que a su hija todo le iba bien. Por supuesto, era posible que lo de aquella chica fuera un caso aislado; quizá algo había salido mal, quizá en París (¿por qué París?) se había juntado con mala gente. Pero debía reconocer que había pocas probabilidades.

Tan pocas que debía actuar.

Al regresar a casa el día anterior, Ivana le preguntó qué había averiguado con Dano, pero en lugar de decirle la verdad contestó: «No me dijo nada concreto, aunque está seguro de que todo va bien».

Aquella mañana se planteó si también debía ocultarle su intención de ir a la comisaría, pero luego supuso que querrían hablar con ella; resultaría muy raro que no se lo hubiera dicho. De manera que, durante el desayuno, le contó su plan.

Como era de esperar, ella se quedó petrificada.

—Hay algo que no quieres contarme —intuyó de inmediato.

Kiril se preguntó cuántos datos saldrían a la luz cuando interviniera la policía.

—Sobre Ninka no he descubierto nada —respondió, evasivo—. Pero... —Tomó aire—. Una chica que también se fue con Viara acaba de regresar. Algo salió mal...

—¿Qué salió mal?

—Dio con mala gente. Esas cosas pasan a veces.

—¿A qué te refieres con «mala gente»?

—A gente que se aprovechó de ella.

Ivana vio confirmada su sospecha de que su marido le ocultaba algo. El resultado de sus evasivas fue que se empeñó en acompañarle. Sus hijos mayores estaban en la escuela, y a la pequeña la dejaron en casa de la señora Dimitrova.

Y después se encaminaron a la comisaría.

Tuvieron que esperar largo rato hasta que apareció un agente con tiempo para escuchar su historia. Kiril apenas había pronunciado unas cuantas frases cuando les preguntó por el apellido de Viara.

—Por desgracia, no lo sabemos —confesó el hombre.

—¿Han permitido que su hija se marchara con alguien de quien no saben ni el

apellido? —preguntó el policía, incrédulo—. ¿No les dio sus datos o una tarjeta de visita?

El propio Kiril no podía creerlo. ¿Por qué no habían preguntado más cosas en aquel momento? Solo habían pasado dos semanas. Y no pidieron detalles concretos ni ningún documento. Ni siquiera una dirección para ponerse en contacto en caso necesario.

Su único consuelo era que, si realmente Viara no era quien decía ser, les habría mentado en todos y cada uno de los aspectos que hubieran querido conocer. Nombres falsos, documentos falsos, direcciones falsas, teléfonos falsos. Por muy desconfiados que se hubieran mostrado, ahora no dispondrían de mucha más información.

—Estábamos en una situación desesperada —intervino Ivana—. Y creímos que le estábamos dando un futuro mejor al menos a una de nuestras hijas.

El agente suspiró. Kiril pensó que el hombre era consciente de cómo eran las cosas para mucha gente en Bulgaria. Claro que el país estaba mejorando, pero por el momento eso solo significaba que les iba muy bien a unos pocos mientras que el coste de la vida se disparaba. Para la mayoría, el ingreso en la Unión Europea solo había hecho más duro el día a día.

—Así que Viara —recapituló el policía, apuntando el nombre y subrayándolo cuidadosamente—. Esto es todo lo que tenemos. No es mucho. ¿Dónde tenían previsto llevar a su hija?

—Primero a Roma. Ahí está la sede de la agencia de modelos que al parecer dirige Viara.

—¿Tienen la dirección de esa agencia?

Kiril bajó la mirada. No podía sentirse más idiota.

—Estábamos al límite —murmuró—. Debíamos el alquiler y podían echarnos en cualquier momento. Nos habían cortado la calefacción. Ya nos veíamos en la calle con nuestros cinco hijos... Yo llevaba meses buscando trabajo sin conseguirlo. Era... era una catástrofe irremediable.

—¿Les ofrecieron dinero por su hija? —preguntó el agente con delicadeza.

—Sí —susurró Kiril. No levantó la vista pero percibió que el policía negaba con la cabeza.

Ivana fue más valiente. Miró al hombre, cuya expresión se había endurecido, directamente a los ojos.

—Es cierto que el dinero nos sacó de una mala situación —admitió—. Pero no lo hicimos por eso. Queríamos que Ninka tuviera una vida mejor. Nos dijeron que con su belleza podía ganar mucho dinero como modelo de fotografía. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Mi mayor deseo era que saliese de la miseria en la que vivíamos nosotros, siempre con apuros. Quería que tuviera las oportunidades que nosotros no tuvimos.

La expresión del policía se suavizó.

—Entiendo —respondió—. Pero... ¿cómo fueron tan ingenuos?

—No teníamos elección —repuso ella.

—Bueno, pues no disponemos de nombres y direcciones de Roma. Y tampoco de aquí. Para serles sincero, no es bastante para iniciar una investigación. Y aún menos si tenemos en cuenta que no existen indicios de que a su hija le haya sucedido algo.

—Ella se habría puesto en contacto con nosotros si no le hubiera sucedido algo —apuntó la mujer.

—Pero no es razón suficiente para lanzar una búsqueda policial. Entiéndanlo, a su hija no la han secuestrado, no se la han llevado por la fuerza. Se ha marchado al extranjero a trabajar de modelo por voluntad propia y con pleno consentimiento de sus padres. Por el momento eso es lo que tenemos.

—He estado observándole mientras se lo contábamos todo —contestó ella—. Y me he dado cuenta de que sabe que algo va mal.

—Se equivoca. No sé absolutamente nada. Supongo que todo lo que les conté esa tal Viara es mentira, pero no hay pruebas. Díganme, ¿qué ha despertado sus sospechas? ¿Solo que su hija no ha llamado?

—Sí —repuso Ivana—. Ninka me lo prometió. Y siempre cumple sus promesas.

En ese momento Kiril comprendió que debía contar la inquietante información que había reunido.

Sin mirar a Ivana, habló de la conversación que mantuvo con Dano. Este le dio la dirección de Gregor y su esposa y fue a su casa. Allí estaba la hija de ambos, Selina, a quien un tal Mihailo abordó en una discoteca. A través de ese hombre conoció a Viara y, confiando en sus promesas, abandonó Sofía. Pero la chica acababa de regresar, completamente traumatizada. Kiril contó que la familia se apresuraba con los preparativos de un viaje motivado por el miedo. Estaban muy asustados, al principio no lo dejaron entrar ni querían hablar con él. Por lo visto, su hija les había rogado que se marcharan con ella para ponerse a salvo.

—¿Y de quién huye esa chica, Selina? —quiso saber el policía aprovechando una pausa de Kiril para tomar aire.

—De la gente de la que se ha escapado. Está aterrorizada. Y sus padres también.

—Dios mío, Kiril —susurró Ivana.

Él le lanzó una rápida mirada. Estaba lívida.

—¿Qué le han hecho?

Él tragó saliva.

—Prostitución —lo pronunció tan bajito que apenas se oyó—. Intentaron obligarla a prostituirse. Fue en París, no en Roma. Pero consiguió escaparse.

—¿Prostitución? —repitió ella, con la voz rota por el miedo.

—Comprendo —asintió entonces el policía. En su rostro se dibujaron el cansancio y la compasión. Y la impotencia—. Es la historia de siempre. Hay miles de casos. Uno piensa que todo el mundo está ya sobre aviso y, sin embargo, esos tipos siempre acaban encontrando gente que los cree. No sé cómo es posible, no me lo explico, pero es así.

—Esos tipos... —Ivana repitió sus palabras—. ¿Quiénes son «esos tipos»?

—Traficantes de personas. Gente sin conciencia y sin escrúpulos. Es un negocio millonario. Encuentran la mercancía sobre todo aquí, en los países del antiguo bloque soviético. Jóvenes y adolescentes que sucumben a las promesas de un futuro de éxito. Ustedes han tenido suerte, su hija tiene diecisiete años. Esa gente siente predilección por las niñas, niñas realmente pequeñas. En los círculos adecuados reciben muy buena acogida.

A Kiril le faltaba el aire.

—¿Y la policía no hace nada? —preguntó, consternado.

El agente levantó los brazos.

—La policía no hace nada porque apenas hay denuncias. Y cuando se presentan, casi no hay indicios relevantes, como en su caso. —Empujó la silla hacia atrás y se levantó—. Vengan conmigo. Me gustaría que revisaran nuestro archivo de delincuentes, a lo mejor reconocen a la tal Viara. Lo dudo, pero merece la pena probar.

Unos cuarenta y cinco minutos después, Ivana y Kiril habían visto en una pantalla cientos de caras, pero la mujer que se hacía llamar Viara no estaba entre ellas. La decepción los tenía al borde de las lágrimas, mientras que el agente no parecía sorprendido en absoluto.

—Ya les dije que no tenía muchas esperanzas —explicó—. Los cabecillas de estas organizaciones se las saben todas y son muy cuidadosos. Jamás elegirían a una persona fichada para visitar a las familias. Toman todas las precauciones incluso con la red de transporte: cambian de empresas y de conductores constantemente. Es imposible vigilar las rutas y a los implicados.

—Pero ¿esto es algo habitual? —preguntó Kiril, horrorizado.

El agente asintió.

—Se ha acuñado incluso un término internacional: *Human trafficking*. Tráfico de personas. En todo el mundo, miles de seres humanos son arrastrados de un país a otro, de un continente a otro, por organizaciones criminales que ganan auténticas fortunas. Lo peor de todo es que se aprovechan de la situación de necesidad y miseria en que viven muchas personas: hambre, carencias materiales, guerras, persecución política... Eso las convierte en presas fáciles, como en el caso de su hija.

—¿Y qué podemos hacer? —quiso saber Ivana.

Su pregunta despertó la compasión del policía, sobre todo porque no podía prometerle ni ofrecerle casi nada, ni siquiera un poco de esperanza.

—Una posibilidad sería esa chica, Selina. Quizá pueda dar más datos sobre la gente con la que trató, por ejemplo dónde la retuvieron. Si interpusiera una denuncia contra persona desconocida, eso al menos me permitiría iniciar una investigación.

Kiril soltó un fuerte suspiro.

—Estuve en su casa. Y he dejado que se marchen. ¡Qué imbécil!

—¿Y cómo pensaba impedirselo? No habría podido evitarlo.

—Tienes que volver a hablar con Dano —urgió Ivana—. A lo mejor sabe dónde se han escondido.

—¿No puede buscarlos la policía? —preguntó él.

El agente negó con la cabeza.

—Lo siento mucho. La joven no se ha dirigido a nosotros y no se ha interpuesto ninguna denuncia. Al fin y al cabo, solo es una familia que ha salido de viaje sin decir adónde. Eso no justifica una búsqueda policial.

—Pero ¡se trata de nuestra hija! —estalló Kiril.

Ivana le puso una mano en el brazo para calmarlo. No servía de nada gritar. No servía de nada perder los nervios. Debían mantener la cabeza fría y reunir valor.

Abandonaron la comisaría tras denunciar la desaparición de su hija. Sabían que, aunque Ninka figurara en el registro de desaparecidos, la policía apenas contaba con indicios para iniciar una búsqueda. Kiril caminaba despacio y arrastrando los pies, como un hombre muy viejo. Hasta aquel momento el fuerte había sido él: se había mostrado decidido y enérgico mientras su esposa se iba convirtiendo en una sombra incapaz de soportar el día a día. Pero de pronto los papeles habían cambiado. Él se desmoronó, mientras que Ivana se sintió invadida por fuerzas renovadas.

Iluminada por la triste luz de aquel diciembre gris, se paró en medio de la calle, levantó la cabeza y aseguró:

—Vamos a buscar a Selina. Y vamos a encontrarla.

Les Lecques, Francia
Miércoles, 16 de diciembre

El apartamento se encontraba encima de una heladería que en aquella época del año estaba cerrada, y separado de la playa tan solo por el estrecho paseo. Era frío y húmedo, seguramente llevaba deshabitado desde el verano anterior. Tenía un salón con cocina americana y dos dormitorios.

De buenas a primeras, Kristina le dijo a Simon:

—No pienso dormir contigo, olvídalo.

Él no lo había pensado ni por un instante, de manera que no necesitó olvidarse de nada. El rechazo de ella era tan patente que solo un completo idiota habría creído posible una reconciliación. Estaba claro que todo había terminado.

—Nathalie y tú os quedaréis en las habitaciones —repuso—. Y yo, en el sofá del salón. Solo será una noche.

Después de que firmaran en la comisaría sus declaraciones, Simon había logrado encontrar un cerrajero. Ya antes de marcharse había protegido la villa en la medida de lo posible, cerrando con pestillo todas las contraventanas. De todos modos, no creía que fueran a asaltarla de nuevo. Quienes lo habían puesto todo patas arriba no buscaban cosas materiales.

El apartamento lo había conseguido Thierry Leboyer. No fue fácil, dado que la mayoría de las agencias estaban cerradas y ni siquiera respondían al teléfono. Al final, gracias a un amigo del policía, quien a su vez conocía al dueño del edificio que albergaba la heladería, encontraron ese. Kristina enseguida expresó su deseo de quedarse en un hotel, pero Leboyer le respondió sin miramientos que, teniendo en cuenta aquella rocambolesca historia, más le valía cooperar.

—Un hotel no es seguro. Si, y repito, si hay algo de verdad en toda esta historia, los misteriosos perseguidores de Nathalie Boudin estarán vigilando los establecimientos de la zona. Sería bastante fácil, puesto que muchos se encuentran cerrados. Quiero pensar que tendrán más dificultad para localizarlos en este apartamento.

Antes de marcharse, el agente les había pedido que no abandonaran el piso.

—Vamos a transferir el caso a la Gendarmería, los compañeros lo investigarán a fondo. Comprobarán lo sucedido en Lyon y examinarán el piso del bulevar de la Plage. Mientras tanto, permanezcan aquí. Necesitamos que estén localizables.

Nathalie se encerró al instante en una de las habitaciones. De camino al apartamento había entrado en una tienda para hacerse con ropa interior y leotardos, que pagó Simon. Después habían ido los tres juntos al supermercado para comprar algunas provisiones.

En aquel momento, Simon estaba preparando té mientras Kristina abría un paquete de galletas. Afuera, el día empezaba a declinar sobre el mar. El cielo, que había sido de un vivo azul claro, se oscurecía; el viento arrastraba negros jirones de nubes del oeste al este. A pesar de las ventanas cerradas, se oía el murmullo de las olas. Habían encendido la calefacción eléctrica pero seguía haciendo frío, aunque olía intensamente al polvo quemado de los radiadores.

De pie, Kristina dio un sorbo a su té y se tomó una galleta, paseándose arriba y abajo. Simon era consciente de que maldecía sin parar la hora en que había decidido viajar hasta allí para darle una última oportunidad a su relación.

—No es culpa tuya —le dijo finalmente—. No podías imaginarte una historia como esta.

—Pero sí debí imaginarme que nunca cambiarías. He sido una estúpida por creer que las cosas podían ser diferentes.

—Bueno, dejemos que pase todo esto. Y después...

—No habrá «después», Simon. Ya me ha quedado claro que contigo siempre me sentiré frustrada. Al final da igual si la razón son tus hijos, tu exmujer o una chica que has recogido por ahí.

—No puedes meter a Maya y a los niños en el mismo saco que a Nathalie. Son dos situaciones completamente distintas. Sé muy bien lo que te molesta de mi relación con mis hijos y reconozco que he cometido errores. Pero en lo de Nathalie... no estás siendo justa. El único momento en que habría podido evitar todo esto fue al principio, cuando me entrometí en la playa de la forma más tonta en un asunto que no tenía nada que ver conmigo. Fue una pésima decisión, tomada en milésimas de segundo, que me ha arrastrado de una catástrofe a otra.

Ella se encogió de hombros.

—Al fin y al cabo, ahora ya da igual.

—A mí no me da igual.

—Pues a mí sí.

Nathalie salió de la habitación con los ojos enrojecidos por el llanto.

—¿Me prestas el móvil, Simon? Quiero ver si Jérôme ha contestado.

Kristina soltó un sonoro suspiro y se dio la vuelta cuando Simon le entregó el teléfono a la joven.

Esta volvió a encerrarse en la habitación.

—¡Es que no puedo ni verla! —exclamó la mujer, irritada.

—No es peligrosa —afirmó él en tono tranquilizador.

—Tiene algo... no sé qué es... Esa delgadez, esos ojos enormes. Esa... indefensión que proyecta. No me gusta un pelo.

—Baja la voz. Su alemán es bastante bueno.

—Me parece bien que sepa lo que pienso de ella.

—No la conoces lo bastante para juzgarla.

—¿Ahora eres tú el que decide a quién puedo juzgar? —replicó, enfadada.

Él dio un paso atrás. Kristina estaba cada vez más molesta.

—A ver si podemos aguantar hasta mañana sin pelearnos —propuso.

—Claro, porque no soportas las peleas, ¿verdad? A lo mejor resulta que alguien no te quiere, y eso es lo peor que te podría pasar. ¿Sabes lo que más me fascina de ti, Simon? Que siempre recuerdas lo mucho que sufriste porque de pequeño tu padre te acusaba de ser un blandengue. Pero ahora, de adulto, no haces más que darle la razón. Te has convertido exactamente en aquello de lo que te acusaba. ¿No te sientes como un imbécil?

Él notó que palidecía.

—¿Por qué haces esto, Kristina? Lo que dices solo sirve para humillarme y hacerme daño, ¿qué pretendes?

—¡A lo mejor me gustaría que por una vez te defendieras!

—¿Cómo?

—¡Tú sabrás! ¿Es que tengo que escribirte un guion para que reacciones como la gente normal? ¿Con un capítulo especial para cuando te ataquen o provoquen?

—Pues no estaría mal, es evidente que en eso me llevas mucha ventaja. ¿Qué me aconsejas para esta situación?

—Ahora mismo ¿qué es lo que te gustaría hacer? —replicó ella.

Simon se encogió de hombros. Aquello le parecía absurdo.

—Ni idea.

—Eso es imposible. Como poco, siempre tenemos una intuición de lo que querríamos hacer. A veces está muy escondida porque llevamos toda la vida esforzándonos por no hacer ni decir nada que enfade a los demás. Pero dentro de ti, muy dentro de ti, lo sabes perfectamente.

—No.

Ella lo miró desafiante.

—Claro que sí. Vamos, ¿qué te gustaría? ¿Pegarme?

Él negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no. A lo mejor así sentirías que te presto más atención, pero lo que realmente querría...

—¿Sí...?

—Lo que más me gustaría sería abrazarte y pedirte que me dieras otra oportunidad.

Ella lo miró fijamente. Él le sostuvo la mirada. Durante uno o dos minutos no dijeron ni una palabra.

«Por favor —pensaba Simon—. Por favor. Di que sí. Dime que sí».

Kristina dejó la taza en la mesa de plástico que había en medio de la estancia con

un movimiento tan violento que se derramó un poco de té.

—Me voy —anunció—. No puedo contigo, Simon.

Él estuvo a punto de preguntar: «Pero ¿qué hay de malo en lo que he dicho?», aunque se contuvo. Incluso él se daba cuenta de que habría sonado como si suplicara clemencia.

En ese momento Nathalie apareció de nuevo y dejó el móvil en el sofá.

—No hay noticias de Jérôme. No tengo ni idea de dónde está. Es como si se lo hubiera tragado la tierra.

—Pero eso es bueno —contestó Simon. Su intención era tranquilizarla, pero al instante se percató de que era absurdo porque ¿qué había de bueno en eso?

Entretanto, Kristina revisaba el contenido de su bolso y se ponía el abrigo, que estaba en un sillón.

—Me marcho.

—¿Ahora? ¿Adónde?

—A Marsella. Quiero volver a casa.

—¿Habrá un avión a Hamburgo a estas horas?

—Si no lo encuentro, volaré a Frankfurt. Y allí ya veré. Solo quiero irme lejos de aquí.

Él percibió el eco de aquellas palabras: «Lejos de ti».

—Pero la policía nos ordenó que... —comenzó, pero Kristina se encaró con él como una serpiente venenosa ante su presa.

—Simon, a diferencia de ti, yo no me dejo mangonear. Por nadie. Y menos aún por unos policías que me retienen en contra de mi voluntad en un país al que jamás debí venir. ¡Yo hago lo que quiero! ¡Y lo que quiero ahora es volver a casa!

—Pero sé razonable. Tu coche no está aquí, y tienes que devolverlo. Espera hasta mañana y entonces...

—Iré en taxi a La Cadière para recoger el coche. No te preocupes por mí, me las arreglaré para llegar al aeropuerto y de allí a Alemania.

Él comprendió que no podía detenerla.

—De acuerdo. Te llevo hasta el coche.

—No. No quiero. Me voy en taxi. Estoy hasta las narices de todo esto. ¡Sobre todo de ti!

Ya estaba fuera del piso. Cerró dando un portazo.

Nathalie se había quedado de una pieza.

—¿Qué le pasa?

Simon, plantado en medio de la habitación, se preguntaba si su situación podía empeorar. «No —decidió—. Ahora sí que he tocado fondo».

—¿Se va por mi culpa? —preguntó la chica.

Él hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. No te preocupes. Tú solo eres el detonante, la culpa es toda mía: lo nuestro no funciona.

—Lo siento muchísimo —repuso ella, y volvió a echarse a llorar.

Simon no tenía fuerzas para consolarla. No tenía fuerzas para nada. Únicamente quería estar solo. Se dirigió a la otra habitación, que se había quedado vacía, y cerró dando un portazo tan fuerte como el de Kristina.

Al menos sintió cierto desahogo.

Marignane, Francia
Miércoles, 16 de diciembre

Fue en taxi hasta la villa de Simon. Por el camino le envió un wasap a Lena para decirle que, como muy tarde, a media mañana del día siguiente estaría en Hamburgo y que la llamaría. Sabía que iba a necesitar el consuelo de una amiga.

No entró en la propiedad sino que se subió al coche, que seguía aparcado en el pequeño descampado frente a la verja de entrada. Se reclinó en el asiento del conductor, inspiró profundamente y cerró los ojos intentando relajarse un momento. «Haces lo correcto —se dijo—. Sin ninguna duda. Simon y tú... no tenéis ningún futuro. Así que concéntrate en llegar pronto a casa y poner tu vida en orden».

En realidad su vida no estaba desordenada. En el plano profesional y económico lo tenía todo bajo control, y eso era más de lo que muchas personas podían decir. En el plano personal tampoco le iba nada mal: tenía amigos y conocidos con los que pasar los fines de semana y las vacaciones. Claro que sería bonito tener a alguien a su lado, pero quizá era mucho pedir. No debía olvidar que se encontraba sana y en forma, cuando mucha gente, incluso de su misma edad, sufría graves enfermedades. Así que, en principio, todo estaba bien. No había razón para disgustarse.

Kristina se repetía todo aquello mientras conducía por la autopista hacia Marignane, de camino al aeropuerto de Marsella-Provenza. Ya había oscurecido. Había muy poco tráfico, en algunos tramos solo se veían muy a lo lejos los pilotos traseros del coche que la precedía. También en dirección contraria el tráfico era muy escaso.

Se secó la cara con una mano, preguntándose por qué lloraba. Al fin y al cabo, no paraba de recordarse a sí misma que todo estaba bien.

Pasó por varios peajes, que pagó con tarjeta de crédito y dedos temblorosos. Mierda, la pelea con Simon la estaba afectando demasiado.

Gracias a la aplicación móvil de Lufthansa sabía que a las 18.45 salía un vuelo para Hamburgo con escala en Frankfurt. Podía llegar a tiempo. Pensó en adquirir el billete pero si se retrasaba por cualquier cosa luego tendría que cambiarlo. No quería agobiarse, siempre quedaría sitio en primera clase. En aquel momento el dinero le daba igual, solo deseaba irse lo más lejos posible lo antes posible.

El viaje fue muy bien hasta Marsella. Su ruta discurría por la autovía que rodeaba la ciudad y pasaba cerca del puerto. Vio los gigantescos barcos anclados y los oscuros

contornos de las enormes grúas que se recortaban como esqueletos contra el cielo nocturno. Contempló la maravillosa catedral, que se alzaba iluminada en el centro de la ciudad. Se preguntó cómo habría sido recorrer la zona con Simon, visitando lugares de los que siempre había oído hablar pero en los que nunca había estado: Marsella, Aix-en-Provence, Sanary, Bandol, Cassis. Habría sido divertido hacer turismo con él, ya que conocía todos esos sitios y seguro que era un buen guía. Igual que era bueno en tantas cosas...

Sus lágrimas rodaron con más intensidad. Rebuscó en el bolso, que estaba en el asiento del copiloto, y sacó un pañuelo de papel. Tenía que dejar de pensar en Simon de una maldita vez. De lo contrario se presentaría en el aeropuerto hecha un desastre.

Sus pensamientos se interrumpieron de golpe porque tuvo que frenar en seco y salió despedida hacia delante; el cinturón la retuvo con un tirón doloroso. En los últimos diez minutos el tráfico se había ido haciendo cada vez más denso, hasta que finalmente se paró del todo.

No avanzaban ni un centímetro.

Soltó una maldición e intentó averiguar lo que pasaba delante de ella pero, por desgracia, varios camiones le bloqueaban la visión. Para su desesperación, quince minutos después seguían sin avanzar. Además, empezaron a oírse sirenas de ambulancia y de policía. Un accidente, probablemente de grandes dimensiones. A menos que sucediera un milagro, ya podía despedirse del vuelo a Hamburgo.

Eran las siete y media cuando la larga fila comenzó a moverse, aunque muy despacio. Al pasar por el lugar del accidente Kristina vio tres vehículos destrozados, cristales por todas partes, coches de policía y el parpadeo frenético de las luces de emergencia. Las ambulancias ya se habían ido.

Golpeó el volante con el puño. Tenía la sensación de que todo se conjuraba en su contra.

Eran las ocho cuando llegó al aeropuerto. Entregó el coche y después entró corriendo en el vestíbulo. Tuvo la suerte de encontrar libre un mostrador de información. Sabía que había perdido el vuelo a Hamburgo pero quizá existiera otra posibilidad con otra compañía.

—Necesito viajar a Hamburgo. Esta noche.

El hombre negó pesaroso con la cabeza.

—No va a ser posible, señora. Viene muy tarde.

—Había un accidente en la carretera —respondió, y se sintió como una niña pequeña. ¿Por qué explicaba aquello? ¿Acaso pensaba que eso cambiaría las cosas?

—. He perdido muchísimo tiempo en un atasco.

—Lo lamento.

—Oiga, tengo que salir de aquí. —Se dio cuenta del timbre histérico de su voz. Seguramente estaba histérica—. ¿No hay ningún vuelo de Air France?

—A las 20.50 sale uno a París-Orly. Pero una vez allí no podrá volar hasta mañana.

—¿Y aparte de eso?

—A las 20.35 hay otro de British Airways que ya está embarcando. Serían como mínimo doce horas en Londres. No creo que le merezca la pena.

—¿Hay alguna otra opción?

—Con todas ocurre lo mismo: tendría que hacer escala en alguna ciudad de Europa y continuar viaje mañana. —Realmente, aquello no parecía sensato. El hombre propuso—: ¿Por qué no busca un hotel aquí y mañana toma el primer avión a Hamburgo?

—¿A qué hora sale?

—A las 6.15 hay un vuelo de Lufthansa con escala en Múnich. Y a las 6.55, uno de Air France con escala en Amsterdam.

Kristina asintió despacio. Se encontraba en mitad del vestíbulo medio vacío y se dio cuenta de que nadie podía ayudarla. Nadie iba a aparecer por arte de magia con un avión para transportarla a Hamburgo. Nadie la llevaría a casa.

—Está bien —dijo en tono tranquilizador, sobre todo para sí misma—. Está bien. No es tan grave.

—Eso es —respondió el empleado, visiblemente aliviado de que aquella mujer no montara una escena—. Por aquí hay hoteles que están bastante bien. Y la noche pasará enseguida, ya lo verá.

De pronto se quedó mirando hacia un punto más allá del hombro de Kristina. Ella se giró. Había dos hombres tras ella, vestidos con traje azul marino de muy buena factura. Uno mostró una identificación.

—¿Kristina Dembrovski?

—¿Sí?

—Soy el teniente Gaillard. Y este es mi compañero, Lambelet.

El otro hizo un gesto con la cabeza. Ambos tenían un rostro inexpresivo que no dejaba traslucir nada.

—Somos de la Policía Nacional —afirmó Gaillard.

El amable empleado enarcó las cejas. El hecho de que aquella señora quisiera salir del país tan rápido y casi presa del pánico cobró de pronto una nueva dimensión. ¿Sería una delincuente buscada por las autoridades?

—Escúchenme... —comenzó ella. Su francés estaba lleno de errores y titubeos por culpa del nerviosismo—. Sé que debía quedarme hasta mañana... Pero de verdad que no puedo ayudarles a aclarar el... el problema. Vine a darle una sorpresa a un amigo que pasa las Navidades aquí y descubrí que se ha metido en un asunto bastante... turbio. Pero no sé de qué se trata... Créanme, ¡no tengo ni idea!

—Todo se aclarará —contestó Gaillard educadamente—. Tengo que pedirle que nos acompañe.

¿Cómo se había enterado tan pronto la policía de que se había ido? A lo mejor Leboyer o Perrin habían pasado por el apartamento y habían descubierto su ausencia. En realidad era fácil deducir dónde estaba, y más aún enviar al aeropuerto a sus

compañeros de Marsella.

¿O los habría avisado Simon para evitar que se marchara?

—No entiendo por qué me retienen aquí en contra de mi voluntad.

—No vamos a retenerla —aseguró el hombre—. Solo queremos hacerle unas preguntas.

—Acabo de decirle que, por desgracia, no puedo contestar a sus preguntas.

—Deje que eso lo decidamos nosotros —intervino Lambelet. Era la primera vez que abría la boca. Era un hombre alto y apuesto que, en otras circunstancias, a Kristina le habría parecido muy carismático.

—Creo que estoy en mi derecho de abandonar Francia cuando me parezca.

—Pero en este momento no parece que eso sea posible —apuntó Gaillard—. Así que una breve conversación con nosotros no le supondrá ningún problema, ¿verdad? Iremos a nuestra oficina, hablaremos de lo que hay que hablar y después la dejaremos en un hotel. Y mañana temprano podrá usted marcharse.

Ella dudó. No quería implicarse más en algo que ni siquiera sabía qué era. Aunque no se le ocurría nada que objetar. El agente tenía razón: por el momento no podía regresar a casa.

—Bueno, de acuerdo —accedió.

Salió del aeropuerto escoltada. Gaillard iba delante y Lambelet, que se había ofrecido a llevarle el equipaje, detrás.

«Ojalá no hubiera venido», pensó, recordando la cantidad de veces que se había repetido esa frase en las últimas cuarenta y ocho horas. Infinitas.

Lambelet fue hacia la máquina para pagar mientras Gaillard la guiaba hasta el coche, un sedán negro. Había muchos vehículos en el aparcamiento, pero apenas se veía a nadie. Era increíble, reflexionó Kristina, lo solitario que podía quedarse un aeropuerto. A su llegada, dos días atrás, aquello bullía de viajeros y los conductores maniobraban, pitaban y se insultaban porque se bloqueaban unos a otros. Sin embargo, en aquel momento el lugar acentuó su sensación de aislamiento. Era por el silencio, pero también por la oscuridad. Por la luz amarillenta de las altas farolas. Por las sombras.

Y porque, de pronto, le pareció muy inquietante subirse a un coche con dos desconocidos.

«Son policías —se tranquilizó—. No seas tonta, Kristina».

Un pensamiento le cruzó por la mente.

—¿Se ha sabido algo de Lyon? —preguntó. Aquella historia del alcohólico asesinado que Simon afirmaba haber visto con sus propios ojos era muy extraña. Pero, si había intervenido la Policía Nacional, eso significaba que el caso era relevante—. Me refiero al hombre ese al que mataron en su casa. Nos han dicho que iban a investigarlo.

—Lo lamento, no puedo facilitarle ninguna información sobre eso —contestó Gaillard, con rostro impasible.

—Me ayudaría a comprender lo que está sucediendo —insistió ella.

Él abrió una de las puertas traseras.

—Suba, por favor.

Entró en el coche y se hundió en el suave y mullido asiento. Inmediatamente después se abrió la otra puerta y Lambelet, que había metido el equipaje en el maletero, se acomodó a su lado. Gaillard se puso al volante.

—¿Es que no me van a esposar? —preguntó con ironía.

Aquello le parecía exagerado. Se podían haber sentado los dos delante, no pensaba tirarse en marcha. Empezaba a sentir que la trataban como a una delincuente. Aunque tal vez se limitaban a seguir un protocolo, sin considerar si era apropiado para aquel caso.

Su pregunta quedó sin respuesta. Gaillard salió del aparcamiento, rodeó una rotonda tras otra y tomó la autopista. Una vez allí, pisó el acelerador a fondo. La velocidad hizo que Kristina se pegara contra el respaldo.

Luego vio que cambiaban de autopista. Contaba con que se dirigirían al centro de Marsella, a las dependencias de la Policía Nacional. Se enderezó para mirar por la ventanilla: «Aviñón», leyó en un cartel, «Lyon».

—Un momento, ¿adónde vamos? ¿Dónde están sus oficinas?

No contestaron. Circulaban a doscientos kilómetros por hora, muy por encima de los ciento treinta permitidos.

—Les he hecho una pregunta —insistió. Notaba que el miedo traspasaba su voz. Aquello empezaba a ser alarmante.

Se giró hacia Lambelet.

—¿Podría enseñarme su identificación? ¿O la de su compañero?

Una vez más, sin respuesta.

Desesperada, intentó recordar qué le había colocado Gaillard delante de las narices en el aeropuerto. No lo miró con atención, podía ser cualquier cosa. Si le hubiera enseñado el carnet de la biblioteca de su madre no se habría dado cuenta. Porque el mero gesto la había impresionado.

«Respira hondo —se ordenó—. Tiene que haber una explicación. Serán miembros de alguna unidad especializada. Simon se ha tenido que meter en algo muy serio».

Pero seguramente no pertenecían a ninguna unidad, ni siquiera eran policías.

Mierda, mierda, mierda.

Entonces sí que se planteó saltar del coche en marcha. Pero a aquella velocidad era un suicidio.

—Quiero volver al aeropuerto —exigió. Se esforzó para que su voz sonara firme y ocultar que temblaba de miedo. Bajo ningún concepto quería que la vieran asustada—. ¿Me han oído? ¡Llévenme al aeropuerto ahora mismo!

Gaillard se mantuvo impávido, conduciendo a toda velocidad.

Lambelet se volvió hacia ella. Kristina no le veía bien la cara, pero distinguió perfectamente la frialdad de su expresión y la falta de emoción de sus ojos.

—Teníamos un acuerdo —recordó—. Nosotros haremos las preguntas y usted las contestará.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó, aunque ya sabía que era como hablar con la pared. No recibió respuesta.

Y el coche se perdió en la noche.

Metz, Francia
Jueves, 17 de diciembre

El jueves por la mañana los padres de Jeanne Berney se sintieron con fuerzas para ver el retrato robot del desconocido de la escalera, elaborado según la descripción que dio Valérie. Tras recibir el aviso de la policía, el matrimonio se había presentado la noche anterior completamente aturdido, desconcertado e incapaz de comprender lo sucedido.

—Pero si iba a pasar las Navidades con nosotros —repetía la madre como un conjuro, como si eso pudiera proteger a Jeanne de la muerte—. Ya estaba todo listo, iba a quedarse hasta el 1 de enero.

El padre intentaba tranquilizarla pero ella volvía a empezar:

—Pensaba prepararle sus platos preferidos. No le gusta guisar, su dieta no es sana. Por eso le encanta que cocine para ella. Se alegra tanto de ver una mesa bien puesta... —Rompió a llorar y repitió entre sollozos—: Iba a pasar las Navidades con nosotros...

A la mañana siguiente ya no mencionó los planes navideños. Ella y su marido entraron en la comisaría agarrados de la mano. Dos personas rotas que habían envejecido de golpe, en una sola noche. La jefa de la investigación les ofreció agua mineral y café, y les pidió que tomaran asiento delante de un ordenador.

—Soy la comisaria Nicole Duroi, dirijo la investigación del caso de su hija —se presentó—. Tenemos un retrato robot realizado a partir de las declaraciones de Valérie Moraux. Es la amiga de Jeanne que, como saben, ayer alertó al portero. Se encontró en la escalera con un desconocido que le resultó sospechoso. El hombre decía que necesitaba hablar urgentemente con su hija, pero desapareció antes de que llegara la policía.

Nadie en la comisaría pensaba que enseñar el retrato a los padres sirviera para algo, se trataba más bien de un procedimiento rutinario. Sin embargo, a ambos les bastó un rápido vistazo para exclamar al unísono:

—¡Es Jérôme Deville!

—¿Lo conocen? —preguntó la comisaria, perpleja.

—Sí —contestó el padre—. Fue novio de Jeanne cuando estaba en el instituto.

—Venía bastante por casa —completó su esposa. Miraba la pantalla como si allí se escondiera una respuesta. Tenía el alma hecha pedazos y parecía preguntarse si el

responsable era el hombre de la imagen.

Nicole Duroi, que había permanecido de pie, acercó una silla y se acomodó frente al matrimonio.

—Jérôme Deville —repitió—. Necesito saber todo sobre él. ¿Se encuentran en condiciones de contestar unas preguntas?

—¿Cree que ha... matado a nuestra hija? —preguntó el señor Berney con voz temblorosa.

—No lo sabemos, y por el momento no lo consideramos sospechoso. Pero estaba en el edificio y, según la testigo, parecía bastante alterado, casi asustado. Según ella, por su aspecto andrajoso, podría llevar tiempo viviendo en la calle. Eso no lo convierte en asesino, claro está, pero cabe pensar que algo se ha torcido en su vida. En cualquier caso, quizá haya visto algo que nos sea de utilidad. ¿Saben su dirección?

—En aquella época vivía con su padre —respondió la señora Berney—, aquí, en Metz. Pero el padre murió el año pasado, Jeanne lo leyó en el periódico. También me dijo que hacía tiempo que Jérôme no vivía con él porque se había ido de Metz, aunque no sabía adónde.

—Lo investigaremos. ¿Recuerdan la dirección del padre?

Los dos dijeron las señas al unísono.

—El chico formaba parte de nuestra vida —se sintió obligada a explicar la mujer—. Por eso sabemos dónde vivía.

—¿Cuánto tiempo fue pareja de su hija?

—Dos años y medio. Jeanne tenía dieciséis cuando se conocieron. Fue en una fiesta del instituto, él iba unos cursos por delante. Y ella tenía diecinueve cuando la dejó.

—¿La dejó? Así que no fue una ruptura amistosa...

La mujer se encontraba al borde de las lágrimas.

—No. No fue nada amistosa. Él había conocido a otra chica y no tuvo el valor de decírselo a Jeanne. Pero ella enseguida se dio cuenta de que la llamaba menos, como si no quisiera verla o hubiera perdido la ilusión. Después supimos que estuvo varios meses jugando a dos bandas. En algún momento alguien lo vio con la otra chica y se lo contó a Jeanne. La pobre se quedó hecha polvo. Era su primer amor, ¿sabe? —Las lágrimas le inundaron los ojos. Su marido le tendió un pañuelo para que se los secara—. Fue una mala época. Muy mala. Jeanne tardó mucho en superarlo.

—Con la chica anterior había hecho lo mismo —informó el señor Berney—. Con la novia que tenía antes de Jeanne. La dejó de la noche a la mañana cuando se enamoró de mi hija. No me hizo ninguna gracia, y se lo advertí a ella. Le dije que no se hiciera muchas ilusiones. Pero... ya sabe. Era muy joven, y estaba loca por él. No me escuchó...

La comisaria asintió. Era una historia triste pero dentro de lo normal. No parecía haber en ella nada relacionado con el terrible crimen.

—¿Les caía bien Jérôme Deville? Antes de dejar a su hija, claro. ¿Qué clase de

persona era?

La madre suspiró.

—No nos gustaba demasiado, la verdad. Aunque no podíamos decir nada malo de él. Era encantador: muy agradable, muy atento, muy educado, muy amable. Pero... resultaba un poco excesivo, por eso no nos parecía del todo sincero. Me daba la impresión de que representaba un papel. El papel de yerno perfecto. Sin embargo, al mismo tiempo era como si no le importáramos mucho. Y Jeanne tampoco. La encontraba guapa, eso era todo, y presumía de ella como podría haber hecho con cualquier otra chica. Siempre temí que algún día perdiera el interés y la dejara por otra, como al final sucedió.

—¿Tenía trabajo? En el tiempo que estuvo con su hija terminaría el instituto...

—Así fue. Y esa era otra cosa que nos preocupaba: no hacía nada. Ni asistía a la universidad ni estudiaba formación profesional. Tenía trabajos puntuales, nada más. Durante un verano estuvo de ayudante de jardinería. Después descargó cajas en un supermercado. Luego repartió pizzas. Cosas así. Eso le ocasionaba continuas discusiones con su padre, que era quien lo mantenía.

—¿Y la madre?

—Sus padres se separaron cuando era muy pequeño. Y después la madre murió. Lo crío su padre.

—¿Cómo era la gente que frecuentaba? ¿Saben algo de su entorno social?

La mujer reflexionó un momento.

—Yo creo que no era malo —respondió, como si le costara decir algo positivo de una persona que le había hecho tanto daño a su hija—. Al principio eran los compañeros del instituto, mantuvo amistad con ellos durante años. En sus diversos trabajos fue conociendo a otra gente pero... No, hasta donde sabemos, nunca frecuentó malas compañías. Pero claro, han pasado cuatro años desde la última vez que lo vimos.

—Eso fue...

—Poco antes de que nos mudáramos a Bretaña. Hacía un año que había dejado a Jeanne y me lo encontré en el centro, en la zona peatonal.

—¿Y?

—Pues me saludó, pero no le respondí. Iba con... la otra.

—¿La conocía?

—No.

—Hum.

Nicole Duroi se quedó pensativa. Resultaba evidente que el tal Jérôme Deville era un bala perdida y un zalamero que vivía la vida sin preocuparse por el futuro ni por los demás; por otro lado, de la descripción de los Berney se desprendía que era un joven con problemas para madurar. Pero ¿era un asesino? ¿Frecuentaba círculos en los que se cometían crímenes terribles? No había el menor indicio de ello.

Aunque no debía olvidar el testimonio de Valérie, la amiga de Jeanne: «Era un

tipo muy raro, con pinta de vagabundo. Estaba muy nervioso».

No era la descripción de alguien que pasaba casualmente por allí y había decidido saludar a un amor de juventud. Más bien daba la impresión de que aquel hombre se encontraba en serias dificultades.

—¿Saben si su hija tuvo contacto con él después de la ruptura? ¿O si lo reanudó más adelante? Cuando se curan las heridas, algunas personas consiguen mantener una amistad...

La señora Berney negó con la cabeza.

—No. No hubo ningún contacto. Jeanne y yo tenemos... —se corrigió, con la voz rota— teníamos una relación muy estrecha. Me lo contaba todo, estoy segura de que si Jérôme hubiera reaparecido en su vida me habría enterado.

—Entiendo —asintió Duroi. Sabía por experiencia que las madres a menudo se equivocan al juzgar la franqueza de sus hijas, pero mencionarlo no servía de nada. Lo importante era que a los padres no les constaba que hubiera contacto entre su hija y el joven.

Después les hizo varias preguntas relacionadas con el día a día y el entorno de Jeanne. No había nada a lo que pudiera agarrarse. La vida de la chica era de lo más normal, no parecía que tratara con mala gente o que se moviera por ambientes problemáticos. El testimonio del día anterior de su amiga Valérie lo ratificaba: «Jeanne era una persona adorable, amabilísima y sencilla. Le caía bien a todo el mundo. Tenía muchos amigos. Estoy segura de que no estaba metida en ningún asunto turbio. No era de esas a las que les gustan los malotes. Para nada. Era lista, y tenía intuición para calar a la gente».

¿De verdad? Pues parecía que no había acertado con su primer amor, el tal Jérôme Deville; aunque, con dieciséis años, el error era más que comprensible. Pero ¿podía ser que aquella equivocación se hubiera convertido en su perdición?

Los Berney se despidieron y se marcharon despacio y visiblemente encorvados. Al momento, el padre regresó solo.

—Le he dicho a mi esposa que me he dejado aquí el móvil, pero quería hablar a solas con usted.

—Claro —lo animó la comisaria.

Al hombre le temblaban las manos.

—Al final, ayer vi a mi hija.

Había insistido, a pesar de las advertencias de la policía. Que a Jeanne la habían asesinado era una verdad a medias: había sido imposible borrar de su cuerpo las huellas de horas de martirio. La habían torturado hasta la muerte. La señora Berney no se había atrevido a entrar en las dependencias forenses, y Nicole Duroi dio gracias al cielo por ello.

—A mi hija la torturaron —continuó—. No la asesinaron sin más. La maltrataron. Tiene que haber una razón.

—Así es. Y la descubriremos. Haremos todo lo posible, señor Berney, se lo

prometo.

—Creo que es algo relacionado con Jérôme. Seguramente está metido en algún asunto serio y alguien buscaba información sobre él. Alguien que sabía que durante unos años fue novio de Jeanne.

—Es posible, señor Berney, e intentaremos...

Él la interrumpió:

—Pierden el tiempo indagando en el entorno de Jeanne o en su vida. Ahí no van a encontrar nada. Puede que Jérôme no sea el culpable pero está relacionado con la muerte de mi hija, estoy convencido. Por eso, para encontrar al asesino, tendrán que localizarlo primero a él.

—Haremos...

—Desde el primer momento no pude soportarlo. —El hombre seguía hablando sin freno—. Y no solo porque fuese un embaucador que cambiaba de chica según le convenía, sin preocuparse de sus sentimientos. Era por su falsedad. Ya lo ha dicho antes mi esposa: se comportaba de un modo exageradamente amable y simpático, pero teníamos la sensación de que dejaríamos de interesarle en cuanto no sacara beneficios. Le gustaba la compañía de nuestra hija, y casi se instaló en la familia. Cuando pienso que comía en casa a menudo, o en las veces que lo invitábamos a restaurantes, o incluso a acompañarnos de vacaciones... Pero cuando pudo conseguir todo eso por otro sitio se olvidó de nosotros. Había en él algo frío y calculador que me resultaba aún más desagradable precisamente porque no lo mostraba, porque siempre se comportaba con esa maldita amabilidad. Sé que han pasado varios años y que quizá mi juicio no es objetivo, pero una cosa puedo asegurarle: Jérôme Deville solo busca su propio interés. Me parece muy posible que se haya metido en asuntos sucios si la recompensa era lo bastante jugosa. No es que sea un delincuente, no quiero decir eso, pero en determinadas circunstancias no conoce límites. Es un tipo peligroso porque su sistema de valores varía en función de si le reporta ganancias o pérdidas. En mi opinión, es fácil de comprar y creo que, con la compensación adecuada, hay muy pocas cosas que se niegue a hacer. Por favor, comisaria Duroi, tenga en cuenta lo que le digo: encuéntralo. Él es la clave.

Les Lecques, Francia
Jueves, 17 de diciembre

Al día siguiente, muy temprano, se presentó un agente en el apartamento de Les Lecques. Se identificó como el teniente Jean Caparos, de la Policía Nacional. Estaba al tanto de lo sucedido y se mostró contrariado al saber que Kristina se había marchado.

—Supongo que mis compañeros fueron muy claros al respecto, ¿verdad?

Cuando el teniente llamó al timbre, Simon estaba en la terraza contemplando el mar, rosado a la luz del amanecer, y el vaho de su respiración en el aire cristalino. Se encogió de hombros mientras cerraba la puerta de la terraza. Afuera hacía bastante frío.

—No podía atarla y encerrarla. Estaba decidida a irse, ¿cómo se lo iba a impedir? —respondió—. ¿Le apetece un café, teniente?

Caparos, que parecía cansado y falto de sueño, aceptó.

—Sí, gracias. Un café me vendría bien.

Simon le sirvió una taza, que colocó en la mesa junto con el azucarero y una jarrita de leche, y lo invitó a tomar asiento. Después se sentó él. Tampoco había dormido casi nada y se sentía como si hubiera envejecido veinte años en las últimas veinticuatro horas.

—Pero la señorita Nathalie Boudin sí que está, ¿verdad? —inquirió Caparos, desconfiado.

Simon hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Sigue durmiendo. La he oído dar vueltas toda la noche, debe de estar agotada.

El teniente tomó unos sorbos y su cara gris recuperó algo de color.

—La situación se está poniendo seria —anunció—. Por eso la Policía Nacional se ha hecho cargo de la investigación.

—Han encontrado el cadáver de Yves —se anticipó Simon.

Su interlocutor asintió y sacó una nota del bolsillo.

—Según me han informado, el muerto hallado en un piso de la calle Marc-Antoine Petit, en Lyon, era un tal Yves Soler, nacido en junio de 1973 en la misma localidad.

1973. Aquel viejo tirado en la destartada cocina solo tenía cuarenta y dos años. Increíble. Simon le había echado al menos veinticinco años más.

—Llevaba años viviendo de ayudas sociales —añadió Caparos.

—Imagino que se habrán dado cuenta de que ese hombre no murió de un golpe en la cabeza...

—Sin duda, esa no es la causa de la muerte —confirmó el teniente—. Le cortaron el cuello.

—Como ya le dije a la policía.

—Me resulta incomprensible, señor, que no avisara a las autoridades hace dos días, en cuanto descubrió el cadáver. Eso le pone en una situación bastante comprometida.

—¿A qué se refiere? No creerán en serio que yo soy el culpable, ¿verdad?

Caparos hizo un gesto ambiguo con la mano.

—Si sospechara «en serio» de usted, ya habría sido arrestado. Sin embargo, su papel en todo esto no está nada claro. Le advierto que puede tener problemas: investigaremos a fondo este caso, especialmente la comisaria al mando. Así que le aconsejo que no salga corriendo del país, como ha hecho su amiga. Ofrecer la máxima cooperación es lo más sensato que puede hacer.

—No he hecho más que cooperar.

—No lo hizo cuando descubrió el cuerpo de Yves Soler.

—Lo pensé, pero Nathalie estaba aterrorizada, su novio le había pedido expresamente que no lo hiciera. No quise contrariarla, aunque ahora veo que fue un error. Pero intente comprenderme: tras descubrir el cadáver me quedé en shock. De repente, todo lo que la chica me había contado sobre la gente que la perseguía adquirió otra dimensión. Hasta ese momento pensaba que estaba un poco trastornada e intentaba convencerme de sus delirios. Pero de pronto toda su historia se volvió real.

—Llevamos desde ayer recabando información sobre Nathalie Boudin.

—¿Ah, sí?

—Nacida en Metz. El padre se marchó cuando tenía siete años. Se quedó con la madre, que padecía de alcoholismo grave. Poco antes de cumplir los diecisiete intervinieron los servicios sociales y le asignaron una familia de acogida. Tenía problemas psicológicos y anorexia. Entonces conoció a Jérôme Deville, un joven también de Metz. A los dieciocho, Nathalie abandonó los estudios, a las puertas del examen de acceso a la universidad, y se fue con él a París.

—De acuerdo, ha tenido una vida muy difícil. Pero eso no la convierte en una asesina. Y, como ya he repetido varias veces, a Yves Soler lo mataron poco antes de que llegáramos nosotros. Es imposible que ella esté implicada.

—Se equivoca —corrigió Caparos—. Quizá no lo hiciera ella, pero es posible que esté implicada. En calidad de cómplice, o incluso de instigadora.

—Su miedo me pareció muy real. No estaba fingiendo.

—Porque se las sabe todas. Considere su pasado: ha luchado con uñas y dientes para salir adelante.

No, pensó Simon. Sabía que sus defectos eran muchos, como Kristina se había encargado de recordarle, pero la falta de empatía no era uno de ellos. Todo lo contrario, se le daba bien ponerse en el lugar del otro. Había sentido el pánico de Nathalie. No estaba representando un papel; realmente sintió su ansiedad y su terror, y por eso estaba convencido de que no se trataba de una farsa. Al principio pensó que la chica se creía esa historia disparatada que ella misma había inventado. Sin embargo, el desarrollo de los acontecimientos lo fue persuadiendo de que no era así.

—También nos hemos puesto en contacto con la sede de Denegri Transports, en París —prosiguió Caparos—. Es la empresa para la que trabaja Jérôme Deville. Están bastante descontentos porque el señor Deville no ha regresado de un viaje a Copenhague con un cargamento de pescado congelado. El camión y la carga han desaparecido, al igual que él. En realidad están muy enfadados porque han perdido un cliente. Sin embargo, no hemos detectado nada que nos parezca sospechoso.

Simon recordó la conversación entre Nathalie y Madeleine Denegri, la jefa de la compañía. En su momento el interés de aquella señora por saber dónde estaba la chica le había resultado de lo más extraño, pero no dijo nada porque ya no sabía si habían sido imaginaciones suyas.

—Pasemos al siguiente punto —propuso Caparos. Algo en su tono y en su expresión reveló a Simon que empezaba a tomarse en serio sus declaraciones y las de Nathalie—. La agente Perrin, de la Policía Municipal, entrevistó ayer al encargado del edificio del bulevar de la Plage, en uno de cuyos apartamentos se escondió Nathalie.

—¿Ajá? —Prestó mucha atención.

—Estaba muy nervioso. Parece que anteayer, a media tarde, dos hombres se presentaron en su casa y le preguntaron por ese apartamento. Pertenece a un familiar de Deville, concretamente a un tío suyo.

—Sí, lo sé.

—Por supuesto, el encargado se acordaba de la joven a la que había encontrado su ayudante, y también de usted. De «un alemán» que pasaba por allí y que ayudó a la chica pagando los daños que había ocasionado. No sabía si usted se la había llevado a casa, aunque le parecía lo más probable porque, dado su pésimo estado, nadie habría sido capaz de dejarla en la calle.

—Menos mal que alguien me entiende —murmuró Simon.

Caparos no respondió a ese comentario y continuó:

—Usted facilitó su nombre al encargado, y él se lo proporcionó a aquellos dos hombres, junto con su dirección de aquí.

—¿Dio esos datos a dos completos desconocidos?

—No le pareció raro. No se identificaron pero le explicaron que buscaban a Nathalie Boudin y dio por hecho que pertenecían a alguna institución oficial, como los servicios sociales. Estaba convencido de que la chica se había fugado de casa. Tiene veinte años pero, por lo que me han contado, es tan pequeña y delgada que

aparenta dieciséis. El encargado no quería tener problemas por no haberla entregado a la policía en su momento, cosa que seguramente no hizo porque pensaba reparar él mismo las cerraduras y quedarse con los cincuenta euros que usted le dio. De manera que procuró colaborar al máximo.

—¿Y esos hombres no eran de los servicios sociales? ¿O de la policía, o de algún otro organismo oficial?

Caparos negó con la cabeza.

—Lo comprobamos enseguida, y no. No los enviaba ninguna autoridad. Y dado que después su villa fue asaltada...

—¿Cree que esos hombres son los responsables?

—No podemos descartarlo —respondió el teniente, cauteloso.

—Pero ¿cómo supieron... —reflexionó Simon en voz alta— que existía ese apartamento?

Su interlocutor se encogió de hombros.

—Quizá porque conocen a Jérôme Deville. A lo mejor saben cosas de su vida, como que un familiar suyo posee un piso aquí.

—¿No convendría interrogar también al tío?

—Estamos en ello. Reside en Chalon-sur-Marne pero no conseguimos localizarlo. Puede que esté de viaje.

Se quedaron en silencio, tomándose el café. La habitación estaba muy fría. Simon añoró su gran casa, bonita y cálida, de la que él y Kristina podrían estar disfrutando si no hubiera sucedido todo aquello. Lo invadió una profunda tristeza al recordar que la relación estaba rota y que ya no tendrían otra oportunidad. Aunque las circunstancias lo habían arruinado todo, era consciente de que carecían de una base sólida desde antes. Las cosas entre ellos no funcionaban, de lo contrario habrían logrado superar aquel bache inesperado. Aun así, esos pensamientos racionales solo convencían a su mente, no a su corazón.

—Me gustaría hablar con Nathalie —pidió Caparos—. Debemos localizar a Jérôme Deville. Si la señorita Boudin no miente y de verdad ignora lo que sucede, solo él puede ayudarnos a resolver este caso. O por lo menos a comprender a qué tipo de caso nos enfrentamos.

—No miente. Su pánico cuando la conocí, y su terror en Lyon... Nadie es capaz de fingir algo así.

—Eso no significa que no sepa lo que está pasando. Al contrario: es posible que su miedo sea tan real precisamente porque sabe quién la persigue.

Aunque era un buen argumento, Simon no creía que se tratara de eso. Pero carecía de razones, solo contaba con su instinto y su intuición, y eso no le serviría de nada a Caparos.

—Voy a despertarla —dijo—. Sírvase otro café, por favor.

Agradecido, el teniente se acercó a la encimera. Tras llamar a la puerta, Simon entró en la habitación de la chica. Estaba a oscuras, con las contraventanas cerradas.

Se oía su respiración regular.

—Nathalie. —Se acercó a la cama y la sacudió con suavidad por el hombro—. Tienes que levantarte. Hay alguien que quiere hablar contigo.

Su sueño era ligero y se despertó enseguida. Se incorporó. Él vio brillar sus ojos en la oscuridad.

—¿Es Jérôme? —preguntó, casi sin aliento.

Le rompió el corazón decepcionarla.

—No. Un teniente de la Policía Nacional, un tal Caparos.

Fue como si su cuerpo se deshinchara.

—¿Ha pasado algo? —inquirió.

—Han encontrado el cadáver de Yves.

Esperaba que se montara un drama cuando, nada más cumplir dieciocho años, dije que dejaba el instituto para irme con Jérôme a París. Pero no imaginé que sería tan tremendo.

Su situación económica había ido empeorando a lo largo del invierno porque no conseguía trabajo y, además, su padre estaba cada vez más cabreado. Por eso a principios de febrero cogió sus cosas y se marchó a París a probar suerte «antes de que mi padre y yo acabemos a palos», como decía. Le rogué que me esperara pero me respondió que ya no aguantaba más.

—Vente después. Mientras tanto iré buscando un piso bonito.

Estuve a punto de acompañarlo en aquel momento, tres meses antes de mi cumpleaños, pero Jérôme dijo que eso podía complicar las cosas y que era mejor esperar. Así que me quedé, atormentada por los miedos. Temía que nuestra relación no soportara la separación, que él conociera a otra, que se juntara con malas compañías, cualquier cosa. Hablábamos mucho por teléfono y casi siempre yo acababa llorando. Un día me contó que había encontrado un piso en Clichy-sous-Bois, al este de París. Allí fue donde se iniciaron los disturbios de 2005 que después se expandieron como la pólvora. Sin embargo, él aseguraba que el sitio estaba bien, que para nada era tan malo como se decía.

Repitió aquello durante cuatro semanas.

Luego su actitud cambió y dejó de alabar su (nuestro) nuevo hogar. Aunque había conseguido un empleo de repartidor en una mensajería, su sueldo era escaso porque había pocos encargos. Empezó a hablarme de la suciedad del edificio, de la inseguridad que reinaba en la calle en cuanto oscurecía y de las bandas juveniles que patrullaban la zona y con las que había que tener cuidado... Sonaba unas veces furioso y otras deprimido, pero siempre de mal humor.

Yo intentaba animarlo:

—Espera a que yo esté allí. Buscaré un trabajo y tendremos más dinero, ya lo verás.

—Ojalá lo encuentres —contestaba él, frustrado.

A pesar de que había días en los que lo seguía viendo todo negro, noté que se animaba ante la perspectiva de que pronto me reuniría con él y lo apoyaría económicamente. Al principio apenas mencionaba cómo sería nuestra vida en París, pero luego empezó a hacer planes y a decir que todo saldría bien. Aquello era música para mis oídos. Me quería, me echaba de menos y, al igual que yo, soñaba con nuestro futuro. Un día, a finales de marzo, me dijo que había encontrado un trabajo para mí.

—Hay una señora que tiene una pequeña joyería muy cerca de los Campos Elíseos. La conocí porque le entregué un paquete. Necesita una dependienta en la que pueda confiar porque la anterior le robaba y ahora no se fía de nadie. Por supuesto, te puse por las nubes. Quiere entrevistarte en cuanto vengas a París.

¡Una joyería en los Campos Elíseos! No era la carrera universitaria que Éliane quería para mí, pero tampoco estaba tan mal.

Miré por la ventana, hacia el jardín. Hacía un frío espantoso, no parecía que estuviéramos en primavera. El viento del norte inclinaba dos imprudentes narcisos que se habían atrevido a brotar. «Jérôme y yo —pensé al verlos—. Doblados, pero fuertes y resistentes». A la mañana siguiente las flores yacían en el suelo, no habían aguantado aquella tardía tormenta invernal. Borré mi pensamiento del día anterior; había sido una tontería.

El 29 de abril cumplí dieciocho. Éliane me dio los buenos días con una ridícula tarta decorada con dieciocho velas y me cantó una canción. Su novio no participó en aquella ceremonia. Cada vez aparecía menos por allí, se quedaba en su piso. Yo me daba cuenta de que su relación no iba bien y, aunque intentara ocultármelo, Éliane estaba muy triste, incluso desesperada. No me quedaba más remedio que darle la dolorosa noticia cuanto antes. Desde que su novio casi había desaparecido se aferraba más a mí, y yo no debía dejarme retener. Ni por su dolor ni por mi compasión.

—Muchas gracias —le dije cuando terminó de cantar. Después, cogí aire y añadí—: Éliane, hoy me voy a París.

Me miró desconcertada.

—¿A París? Pero ¡si hoy tienes clase!

Negué con la cabeza.

—No voy a ir al instituto.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo que no vas a ir? Quieres saltarte las clases y por eso...

—Dejo el instituto. Hoy. Me voy con Jérôme a París.

Ella sabía que Jérôme ya estaba allí y en su fuero interno creía (o incluso esperaba) que la distancia acabaría con nuestra relación. Ni se le había ocurrido la posibilidad de que me reuniera con él. Se quedó mirándome fijamente, como si me estuviera convirtiendo en un extraterrestre ante sus ojos.

—Nathalie, los exámenes de la universidad son ya mismo. No puedes... Por favor, ¡dime que esto es una broma!

Su desesperación me dio un poco de pena.

—No es ninguna broma, Éliane. Ya tengo el billete de tren. Jérôme irá a recogerme a la estación.

Había comprado el billete con lo que conseguí ahorrar de mi paga. Por la noche había preparado dos grandes maletas, que estaban listas en mi habitación.

—No lo permitiré —afirmó, con la cara blanca como la cera.

—¿Y qué vas a hacer? —le respondí con calma—. Ya tengo dieciocho. Soy mayor de edad.

—Voy a llamar ahora mismo a tu asistente social.

—Desde hoy los servicios sociales ya no son responsables de mí, por lo tanto ya no existe «mi» asistente social. Ahora soy una mujer adulta. Puedo ir a donde quiera.

—Pero ¡no puedes arruinar tu futuro!

—Mi futuro es Jérôme.

Estaba que se tiraba de los pelos. Mi decisión ponía en peligro la imagen de madre de acogida perfecta que quería ofrecer a los servicios sociales, y a mi padre.

—Justo antes de los exámenes... ¡es un disparate! Las pruebas empiezan en mayo. Solo son un par de semanas, por el amor de Dios. ¿Qué se te ha perdido en París?

—Tengo un trabajo, me lo ha conseguido Jérôme. —En realidad solo era una entrevista, pero no había necesidad de entrar en detalles.

Abrió desmesuradamente los ojos y comprendí que hasta ese momento pensaba que era algo que se nos acababa de ocurrir, y de pronto cayó en la cuenta de que Jérôme y yo lo habíamos planeado al milímetro en su propia casa, delante de sus narices. Y ella ni se había enterado.

—De dependienta en una joyería de los Campos Elíseos —añadí, porque me pareció que sonaba como algo serio.

Ella negó con la cabeza.

—Dios mío —susurró—. Dios mío...

Lancé una mirada a la tarta. Las velas se consumían y la cera goteaba en la crema. Daba igual, de todos modos no pensaba probarla. Aunque mi trastorno había mejorado un poco, la visión de aquel pastel pringoso me resultaba insoportable. Pasar eso por alto era típico de Éliane. Seguramente creyó que así lograría hacerme ingerir un montón de calorías ya que, por educación, no podría negarme a tomar un trozo. Siempre había sido así: amable pero manipuladora, decidida a llevarme por donde ella quería con métodos sutiles que desarmaban cualquier defensa. Odiaba aquellas maniobras. Jérôme era justo lo contrario.

Levantó la cabeza y me miró a los ojos.

—Si Jérôme no se arrepiente, si de verdad va a recogerte a la estación y le parece bien que no vayas a la universidad... entonces es que es un egoísta sin escrúpulos al que no le importa nada ni tu bienestar ni tu futuro. Le da igual que echés tu vida a perder. De momento le resultas útil, el resto no le interesa. En París le irá tan mal como aquí y acabarás financiando su lamentable existencia. Pero ¿eres tan tonta que no lo ves!

Atacar a Jérôme fue el error decisivo. Así jamás me convencería.

—Me voy —respondí con frialdad—. No quiero seguir oyendo tus insultos.

—No son insultos, es la verdad.

Me di la vuelta pero me retuvo por la muñeca y exclamó:

—¡Por favor, Nathalie!

—Suéltame.

Me agarró más fuerte.

—No te irás. ¡No te dejaré!

Intenté zafarme sin éxito. Durante unos momentos mantuvimos una especie de lucha absurda. Me sorprendió lo fuerte que era aunque, claro, estaba mejor alimentada que yo.

—¡Suéltame ahora mismo! —jadeé.

—Solo si pospones el viaje. Si llamas a tu padre. Si al menos hablas con la asistente social.

Por poco se me escapó una carcajada. ¿Qué se creía? ¿En serio pensaba que podía imponerme condiciones?

—Suéltame —exigí de nuevo.

Entonces me liberó de golpe y por poco me caí al suelo. Quizá se había dado cuenta de que estaba montando un espectáculo.

—Por favor, Nathalie —rogó en voz baja.

Me froté la muñeca. Me había hecho daño al agarrarme tan fuerte.

—Éliane, voy a irme con Jérôme. Si quieres que sigamos siendo amigas no me lo impidas. He estado bien contigo, y te agradezco todo lo que has hecho por mí. Pero ahora empieza una nueva etapa y tienes que aceptarlo.

—¿No puedes al menos presentarte a los exámenes? Y después te vas a París...

Negué con la cabeza. Imposible. Jérôme necesitaba mi ayuda, y yo temía que la buscara en otro sitio si no me reunía con él enseguida, ese mismo día. No debía arriesgarme.

—Podrías ir al instituto en París y hacer allí los exámenes —insistió ella.

—Quiero trabajar. —No le dije que tenía que trabajar porque eso le habría permitido atacar de nuevo a Jérôme.

Por supuesto, esa mañana no fui a clase. Después de aquella patética escena subí a mi habitación para terminar de preparar mis cosas. Ella aprovechó para llamar a mi padre y ponerle al corriente. Al rato apareció en la puerta y me tendió el teléfono.

—Tu padre quiere hablar contigo.

Pensé que querría felicitar me por mi cumpleaños, pero se saltó esa parte y trató de convencerme de que olvidara «toda aquella estupidez». Dijo que me había vuelto loca y que debía «entrar en razón lo antes posible».

Lo encontré casi gracioso. Llevaba más de diez años sin preocuparse por mí, le daba igual lo que me pasara. Tras el colapso de mi madre prefirió que me cuidara una extraña antes que ocuparse de su propia hija. Y ahora me echaba la bronca porque dejaba el instituto. Seguramente lo hacía porque creía que era lo que se esperaba de un padre y porque así tenía la conciencia tranquila. Quería poder decir que había hecho todo lo posible por disuadirme. Pero yo sabía que en realidad no le importaba nada si terminaba mis estudios o qué planes tenía para mi vida.

De manera que colgué, dejándolo con la palabra en la boca. Le devolví a Éliane el teléfono.

—Dejadme en paz —dije, sintiéndome de pronto muy cansada.

A media mañana, cuando me disponía a marcharme, ella cambió de estrategia e insistió en llevarme a la estación. Como las maletas pesaban mucho, había pensado irme en taxi; pero al final acepté su oferta porque debía ahorrar cada céntimo. Fue un error. Había avisado a mi asistente social, que me estaba esperando en el andén. El tren aún no había llegado. Las dos se pusieron a sermonearme como unas histéricas.

Hasta que me cansé. Hice caso omiso de aquella señora y me encaré con Éliane. Fui extremadamente cruel.

—Acéptalo, Éliane, eres una mujer mayor. Se te está escapando el último tío que has podido pescar antes de hacerte vieja. Te agarras a mí porque no soportas tener la casa vacía, y tampoco aguantas tu triste y solitaria existencia. Te aterra la soledad pero, ¿sabes qué?, mi misión no es acompañarte en la vejez. ¡Arregla tu vida y déjame en paz de una vez!

Se quedó blanca. Al referirme al fracaso de su relación había tocado un punto doloroso.

—Estamos hablando de tus estudios —se mantuvo firme—. De nada más.

—¡Estamos hablando de ti! Ha sido así desde el principio. Hace años conseguiste seducir a mi padre y no has superado que solo te quisiera como rollo de una noche. Aceptaste que yo viviera contigo porque sigues buscando su aprobación, a pesar de que en su momento te utilizó. ¡Pues olvídale! Para él nunca serás más que otra de sus muchas conquistas. Además, seguro que te odia por haberle recordado que tiene una hija, cuando él solo quiere librarse de mí. ¡Debes de resultarle insoportable!

Ya no estaba blanca sino gris, y sus ojos parecían los de un ciervo herido. Por un momento sentí lástima, ¿me habría pasado?

La asistente social me miró escandalizada porque acababa de enterarse de los enredos íntimos de Éliane. Parecía comprender que ponerme en manos de una mujer que no había superado una aventura con mi padre no había sido buena idea. Pero ya era tarde para todas esas reflexiones.

El tren entró en la estación.

Tras colocar las maletas en el portaequipajes miré por la ventanilla. Éliane sollozaba en el andén. La asistente social le había pasado un brazo por los hombros y la consolaba.

Abandoné Metz.

Me sentía emocionada y contenta.

Sofía, Bulgaria
Jueves, 17 de diciembre

A la mañana siguiente, Kiril aún no se había recuperado de la visita a la comisaría. Desmoronado ante la taza de café, le asombraba el comportamiento de su esposa. A él, los términos «prostitución» y «trata de personas» lo habían dejado hundido, casi tanto como la respuesta del policía: carecían de indicios suficientes para investigar el paradero de Ninka. Y, en caso de iniciarse una investigación, las probabilidades de encontrar su pista eran mínimas. Había caído en manos de delincuentes sin escrúpulos que actuaban con gran habilidad e inteligencia. Para ser exactos: ellos, sus propios padres, la habían puesto en sus manos.

Pasó la noche despierto, preguntándose cómo podía seguir viviendo después de aquello. Finalmente se levantó, se vistió y consiguió llegar hasta la mesa de la cocina. No tenía ni idea de cómo iba a levantarse de allí. Se había quedado sin fuerzas.

Todo lo contrario que Ivana. Ella, que en las últimas semanas se arrastraba como una sombra, de pronto se movía con la agilidad de una gacela: recogió la mesa, limpió las encimeras, abrió las ventanas para ventilar el pequeño piso y volvió a cerrarlas para que no se enfriara demasiado. Se la veía concentrada y decidida. Había preparado el almuerzo de los niños y los había mandado al colegio; solo quedaba en casa Jannica, la más pequeña, que estaba en el banco esquinero tomándose su leche con cacao. Ivana llevaba un vestido de lana azul marino y botas altas: su mejor vestido y su único par de botas. Solo se vestía así en ocasiones especiales.

—¿Vas a salir? —le preguntó.

Ella asintió.

—Sí. Vigila a Jannica, por favor.

—¿Adónde vas?

—Ya te lo dije ayer. A encontrar a Selina. Es nuestra única esperanza.

—Pero no tenemos ninguna pista de dónde puede estar.

—Es verdad, pero una familia no se esfuma así como así. Siempre hay alguien que conoce a alguien que a su vez conoce a alguien, y ese alguien tiene cierta idea. ¿Comprendes? Debo encontrar el principio de esa cadena.

Kiril le clavó una mirada desesperanzada.

—¿En Sofía? Esta ciudad es gigantesca. Es imposible, Ivana.

—Empezaré por sus vecinos, iré de puerta en puerta. Preguntaré a cualquiera que

los conozca, incluso de vista. Aunque tenga que recorrer toda la ciudad y tarde semanas o meses... encontraré una pista.

Estuvo a punto de creerla. Ivana tenía una determinación absoluta. Lo intentaría todo y no se le escaparía ninguna señal, por pequeña o insignificante que fuera.

La admiraba. Sin embargo, aunque se avergonzaba de ello, se sentía incapaz de ayudarla. Solo podía quedarse allí sentado y rezar para que todo saliera bien.

Ivana sabía que no debía hacerse muchas ilusiones ni esperar resultados rápidos. Lo importante era dar pequeños pasos en la dirección correcta. Los Semionov huían de unos criminales que les inspiraban tanto temor como para desconfiar de la policía. Tomando su destino en sus propias manos, habían decidido desaparecer. Era una decisión difícil, que daba la medida de su desesperación y su miedo. Desaparecer implicaba renunciar a sus vidas, romper todas sus relaciones, aislarse por completo. Y además por tiempo indefinido, sin un punto en el horizonte que marcara el final de aquel estado de excepción. Debían de estar aterrorizados.

Y convencidos de que sus perseguidores eran muy peligrosos.

Ivana comprendía que estaba corriendo un gran riesgo porque quienes buscaban a la familia también intentarían localizar rastros recientes. Sus caminos podían cruzarse en cualquier momento. Tenía que ser cautelosa y mantenerse muy alerta. Tomar en serio cualquier advertencia. Dar importancia a cualquier mal presagio. Si a ella le pasaba algo, Ninka estaría perdida. Ivana no se engañaba: sabía que Kiril no podría enfrentarse a aquello él solo, sencillamente era incapaz. Nunca se había arrepentido de casarse con él porque era un hombre amable y afectuoso. Pero no era fuerte. No era lo bastante fuerte para plantarle cara a la vida, con todas sus adversidades, obstáculos y trampas. Cuando las cosas se ponían difíciles, Kiril se acobardaba. Se hundía en un mar de quejas en lugar de luchar para salir a flote.

Y, para una vez que había hecho algo, el resultado había sido catastrófico. Es cierto que había salvado a la familia de la bancarrota pero a cambio de vender a su hija, aun sin saberlo, a unos traficantes de personas. A Ivana no se le escapaba que también ella era responsable; a pesar de sus muchas dudas y recelos, no lo había evitado ni había formulado las preguntas necesarias. Por eso ahora tenía que arreglarlo. Por Ninka, pero también por ella misma.

Kiril le había dado la dirección de los Semionov, de modo que tomó el metro hasta Liulin, el barrio de bloques soviéticos donde vivían. Llamó primero a su puerta y, como era de esperar, no respondió nadie. Continuó con los vecinos.

Muchos no estaban porque a esa hora se encontraban en el trabajo. Ivana apuntó en una libreta los números de aquellas viviendas para probar suerte al final del día. Preguntó por la familia a todas las personas con las que se cruzó. La primera mujer que le abrió la puerta reaccionó con desconfianza.

—¿Por qué pregunta por ellos?

Llevaba una respuesta preparada:

—Mi marido trabaja en el aeropuerto con Gregor Semionov. Me ha pedido que venga porque Gregor se llevó unos documentos que le hacen falta. Por eso necesito encontrar a alguien de la familia.

—No tengo ni idea de dónde se han metido —gruñó la mujer y cerró de un portazo.

Aunque otros vecinos fueron más amables, no pudieron decirle nada relevante. Algunos ni siquiera sabían que los Semionov se habían marchado. Ivana se dio cuenta de que en aquellos bloques la gente no se preocupaba mucho de los demás, sino que iba a lo suyo. Y eso complicaba las cosas. Pero no se echaría atrás.

—Ah, ¿no están? —se extrañó un hombre—. Creía que solo se había ido la hija. Al extranjero, a algún país del oeste.

Por fin. Alguien que parecía tener cierta idea.

Fingió no saber nada.

—No me diga, ¿a un país del oeste?

—Eso me dijeron. Espere, ¿quién me lo contó...? —Se rascó la cabeza mientras reflexionaba—. Creo que fue un amigo de la chica...

Ivana le dedicó una sonrisa encantadora.

—¿No sabrá cómo se llama ese amigo? ¿O dónde vive?

—Pues se llama Sarko, pero el apellido no lo sé. Vive por aquí. —Hizo un gesto vago con la cabeza; los bloques eran todos iguales—. No sé mucho más... Lo veo a menudo cuando salgo con mi hija; él suele pasear a su perro por esta zona. Un día me lo encontré aquí, en el edificio, y me dijo que era el novio de Selina. Y un tiempo después me comentó que la chica se había marchado de Sofía porque le habían ofrecido un trabajo fantástico en algún país europeo.

El novio de Selina. Aquello era una pista. Quizá conocía a la familia y tenía una idea de dónde podían haberse ocultado. Debía dar con él como fuera.

—¿Tiene tiempo para salir a pasear conmigo? —preguntó al hombre—. A lo mejor nos encontramos con el chico. Necesito localizar a Selina Semionova.

Él dudó un momento pero al final accedió.

—De acuerdo. De todas maneras tengo que salir con mi hija Lara. Mi esposa trabaja y yo me quedo en casa con la niña.

Lara resultó ser una nena de siete meses que balbuceó de alegría mientras su padre la metía en un capazo y la protegía del frío con todo tipo de cojines y mantitas. Ivana contempló conmovida el cuidado y el amor con que trataba a su hija. Se le llenaron los ojos de lágrimas al recordar a Ninka, que era su primogénita. Kiril y ella habían sido como aquel hombre: sobreprotectores, siempre angustiados, preocupados por si se olvidaban de algo o hacían algo mal. Con los siguientes hijos se relajaron de forma considerable.

Aleko (así se llamaba el hombre) cargó con el moisés y salieron a la calle. Los bloques soviéticos se alineaban uno tras otro hasta donde abarcaba la mirada.

—¿Sabe cuál es el edificio del chico? —preguntó Ivana.

Él negó con la cabeza, pesaroso.

—Como le decía, pasea por aquí a su perro, por eso supongo que vive cerca. Pero en qué edificio... La verdad, ni idea. A lo mejor es de otro sitio y solo venía para ver a su novia.

Era desesperante. Ni siquiera conocía su apellido, y aquella barriada se extendía hasta el horizonte. Al verse rodeada de los inmensos bloques bajo un cielo gris plomizo, Ivana sintió que la esperanza que la había impulsado esa mañana se rompía en mil pedazos.

No pudo contener las lágrimas. Se detuvo en medio de la calle y estalló en un llanto desconsolado.

El hombre se sintió confuso y conmovido.

—¿Qué sucede? ¿Algo va mal? ¿Tan importante es encontrar a ese chico?

—Es importantísimo que encuentre a Selina —respondió ella entre sollozos—. ¡Es vital!

Al principio le había contado a Aleko lo mismo que a los demás, la historia de los documentos que su marido necesitaba, pero ya no se sentía con fuerzas para mantener aquella mentira. Se derrumbó en un banco. Él se sentó a su lado, se colocó el capazo en las rodillas y le pasó torpemente el brazo por los hombros.

—¿Qué es lo que pasa? —quiso saber.

Ella se lo contó todo. Su situación de penuria. La mudanza a Sofía. Los infructuosos intentos de Kiril por encontrar trabajo. La aparición de Viara con sus maravillosas y esperanzadoras promesas. Que ella creyó que le estaba dando una oportunidad a su hija.

—Quiero tanto a Ninka... —dijo con voz rota—. La quiero tanto como usted a Lara.

—Comprendo —repuso él con suavidad.

Ella continuó relatándole todos sus miedos y desconfianzas: aunque una voz interior la había alertado desde el principio, no quiso escucharla. Desde la partida de Ninka no había sido feliz ni un solo día porque presentía la desgracia, era casi tangible. El tiempo pasó, y no habían tenido noticias suyas.

—Todos dicen que es normal que una jovencita se olvide de llamar. Pero yo la conozco bien, jamás se olvidaría de mí. Si no llama y no escribe, es porque no puede hacerlo. Y eso no augura nada bueno.

—Comprendo —repitió Aleko.

Ivana le contó lo que Kiril había descubierto por medio de Dano y de la familia de Selina.

—Obligan a las chicas a prostituirse. Las maltratan. Las encierran. Les quitan la documentación y el dinero. Las utilizan como esclavas.

Él se quedó horrorizado.

—¡Dios santo! ¿Y por qué los Semionov no han ido a la policía?

Se secó las lágrimas, el cansancio le impedía seguir llorando.

—Están aterrorizados. Tanto como para abandonar su casa. La gente que los persigue es tan peligrosa que han decidido huir, desaparecer. Se los ha tragado la tierra. Pero debo encontrarlos, ¿comprende? Selina podría ser la única opción de salvar a Ninka.

—¿Y usted ha hablado con la policía?

—Sí, pero de momento no pueden hacer nada. Aunque inscribimos a Ninka en el registro de personas desaparecidas, el agente no nos dio muchas esperanzas de que pudieran localizarla.

—Es realmente espantoso. Lo siento muchísimo, de verdad. —Rodeó el capazo con los brazos como si quisiera proteger a Lara de la abyecta Viara.

—No me lo puedo perdonar —dijo Ivana con voz apagada—. Nunca podré perdonármelo.

—Hum... —Aleko reflexionó un momento y luego afirmó—: Pues debe hacerlo, no le queda más remedio. Ahora su hija solo la tiene a usted, debe luchar por ella. Lamentándose solo conseguirá malgastar energías, no sirve para nada. Ni le sirve a usted ni le sirve a Ninka.

—Cómo pude entregar a mi propia hija...

—Usted solo deseaba lo mejor para ella. Aunque fue un error terrible, usted la adora. Pecó de ingenua, es cierto, pero no es mala madre. Eso es lo importante. Los culpables son ellos, no usted.

—¿De veras lo cree?

—Claro que sí —aseguró con énfasis—. Estoy convencido.

Ella sacó un pañuelo del bolso y se sonó la nariz. Por primera vez desde que había comenzado esa pesadilla, sintió algo de consuelo. Los intentos de Kiril por calmarla no la habían ayudado porque sabía que al mismo tiempo trataba de tranquilizarse a sí mismo y a su conciencia. Pero ahora alguien totalmente ajeno, sin razón para maquillar la realidad, le ofrecía su comprensión. Aleko era un padre abnegado y, sin embargo, no la culpaba. Sus palabras sonaban sinceras.

Qué extraña situación. Allí estaba, sentada en un banco con un desconocido al que le había abierto su corazón. Y había encontrado algo de paz.

—Cuenta conmigo —prometió el hombre—. La ayudaré a dar con Sarko y, si Dios quiere, localizaremos también a Selina.

—¿De verdad quiere ayudarme?

—Nos repartiremos los edificios. Llamaremos a todas las puertas preguntando por él. Si vive aquí, lo encontraremos.

—¿Y si no? —preguntó ella, temerosa—. ¿Y si no vive aquí?

—De momento solo podemos comenzar la búsqueda —repuso él con sensatez—. No tenemos nada más.

Ivana comprendió que llevaba razón. Se levantó.

—¿Y qué hay de Lara?

Él también se puso de pie y contempló a la niña, que dormía profundamente.
—Me la llevo conmigo. Mientras esté tranquila no hay ningún problema.
—Pues vamos allá —repuso Ivana.

Les Lecques, Francia
Jueves, 17 de diciembre

El teniente Caparos estuvo largo rato hablando con Nathalie pero no descubrió nada que, al menos a primera vista, hiciera avanzar la investigación. Enérgico, repasó con ella lo sucedido en casa de Yves Soler, y después quiso conocer más detalles de su relación con Jérôme. Y del propio Jérôme.

—¿Qué clase de persona es? ¿Es habitual que desaparezca sin más?

La chica negó con la cabeza.

—No, no es nada habitual. Y no ha desaparecido «sin más». Me llamó. Tiene que esconderse porque lo están buscando.

—¿Quién lo busca?

—No lo sé.

El teniente le preguntó por François, el amigo que trabajaba con el joven y al que habían invitado dos veces a casa.

—En realidad no eran amigos. Pero bueno, eran compañeros de trabajo y se caían bien —repuso ella.

—¿Y no conoce su apellido?

—No.

—Lo averiguaremos en Denegri Transports. ¿Cree que François podría saber algo?

Ella se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

—A lo mejor. Pero no eran tan amigos...

El teniente estaba bastante contrariado.

—En cualquier caso, debemos hablar con él. Nos faltan muchas piezas. —Parecía agobiado—. Por ahora, hagan el favor de quedarse en el apartamento. No deben salir mientras no haya novedades. ¿Tienen comida y bebida?

—Podemos arreglárnoslas hasta mañana —contestó Simon.

La situación se estaba poniendo cada vez peor. Odiaba aquel horrible apartamento, frío y con olor a moho. Afuera hacía un día espléndido y no podía ni salir a pasear por la playa.

Tras tomarse otra taza de café, Caparos se marchó. Reinó el silencio en la triste vivienda. Aunque el teniente no le caía especialmente simpático, Simon se encontró echándolo de menos. Su presencia creaba la ilusión de que algo estaba en marcha, de

que la policía trabajaba en el caso y las cosas avanzaban. Pero, cuando se fue, todo se quedó como suspendido. Simon se dijo que los agentes seguían investigando aunque él no los viera, pero el efecto era distinto cuando los tenía delante. Ahora debía limitarse a esperar.

—Se ha ido por mi culpa, ¿verdad? —preguntó de pronto Nathalie con un hilillo de voz. Estaba apoyada en la encimera, visiblemente cansada y aterida de frío. El pelo, encrespado y revuelto, le caía sobre los hombros. Parecía una niña perdida.

—¿Quién? —respondió él, absorto en sus pensamientos.

—Kristina. Piensa que hay algo entre nosotros y por eso se ha ido.

—No. Se lo he explicado todo. No es culpa tuya, es que no quiere verse implicada en esta historia.

—Pero todo esto tiene que ver conmigo...

—Nathalie, Kristina no se ha marchado por ti.

—¿Por qué os va mal?

—¿Qué pregunta es esa?

—Bueno, es un poco raro que se presentara aquí sin avisarte. Y que no te acompañe en este momento. Eso me sorprende mucho.

Sintió la tentación de contestarle de malos modos que no era asunto suyo, pero se la veía tan triste y abatida que se contuvo.

—Su idea de la relación era poco realista —contestó, evasivo.

—¿En qué sentido?

—Me tenía por un hombre muy distinto del que soy.

—¿Y cómo eres?

Aquel juego de preguntas y respuestas le resultaba cansino e irritante.

—Nathalie, de verdad, no quiero hablar de mí. Tenemos problemas mucho más importantes.

—Seguro que tu infancia fue más feliz que la mía.

¡Por favor! Ya empezaba otra vez con eso. Que si su vida había sido muy dura, que si él había sido un niño rico al que no le había faltado de nada...

—¿Y tú qué sabes? No tienes ni idea.

—Tu familia tiene dinero, es evidente por la villa de La Cadière.

—¿Y tenerlo es ser feliz?

Ella se encogió de hombros.

—Por lo menos te quita muchas preocupaciones. ¿Sabes?, creo que Jérôme se ha metido en algo turbio precisamente por dinero. Porque quería conseguir más.

La miró sorprendido.

—Eso tenías que habérselo dicho al teniente Caparos.

—Es solo una suposición. Cuando la gente hace cosas que no debe, suele ser por eso.

—¿Jérôme da mucha importancia al dinero?

—Lo que de verdad le importa es demostrarle a su padre que le va bien.

—Pues ya tenemos algo en común —se le escapó, y acto seguido se mordió el labio. No quería contarle nada de aquello.

Nathalie le lanzó una mirada sagaz.

—¿Cómo es tu padre?

—Es un gilipollas.

Y justo entonces sonó el móvil.

En un primer momento no reconoció ni la voz ni el nombre de su interlocutora.

—¿Lena? —repitió, con el ceño fruncido.

—Soy una amiga de Kristina.

—¡Ah, sí! ¡Perdona! —Estaba distraído, cosa normal dadas las circunstancias—. Lena, claro. Ya sé quién eres.

Los había acompañado varias veces a comer o a tomar algo, al igual que otros amigos de Kristina; aunque estaba claro que Lena era su amiga de confianza. Simon captaba el mensaje: Kristina lo introducía en su entorno y le presentaba a sus conocidos porque deseaba que él hiciera lo mismo. Sin embargo, él no había informado de su existencia a nadie porque no quería que sus hijos se enterasen. La mayoría de sus amigos lo eran también de su exmujer, y eso significaba que ella estaba al tanto de su vida más de lo que a él le gustaría.

Por eso la situación se hallaba muy desequilibrada: él conocía a los amigos de Kristina y estos lo conocían a él, pero en el círculo de Simon todos seguían pensando que no salía con nadie.

Recordó que una noche, mientras tomaban algo en un bar, Lena y él habían intercambiado números de teléfono.

«Quizá a partir de ahora nos veamos más —había dicho ella—. Ojalá Kristina y tú sigáis juntos». En Lena tenía una gran defensora, siempre lo había sabido.

En aquel momento, con el móvil en la mano, pensó que todo habría acabado mucho antes de no ser por ella.

—Estoy muy preocupada —comenzó Lena—. Kristina dijo que me llamaría en cuanto llegara a Hamburgo, pero no sé nada de ella.

—Quizá no le apetece hablar. Verás... Las cosas... no han ido bien.

—Me siento muy culpable porque le insistí para que fuese a verte a Francia. Le dije: «Es absurdo que los dos paséis solos las Navidades». Me parecía que debíais intentarlo de nuevo, creo que hacéis muy buena pareja. Cuando estáis juntos... No sé, se nota que hay armonía.

Hacía mucho que la armonía brillaba por su ausencia, pensó Simon.

Pero entendía lo que Lena quería decir: congeniaban. Aunque eran muy distintos, se complementaban. Y coincidían en muchas cosas: se reían de lo mismo, les gustaban los mismos libros y películas, amaban los mismos paisajes y les caía bien o mal la misma gente. Discutían sobre política mientras disfrutaban con la misma

pasión de un buen vino tinto. Ella sabía que podía presentarlo en su círculo y no desentonaría; encajaba y nunca la dejaría en evidencia. Y a él le pasaba lo mismo, estaba seguro de que todo su entorno habría encontrado fantástica a Kristina.

Habría. Porque era su secreto mejor guardado.

—Normalmente... —comenzó, pero antes de que pudiera continuar Lena lo interrumpió.

—¿Qué ha pasado, Simon? ¿Por qué se ha marchado tan pronto? Anoche me envió un wasap diciéndome que hoy a media mañana estaría aquí. Pero mira la hora que es, y no me ha llamado. Le he mandado varios mensajes pero no contesta y, cuando la llamo, me salta el buzón de voz.

—Puede que no se sienta bien...

—Me aseguró que llamaría en cuanto llegase, y cuando dice algo así lo cumple siempre. Simon...

—Estoy metido en una historia complicada. Ese ha sido el problema.

—¿Qué clase de historia?

Se tomó un momento para pensar cómo hacer un resumen sin ponerse en una situación comprometida. La cosa se complicaría cuando le contara que había recogido a una joven de la calle y se la había llevado a casa. Por desgracia, era así como empezaba la historia. Sabía que Lena lo iba a malinterpretar.

—Es una investigación por asesinato. Resulta demasiado largo de explicar.

—¿Investigación por asesinato? —repitió ella, horrorizada.

Quizá no había sido la mejor manera de resumir la situación.

—Yo no soy sospechoso —se apresuró a añadir—, me consideran una especie de testigo. He tenido que abandonar mi casa y debo estar disponible para contestar las preguntas de la policía. —Intentó reírse y le salió una carcajada falsa—. No es precisamente el mejor escenario para unas vacaciones románticas.

—¿Eres testigo de un asesinato? —Lena estaba consternada.

—Algo así, sí.

—Madre mía. —Se quedó callada, asimilando lo que acababa de oír. Luego preguntó—: ¿Y Kristina no se ha quedado contigo?

—Lena, ahora no puedo explicártelo. Pero todo ha salido... bastante mal.

Al fin la mujer pareció entender que no iba a contarle nada más.

—Entonces ¿dónde está? He comprobado todos los vuelos que salían anoche de Marsella. Ya debería haber aterrizado.

—A lo mejor ha tenido que hacer escala. O hay retrasos en algún aeropuerto. Creo que es pronto para preocuparse.

«Aun así —reflexionó—, sí que es un poco extraño. Lleva de viaje desde ayer a última hora de la tarde».

—Si estuviera atrapada en algún aeropuerto me lo diría. Aunque no le apetezca hablar, me habría enviado un SMS para tranquilizarme.

—Quizá se ha quedado sin batería y no puede cargar el móvil.

—Me cuesta creerlo. No puede vivir sin él. Antes de irse... —Lena tomó aire—. Para poder ir a verte tuvo que cancelar varias reuniones de trabajo. No fue sencillo. Tuvo que prometer que estaría localizable en todo momento para resolver los asuntos por teléfono. Por eso no me cabe en la cabeza que se haya olvidado de cargar el móvil.

Simon era de otra opinión. Kristina se había visto envuelta en una situación muy turbulenta: primero Nathalie y el asalto a la villa; luego se enteró de lo de Yves y entró en escena la policía; y después, por su seguridad, los habían trasladado a todos al apartamento. En medio de semejante ajetreo, era posible que se hubiera olvidado de cargar el teléfono. Pero no quería contarle nada de eso a Lena.

—Estoy convencido de que hay una explicación razonable —la tranquilizó—. Aparecerá enseguida, ya lo verás. ¿Me dices alguna cosa cuando llegue? Me temo que no querrá hablar conmigo.

—Te diré «alguna cosa» —contestó Lena en un tono que evidenciaba que Simon no había elegido bien sus palabras—. Pero creo que algo va mal y que Kristina tiene problemas. No entiendo que te lo tomes tan a la ligera, y menos cuando el responsable de todo esto eres tú.

Y tras decir esas palabras colgó.

Simon pensó que echarle la culpa a él era muy injusto. Pero, al margen de eso, Lena le había contagiado su nerviosismo.

Se quedó realmente preocupado por Kristina.

Verdún, Francia
Jueves, 17 de diciembre

Lo malo de diciembre era que el sol se ponía muy pronto. A partir de las cinco de la tarde ya era casi noche cerrada. François no tenía problemas de vista, conducía bien tanto de día como de noche. Sin embargo, se cansaba antes y la tentación de encontrar una cama y echarse a dormir era mayor, sobre todo cuando llevaba muchas horas al volante. Había salido de Berlín con el camión muy temprano y, salvo la pausa para comer, había conducido durante todo aquel día gélido y gris. Además, eso: no solo anocheceía muy pronto sino que nunca había luz suficiente, el mundo permanecía apagado y sombrío. Nubes pesantes. Campos pelados. Árboles sin hojas recortados contra el cielo plomizo. Kilómetros y kilómetros de autopista sin que los ojos tuvieran nada en que fijarse. Eso lo adormecía. Para acabar de complicar aquella agotadora jornada, la noche cayó cuando solo había recorrido la mitad del camino.

No tenía más remedio, necesitaba parar un rato. Se encontraba a la altura de Verdún y su objetivo era París, adonde tenía previsto llegar de madrugada. Lo sensato (y lo que marcaban las normas) era seguir un poco más, hacer noche y continuar al día siguiente. Pero no le apetecía nada. Quería regresar lo antes posible y acostarse en su cama. Así podría dormir más, con la conciencia tranquila. Entregaría el cargamento de piezas para andamios antes del plazo acordado, cumpliendo más que de sobra con sus obligaciones. En ocasiones así, la jefa se mostraba generosa y hacía la vista gorda si los conductores se tomaban medio día libre por su cuenta.

Pero necesitaba un descanso. Daría un paseo para que el aire frío lo despejara. Un café y un cigarrillo, y de nuevo estaría en forma.

Salió de la autopista en la primera área de servicio que encontró, que estaba llena de camiones. Aparcó junto a ellos, apagó el motor y se desperezó aliviado. Había un restaurante, allí le servirían un café. Se disponía a bajarse cuando le sonó el móvil.

En la pantalla ponía «Victor», un compañero de trabajo. A veces iban juntos a tomar unas cervezas y el hombre se pasaba el rato lamentándose de su divorcio. Su esposa le reclamaba una pensión alimenticia desorbitada y, según él, había contratado al abogado más astuto de todo París. El proceso se dilataba y estaba tan preocupado que no hablaba de otra cosa.

François suspiró. Ojalá que no fuera otro drama. Estaba demasiado cansado para consolarlo.

—Hola, Victor. ¿Qué hay?

La voz de su compañero sonaba ahogada, como un susurro extraño. Le preguntó:

—¿Dónde estás?

—En Verdún, más o menos. ¿Por qué?

—La policía ha venido a la empresa. Querían hablar contigo.

François volvió a cerrar la puerta del camión. Sería mejor que nadie escuchara aquella conversación.

—¿Conmigo? ¿La policía?

—Sí. Es por Jérôme.

Se despejó al instante. Ningún café del mundo lo habría espabilado más.

—¿Y por qué me buscan a mí? —inquirió, nervioso.

—Ni idea. Bueno, han descubierto que sois amigos.

—No somos amigos —respondió—. ¡Apenas lo conozco!

—Pero os habéis visto fuera del trabajo.

—Dos o tres veces, nada más. —Se le salía el corazón. «Maldita sea, joder», repetía para sus adentros.

—Eso da igual, en cualquier caso creen que sois amigos. —Victor sonaba impaciente—. Y pensé que te gustaría saberlo antes de volver.

—¿Se lo ha dicho la señora Denegri?

—Por lo que he oído, no. Corren toda clase de rumores. No sé si es verdad, pero se dice que buscan a Jérôme en relación con un asesinato.

—¿Qué? ¿Asesinato? —repitió, pensando a mil por hora. Aquello no encajaba. Jérôme ya tenía suficientes problemas, un delito de sangre no le convenía nada. No podía ser cierto.

«Rumores», se dijo. Pero, evidentemente, algo había puesto a la policía sobre su pista.

—No tengo más detalles —dijo Victor. Y después, en un susurro, preguntó—: ¿Y tú? ¿Tú sabes algo? No sé, dónde se mete, o por qué ha desaparecido con el camión. ¿Qué se traerá entre manos? ¡Menuda locura!

—Ni idea, la verdad —negó François. El corazón le latía muy deprisa y estaba bañado en sudor.

¿Por qué se había dejado arrastrar? ¿Cómo había sido tan estúpido?

—Pues si no sabes dónde está ni conoces sus planes, la policía no puede hacerte nada —opinó su compañero—. Solo quería ponerte al tanto. Para que estuvieras avisado de antemano.

—Claro que sí. Gracias, Victor. Eres un amigo.

—De nada. Hasta mañana —se despidió.

—Hasta mañana.

En lugar de bajar a tomarse un café, François se quedó en la cabina reflexionando. Mejor dicho, intentando reflexionar. Le costaba trabajo ordenar sus pensamientos.

Se encontraba en un aprieto, eso estaba claro. Había cometido un inmenso error por ingenuo y porque confiaba en que nadie lo descubriría. Jérôme se lo había garantizado:

—De verdad, François, si me ayudas te estaré eternamente agradecido. No lo olvidaré jamás. Y no se lo contaré a nadie, te lo juro. Aunque me vea en una situación terrible, nunca mencionaré tu nombre.

Aquello le dio mala espina pero fue incapaz de decirle que no. Ese era el problema con Jérôme: poseía un encanto que desplegaba con tal jovialidad y energía que, a su lado, cualquiera que se lo pensara dos veces parecía un viejo inflexible y aburguesado. François no quería que lo tomara por un cobarde que no se atrevía a salirse del camino marcado. Y además, como reconoció en aquel momento, temía perder la amistad de Jérôme.

Estaba muy solo, esa era la verdad. A sus veintiocho años nunca había tenido una relación con una mujer y, tal como iban las cosas, no parecía que lo fuera a lograr jamás. Con frecuencia se sentía tentado de echarle la culpa a su profesión: era imposible conocer a alguien si siempre estaba fuera, conduciendo camiones por toda Europa. Trabajaba a las horas más inverosímiles, dormía a las horas más extrañas y pasaba tan poco tiempo en casa que apenas podía denominarla así. Solo era el lugar en el que lavaba la ropa y recibía el correo. Nada más.

Sin embargo, en momentos de sinceridad reconocía que el problema no era su empleo en Denegri Transports. Porque no siempre había estado allí. Antes había ido al instituto, y después estudió mecánica. Luego trabajó una temporada en un taller, y llevaba una vida normal y ordenada. Pero tampoco entonces se le acercaban las mujeres ni nadie buscaba su amistad. Su entrada en la empresa de transportes no mejoró la situación, pero François ya no se hacía ilusiones: daba igual cómo se ganara el sustento, nunca conseguiría tener una relación amorosa.

A menudo se repetía que era por culpa de su sobrepeso, su cara fofa y sus movimientos torpes, aunque era consciente de que el problema también estaba en su actitud. No sabía flirtear. No era divertido. El arte de la charla intrascendente se le escapaba por completo. De hecho, si se le presentaba la ocasión de hablar con una mujer le faltaban las palabras y, para colmo, empezaba a tartamudear.

Patético. Fracasado. Perdedor. Eran los adjetivos que le venían a la mente cuando pensaba en sí mismo. El único que se había interesado por él en los últimos tiempos era Jérôme. Qué casualidad. Si le preguntaran qué clase de persona le gustaría ser, contestaría sin dudar: «¡Como Jérôme!».

El joven derrochaba todo lo que a él le faltaba: encanto, buena presencia, desenvoltura, la capacidad de tomarse la vida a la ligera... Sabía reírse de sí mismo en la dosis adecuada. Las mujeres lo adoraban. No llevaba ni dos años en la empresa y ya se había ganado la confianza de la señora Denegri, cosa que a otros les había costado más de una década. Había conseguido cautivar a aquella mujer dura y distante que gobernaba Denegri Transports con mano de hierro.

François propinó un puñetazo al volante. ¿Qué iba a hacer ahora? Tenía un problema, de eso no cabía duda. Y lo peor de todo era que desde el principio algo le decía que las cosas iban a salir mal. Su instinto, su intuición, una corazonada, lo que fuese, todo parecía gritarle: «¡Ni te acerques! No te dejes liar. Apártate de él lo más rápido que puedas».

Pero esa era la cuestión: no quería distanciarse de él, no soportaría decepcionarlo. De hecho, aún le costaba creer que, de entre todos los compañeros, el atractivo y popular joven lo hubiera elegido a él, el perdedor, como amigo. Bueno, quizá «amigo» era mucho decir, pero parecía que había cierta confianza, que le tenía simpatía. Perplejo, se preguntaba: «¿Por qué yo?».

Jérôme lo había invitado a su casa en dos ocasiones. Así había conocido a la guapa, pero (pensaba para sus adentros) de una delgadez enfermiza, Nathalie, que vivía con él. Comieron juntos y François apenas dijo una palabra porque le resultaba casi imposible en presencia de una mujer. Lo pasó mejor cuando, en otra ocasión, salieron a tomar una cerveza. Los dos solos. Así consiguió mantener una conversación, y disfrutó de la agradable sensación de no ser un fracasado. Ahora contaba con algo así como un... colega. Alguien a quien le apetecía quedar con él de vez en cuando. Era mucho más de lo que había logrado en toda su vida.

De manera que allí estaba, en un área de servicio próxima a Verdún en una tarde oscura y fría de diciembre. Y cuando, temblando de miedo, se preguntó por qué había sido tan estúpido como para hacer un favor que lo colocaba en una situación tan delicada, en realidad conocía la respuesta: porque no quería perder a Jérôme. Por eso se había metido en aquella locura, para conservar su amistad. Incluso para que se sintiera en deuda con él. Si le hacía un favor como ese, exponiéndose a un riesgo considerable, su amigo le debería gratitud eterna. Pasados treinta años aún diría: «Sí, François es un amigo. No solo está ahí cuando todo va bien sino cuando de verdad lo necesitas. Ha hecho mucho por mí, nuestra amistad es para toda la vida».

Cuando accedió, François se sintió exultante, como un héroe, casi en éxtasis.

Sin embargo, en aquel momento solo sentía miedo.

De acuerdo. Debía conservar la calma. No ceder al pánico. Dentro de lo malo, había tenido suerte y Victor lo había avisado. Era solo un compañero, François no se hacía ilusiones sobre su amistad. Veía claramente por dónde iba: necesitaba a alguien que le aguantara los rollos del divorcio y, como ponía de los nervios a todo el mundo, había tenido que conformarse con él, que estaba tan solo que era el único que soportaba escuchar la misma mierda cientos de veces. En cuanto el divorcio terminara y las heridas se cerraran, Victor se olvidaría de él.

En cualquier caso, aquella llamada confirmó a François que las cosas habían ido peor de lo que se esperaba. Ya el hecho de que Jérôme desapareciera antes de tiempo, sin entregar la carga ni devolver el camión, hizo que le saltaran todas las alarmas.

Y ahora la policía lo buscaba en relación con un asesinato. Algo se había torcido. François no podía creer que su amigo fuera un asesino, no era una persona capaz de

cometer un crimen.

¿O sí?

En realidad no lo conocía. No solo porque se veían y hablaban muy poco sino también, y en aquel momento se daba cuenta, porque Jérôme apenas contaba nada de su vida. Y eso que hablaba, gesticulaba y se reía mucho; no era una persona reservada. Sin embargo, un análisis de sus palabras demostraba que nunca mencionaba ningún detalle revelador de lo que pensaba o sentía. Con su encanto era capaz de entretener a cualquiera durante horas, pero nadie sabría decir cómo era aquella persona que hablaba sin descanso.

François volvió a preguntarse cómo había llegado la policía hasta él. ¿Cómo se habían enterado de esa «amistad», si en el fondo no era más que cierta simpatía entre colegas? La única persona que se le ocurrió fue Nathalie. Habrían hablado con ella y le habrían preguntado por los conocidos de su novio. Y seguro que lo había nombrado a él, «el gordo ese del trabajo».

Aunque no lo habría llamado «gordo»; ella no era así.

Siguió pensando febrilmente. Tras la desaparición de Jérôme, el jefe de personal y la señora Denegri habían interrogado a los trabajadores. François percibió que tras su fachada fría e impecable, la directora ocultaba una gran tensión. Preguntaron a todos si sabían algo, y si en los días previos el joven había mencionado alguna cosa. Les interesaban los pequeños detalles, los que parecían intrascendentes pero que, en vista de los acontecimientos, podían resultar relevantes. Los empleados cuya localización no estaba registrada en las hojas de ruta tuvieron que declarar dónde se encontraban mientras Jérôme regresaba de Copenhague.

François afirmó que estaba en casa, y era cierto que había disfrutado de dos días libres.

—En casa... —repitió la señora Denegri mientras le clavaba una mirada penetrante—. ¿Aquí, en París?

Su piso no estaba en París.

—En Aubervilliers, señora.

—¿Alguien puede corroborarlo?

—No. Vivo solo.

Cuando le dieron permiso para marcharse se dio cuenta de que aquellos minutos habían bastado para que la camisa se le empapara de sudor. Pero no se fue con la impresión de que desconfiaran de él. Que la gente lo tomara por alguien cohibido, torpe y acoplejado tenía sus ventajas: todos tendían a subestimarlos, y por eso lo creían incapaz de hacer grandes cosas. Ni buenas ni malas.

No obstante, ahora su nombre había salido a relucir. Destacaba entre los demás empleados, en calidad de «amigo de Jérôme». Cosa que en realidad no era, pero es increíble con qué velocidad los rumores se convierten en verdades.

Corría peligro, eso estaba claro. No sabía muy bien de qué tipo, carecía de una idea o una imagen concreta. Sin embargo, lo presentía como la gacela presiente al

león que ya la tiene en el punto de mira. Por primera vez en su vida se le activaba el instinto que en la Edad de Piedra había alertado a sus ancestros de la presencia de depredadores, tribus hostiles y catástrofes naturales.

Aunque desconocía a qué se estaba enfrentando, aquella voz de alarma le aconsejaba que no volviera a París. Al menos de momento. Haría como Jérôme: desaparecer, con el camión y la carga.

Pero había una gran diferencia: Jérôme era valiente y seguro de sí mismo. Cualquiera que lo conociera sabía que era capaz de salir airoso del peor de los aprietos.

Sin embargo, François ni era valiente ni seguro de sí mismo. Cualquiera que lo conociera sabía que era capaz de convertir el menor de los aprietos en una catástrofe.

Y él también lo sabía. Pero era consciente de que no tenía elección.

Les Lecques, Francia
Jueves, 17 de diciembre

—¿Así que tu padre es un gilipollas? —comenzó Nathalie.

Estaba apoyada en la encimera de la cocina, donde se había pasado casi todo el día contemplando el mar a través de la cristalera de la terraza. Un día frío y soleado, aunque por la tarde se había nublado y al caer la noche comenzó a llover.

La joven había tomado varias tazas de café pero no había probado bocado en horas, a pesar de que al mediodía Simon había preparado espaguetis con salsa de tomate. Su forma de alimentarse (es decir, de no alimentarse) le parecía preocupante pero, como ella dijo que no tenía hambre, prefirió no presionarla.

—Si como algo ahora, lo vomito —explicó.

«No lo dudo», pensó Simon.

Nathalie estuvo entrando en Facebook toda la tarde; no ver ningún mensaje de Jérôme la desesperaba.

—¡No puede ser! Me dijo que vendría a Les Lecques, tiene que contestar.

—Tendrá el móvil apagado, por seguridad —aventuró Simon.

—Y entonces ¿cómo vamos a encontrarnos?

Para eso no tenía respuesta. Él también procuraba dejar el móvil apagado cuando Nathalie no lo estaba usando. Al final, le había contagiado sus miedos y temía que alguien pudiera localizarlos a través del terminal.

A la caída de la tarde, la joven se hundió en la apatía. Aquella pregunta sobre su padre eran sus primeras palabras tras una hora de absoluto silencio. Él se encontraba junto a la ventana, desde donde ya no veía el mar, la lluvia y la noche sino su propio reflejo en el cristal.

Se giró hacia ella y contestó:

—Es un engreído. Es un hombre de éxito, inteligente y muy rico, y está convencido de que todo lo que hace está bien. Y de que todo lo que ha hecho está bien.

—¿Y no es cierto?

Simon se había preguntado lo mismo muchas veces. ¿Sería verdad que su padre era perfecto, y por eso las cosas no le iban mal?

—No. Su éxito se debe a que carece de escrúpulos. En su lista de prioridades, sus intereses ocupan el primer lugar. En segundo lugar están otra vez sus intereses. Y en

tercer lugar, lo mismo. Después, simplemente no hay nada más.

—¿Y dónde estáis vosotros, su familia?

—Ni siquiera aparecemos en la lista. Mi madre y yo solo servimos para reforzar su imagen de hombre perfecto. Por lo demás, no le importamos mucho.

Nathalie permaneció pensativa.

—¿Y tu madre permite que la utilice así?

—Sí, y de hecho colabora encantada. Lleva años haciéndolo. No tengo ni idea de cómo se siente porque nunca habla de eso, al menos no conmigo. Sospecho que tiene depresión pero jamás lo admitiría. Hace todo lo que mi padre quiere, y supongo que eso da sentido a su vida. Creo que su recompensa consiste en que él esté contento con ella.

—¿Y contigo no está contento?

—Jamás. No sé lo que se siente cuando tu padre está orgulloso de ti.

—¿De verdad? ¿Nunca ha estado orgulloso de ti?

Él negó con la cabeza.

—No recuerdo ni un solo momento.

Ambos guardaron silencio. Finalmente ella preguntó:

—¿Y cómo pudiste soportar tu infancia?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, una infancia como la nuestra solo se soporta si tienes algo o alguien a quien agarrarte. En mi caso, al principio fue mi padre. Lo tenía completamente idealizado y estaba convencida de que algún día aparecería para llevarme con él. Eso me daba fuerzas para aguantar a mi madre. Y cuando descubrí que las esperanzas que había puesto en él no eran más que una ilusión... —Dejó la frase a medias, tragó saliva.

«Todavía le duele», pensó Simon.

—... por suerte conocí a Jérôme —continuó—. Sin él no habría sobrevivido. Quizá me habría matado de hambre, o habría empezado a drogarme. O a beber, como mi madre. Él me salvó. Realmente me salvó la vida.

Simon recordó que en algún otro momento ya había mencionado aquella idea. Primero había puesto en un altar a su padre, y ahora idolatraba a un joven que se había cruzado en su vida y la había metido en un buen lío. Aquello demostraba que no era un santo, pero eso se lo calló porque decirlo no serviría de nada. Como tampoco era el momento de aleccionarla sobre los peligros de la sumisión y la dependencia emocional. «Al fin y al cabo, no es asunto mío», pensó.

—¿Y a ti? —inquirió la chica—. ¿Quién te salvó a ti?

Le sorprendía la naturalidad con la que utilizaba el término «salvar». Parecía que no concebía otro modo de enfrentarse a su suerte.

—A mí no me salvó nadie, de hecho dudo que eso sea posible. Lo que hago es intentar asumir que mi padre me desprecia. Trato de sobrellevar el dolor causado por tantos años de desdén.

Ella asintió, pensativa, como preguntándose si esa sería una posibilidad: convivir con las heridas, aceptarlas, procurar centrarse solo en lo bueno.

—¿Crees que el fracaso de tu matrimonio y la ruptura con Kristina tienen que ver con eso?

Estuvo a punto de contestar que sí. Claro que era culpa de su padre, ¿quién si no iba a ser el responsable de su incapacidad para sacar adelante su vida y sus relaciones? Pero reprimió aquella respuesta, era demasiado sencilla.

—Tengo cuarenta años —contestó al fin—. El responsable de lo que pasa en mi vida soy yo. Es una lástima, pero es así. No sirve de nada echar balones fuera, eso nunca soluciona nada. Es una de las pocas cosas que he aprendido.

Nathalie volvió a quedarse callada y pensativa. Parecía que Simon le había ofrecido una perspectiva nueva para ella y que necesitaba analizarla.

Él aprovechó su silencio para encender el teléfono e intentar hablar con Kristina por enésima vez. Estaba inquieto desde que había hablado con Lena. Saltó el contestador tanto en el móvil como en el fijo. Podía ser que, al reconocer el número, no quisiera responder. A lo mejor, con su indiferencia pretendía decirle: «¡Déjame en paz de una vez!».

Al final llamó a Lena. No lo había hecho antes porque no quería exponerse de nuevo a sus reproches, pero era la única manera de obtener información.

Contestó enseguida, como si tuviera el teléfono al alcance de la mano.

—¿Simon? —dijo casi sin aliento—. ¿Sabes algo de Kristina?

Las esperanzas de él se desvanecieron.

—No. Y por tu pregunta me imagino que tú tampoco, ¿verdad?

—Así es. Estoy muy preocupada. He llamado a todas las compañías que tenían vuelos desde Marsella anoche y esta mañana. No pueden proporcionar datos sobre los pasajeros pero sí he averiguado que en casi todos los vuelos quedaban plazas libres, por lo que Kristina pudo haber cogido varios aviones. Por mucho que se le complicaran las escalas, han pasado más de veinticuatro horas, ¡ya debería estar aquí! —Parecía al borde de las lágrimas.

—¿Has ido a su casa?

—Dos veces. Está todo apagado y en silencio. No tengo llave pero hablé con su vecina de abajo y me dijo que si hubiera vuelto se habría enterado. Es un edificio antiguo y los suelos crujen con las pisadas. Y me aseguró que tampoco había oído nada más. Debería haber luz... ¡No puede estar inmóvil y a oscuras!

Cada vez era más difícil encontrar una explicación lógica. Simon tragó con dificultad. Algo iba mal. «No debí dejarla marchar —pensó—. Pero ¿qué podía hacer?».

—He estado intentando llamarte —continuó la mujer—. ¿Qué pasa? ¿Tienes el móvil apagado?

—Sí. Lo siento, por el momento es mejor así. —Prosiguió muy deprisa para que no pudiera interrumpirlo—: Escúchame, voy a llamar a los agentes encargados del

caso. Les pediré que la busquen, Kristina tiene que estar en alguna parte.

—Todo esto me inquieta mucho, Simon. Ese caso del que hablas, la policía... Por el amor de Dios, ¿qué está pasando? ¿Cómo has podido implicar a Kristina?

Estuvo a punto de replicarle que fue ella la que se presentó por sorpresa y que «implicar» no era la palabra adecuada, pero la voz de Lena transmitía tal desolación que temió que se echara a llorar. Por suerte, en ese momento sonó el timbre.

—Viene alguien. Te llamo pronto, en cuanto hable con la policía. ¡Mantén la calma!

Apagó el móvil sin darle tiempo a responder y se apresuró a abrir.

Lo supo nada más ver el semblante del teniente Caparos: traía malas noticias. Lo acompañaba una mujer, Inès Rosarde, comisaria de Toulon. Estaba pálida y tenía la voz ronca; parecía recién salida de una gripe, como si aún no se hubiera repuesto del todo. El teniente informó a Simon de que la comisaria dirigiría la investigación.

—¿Qué ha pasado? —preguntó este.

Se sentaron alrededor de la inestable mesa de plástico del salón. Nathalie intentó retirarse a su habitación pero Inès Rosarde le ordenó que se quedara, con una firmeza no exenta de brusquedad. Para sorpresa de Simon, la chica obedeció sin rechistar.

Ofreció café y agua mineral pero nadie quiso tomar nada. La comisaria fue directa al grano.

—Tenemos noticias de Jérôme Deville —anunció.

Nathalie no pudo reprimir una exclamación.

—¿Saben dónde está? —inquirió.

—Por desgracia, no. Pero ahora también lo busca la policía de Metz.

—¿De Metz? —se extrañó la joven.

—Así es. La ciudad de la que provienen ambos. Dígame, ¿el nombre de Jeanne Berney le suena de algo?

No hizo falta que contestara nada, su expresión reveló que conocía aquel nombre. Abrió mucho los ojos.

—Sí —respondió en un susurro.

Todos la miraron.

Ella tragó saliva.

—Es una exnovia de Jérôme.

Su modo de pronunciar «exnovia» dejó patente que las antiguas parejas de su novio no le hacían ninguna gracia.

—¿La conoce? —quiso saber Inès Rosarde. Tenía unos ojos azules muy penetrantes, cuya intensidad y color reforzaban sus gafas. Simon se la imaginó en los interrogatorios, seguro que resultaba intimidante.

—No. No la he visto nunca. Pero Jérôme me ha hablado de ella.

—Según sus padres, estuvieron juntos de 2006 a 2009.

—¿No se lo dijo ella misma? —intervino Simon, escamado.

Rosarde le clavó sus afilados ojos azules.

—Los compañeros no pudieron hablar con Jeanne Berney. Está muerta. La asesinaron en su casa.

Un silencio estupefacto siguió a sus palabras.

—La policía de Metz ha lanzado una orden de búsqueda internacional contra Jérôme Deville —explicó la comisaria—. Por eso nos hemos enterado del caso. Y dado que también está implicado en el asesinato de... —lanzó una rápida mirada a sus notas— Yves Soler, nos hemos puesto en contacto con la comisaría de Metz. La situación parece grave.

—¿Cuándo asesinaron a Jeanne Berney? —inquirió Simon.

—Según el informe del forense, hace dos días. En el trabajo sabían que estaba en cama con gripe, por eso no la echaron en falta. Sin embargo, una amiga que vive en el mismo edificio se asustó porque no le abrían la puerta ni contestaba sus llamadas ni sus mensajes, así que al final le pidió al portero que abriera la vivienda.

—Dios mío —susurró Nathalie.

—La asesinaron de un modo brutal —continuó Rosarde—. Y la torturaron antes de matarla.

—¿Y la policía está investigando a todos sus amigos y antiguos novios?

La comisaria negó con la cabeza.

—No. Solo buscan a Jérôme Deville. Resulta que la amiga de Jeanne se lo encontró en la escalera cuando subía a su piso. Dio su descripción y los padres de la chica han podido identificarlo sin ninguna duda.

—¿Estuvo en su casa? —preguntó Nathalie con la voz crispada.

Simon se preguntó qué la sacaba más de quicio: que consideraran a Jérôme un asesino o que hubiera visitado a una exnovia. Sospechaba que era más bien lo segundo.

—Pues no está claro —repuso la comisaria—. A la amiga le dijo que había llamado a la puerta y que Jeanne no le había abierto. Después desapareció. Según la amiga, tenía aspecto de llevar un tiempo viviendo en la calle. Si hubiera pasado aunque solo fuese un día en casa de Jeanne, lo normal es que se hubiera adecentado un poco. Pero bueno, esto es solo una suposición. También podría haber estado en la casa sin asearse.

«Porque estaba demasiado ocupado torturando y matando a la chica», pensó Simon. Lo invadió cierta desazón al pensar en Jérôme. ¿Quién era en realidad aquel joven que tenía a Nathalie rendida a sus pies? ¿Una víctima perseguida por criminales? ¿O se había convertido en un asesino (si es que no lo era desde el principio)?

—Pero al menos está vivo —dijo la joven, aliviada—. Tenía muchísimo miedo de que le hubiera pasado algo.

—¿Qué le contó Deville de Jeanne Berney? ¿Alguna vez tuvo usted la impresión

de que seguían en contacto? ¿O de que tenían asuntos pendientes?

—¿Qué clase de asuntos?

Rosarde exhaló un suspiro.

—Están buscando un motivo, ¿verdad? —intervino Simon—. Una razón por la que Jérôme pudiera haber matado a su exnovia.

—Él nunca haría algo así —sentenció Nathalie al instante—. No es un asesino. Con Jeanne estaba todo aclarado, no mantenían contacto. Él no había vuelto a Metz desde que se marchó de allí. Me contó que estuvieron juntos un tiempo, hasta que empezó a agobiarse. Jeanne hacía todo tipo de planes de futuro y él se sentía atrapado. Por eso lo dejaron. Pero ¿no es razón para torturarla y matarla años después!

—Según nuestras fuentes, fue ella la que dejó la relación porque él estaba con otra —contradijo Rosarde, mirando fijamente a la joven—. Estuvo meses engañando a Jeanne, hasta que al final lo descubrió.

Nathalie clavó la vista en el suelo. Nadie dijo nada; nadie sabía qué decir.

La comisaria volvió a suspirar.

—Mire, aquí no se está juzgando la vida privada del señor Deville, pero de algún modo está relacionado con la muerte de su exnovia. Dudo mucho que se encontrara allí en ese momento por casualidad.

—Está huyendo —apuntó la chica—. No tiene nada ni a nadie, de ahí su mal aspecto. Seguramente necesita un sitio para descansar, comida y dinero. Quizá fue allí porque pensó que Jeanne podía ayudarlo, y ella no le abrió la puerta porque ya estaba muerta.

—Es una posibilidad. Pero eso no excluye otras opciones. —Rosarde miró sus papeles—. Usted declaró que Jérôme Deville pretendía venir a Les Lecques. ¿Al apartamento de su tío?

—Sí —confirmó Nathalie.

De pronto, todo encajó en la mente de Simon.

—¿Podría ser...? —reflexionó en voz alta—. Sobre el apartamento... No nos explicábamos cómo era posible que los criminales supieran de su existencia. Pero ¿y si se lo dijo Jeanne? Por eso la torturaron, para que revelara los lugares donde podía esconderse Jérôme. Pensaron que, al ser su exnovia, conocería esos lugares.

—No hay que descartar nada —opinó Caparos. Era la primera vez que abría la boca aquella noche. Se dirigió a Nathalie—: ¿Sabe si la señorita Berney conocía el apartamento?

—Sí, Jérôme y ella pasaron allí algunas vacaciones.

—Todo esto solo son especulaciones —interrumpió Rosarde—. Los compañeros de Metz han hallado huellas en la vivienda de Jeanne Berney. La mayoría son de la chica, pero hay otras. Las compararemos con las que se han encontrado en el piso de Yves Soler. Le agradeceríamos, señorita Boudin, que nos autorizara a buscar huellas en su casa de París.

—¿Para probar que Jérôme es un asesino? —replicó ella—. No ha sido él, ni en Lyon ni en Metz. Él es una víctima, lo están persiguiendo. ¡No es un criminal!

—Si es así, sus huellas no estarán en ninguno de los dos escenarios —razonó la mujer.

«Lo que no es prueba de nada», pensó Simon. Los asesinos de Yves y Jeanne seguramente se habían ocupado de no dejar el más mínimo rastro.

—¿Qué pasa con Denegri Transports? —quiso saber Nathalie—. ¿Están implicados?

—Por el momento no hay nada que lo indique —repuso Rosarde—. La policía de París estuvo allí. No saben nada de su empleado.

—La jefa me atosigó mucho. Quería averiguar a toda costa dónde estaba Jérôme.

—Bueno, ha desaparecido con el camión y la carga. El interés de la empresa por conocer su paradero me parece comprensible —opinó la comisaria—. Están bastante contrariados.

—¿La policía ha localizado a François, el compañero de Jérôme?

—Está de viaje hasta mañana. Será interrogado en cuanto regrese. —Miró a la joven—. ¿Podemos entrar en su casa? Quizá hallemos algún indicio que arroje algo de luz sobre este asunto.

Ella dudó. Quería que encontraran a Jérôme y que lo ayudaran, pero al mismo tiempo tenía miedo de causarle problemas.

Rosarde aumentó la presión:

—Le recuerdo que el país continúa en estado de excepción. Eso significa que podemos registrar su casa sin una orden judicial.

Simon se dio cuenta enseguida: aunque a la comisaria le interesaba establecer una cooperación amistosa, al final haría lo que considerara oportuno. Con o sin el consentimiento de Nathalie.

La chica también pareció entenderlo.

—Está bien —accedió—. Pero no tengo las llaves. Estaban en mi bolso, el que me dejé en el piso de Yves.

—Los compañeros de Lyon no han encontrado su bolso. Es posible que se lo llevaran los asesinos. Pero no se preocupe, entraremos sin problemas.

Mientras tanto, Simon daba vueltas a otra cosa.

—Hay algo que me llama la atención —comentó—. Usted sostiene que es comprensible que Denegri Transports quiera encontrar a Jérôme porque se ha esfumado llevándose material de la empresa. Entonces ¿por qué no avisaron ellos a la policía? ¿No habría sido lo lógico?

—A lo mejor querían brindarle la oportunidad de que apareciera por iniciativa propia. Tampoco ha pasado tanto tiempo.

Simon no contestó. El tono de la señora Denegri al teléfono no hacía pensar en una jefa que diera segundas oportunidades a los empleados que metían la pata.

Inès Rosarde se levantó, seguida de Caparos. Antes de que se marcharan, Simon

se decidió a contarles la extraña desaparición de Kristina.

—Solo una cosa más. Tiene que ver con Kristina Dembrovski, mi... compañera.

La comisaria frunció el ceño con extrañeza pero Caparos, que recordaba la conversación de esa mañana, asintió.

—¿Sí? ¿Qué sucede?

—Ha desaparecido —repuso Simon—. Y temo que esté en serias dificultades.

Aunque me alegraba muchísimo de volver a estar con Jérôme, los primeros tiempos en París fueron muy difíciles, hasta el punto de que también yo dejé de fingir que todo iba bien. En realidad no vivíamos en París sino en Clichy-sous-Bois, y allí todo era espantoso. Nuestro piso, en la sexta planta de un enorme bloque, era pequeño, agobiante, oscuro y sin apenas muebles. Me recordaba de modo fatídico a la vivienda de mi madre. Teníamos un balcón diminuto donde solo cabían dos personas de pie, que daba al noreste y apenas recibía sol; parecía que me hubiesen echado la maldición de los balcones fríos y sombríos. Durante el tiempo que pasé con Éliane me había acostumbrado a los entornos agradables, teníamos un jardín y un bosque cercano donde salía a pasear. En aquel barrio solo había bloques, bloques y bloques. Hasta donde abarcaba la vista, todo eran edificios destartalados, calles de asfalto agrietado y, de vez en cuando, una zona verde que no era verde sino marrón porque allí no crecía ni una brizna de hierba. La gente tiraba la basura delante del portal. Era imposible charlar con los vecinos, dado que nadie hablaba francés.

Si alguien quería ver el fracaso de las políticas de integración en todo su esplendor solo tenía que ir allí. En cada esquina se arremolinaban grupos de jóvenes desocupados. Con las capuchas tapándoles la cara, se dedicaban a jugar al fútbol con latas o a molestar a los viandantes. Al caer la noche aparecían las bandas de delincuentes, por lo que no me atrevía a salir sola. Cuando llegó el verano, a veces me apetecía dar un paseo al anochecer, pero Jérôme nunca tenía ganas. No sé si también temía a aquellos tipos, o si su apatía se debía a su frustración. Se pasaba delante de la tele el poco tiempo que paraba en casa, y muchas veces su trabajo se prolongaba hasta la noche.

Seguía ganando muy poco en la empresa de mensajería. No nos llegaba para nada. De vez en cuando despotricaba contra su jefe y me aseguraba que dejaría el trabajo y se establecería como autónomo, porque las cosas no podían ir peor. Por suerte, después recobraba la sensatez y reconocía que las cosas sí podían empeorar y que, de hecho, todo indicaba que empeorarían. Por miserable que fuera su salario, al menos entraba en su cuenta todos los meses, era un dinero con el que podíamos contar para organizarnos.

Cuando llegué a París el día de mi cumpleaños, Jérôme me recogió en la estación y me llevó a la joyería situada junto a los Campos Elíseos para que me presentara y firmara el contrato de inmediato. Lo estaba deseando. Estaba nervioso y apenas dijo nada, para él era vital que consiguiera el trabajo. Aunque lo entendía, me sentía decepcionada. Era mi cumpleaños, llevaba horas viajando y había tomado una decisión tremenda. Había dejado el instituto y mi ciudad, y destruido sin remedio mi relación con Éliane. Por la mañana había fingido calma y determinación pero me embargaban el miedo y el desaliento. Y, la verdad, lamentaba mucho haber herido a Éliane. Era una buena mujer, se había preocupado realmente por mí. Sin embargo, si no hubiese sido cruel con ella, habría logrado convencerme. Si me enfrenté a ella de un modo tan despiadado fue para que no me obligara a reconsiderar mi decisión.

Mi tren llegó a París a primera hora de la tarde. Había imaginado que Jérôme se tomaría el resto

del día libre para hacer algo juntos, por ejemplo enseñarme la ciudad. Me habría encantado subir a la torre Eiffel y recorrer los Campos Elíseos. O visitar el cementerio de los artistas de Montmartre. Comer en un *bistrot*. Pasear de la mano. Estar juntos, sin más. Olvidar las tristes semanas que habíamos pasado separados.

—Tengo que trabajar. —Fue su respuesta cuando le pregunté, de camino a la joyería, si íbamos a tomar un café—. Y espero que tú empieces lo antes posible. Necesitamos el dinero.

Estaba muy tenso, nunca lo había visto así. Su naturaleza era alegre y relajada, solo se ponía nervioso si tenía bronca con su padre y, aun así, se le pasaba enseguida. Pero había cambiado. Estaba completamente abatido. Había adelgazado y su expresión era de pesadumbre. Se veía que, desde su llegada a París, lo atormentaban las preocupaciones.

Le acaricié el brazo.

—Ya estoy aquí. Juntos podremos con todo.

Me dedicó una mirada fugaz.

—Reza para que te den el trabajo —se limitó a contestar.

Me lo dieron en el momento, seguro que gracias al encanto que Jérôme había derrochado con la dueña de la pequeña joyería. Esta me pidió que me quedara hasta el cierre para familiarizarme con la tienda. Jérôme, que me había llevado al centro en el coche de la empresa y tenía mi equipaje en el maletero, me dijo que lo llevaría a casa por la noche.

—Hoy llegaré tarde —anunció, y me entregó unas llaves y un papel con las instrucciones para llegar a Clichy-sous-Bois—. Lo siento. No creo que acabe antes de las diez. Sobre las once u once y media estaré en casa.

—¿Cómo? —Casi grité del susto—. ¿Tan tarde?

—Nathalie, el jefe no me da el día libre solo porque mi novia venga a París. De verdad que lo siento, pero no quiero cabrearlo. Seguro que te las apañas bien.

Me quedé mirando el papel. Contenía las estaciones de metro y de tranvía, y había un dibujo para que pudiera encontrar nuestro edificio.

—¿Y si me pierdo?

París me parecía gigantesca, París era gigantesca. Un laberinto inabarcable de calles, gente y coches pitando. Me equivocaría de metro. Acabaría Dios sabe dónde. Jamás encontraría el piso.

—Llevo el móvil siempre encima, llámame si tienes problemas. —Me dio un beso en la mejilla—. Tengo que irme. Hazlo bien en la tienda, ¿vale? No sea que la tipa cambie de opinión. ¡Luego nos vemos!

Y se fue. Me quedé allí plantada, luchando por contener las lágrimas. La única razón por la que no me eché a llorar fue porque no habría sido un buen comienzo en la joyería.

Había comprendido una cosa: si quería que Jérôme volviera a ser el de antes tenía que contribuir para acabar con sus preocupaciones.

Me las arreglé bastante bien aquel día. Incluso encontré el camino a casa. Era complicado y tardé más de una hora porque había que hacer varios transbordos, del metro al tranvía y del tranvía al autobús. Me zumbaba la cabeza con los nombres de todas las estaciones: Charles de Gaulle-Étoile, La Chapelle, Le Raincy Villemomble, La Lorette.

Al llegar a mi nuevo hogar me permití romper a llorar. Sola en aquel piso de dos habitaciones, cuyas paredes no había pintado el inquilino anterior (lo que seguramente no hacía nadie en aquel lugar) y cuyo baño no se había limpiado en décadas. Me tumbé en el colchón que hacía las veces de cama y sollocé entre las almohadas. La luz que me iluminaba provenía de una bombilla desnuda. Afuera, se oían los gritos de una pelea.

Me lo había imaginado todo tan distinto. Tan distinto.

En general las cosas siguieron igual que aquel primer día, aunque no siempre lloraba. Me repetía

que lo importante era que estábamos juntos, todo lo demás era secundario. Saldríamos adelante. Desde que contábamos con mi sueldo, Jérôme no estaba tan angustiado. Incluso pudimos comprar algunos detalles para la casa: una estantería y una alfombra de Ikea, y un jarrón en el que durante el verano iba poniendo flores silvestres (dando una caminata se llegaba hasta el campo). Por desgracia, Jérôme pasaba poco tiempo en casa porque trabajaba casi todos los fines de semana, y solía estar de mal humor.

—Las cosas nos irán mejor —dije para consolarle un día que parecía especialmente abatido.

Pero él casi me gritó:

—¿Cuándo? Todo sigue igual. Dentro de un año ganaremos lo mismo que ahora, y dentro de diez. ¿Cuándo va a irnos mejor?

—A veces la oportunidad se presenta cuando menos te lo esperas —respondí sin amedrentarme.

—Aquí no se nos va a presentar nada —rebatí él, sombrío—. Nos hemos convertido en *clichois*, no se puede caer más bajo.

Clichois era como llamaban a los de nuestro barrio; y con esa etiqueta era difícil acceder a oportunidades mejores.

Aun así, finalmente mi optimismo tuvo su recompensa.

Una noche, en diciembre de ese año, Jérôme volvió a casa de un humor excelente, por primera vez en meses. Le habían hecho una oferta de trabajo que sonaba muy bien, me contó. En una empresa de transportes.

Cuando quise saber más, dijo que había realizado una entrega en las oficinas de una compañía situada en Mauregard, junto al aeropuerto Charles de Gaulle. Entabló conversación con un empleado, al que le habló de su precaria situación laboral como repartidor. Entonces el hombre lo animó a que solicitara un puesto allí.

—Buscan conductores —me explicó Jérôme—. El hombre dijo que pagan bastante bien.

Me tendió una tarjeta de visita.

—«Denegri Transports» —leí en voz alta—. «Transportes internacionales».

—Operan en toda Europa. Y si de verdad pagan bien... sería la luz al final del túnel.

—Pero estarías muchos días fuera... —contesté, disgustada.

Aunque me gustaba verle de buen humor, tenía miedo de pasar aún menos tiempo con él. Nos veíamos menos que en Metz, cuando residíamos en dos casas y en dos barrios distintos. Me había acostumbrado a la situación hasta cierto punto, pero estaba decepcionada y, además, me reconcomía una inquietud: a la larga, ¿aguantaría nuestra relación una vida así?

—Sí, pero seguro que los descansos serán largos. Dos o tres días seguidos. A lo mejor tenemos más tiempo para nosotros que ahora, que no podemos planear nada.

Aquel argumento me convenció. Y vi claro que la continuidad de nuestro amor dependía de que Jérôme recuperara al menos un poco de ilusión y optimismo.

Por la mañana llamó a Denegri Transports y concertaron una entrevista para el día siguiente. Yo estaba más nerviosa que él, tanto que al final mi jefa me preguntó:

—¿Le pasa algo? Hoy está usted en las nubes.

—No, todo bien —me apresuré a contestar, y me esforcé por concentrarme en el trabajo.

Cuando volví a casa aquella tarde, él ya estaba allí, con una botella de champán y velas encendidas. Enseguida comprendí lo que había sucedido.

—¡Te han dado el trabajo! —exclamé, abrazándolo.

Descorchó la botella y, a falta de copas de champán, nos lo bebimos en tazas de café. Pero eso no disminuyó la desbordante alegría de Jérôme.

—Empiezo el 1 de febrero. ¡Nos irá bien, Nathalie! —repetía una y otra vez—. Ya lo verás. ¡Ahora sí que lo hemos conseguido!

En mi fuero interno me sentía escéptica («Ojalá no se tuerza nada», pensaba), pero me callé. Al margen de lo que sucediera, solo por aquella velada ya habría merecido la pena.

Los meses siguientes demostraron que no había motivos para angustiarme tanto. Realmente nuestra situación mejoró. No éramos ricos, pero pudimos mudarnos a un barrio mejor, a Issy-les-Moulineaux. El edificio de tres plantas de la calle Édouard Naud no era muy bonito y, por un viaducto cercano, pasaban cada poco tiempo los trenes de cercanías. Los inquilinos del bajo habían reforzado las rejas de las ventanas con tablones, cosa que me inquietaba un poco. Aun así, nuestro piso, en la primera planta, tenía un balcón que, aunque minúsculo, por fin miraba al sur. Pudimos comprarnos una cama, un armario y una mesa de comedor con sus sillas. Jérôme pasaba mucho tiempo fuera pero, tal como había imaginado, después se quedaba varios días en casa. En total disponíamos de más tiempo que antes y, lo más importante, él estaba de buen humor, sereno, optimista y con ganas de hacer cosas. Nuestra suerte había cambiado para bien, me repetía a mí misma constantemente. Como si todos los días tuviera que recitar aquel conjuro para creérmelo porque, en el fondo de mi ser, desconfiaba de su eficacia. ¿Por qué no lograba relajarme y disfrutar de lo que teníamos? Llevábamos una buena vida.

¿A qué se debían mis dudas y aprensiones?

En algún momento llegué a comprenderlo: la causa de mi desconfianza en el futuro era el temor a perder a Jérôme. Ese miedo me había acompañado desde el día que lo conocí. Sin embargo, siempre había encontrado una razón que parecía explicarlo. Primero la oposición de los adultos; después, nuestra separación forzosa y, por último, el humor casi depresivo de Jérôme. Aunque eso no impedía que me sintiese mal, al menos creía entender lo que me ocurría.

Pero todos aquellos obstáculos habían desaparecido. Ya no había una Éliane diciéndome lo que tenía que hacer, ni un padre que le complicara la vida a Jérôme. Todo nos iba de maravilla.

Y, a pesar de todo, el miedo seguía ahí.

Se originaba en mi interior, no podía hacer nada por impedirlo. Eso lo volvía más peligroso que antes. Porque, aparentemente, no había motivo.

Sin embargo, el instinto me decía que todo en este mundo es por un motivo.

Sofía, Bulgaria
Viernes, 18 de diciembre

Aunque aún no había amanecido cuando sonó el timbre, Ivana y Kiril estaban despiertos. No habían dormido casi nada y llevaban horas mirando al techo, sin decir una palabra. Pensaban continuamente en Ninka. ¿Dónde estaba? ¿Qué era de ella? ¿Cómo habría pasado aquella noche?

¿Cómo pasaría todas las noches?

Ambos saltaron de la cama al oír el timbrazo. No eran ni las siete de la mañana, no podía tratarse de una visita normal.

—Quizá sea la señora Dimitrova —aventuró Kiril—. ¡A lo mejor ha llamado Ninka!

Ivana, que ya se había puesto su vieja y desgastada bata, corrió a abrir. Dado que el portal se abría empujando la puerta, sus visitantes ya estaban en el rellano: uno de ellos era Aleko, el hombre que se había ofrecido a ayudarla.

Detrás de él había un joven, no aparentaba más de veinte años. Llevaba un gran perro negro sujeto con una correa. Las botas de ambos dejaron pisadas mojadas en el suelo de linóleo, y el animal también goteaba. Estaba lloviendo.

—¡Aquí lo tiene! —anunció Aleko, rebosante de orgullo—. ¡Este es Sarko!

—¡Dios mío! —exclamó Ivana—. ¿Lo ha encontrado a estas horas?

El hombre estaba entusiasmado.

—Pues sí. Caí en la cuenta de que mucha gente saca a pasear al perro antes de ir al trabajo. Pensé que si Sarko vivía en el barrio ese era el mejor momento para dar con él. Así que me he levantado antes para patrullar entre los bloques y... de pronto lo vi con su perro. Y claro, hemos venido enseguida.

—¿Ha madrugado para salir a buscarlo antes del amanecer y lloviendo? —Ivana estaba tan conmovida que casi se le saltaban las lágrimas.

—Prometí que la ayudaría —repuso él.

Entonces apareció Kiril con el pelo revuelto; se había puesto deprisa y corriendo unos vaqueros y un jersey. Su esposa los presentó e invitó a los visitantes a pasar a la cocina. Kiril puso a hervir agua para preparar café. El enorme perro se echó debajo de la mesa y comenzó a lamerse las patas.

—¿De modo que eres el novio de Selina? —inquirió Ivana.

El chico dudó, como si él mismo no estuviera muy seguro. Era un joven

larguirucho y parecía bastante tímido... y muy sorprendido por lo que estaba ocurriendo esa mañana.

—Sarko trabaja en el aeropuerto —explicó Aleko, que había aprovechado el trayecto para charlar con él—. Allí conoció al señor Semionov, el padre de Selina. Y a través de él, en una reunión social, a la propia Selina. Es así, ¿verdad?

El joven lo confirmó.

—Sí, así es.

—¿Sabes que necesitamos encontrar a Selina? —le preguntó Ivana. Sentía ganas de sacudirlo y decirle: «¡Cuéntanos todo lo que sepas! Cualquier cosa relacionada con ella, hasta el detalle más intrascendente. ¡Es urgente!».

—Sí —contestó. Se pasó la lengua por los labios agrietados—. Pero no sé si podré ayudarlos.

—Cualquier cosa, por pequeña que sea, puede resultar útil —lo animó ella.

—Selina y yo salíamos juntos —comenzó—. Pero mientras que yo iba en serio, tenía la sensación de que ella... —vaciló.

—¿Sí?

—Bueno, yo le gustaba, eso seguro, pero... creo que no le parecía suficiente. No quería un novio de Sofía, y menos aún del mismo barrio que ella. Soñaba con marcharse a Europa, a trabajar.

—¿A trabajar de qué?

—De modelo. O de actriz. Es guapísima, y lo sabe. Muchas veces decía: «Mi belleza es todo mi capital».

Ivana asintió. Seguro que sus captores habían pensado lo mismo.

—Yo quería estar con ella —continuó el joven, ganando cierta seguridad—. La veía todos los días. Pero creo que a veces le resultaba cargante.

Kiril repartió las tazas y sirvió café. Ivana se inclinó hacia delante.

—Sarko, esto es importante: ¿sabes algo de la gente con la que se marchó Selina? ¿Nombres? ¿Qué aspecto tenían? Cualquier cosa...

—No. —Negó con la cabeza—. Un día vino a nuestra cita muy emocionada. Un hombre que se le había acercado en una discoteca le había dicho que podría triunfar como modelo. Trabajaba para la directora de una agencia de Roma. Le aseguró que podían conseguirle castings allí. Fue él quien las puso en contacto.

Otra vez Roma, y no París. Aunque aquella información no era nueva, hizo que Ivana volviera a pensar: «Lo más probable es que los pocos detalles que conocemos sean falsos».

—¿Sabes el nombre de esa mujer que dirige la agencia?

Él reflexionó un momento.

—Viara, sin apellido. Según Selina, es una celebridad en lo suyo. Se hace llamar así, Viara, sin más.

«Y nosotros nos lo creímos a pies juntillas —pensó ella con desesperación—. Nos dejamos impresionar por una mujer que es tan famosa en el mundo de las agencias de

modelos que no necesita apellido. Hemos sido unas víctimas facilísimas».

—¿No sabes nada más?

—No, salvo que Selina estaba fascinada con ella.

—¿Alguna vez la viste en persona?

—No. Y después de esa cita que le digo, no volví a ver a Selina. No tenía tiempo, de pronto toda su vida giraba en torno a su viaje. Un día fui a casa de sus padres para hablar con ella, pero ya se había marchado.

Parecía triste. Ivana se dio cuenta de que él estaba muy enamorado y que debió de sufrir mucho cuando su relación terminó de una forma tan brusca. Selina lo había apartado como a un mueble viejo para tomar un camino más prometedor. El camino equivocado, como se descubrió después. ¡Si se hubiera quedado con aquel chico y su perro...!

—¿Aleko te ha comentado algo de...? —tanteó.

Él la miró con los ojos muy abiertos, llenos de un miedo infantil.

—Sí, me lo ha contado... ¿Es cierto? ¿La obligaron a...? ¿Tuvo que...? —No fue capaz de decirlo.

Ivana asintió.

—Sí. Todo eso de ser modelo era mentira. Se lo cuentan a las chicas porque así caen como moscas.

«Y los padres también», completó para sus adentros.

—Dios mío —murmuró Sarko—. Qué horror...

El perro pareció darse cuenta de que algo no iba bien. Levantó la cabeza y lamió la mano del joven.

—Mi hija —comenzó Ivana con dificultad— ha caído en manos de la misma gente. —Sabía que estaba siendo muy benévola. Al menos a Selina la había abordado un desconocido en una discoteca y luego ella había insistido tanto a sus padres que al final tuvieron que transigir. Pero en el caso de Ninka fue su propio padre quien estableció el contacto—. Esa Viara vino a vernos a casa. Era una mujer simpática, de aspecto muy profesional. Nos creímos todo lo que nos dijo.

—Es horrible —repitió el chico—. Simplemente horrible.

—Sí, pero lamentarse no sirve de nada. Debemos encontrar a Ninka. Y para eso necesitamos hablar con Selina. Es la única que puede ayudarnos. A lo mejor sabe dónde retienen a mi hija, o puede darnos algún nombre. Por eso la estamos buscando.

—Mientras veníamos —intervino Aleko—, Sarko ha estado pensando dónde podría esconderse. Pero, por desgracia, no se le ocurre ningún sitio.

—Tampoco llevábamos saliendo tanto tiempo —se excusó él—. Y además, Selina no estaba muy convencida de lo nuestro. Yo le conté muchas más cosas que ella a mí.

—Por favor, piensa un poco. Quizá mencionó algo de pasada. Una casa de vacaciones, algún pariente, un amigo de sus padres. O una vivienda anterior.

Kiril, que hasta entonces había guardado silencio, tomó la palabra:

—¿No es arriesgado esconderse en un sitio conocido, con amigos o familiares?

Quienes los buscan son criminales muy peligrosos y con medios para rastrear personas. ¿No sería mejor ocultarse en un lugar con el que nadie pueda establecer una conexión?

Ivana hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Si tuvieran elección lo harían, sin duda; pero imagino que es una cuestión de dinero. No creo que Gregor Semionov tenga ahorros, ni que le sigan pagando su sueldo. Y sacar dinero del banco es arriesgado. Entonces ¿de qué van a vivir? No pueden pedir ayuda, llamarían la atención. En mi opinión, solo pueden recurrir a personas que estén dispuestas a ocultarlos por un tiempo. Los desconocidos no suelen hacer eso. —Aquel argumento los convenció a todos. Continuó—: Pero los parientes, sí. Alimentar a una familia de tres miembros no es barato.

—Aunque con los parientes a veces hay peleas —apuntó Aleko—. Y te llevas mejor con los buenos amigos.

Todos clavaron la vista en Sarko. Ivana le lanzaba miradas casi hipnóticas, con la esperanza de que recordara algo. Cualquier detalle pequeño, insignificante, aludido de pasada... podría ser la clave.

—Su hermano —dijo el chico de pronto.

—¿Selina tiene un hermano? —preguntaron Ivana, Kiril y Aleko casi al unísono.

—Su madre dijo que era hija única —recordó Kiril, confuso—. Estoy seguro.

—Es la única hija de Katarina Semionova —aclaró el joven—. Pero Selina me contó que su padre había tenido otra mujer que, si no recuerdo mal, murió de tuberculosis. De aquel matrimonio nació el hermano de Selina. Su medio hermano, para ser exactos. Me contó que de pequeña lo veía bastante y que él le enseñaba unos trucos geniales. En aquella época ella lo adoraba.

—¿Y dónde vive su hermano?

Sarko se masajeó las sienes.

—Me lo dijo... A ver... en Mirkovo. Sí, en Mirkovo. Estoy seguro.

—¿En Mirkovo? —repitió Kiril—. Está aquí mismo, a unos sesenta kilómetros.

—Por lo visto tiene una carpintería.

Ivana se agarró a la mesa con tanta fuerza que la piel de los prominentes nudillos se le puso amarilla, como un pergamino viejo.

—¡Por fin! ¡Una pista! Aunque no estén allí, a lo mejor el hermano puede ayudarnos. Sarko, ¿cómo era la relación de la familia con él?

—Parece que buena. Como les he dicho, de pequeña Selina pasaba mucho tiempo con él. Quise saber más pero... —hizo un gesto de resignación con la mano—, como siempre, se negó a darme detalles.

—Esta pista pueden encontrarla también sus perseguidores —advirtió Kiril.

Ivana se levantó.

—Por eso tenemos que ser más rápidos. No hay tiempo que perder, nos vamos a Mirkovo. ¿Alguien tiene coche?

Se hizo un silencio.

—Dano, sí —dijo Kiril al cabo de un rato.

—Pues vete ahora mismo a pedírselo —ordenó su esposa.

Él suspiró.

—No le va a hacer ninguna gracia.

—Dile que es cuestión de vida o muerte.

Les Lecques, Francia
Viernes, 18 de diciembre

A lo largo del día tomaron infinitas tazas de infusión de frutas, alternadas con café solo. Encontraron una baraja en un cajón y, después de unas cuantas partidas, acabaron confesándose que odiaban jugar a las cartas. A mediodía Simon volvió a preparar espaguetis e incluso consiguió que Nathalie comiera un poco. La chica le pidió varias veces que le contara cosas de su infancia pero la cortó en cada intento, lamentando haberle dado pie. Lo peor era que en aquel apartamento no había forma de estar solo: no podían irse cada uno a su habitación porque eran aún más incómodas que el salón y, además, los radiadores no funcionaban. Hacía frío y llovía de nuevo. El mar estaba como una balsa de aceite, sin una ola.

Simon se preguntaba cuánto tiempo permanecerían allí. Ardía de impaciencia por ocuparse de otros asuntos, como averiguar qué había sido de Kristina. Su inquietud crecía a cada minuto. Llamó a Lena varias veces y siempre obtenía la misma respuesta desmoralizadora: Kristina no había vuelto a casa y, al parecer, tampoco a Hamburgo. No contestaba llamadas, mensajes ni wasaps. Parecía que se la hubiera tragado la tierra.

Por otro lado, Simon también necesitaba ocuparse de la villa. Poner algo de orden en el caos, hacer una declaración de daños. Sabía que debía informar a su padre, aunque se imaginaba cómo sería la conversación y por eso la postergaba. ¿Cómo iba a tomárselo? Sin duda pensaría que los intrusos eran cómplices de Nathalie y que él había sido lo bastante imbécil para dejarse llevar a un hotel por una desconocida. El hecho de que se tratara de un asunto peligroso no le importaría lo más mínimo. Se presentaría allí y se pondría furioso al comprobar la magnitud de los destrozos.

No obstante, no podía ocultárselo durante mucho tiempo; en realidad, el seguro ya debería estar informado. Deseaba que el caso se aclarara de una vez, así al menos podría explicarle a su padre lo que había pasado sin quedar como un estúpido.

Sobre las seis de la tarde ya solo se veía un leve resplandor en el cielo del oeste. En el sur de Francia los días eran más largos que en Alemania, pero tampoco mucho. Ya empezaba a anochecer.

Poco después de las seis, mientras intentaba sintonizar sin éxito algún canal en el pequeño televisor, se presentó Inès Rosarde. La forma en que llamó a la puerta no presagiaba nada bueno: demasiado suave. No era propio de ella. La acompañaba un

agente al que Simon no conocía. La comisaria se lo presentó, pero al instante olvidó su nombre.

Sentía un nudo en la garganta. La mirada de Rosarde era menos severa, casi compasiva.

—Por desgracia, traigo malas noticias —anunció.

No necesitó más detalles.

—Kristina.

La comisaria matizó sus palabras:

—Todavía nos falta información y seguramente haya alguna explicación lógica. Pero el asunto es... extraño.

—Dígame...

—¿Podemos sentarnos?

Tomaron asiento en torno a la mesa de plástico mientras el agente permanecía de pie junto a la puerta, con los brazos cruzados. Aquella vez Simon no ofreció nada de beber, necesitaba saber qué había pasado.

Inès Rosarde se aclaró la garganta.

—Hemos estado investigando la desaparición de Kristina Dembrovski. Todo indica que no ha salido de Francia en avión. Su nombre no aparece en ninguna lista de pasajeros. Sin embargo, el miércoles a última hora de la tarde devolvió el coche de alquiler en el aeropuerto de Marignane.

—Sí, dijo que lo usaría para ir al aeropuerto.

—Los agentes estuvieron interrogando al personal y un empleado del mostrador de información recordaba a una mujer cuya descripción coincide con la de Kristina Dembrovski. La atendió el miércoles a última hora. Aunque era alemana hablaba francés muy bien. Quería llegar a Hamburgo cuanto antes, pero aquel día ya era imposible. El empleado afirmó que estaba agobiada y nerviosa.

¿Cuántas mujeres alemanas parecidas a Kristina habrían intentado conseguir un vuelo de Marsella a Hamburgo el miércoles a última hora?

—Era ella —confirmó Simon—. Estoy segurísimo.

—Sin pruebas, yo no puedo dar nada por seguro —apuntó Rosarde—. Pero concuerdo con usted, es muy probable que se tratara de su pareja.

«Pareja» no era la palabra más adecuada para referirse a su relación, pero Simon renunció a hacer ninguna puntualización.

—¿Hay algo más? —inquirió. Sospechaba que la comisaria poseía más información.

—El empleado recordaba bien a aquella mujer porque, mientras hablaba con ella, aparecieron dos agentes de la Policía Nacional. Dijeron que tenían que hacerle unas preguntas y le pidieron que los acompañara a la comisaría, y que después la llevarían a un hotel para que pudiera tomar el primer vuelo a Alemania a la mañana siguiente.

—¿De la Policía Nacional?

Rosarde suspiró.

—No eran policías. Nos habríamos enterado enseguida.

—¿Qué? —Simon la miró desconcertado—. ¿Eran impostores? ¿Y Kristina se fue con ellos, sin más? ¿Es que no se identificaron?

—Sí, lo hicieron, pero parece que su pareja no se fijó bien. Es típico. Sea sincero: ¿ha prestado atención a mi identificación, o a la del teniente Caparos?

No. Le había bastado que le mostraran algo con aspecto oficial. Rosarde entendió lo que estaba pensando.

—Es muy habitual. La gente se deja llevar por el gesto y no se cuestiona nada más.

—Dios mío —gimió Simon, escondiendo la cara en las manos—. ¿Quiénes son esos hombres? ¿Qué quieren de Kristina?

—¿Y cómo sabían que se encontraba en el aeropuerto? —añadió ella—. Sin duda, también eso facilitó el engaño: la policía podía estar buscándola si los compañeros de Les Lecques habían notificado su ausencia. O si usted los había avisado.

Él levantó la cabeza.

—¿Kristina creyó que yo la había delatado?

Rosarde no contestó a eso.

—He hablado con la Policía Municipal de Saint-Cyr-sur-Mer. Según ellos, el coche de alquiler estuvo aparcado ante su villa de La Cadière, ¿es así?

—Sí. Vinimos aquí en el mío. El miércoles, Kristina tomó un taxi para ir a recoger el coche alquilado.

—Comprendo. Pues parece que estaban vigilando la casa. Y fue tan fácil como seguirla hasta el aeropuerto.

—Pero... ¿qué querían de ella?

—Eso es difícil de decir mientras no sepamos quiénes son. Todo apunta a que le buscan a usted, aunque seguramente les interesa más la señorita Boudin. Entonces ¿por qué secuestrar a su pareja? Quizá para que les revele dónde se esconden, esa podría ser una buena razón.

Simon la miró fijamente.

—Antes dijo que podía haber una explicación lógica pero en realidad sabe muy bien que no la hay. Solo pretendía tranquilizarme. Así que dígame la verdad: ¿qué cree que le harán a Kristina para que les dé la dirección de este maldito sitio?

—Solo estamos suponiendo que...

Se sintió embargado por la ira, aunque sabía que la comisaria no era culpable de nada.

—Déjese de rodeos. ¿Cuántas razones lógicas se le ocurren para explicar la desaparición de una mujer después de que dos desconocidos se la lleven del aeropuerto haciéndose pasar por policías? No estamos suponiendo nada. Sabemos que Kristina está en peligro, si es que aún está viva.

—No debe ponerse en lo peor.

—¿Ah, no? ¿Y qué tengo que hacer? ¡Llevo días atrapado en una pesadilla cada

vez más espantosa y nadie es capaz de decirme qué está pasando! La policía hace preguntas que no llevan a ninguna parte y no controla la situación... Si al menos...

—Quizá usted avisó a la policía un poco tarde —interrumpió la comisaria. Su voz ronca se había vuelto más cortante—. Tengo entendido que transcurrieron veinticuatro horas desde que descubrió el cadáver de Yves Soler hasta que tuvo a bien alertar a la policía... a la de aquí, por cierto, no a la de Lyon. Usted es en parte responsable de la ventaja que nos llevan sus perseguidores, de manera que piénseselo dos veces antes de reprocharnos nada.

La comisaria llevaba razón, por lo que Simon guardó silencio. Sabía que había cometido un error tras otro. Tenía que haber llamado a la policía desde el piso de Yves Soler. Ahora, Kristina pagaba las consecuencias. Si no volvía a verla con vida... nunca se lo perdonaría.

Algo más tranquila, porque tomó su silencio como una admisión de culpa, Rosarde anunció:

—Hemos encontrado el camión de Denegri Transports en el que viajaba Jérôme Deville. La carga está intacta.

Nathalie, que como de costumbre guardaba silencio y estaba concentrada masajeándose los nudillos, levantó la cabeza.

—¿Saben algo de él? —preguntó, ansiosa.

—Por desgracia, no. Parece que el vehículo llevaba unos diez días abandonado en el aparcamiento para turistas de un pueblo al sur de París. Los habitantes empezaron a sospechar y avisaron a la policía. No hay ni rastro del joven. Se ve que dejó el camión y se las arregló para encontrar otro medio de transporte. De algún modo tuvo que llegar a Metz...

—No se trata de un robo —murmuró Simon. No había considerado ni por un momento esa posibilidad. El novio de Nathalie no se había fugado con la carga, todo era mucho más complejo.

—No, seguramente no —convino Rosarde. Con el ceño fruncido, bajó la vista hacia sus notas, tomadas en un ajado cuaderno negro cuyas páginas, como pudo observar Simon, estaban garabateadas con una letra indescifrable—. Aquí: François Rigot, el amigo de Jérôme. Ha desaparecido.

—No es su amigo —insistió Nathalie.

Casi a la vez, Simon preguntó, consternado:

—¿Él también?

La comisaria asintió.

—Confiábamos en hablar hoy con él. Se le esperaba anoche con un cargamento de Berlín. En principio tenía el día libre pero le notificaron por SMS que acudiera a la oficina. No ha contestado al mensaje. El camión no está en las instalaciones de la empresa y por lo visto él no está en su casa. Nadie sabe nada de él.

—¡No puede ser! —Simon negó con la cabeza—. Primero Jérôme, luego Kristina y ahora el tal... François Rigot. Esto es cada vez más preocupante.

—Así es —convino Rosarde—. En mi opinión, demasiado preocupante. No podemos arriesgarnos a que se produzcan más muertes. La señorita Boudin y usted no se encuentran a salvo aquí.

—Estaría encantado de regresar a Alemania en cualquier momento —dijo Simon, a la vez que pensaba: «En realidad no es verdad. Tengo que ocuparme de la villa. ¿Y qué voy a hacer en Hamburgo sin saber lo que le ha pasado a Kristina?».

El temor por ella le oprimía el pecho como un peso de plomo. Le había sucedido algo terrible, estaba tan convencido que se negaba a albergar la más mínima esperanza. Estaba perdida. No importaban los esfuerzos de la policía, las pistas que rastreara o las sutiles conexiones que fuera capaz de establecer: para Kristina ya era demasiado tarde.

Inès Rosarde hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Eso tampoco me parece seguro. Preferiría llevarlos a una casa protegida.

—¿A una casa protegida? —repitió Nathalie, irritada.

—Sí, activaremos la protección de testigos —explicó la comisaria—. Las casas pertenecen a la policía, son seguras y pueden custodiarse fácilmente. En ellas alojamos a personas que necesitan desaparecer por un tiempo. Los acompañarán dos agentes que velarán por su seguridad.

—Pero entonces... ¿cómo me encontrará Jérôme? —preguntó la chica.

—Esperemos que por fin haga algo sensato y hable con la policía —respondió Rosarde.

—¿Y si no puede? —replicó la joven—. A lo mejor lo retienen en algún sitio.

—En Metz se le vio merodeando por la escena del crimen, así que no estaba retenido. Nada le impedía ponerse en contacto con las autoridades. —No hubo más réplicas—. Como les digo, me gustaría que los trasladaran a la casa esta misma noche.

—¿Dónde se encuentra? —inquirió Simon.

—Cuanto menos sepan, mejor. Supongo que comprenden que, una vez allí, no deben contactar con el exterior. Nadie, ni siquiera sus familiares o amigos más cercanos, puede conocer su paradero. No estoy autorizada a confiscar sus teléfonos pero, por su bien, les ruego que no los utilicen.

—Yo he perdido el mío... —recordó Nathalie. Se la veía muy alterada—. Siento que estoy dejando a Jérôme en la estacada.

—Usted desconoce qué papel desempeña su novio en todo esto —advirtió la comisaria con cautela—. Quizá no debería confiar tanto en él.

—Pero ¡si me avisó! —alegó ella con indignación—. No lo habría hecho si fuera...

—Puede haber cambiado de bando desde entonces. ¿Cómo sabe que no fue él quien reveló la existencia del piso de Les Lecques?

—Estoy segura de que fue Jeanne. Por eso la... —Fue incapaz de terminar la frase.

—La torturaron y asesinaron —completó Rosarde—. Sí, eso es lo que creemos. Pero no lo sabemos. Y hasta que no estemos seguros, estoy obligada a considerar todas las posibilidades. Entre ellas, que Jérôme Deville sea un criminal. Por usted, deseo de corazón que no sea así, pero no puedo descartarlo.

La joven apretó los labios. Simon sintió lástima por ella, pero la comisaria tenía razón.

Se puso de pie y dijo:

—Nathalie, vámonos con ellos. Jérôme ha desaparecido, Kristina ha desaparecido, y ahora el tal François. Yves Soler está muerto y la exnovia de Jérôme, también. No debemos hacer nada más por nuestra cuenta. Nada más. Tenemos que aceptar la protección de la policía.

—Es lo más sensato —afirmó Inès Rosarde, aliviada. También ella se levantó—. ¿Cuánto tardan en preparar sus cosas?

Le Tholonet, Francia
Viernes, 18 de diciembre

A las diez de aquella noche fría y lluviosa de diciembre, Edmond Girod sintió sed. Pero no era una sed cualquiera. Había tomado agua durante la cena y después Daria le había preparado una infusión de menta endulzada con miel.

Lo trataba bien. Todos lo trataban bien. Eso complicaba las cosas, pensaba Edmond. De lo contrario, podría dar un puñetazo en la mesa y dejarles claro que estaba harto de que lo mangonearan. Que podía cuidarse solo. Que odiaba que lo trataran como a un niño. Pero no soportaría ver sus caras tristes y sus miradas de: «Pero si no te hemos hecho nada».

Sus hijos actuaron movidos por las mejores intenciones cuando, tras la muerte de su esposa, contrataron a la ucraniana Daria. Incluso pagaban su sueldo para que él no tuviera que tocar su pensión.

—Así podrás seguir viviendo en tu casa —razonó su hijo mayor—. Tendrás compañía y estarás bien atendido.

¡Como si él necesitara cuidados! Tenía ochenta y tres años, pero estaba sanísimo, se valía por sí mismo y tenía la mente lúcida. La soledad, bueno, no era agradable. Pero no tenía por qué estar solo. Creía que aún le quedaban posibilidades con las mujeres, sobre todo siendo dueño de aquella preciosa casa en el pueblecito de Le Tholonet, cercano a Aix-en-Provence y con vistas al espectacular macizo de Sainte-Victoire. Solo estaba a tres cuartos de hora del mar. No le parecía descabellado que alguna señora, impresionada por sus posesiones, se mostrara dispuesta a pasar por alto su avanzada edad. A veces sospechaba que eso era precisamente lo que temían sus hijos: una nueva esposa con la que tendrían que compartir la herencia. Y por eso habían contratado a Daria. La mujer, que había huido de la inestabilidad de Ucrania, resultó ser decidida, con las ideas claras y capacidad para imponerlas. Mientras reinara en la casa como un dragón espantaría a cualquier candidata.

Por supuesto, Edmond podría haberla despedido, al fin y al cabo todavía tenía sus derechos. Pero no quería discutir con sus hijos.

Aun así, había algo a lo que no estaba dispuesto a renunciar: a su licor antes de irse a la cama. El maravilloso *garlaban*, que se destilaba en la Provenza y era puro fuego en la garganta. Tomaba un chupito todas las noches y lo seguiría haciendo hasta el día de su muerte. Pero Daria no transigía respecto al alcohol. Edmond había

oído que la gente bebía mucho en los países de la antigua Unión Soviética, a lo mejor la mujer había visto más de una vida arruinada. Por la razón que fuese, era capaz de localizar una botella de vino en cualquier rincón de la casa como un perro policía encuentra la heroína y, si estaba en su mano, impedía que se sacara a la mesa cualquier bebida espirituosa. Aunque no le hacían gracia, Edmond respetaba las normas de Daria; en el fondo tenía razón, el alcohol no era bueno. Y no lo echaba tanto de menos como para enzarzarse con ella.

Pero su *garlaban* de la noche... eso no se lo quitaba nadie.

Escondía la botella en el garaje, dentro de una caja de herramientas. La casa carecía de cochera y por eso, cuando cumplió los ochenta, sus hijos le regalaron una de chapa que colocaron en el exterior. En aquella zona no había vientos fuertes pero sí lluvia y tormentas, por lo que era conveniente tener el coche a cubierto. Y de ese modo contaba con un escondrijo fuera de la casa. Resultaba francamente útil.

Todas las noches le decía a Daria:

—Voy a echarle un vistazo al coche.

Y ella contestaba:

—Muy bien. Yo me voy a la cama.

Ella sabía que iba a tomarse un chupito, y él sabía que ella lo sabía. Tenían el acuerdo tácito de que Daria le permitiría aquel pequeño placer siempre que lo disfrutara a sus espaldas. A Edmond le parecía un buen trato. Así ambos se quedaban contentos.

Tomó una linterna y atravesó el jardín hasta la entrada de la finca. Estaba orgulloso del tamaño de su parcela, pocas villas de Le Tholonet poseían un jardín tan grande. Los terrenos aún eran asequibles cuando construyó la casa hacía más de cincuenta años.

Aceleró el paso porque la lluvia arreciaba y alcanzó el camino asfaltado que conducía del portón de entrada al garaje exterior. Justo en ese momento percibió un chirrido; sonaba como si el portón se moviera con el viento. Sorprendido, se detuvo en seco y se giró. En cincuenta años jamás se había dejado el acceso abierto. Dirigió la linterna hacia el final del camino, pero la luz no era lo bastante potente.

Aquello le pareció muy raro.

Por la mañana había salido con Daria a hacer la compra en el coche y, al volver, había cerrado el portón, echado el cerrojo y sacudido la hoja para asegurarse de que estaba bien sujeta. Desde fuera no resultaba difícil descorrer el pasador, pero ¿quién haría algo así? ¿Y por qué?

Edmond recorrió el camino hasta la entrada. Lo vio enseguida: el cerrojo estaba descorrido y el portón, entornado. Al moverse con las ráfagas de viento emitía aquel chirrido.

Cerró y echó el pasador con el ceño fruncido. Sin duda, alguien había dejado el acceso abierto. No podía ser Daria porque siempre utilizaba el portillo del jardín, que estaba más cerca de la puerta de la casa; además, aquel día no había vuelto a salir.

¿Unos gamberros sin nada mejor que hacer que invadir la propiedad ajena?

Se inquietó. Alguien había estado allí, eso era innegable. ¿Dónde se habría metido? ¿Seguiría en sus terrenos? Miró hacia la casa, semioculta entre pinos y olivos. Distinguió la luz de la entrada, que Daria dejaba encendida. Ya se habría retirado a su habitación, cuya ventana daba al otro lado. Dudaba mucho que lo oyera si llamaba pidiendo ayuda. Reflexionó un momento sobre qué debía hacer, y al final se sobrepuso. Era un hombre hecho y derecho y esa era su propiedad, no estaba dispuesto a dejarse amedrentar. Haría exactamente lo que se había propuesto: tomarse su chupito e irse a la cama.

Se aseguró por última vez de que todo estaba bien cerrado y enfiló el camino hacia el garaje. La linterna dibujaba una mancha de luz en el asfalto mojado; a derecha e izquierda susurraban las plantas; las gotas golpeaban las hojas. Estaba siendo un diciembre horrible, pensó, lluvioso y desapacible.

Se refugió con un suspiro bajo el techo de chapa. El coche parecía estar bien. Avanzó por un lateral hasta la caja de herramientas, colocada al lado derecho del vehículo. Sacó la botella y el vasito, sirvió una buena cantidad y se la tomó de un trago. El licor le dejó una estela abrasadora en la garganta y se expandió por su estómago con un cosquilleo ardiente. Le encantaba ese momento. Se relajó de inmediato, de pronto la vida le parecía más agradable. Ya ni siquiera le molestaban el portón abierto ni la lluvia. Todo estaba en orden.

Consideró que, tras el susto, se merecía otra ronda, de modo que se sirvió de nuevo.

Fantástico. Dormiría como un tronco y a la mañana siguiente disfrutaría del buen café que preparaba Daria.

«En realidad —reflexionó—, la vida me trata bien. No me puedo quejar».

Enroscó el tapón de la botella y la devolvió a la caja junto con el vasito. Como todas las noches, repasó las puertas del vehículo. No era más que una manía porque cerraba el coche como el portón de entrada, de manera metódica. Pero siempre podía pasar algo raro, como comprobó en ese momento.

Para su absoluta sorpresa, la puerta trasera derecha no estaba encajada. ¿Cómo era posible? Se quedó mirándola lleno de irritación. No estaba bien cerrada, parecía que la habían forzado.

No se le ocurrió ninguna explicación tranquilizadora, ni siquiera después de dos chupitos generosos de *garlaban*.

Necesitó unos segundos para apartar la vista de la puerta. Solo entonces se dio cuenta de que en el asiento yacía una mujer. Tenía los pies atados y, aparentemente, también las manos a la espalda. Llevaba poca ropa y estaba cubierta de sangre. Levantó la cabeza y lo miró con ojos febriles y resecos.

Le dijo unas palabras en un idioma que no entendió. Tenía la voz rota, como la de su mujer poco antes de morir.

—¡Dios santo! —exclamó Edmond—. ¡Dios santo!

Por un momento se preguntó si sería una alucinación. La gente no salía de casa a tomarse un licor y se encontraba a una mujer moribunda metida en su coche.

El mundo real no funcionaba así. Eso solo pasaba en las películas, no en una vida apacible como la suya.

La mujer volvió a decir algo. Tenía los labios hinchados, resecos y agrietados, y, aunque no la entendía, comprendió que pedía agua.

—Un momento —contestó.

Había un grifo junto al garaje. El hombre buscó frenéticamente a su alrededor y encontró una taza en un estante. La enjuagó bajo el chorro, la llenó y se precipitó al coche. La cabeza de la mujer estaba hundida en el asiento. No reaccionó cuando le dijo:

—Ahora mismo llamo a una ambulancia, pero beba un poco primero.

Se dio cuenta de que no entendía lo que le decía.

Rodeó el vehículo y no le sorprendió que la otra puerta también estuviera forzada. De otro modo habría sido muy difícil meter en el coche a una mujer tan alta.

Con mucho cuidado le sostuvo la cabeza. Tenía los ojos cerrados. Durante un momento aterrador pensó que estaba muerta, pero después notó los latidos bajo la piel de su cuello.

Le llevó la taza a los labios y se los humedeció. Ella abrió la boca al instante. Aunque seguía con los ojos cerrados, logró beber. A pequeños sorbos y con gran dificultad vació la taza.

—Voy a llamar a la ambulancia —dijo Edmond—. Los médicos llegarán enseguida.

Volvió a apoyarle la cabeza en el asiento. Ella no dio señales de haber comprendido.

Corrió a la casa lo más deprisa que pudo. Le daba vueltas la cabeza, y no se debía solo al alcohol. Era como si de pronto viviera una pesadilla terrorífica. Alguien había allanado su propiedad, forzado las puertas de su coche y abandonado en el asiento trasero a una mujer medio muerta y bañada en sangre.

¿Quién era capaz de hacer algo así? ¿Con qué motivo? ¿Y por qué lo había elegido precisamente a él?

Abrió la puerta de la casa y se tropezó en el pasillo.

—¡Daria! —gritó—. ¡Daria, venga deprisa! ¡Ayúdeme!

Se lanzó hacia el teléfono. Ambulancia, policía. Le temblaban tanto las manos que la primera vez se equivocó al marcar.

Después se derrumbó en una silla y, para su propia sorpresa, rompió a llorar.

Aquello era demasiado.

Era demasiado para él.

Mirkovo, Bulgaria
Viernes, 18 de diciembre

Aunque la pensión era muy barata, Kiril puso objeciones.

—No podemos permitirnos que te quedes en un hotel durante días —dijo.

Pero Ivana se mantuvo inflexible.

—No sabemos si será «durante días». Además, ¿qué vamos a hacer si no?

Él guardó silencio porque tampoco se le ocurría otra solución.

Habían viajado a Mirkovo en el coche de Dano, que finalmente había accedido a prestárselo. No le hizo ninguna gracia y advirtió a Kiril de que si le pasaba algo al coche sería el final de su amistad. Además, debía devolvérselo aquella misma noche.

—¡Confío en que para entonces estaréis de vuelta!

Kiril se lo juró por lo más sagrado.

Sarko tenía que irse a trabajar y Aleko debía regresar a casa para cuidar de su nena, de modo que no pudieron acompañarlos. Sin embargo, insistieron en que los mantuvieran al corriente de todo. Ivana le dio un abrazo a Aleko.

—Gracias —susurró—. ¡Gracias por todo!

—Todavía no sabemos si esta pista lleva a alguna parte —repuso él.

—Pero al menos tenemos una pista. Es mucho más de lo que esperaba encontrar en tan poco tiempo.

Llegaron a Mirkovo a media mañana y preguntaron por la carpintería. Al principio solo contaban con el apellido «Semionov» pero enseguida descubrieron que Boris Semionov era una persona muy conocida en el pueblo.

Un viandante les indicó cómo llegar a su negocio. Se lo encontraron cerrado y en la vivienda aneja tampoco había nadie. Ivana tocó el timbre de la casa vecina. La joven que abrió la miró con desconfianza.

—¿Sí?

—¿Sabría decirme cuándo regresará Boris Semionov? Necesitamos hablar con él.

—¿Quiénes son ustedes?

—Somos amigos de su padre. —Era una exageración porque Kiril y Gregor solo se habían visto una vez, pero eso daba igual—. Ha surgido un problema y tenemos que verlo.

—No sé dónde está. No controlo a mis vecinos.

—Pero a lo mejor sabe si ha salido de viaje... O si volverá a casa hoy.

—No he oído nada de ningún viaje.

—¿Ayer estaba aquí?

—Sí.

Era un hueso duro de roer. Ivana procuró ocultar que estaba ansiosa por conseguir información. Si la mujer lo notaba, se avivaría su desconfianza.

—¿Boris vive solo o tiene familia?

—Está solo.

—¿Y ha recibido alguna visita en los últimos días?

—¿Acaso tengo pinta de pasarme el día espiando a mis vecinos? ¡Pregúnteselo usted misma! —Y cerró de un portazo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kiril, confuso.

—No creo que tarde mucho en volver. Habrá que esperar.

Aguardaron en el coche, aparcado enfrente de la carpintería, pero empezaron a tener frío. Poco a poco la lluvia se fue convirtiendo en nieve. Después pasearon un rato sin conseguir entrar en calor. Por suerte encontraron un pequeño restaurante, más bien una taberna de barrio, donde la comida era barata y la chimenea desprendía un calor maravilloso. Permanecieron allí hasta que el dueño perdió la paciencia, y entonces volvieron a la casa de Boris. Todo seguía cerrado, no había rastro de él. Al caer la tarde, Kiril empezó a preocuparse por el regreso. Aquel día la señora Dimitrova se había quedado con los niños, eso no era un problema. Pero Dano estaría comiéndose las uñas.

—Deberíamos volver a casa. Se lo he prometido a Dano.

—Yo no puedo irme, tengo que quedarme al menos el fin de semana.

—¿Y si Boris pasa fuera el fin de semana? Es algo muy normal...

—Pues entonces regresará el domingo. O el lunes por la mañana como muy tarde.

—Señaló la destartada carpintería a través de la ventanilla del coche—. Con su nivel de vida, no creo que pueda permitirse cerrar el negocio durante mucho tiempo. Aparecerá.

—¿Por qué no volvemos el domingo?

—¿Y si viene el sábado? Kiril, no tenemos tiempo. Ninka no puede esperar. Si esa gente descubre a los Semionov antes que nosotros no tendremos manera de encontrar a nuestra hija. Además, tampoco sabemos si Dano volvería a prestarnos el coche.

—Podríamos venir en tren.

—El tren es caro y lento. Es mejor esperar aquí.

Se bajó del coche, volvió a llamar al timbre de la vecina y logró que le indicara un alojamiento económico.

—Y cuando Boris Semionov vuelva a casa, ¿sería tan amable de decirle que estoy allí y que necesito hablar con él?

—¿A qué viene todo esto? —gruñó la joven, pero accedió a transmitir el mensaje.

A pesar de que la pensión era muy barata, Kiril se alteró al ver la tarifa. Ivana lo

cortó en seco:

—Tenemos dinero, el que nos dieron por Ninka. Ese dinero ha sido su perdición, así que ahora lo utilizaremos para salvarla.

—Pero yo sigo sin trabajo, el dinero no va a durar siempre...

Ella necesitó contenerse para no dar rienda suelta a su ira.

—Pues entonces consigue un trabajo. Ese dinero es de Ninka y vamos a usarlo para encontrarla.

Kiril no se atrevió a objetar nada más.

Finalmente regresó a Sofía para devolverle el coche a Dano y ocuparse de los niños. Ivana se retiró a la pequeña buhardilla, que era la más barata porque allí no había agua. Para lavarse y hacer sus necesidades debía bajar al sótano y utilizar el aseo de los dueños. La calefacción funcionaba al mínimo, de manera que hacía mucho frío en el minúsculo cuarto de paredes inclinadas. La ropa de cama se veía tan mugrienta que estaba claro que no se cambiaba después de cada huésped. Por entre las vigas del tejado entraba corriente. Pero no importaba, merecía la pena por Ninka. Por ella todo merecía la pena.

A última hora de la tarde Ivana fue a la taberna en la que habían comido a mediodía. Tomó un plato de sopa y después regresó dando un rodeo para pasar por la carpintería. Todo a oscuras. No había ningún coche aparcado. Ni la más mínima señal de que Boris Semionov hubiera vuelto casa.

Ya en la pensión, subió las escaleras hasta la buhardilla. Se tumbó en la cama con la ropa puesta y dejó la luz encendida. Pensaba en Ninka. Jamás dejaría de buscarla. Daba igual cuánto esfuerzo le costara, debía encontrar a su hija. Necesitaba saber qué le había sucedido.

A eso de la una oyó que llamaban a su puerta, y luego la voz de la dueña.

—Perdone, ¿está despierta? Abajo hay un hombre que pregunta por usted.

Saltó de la cama, se calzó las botas a toda prisa y abrió la puerta.

—Que suba.

La mujer frunció el ceño.

—¿Está segura?

—Sí. —Aunque a la dueña le pareciera indecoroso, era más seguro así. Ivana desconocía quién se alojaba allí y cualquiera podría espiar su conversación—. Por favor, dígame que suba.

La mujer se dio la vuelta farfullando algo y bajó las escaleras. A los pocos minutos apareció un hombre. Debía de tener entre treinta y cuarenta años. Era fuerte y robusto, tenía un espeso pelo negro y la cara enrojecida por el frío. Parecía desconfiado y no muy seguro de lo que estaba haciendo.

—¿Quería hablar conmigo? —comenzó, quedándose en el penúltimo escalón.

Ella le tendió la mano pero él no se la estrechó.

—Soy Ivana Dankova. ¿Es usted Boris Semionov?

Sin confirmarlo ni desmentirlo, el hombre preguntó:

—¿Qué es lo que quiere?

—Por favor, pase. Es mejor que no nos oiga nadie.

Él entró despacio en la habitación, mirando a su alrededor con cautela. Al notar lo, Ivana se preguntó si estaría al tanto de la fuga de su familia. Parecía presentir algún peligro, quizá tenía miedo de que los perseguidores de su padre le hubieran tendido una trampa. Aunque también podía tratarse simplemente de un hombre tímido y solitario al que un encuentro nocturno con una desconocida le descolocaba por completo.

—Mi vecina dice que han estado todo el día rondando mi casa y mi negocio — espetó en cuanto ella cerró la puerta—. ¿Qué quieren de mí?

—Por favor, siéntese. —Ivana señaló la única silla de la habitación, que pareció a punto de ceder bajo el cuerpo del hombre. Ella se acomodó en la cama—. Necesito su ayuda.

Diez minutos después, tras haberle contado la historia con todo detalle y haberle explicado por qué necesitaba localizar a Selina Semionova, el hombre seguía sin mover un músculo.

—Ajá. —Fue toda su respuesta.

Ivana se inclinó hacia delante.

—Boris, solo le tengo a usted, es el único pariente que he podido localizar. Es hijo de Gregor Semionov y medio hermano de Selina y, además, no vive lejos de Sofía. Creo... Lo más lógico es que su padre haya recurrido a usted.

—Es libre de pensar lo que quiera —repuso él.

—Por favor, tengo que encontrar a mi hija. Cometimos un error espantoso al dejarla marchar. Ya sabe lo que le hicieron a Selina, ¿verdad?

Permaneció impasible.

—Seguramente a Ninka le están haciendo lo mismo en este momento: encerrarla, obligarla a vender su cuerpo a desconocidos, maltratarla, violarla... —Se le quebró la voz. Hizo un esfuerzo por no llorar, secándose una lágrima con gesto de impaciencia—. No lo soporto, pienso en ello día y noche. No puedo seguir viviendo como si no sucediera nada. Tengo que salvarla.

Boris asintió.

—Lo comprendo. Pero no puedo ayudarla —respondió.

—Yo creo que sí —replicó ella.

Le lanzó una mirada penetrante. «Está demasiado a la defensiva. Sabe algo, sabe dónde se encuentra su familia», pensó Ivana.

—¿Dónde se ha metido toda la tarde? —le preguntó.

Pareció sorprendido.

—¿Y a usted qué le importa?

—Es viernes, día laborable. ¿Puede permitirse marcharse así, sin más, y cerrar la carpintería durante tantas horas?

—A lo mejor estaba haciendo una entrega de muebles —contestó.

—O a lo mejor estaba con su padre y su familia, llevándoles comida. A lo mejor los esconde lejos de aquí. Ha estado mucho tiempo fuera...

—Escúcheme bien —comenzó, pero ella lo interrumpió.

—Escúcheme usted, Boris. Corre peligro, y su familia también. Solo he tardado tres días en dar con usted. A mí me han ayudado personas que quieren lo mejor para Selina, pero si cree que la gente que la persigue se rendirá fácilmente, o que no tiene capacidad para encontrarla, se equivoca. También ellos pueden descubrir que Gregor tiene un hijo de un matrimonio anterior: usted. Puedo asegurarle que no se andarán con chiquitas si le encuentran, y que tardará bien poco en revelarles el paradero de su familia. Me sorprendería mucho que salieran vivos de todo esto.

—¿Y cómo sé que usted no es una de ellos?

—Porque no estaría aquí sentada rogándole ayuda. Esa gente tiene otros métodos para averiguar lo que le interesa.

El hombre dudaba. Al final dijo:

—Pero usted no sabe quién es esa gente, y por eso la policía no puede actuar.

—Así es, pero Selina podría aportar pistas muy valiosas. Ella los ha visto, por lo menos a algunos. Si cuenta lo que sabe, quizá la policía pueda identificarlos y arrestarlos.

—¿Y si no? ¿Y si la policía no puede hacer nada?

—¿Y cuál es la alternativa? ¿Cuánto tiempo puede desaparecer una familia? ¿Qué pasará cuando esa gente los encuentre? Porque van a encontrarlos, es solo cuestión de tiempo. Y no creo que tarden mucho.

La expresión que se dibujó en la cara de Boris confirmó que al menos había logrado asustarlo.

Reinó el silencio en la pequeña y fría habitación. Ivana se dio cuenta de que el hombre luchaba consigo mismo.

De pronto él se levantó y, con los puños apretados, exclamó:

—¡No puedo más! ¡De verdad, no puedo más! ¡Como si mi vida no fuera ya lo bastante difícil! Todos los días me esfuerzo por salir adelante. ¿Quién necesita un artesano que haga piezas únicas? La gente se va a Sofía a comprar muebles baratos.

—Comprendo que su situación no es fácil —contestó ella con suavidad—. Por eso debería apartarse de toda esta historia. Haga lo correcto, dígame dónde está Selina.

El hombre volvió a quedarse un rato callado.

—Vaya a mi casa mañana por la mañana —dijo al fin.

Ivana temió que cambiara de opinión durante la noche.

—¿Por qué no ahora?

—Mañana por la mañana —repitió con decisión—. Muy temprano. A las seis.

—Allí estaré —aseguró ella.

Un día de la primavera pasada Jérôme me anunció que había invitado a un amigo a cenar.

—Se llama François, también es conductor. Te caerá bien.

Me alegré: cualquier acontecimiento que diera sensación de normalidad me reconfortaba. No sé por qué le daba tanta importancia, quizá porque en el fondo creía que nuestra vida no era normal. Pero no había ningún motivo, desde que a Jérôme le habían aumentado el sueldo nos iba de maravilla. Con nuestro pisito decorado y nuestros empleos estables casi se nos podía tachar de burgueses. Por eso no entendía por qué me empeñaba en imaginar en el horizonte una catástrofe capaz de destruirnos si no nos protegíamos. Creía que llevar una vida lo más normal posible nos serviría de escudo, y tampoco era capaz de describir aquella desgracia que tanto temía. Seguramente todo era fruto de mi pesimismo vital, por lo que les sucedió a mis padres, algo de lo que era mucho más consciente desde que vivíamos en París.

Jamás le contaba nada de esto a Jérôme. Se habría reído de mí.

Me pareció bien que recibiéramos la visita de un amigo porque apenas nos relacionábamos con nadie. En parte se debía a la profesión de Jérôme, que lo obligaba a pasar muchos días fuera. A menudo volvía tan cansado que solo quería sentarse en el balcón a tomar el sol o ver el canal de deportes con una cerveza en la mano. En cuanto a mí, la joyería no era lugar para hacer amistades. Los clientes entraban y salían, nadie pretendía entablar conversación. Compraban los brillantes adornos y se marchaban.

Puesto que aquel día no trabajaba, Jérôme prometió que se encargaría de la cena. Sin embargo, cuando llegué a casa, agotada y bañada en sudor (iba demasiado abrigada para el calor repentino), el horno estaba vacío y la mesa sin poner. Nuestro invitado ya había llegado; ambos estaban tomando una cerveza en el balcón y charlaban en voz baja. Encontré a mi novio algo nervioso.

Me quedé muy sorprendida al conocer a François. Ya sabía que no era amigo íntimo de Jérôme, y también que no lo habría invitado si no le cayera simpático. No obstante, no tenía nada que ver con él ni con los amigos que frecuentaba en Metz. Jérôme era muy guapo y le daba mucha importancia a su estilo desenfadado, en el que todo parecía casual pero, como yo sabía muy bien, era producto de largas reflexiones y pruebas. Además, para reforzar su imagen, le gustaba rodearse de gente atractiva y con personalidad. Una vez, Éliane comentó que él no quería amigos sino accesorios de moda. Pero claro, lo dijo porque le tenía manía.

Desde luego, François la habría dejado sin argumentos: era muy alto y estaba tan gordo que temí que nuestro balcón no soportara su peso. Con tantos michelines, me costaba creer que cupiera en la cabina de un camión. Todo en él expresaba tristeza, parecía cansado e infeliz. Al instante comprendí que no era un estado de ánimo pasajero sino su forma de ser: no había cumplido los treinta pero ya estaba decepcionado por la vida, deprimido y desilusionado; convencido de que las cosas nunca le irían bien. Aunque en ningún momento mencionó nada de eso, sus ojos no dejaban lugar a dudas.

¿En serio Jérôme se había hecho amigo de alguien así? Estaba perpleja.

François se puso colorado cuando me dio la mano y tartamudeó en respuesta a mi saludo. Me di cuenta de que además tenía un gran problema con las mujeres. ¿O acaso ese problema era la causa de todo lo demás? En cualquier caso, me pareció que estaba tan sorprendido por la invitación como yo misma.

—Dijiste que ibas a cocinar —le recordé a Jérôme.

No quería reprenderlo delante de su compañero pero estaba demasiado enfadada para quedarme callada. No podía invitar a alguien a cenar y pretender que me encargara yo de todo mientras él se limitaba a ofrecerle una cerveza.

—François, lo siento mucho —me disculpé—. Creía que Jérôme prepararía la cena.

Él se puso colorado de nuevo.

—Por favor, no quiero ser una molestia. Estoy... estoy bien, de verdad.

Mi novio me puso una mano en el brazo.

—Perdóname, Nathalie. ¿Te importaría hacer alguna cosilla? Es que no me ha dado tiempo...

¿Que no le había dado tiempo? ¡Si se había pasado el día en casa!

—Bueno, es que... —empecé, pero me interrumpió.

—François y yo tenemos que hablar un momento a solas.

—Ah, pues no quiero molestaros —respondí furiosa, y salí del balcón dando un portazo.

Temblaba de rabia. Me había dicho sin tapujos que no podía enterarme de su conversación y me había mandado a la cocina. No hace falta que diga que la cena que serví media hora después no era ninguna maravilla, solo la preparé porque yo misma tenía hambre. Hice espaguetis con tomate pero se me pasó echar sal en la salsa, por lo que no sabían a nada. Estaba dispuesta a defenderme de cualquier comentario negativo pero François jamás se habría atrevido y Jérôme, que se tenía por un gran gourmet, no pareció notarlo. Estaba tan sumido en sus pensamientos que si le hubiera servido una suela de zapato ni se habría enterado.

¿Qué estaba pasando? ¿De qué habían hablado? No podía tratarse de la charla intrascendente que tanto entretenía a Jérôme. Por un lado, porque François era la persona menos indicada y, por otro, porque no se habría quedado ensimismado.

De pronto lo vi claro: no había invitado a su compañero porque le cayera bien, ni porque tuvieran algo en común, ni para que disfrutáramos de un poco de compañía. No tenía nada que ver con eso. Se trataba de algo distinto, de algo que le preocupaba. De algún problema relacionado con la empresa, con su trabajo. Por eso estaba allí François. Pero ¿qué podía ser? En apariencia todo iba de maravilla...

Cuando se marchó nuestro invitado saqué el tema, pero Jérôme negó haber estado lacónico y distraído. Y se enfadó cuando insistí en que le pasaba algo.

—¿Quieres dejar de ver problemas donde no los hay? —me atacó—. Estoy empezando a hartarme de tus angustias y tus miedos.

No le había hablado de mis difusos temores. No obstante, aunque a veces pareciera superficial, era una persona sensible y había percibido mi melancolía.

—François no es tu tipo de amigo —insistí.

—¿Ah, no? ¿Y se puede saber cuál es mi tipo de amigo? ¡Por Dios, Nathalie, estás estancada! ¿Es que solo puedo tener amistades como las de antes? ¿O acaso no puedo hacer amigos? Lo que tú quieres es que pase cada minuto libre contigo y solo contigo, ¿verdad? ¡Te encantaría que no viera a nadie más!

Yo jamás había insinuado, y mucho menos exigido, algo así. Pero quizá lo que mi miedo a perderlo transmitía era eso: un deseo de posesión que le parecía una carga. Y un obstáculo.

Aquella velada terminó conmigo llorando en el baño mientras él se cogía una borrachera. A la mañana siguiente (yo con los ojos hinchados y él con náuseas y dolor de cabeza) no volvimos a

mencionar el asunto.

Viéndolo en retrospectiva, diría que la visita de François supuso un punto de inflexión. Jérôme dejó de ser la persona optimista que era: alegre, lleno de proyectos, seguro de sí mismo y siempre de buen humor. Tampoco era el de los primeros tiempos en París. En aquella época estaba agobiado, arisco e irritable porque los planes no salían como él quería. Tratar con él me resultaba muy difícil pero por lo menos sabía lo que le pasaba, conocía las razones de su mal humor. Sin embargo, en aquella nueva etapa no había causas, al menos yo no lograba identificarlas. Y no estaba de mal humor sino retraído en sí mismo, se pasaba el día cavilando. Algo le preocupaba y no quería contármelo.

En varias ocasiones le pregunté qué le pasaba pero me aseguraba que todo estaba en orden.

—Estoy bien. No te preocupes.

Las cosas no mejoraron. De hecho, empeoraron. El verano llegó y se marchó, seguido del otoño y del invierno, y el espíritu de Jérôme parecía estar muy lejos de mí. No se daba cuenta de que eso me estaba haciendo daño. Aunque en los meses previos había logrado mantener unos hábitos alimentarios relativamente normales, en aquel momento todo volvió a empezar. Regresaron las náuseas en cuanto estaba delante de un plato de comida, que solía tirar a la basura sin haberlo tocado. Ni siquiera ante eso reaccionó, a pesar de que abandoné cualquier disimulo y lo hacía delante de sus narices. Perdí peso de forma alarmante. Mi jefa, que por lo general no se metía en los asuntos de nadie, terminó por abordar el tema.

—¿Te encuentras bien, Nathalie? Pareces un fantasma. ¿Sigues una dieta o es que estás enferma? Te has quedado en los huesos.

Mi intención era darle una respuesta tranquilizadora pero me resultó imposible. Para mi propio horror, estallé en llanto.

La señora Guillot me miró consternada. Por suerte, no había clientes en la tienda, de lo contrario se habría enfadado conmigo.

—¡Cielo santo! Pero ¿qué te pasa?

—Creo que mi novio tiene una aventura —respondí entre sollozos.

Era la primera vez que expresaba en voz alta aquel pensamiento, que llevaba una o dos semanas rondándome la cabeza sin poder reprimirlo. Todo encajaba: el ensimismamiento de Jérôme, que apenas se fijara en mí... Hacía una eternidad que no nos acostábamos, siempre me rechazaba con el pretexto del estrés. Si algo le preocupaba de buenas a primeras, ¿por qué no iba a ser otra mujer? Le sobraban las ocasiones, se pasaba días fuera de casa, y a menudo yo no tenía ni idea de dónde estaba. No le resultaría difícil mantener una doble vida sin que me enterara de nada.

—¿Que tiene una aventura? —repitió mi jefa, asombrada—. ¿Estás segura?

—No. Pero está muy raro.

—Puede haber muchas razones, quizá tiene problemas en el trabajo.

Negué con la cabeza.

—Me lo habría contado, siempre me cuenta esas cosas. Y ahora, de repente, no me dice nada... ¿Qué pensaría usted?

—Yo creo que deberías hablar claramente con él.

También yo me lo había planteado pero no me atrevía. Tenía miedo de que se enfadara. Además, estaba segura de que lo negaría de plano.

—Es un joven muy atractivo —continuó ella—. Imagino que lo tiene muy fácil con las mujeres, y que eso le gusta.

Ese comentario no me tranquilizó en absoluto. Iba en la misma línea de lo que pensaba Éliane, que lo consideraba un irresponsable en general y un casanova en particular. Afirmaba que antes o después me llevaría una desilusión: «Es un auténtico mujeriego, de los que se aburren en cuanto la relación se estabiliza. Hazme caso, Nathalie: Jérôme nunca te hará feliz».

En su momento aquellas palabras me parecieron una tontería, pero resultó que mi jefa opinaba lo mismo. Y, sobre todo, yo no encontraba otra explicación para su comportamiento.

—Vete a descansar —me ordenó la señora Guillot—, estás hecha un desastre. Acláralo todo, que te cuente qué le pasa. ¡Y come algo, por el amor de Dios!

Me marché a casa. Era un día frío y lluvioso, el 2 de diciembre. Todavía recuerdo que en el metro me empezó a doler la cabeza, y que la gente se quedaba mirando mis ojos hinchados y enrojecidos. Me acuerdo especialmente de cuando llegué al piso. Sabía que Jérôme estaría allí porque la noche anterior había regresado de un viaje largo y libraba al día siguiente. Solía dormir hasta entrada la tarde, por lo que supuse que estaría en la cama.

Pero estaba en el salón y tenía compañía: François. Era su segunda visita, y aquella vez yo no había sido informada. Lógicamente, ninguno de los dos contaba con que volviera tan pronto.

Me pareció evidente que estaban hablando de algo que yo bajo ningún concepto debía conocer.

Hyères, Francia
Sábado, 19 de diciembre

No se encontraban muy lejos de Les Lecques, eso seguro. El coche tardó como una hora en llegar a la casa. El conductor eligió solo carreteras comarcales e incluso caminos sin asfaltar, probablemente con la intención de despistar a los pasajeros y para detectar si los seguía algún vehículo. Al principio Simon intentó mantener la orientación y descubrir adónde los llevaban. No pretendía decírselo a nadie: era consciente del peligro que corrían y, por su propio bien, estaba dispuesto a cooperar al máximo. Aun así, le desagradaba perder el control y no tener ni idea de dónde acabarían. Afuera reinaba la oscuridad, en las solitarias carreteras no había ni un cartel indicador; en una ocasión vio fugazmente el nombre de un camino que se internaba entre los campos. Pero, al carecer de otra referencia geográfica, ese nombre no le sirvió de nada. Pasado un tiempo se rindió. La policía no era tonta, sabía cómo evitar que sus protegidos descubrieran la ubicación de la casa.

Los acompañaban dos hombres. Uno era el teniente Hasnainy Halabi, que iba al volante. Tenía el pelo negro y muy denso, ojos color azabache y la piel oscura; parecía de origen árabe. El otro era el teniente Caparos, la mano derecha de Inès Rosarde.

Ellos viajaban en el asiento de atrás. Nathalie escrutaba el paisaje por la ventanilla. Simon pensó que, al igual que él, intentaba averiguar adónde iban. Comprendió que tendría que vigilarla porque aprovecharía la más mínima oportunidad para informar de su paradero a Jérôme. Seguro que ella también acabaría desorientada a lo largo del viaje pero eso no quería decir que, una vez que llegasen a su destino, no diera con una dirección o un punto de referencia reconocible. Puesto que carecía de móvil, haría todo lo necesario para conseguir el suyo. Eso significaba que debía estar alerta. Coincidió con Inès Rosarde en que Jérôme podía ser el verdugo, y no la víctima, en toda aquella historia. Entendía que Nathalie no quisiera considerar esa posibilidad, pero él no estaba dispuesto a correr ningún riesgo.

Al despedirse, la comisaria les había asegurado que aquel alojamiento forzoso no duraría mucho.

- Descubriremos lo que sucede y solucionaremos el caso. Pueden estar seguros.
- ¿Se están ocupando de Kristina? —preguntó Simon al instante.
- Por supuesto, confíe en nosotros. La buscamos con todos los medios a nuestro

alcance.

Después les presentó al teniente Halabi y les informó de que Caparos también los acompañaría.

—Jean Caparos trabajó unos años en protección de testigos, que es donde está ahora Halabi. Ambos poseen experiencia. Los llevarán a la casa y se quedarán con ustedes, diríjense a ellos para lo que necesiten. Yo me mantendré en contacto permanente, por lo que también podrán hablar conmigo en cualquier momento.

Simon vio que los dos llevaban pistola. Deseó de corazón que no se produjera una situación en la que tuvieran que recurrir a las armas.

Por lo que pudo observar a su llegada la noche anterior, bajo la lluvia y a oscuras, la casa estaba totalmente aislada, apartada de todo y rodeada de una valla. No se veían farolas, ni luces de otras casas, ni faros en movimiento que indicaran una carretera. En el absoluto silencio, solo se oía el murmullo de la lluvia. Le pareció distinguir colinas con viñedos. Y nada más. Ni personas ni casas. Nada.

Esa noche Caparos salió al jardín con una linterna para inspeccionar el terreno, comprobar el estado de la valla y asegurarse de que no había nada sospechoso. Regresó empapado pero contento: sin novedad.

Era sábado por la mañana y seguía lloviendo. Al llegar, Simon estaba tan cansado que no prestó atención a la casa; se había retirado enseguida a la habitación que le adjudicaron en la primera planta. Cuando se despertó aquella mañana, se incorporó en la cama y miró a su alrededor. El equipamiento era espartano: la cama, un armario, una cómoda y una silla. En el suelo de tablones había una fina alfombra. El radiador eléctrico del rincón debía de estar apagado porque hacía mucho frío. Olía a humedad y a cerrado, como suele suceder en las casas que llevan tiempo deshabitadas.

Se levantó y se asomó a la ventana. Nubes negras y bajas. Lluvia. Campos y colinas de viñas peladas, como le pareció ver la noche anterior. Ni una sola casa. A cierta distancia distinguió un bosquecillo. Se fijó en el estrecho camino de grava que conducía a la propiedad. El edificio estaba rodeado de un jardín bastante descuidado, delimitado por la valla de alambre de espino que el teniente Caparos había inspeccionado nada más llegar. Aquel podría pasar por un hogar de viticultores normales y corrientes de no ser por la alambrada: indicaba que los habitantes daban una importancia a la seguridad y al aislamiento que no era muy habitual en la zona.

Por la vegetación, Simon dedujo que se encontraban en el interior, a una distancia considerable del mar. Pero dónde estaban exactamente... no vio nada que le permitiera saberlo.

Salió de la habitación, se duchó en el baño situado al otro lado del pasillo, se vistió y se dirigió a la planta baja. Olía a café. Mientras los escalones crujían bajo sus pies lo asaltó un pensamiento deprimente: «¿Qué vamos a hacer todo el día metidos en esta casa? ¿Nos dejarán al menos salir a pasear?».

Se reunió con sus guardianes en la cocina. Caparos se encontraba sentado a la mesa, sacando una tostada del tostador. Halabi estaba apoyado en la ventana con una

taza de café en la mano. A Simon no se le escapó que su posición le permitía vigilar el exterior. Lo que parecía un inocente desayuno en la cocina era en realidad una situación controlada al milímetro.

—Pase —lo invitó Caparos—, siéntese. ¿Un café?

—Sí, gracias.

Se sentó a la mesa. Los muebles eran sencillos pero funcionales. En la pared había un calendario bastante deteriorado que, mirado con detenimiento, resultó ser del año 2002.

—¿Nathalie sigue durmiendo? —preguntó a los policías.

—No ha asomado la nariz —contestó Caparos mientras le tendía una panera rebosante de tostadas de pan blanco. Parecía que habían hecho la compra después de que les adjudicaran la misión.

—Debemos andarnos con ojo —advirtió Halabi—. Con la señorita Boudin, me refiero.

¿Se había dado cuenta él solo? Seguramente Rosarde lo había puesto al corriente.

—Está muy preocupada por su novio —explicó Simon—. Intentará guiarlo hasta aquí para ponerlo a salvo.

—Si he entendido bien a la comisaria Rosarde, el novio podría ser peligroso —repuso el hombre.

—Es una posibilidad que no debe descartarse —convino él con cautela.

Untó mermelada en una tostada.

«Aguanta —se dio ánimos—. Aguanta un poco, y después todo volverá a la normalidad».

Pero luego pensó que nada volvería a la normalidad. No si a Kristina le había pasado algo.

—¿Hay alguna novedad? —inquirió.

Durante un instante captó una reacción casi imperceptible. Fue tan sutil que un momento después no habría sabido decir cómo se había dado cuenta. ¿Por el temblor de un párpado? ¿O de una comisura? ¿Quizá por el rastro de una sombra que cruzó fugazmente por los rostros impasibles de los agentes?

—Saben algo —afirmó Simon. Sintió que el corazón y el pulso se le aceleraban—. ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada. Por favor, no se altere.

—¿Hay novedades de Kristina? De Kristina Dembrovski, lleva desaparecida desde el miércoles. La comisaria Rosarde me aseguró que reforzarían su búsqueda.

—La comisaria pasará por aquí después —informó Caparos—. Podrá hablar con ella.

Aquello lo inquietó aún más.

—¿Cómo es que viene tan pronto?

—Solo sabemos que llegará en un rato —expuso Halabi—. No nos ha dado más detalles.

Simon escrutó su rostro intentando descubrir si decía la verdad, pero no revelaba nada. Se preguntó si esa capacidad se podría entrenar mediante técnicas especializadas: mantener siempre una expresión inalterable.

Aunque no tenía mucha hambre se obligó a comerse la tostada y, sediento, se tomó dos tazas grandes de café. Después recorrió la vivienda. En la planta baja, además de la cocina, había un salón y una habitación pequeña en la que dormían Halabi y Caparos. Supuso que dormían por turnos, ya que siempre tenía que haber uno de guardia. En el salón había pocos muebles: un sofá, dos sillones y una mesita baja con las esquinas saltadas; todo estaba desvencijado y como elegido al azar. Adquirir una propiedad como aquella para un uso tan especial tenía que ser caro, y barruntó que el Estado destinaba los fondos a medidas de seguridad como la valla que cerraba herméticamente el recinto, así como a otras precauciones de tipo técnico con las que también contaría la casa. A todas luces, la comodidad de los ocupantes durante su estancia forzosa se consideraba algo secundario. Quizá en verano se estuviera mejor, pero en aquel momento... resultaba deprimente. Simon miró por la ventana: viñedos hasta donde alcanzaba la vista. Floridos en primavera, de un verde oscuro en verano, de un rojo llameante en otoño. Pero en invierno no eran más que troncos negros y pelados que surgían de la tierra. Sobre ellos, las nubes negras y bajas. Y la eterna lluvia. El paisaje se diluía en la desolación.

En la primera planta había dos habitaciones y un baño. Simon descubrió además una trampilla en el techo y una escalera de mano apoyada en la pared. Se preguntó si la buhardilla sería un trastero o si se utilizaría como dormitorio extra.

Se dirigió a su cuarto y colocó sus pocas pertenencias en el armario. Por precaución le había quitado la batería al móvil, para que no pudieran rastrearlo. La volvió a insertar y encendió el aparato para comprobar las llamadas y los mensajes. Tenía varios correos del trabajo que no exigían una respuesta inmediata. Además, había tres mensajes en el buzón de voz. Los dos primeros eran de Lena.

«Simon, por favor, llámame. Sigo sin saber nada de Kristina y estoy muerta de miedo. —No era una forma de hablar, su voz transmitía pánico y desesperación—. Ha tenido que pasarle algo, esto no es normal. Ya ni sé cuántos mensajes le he dejado pidiéndole que me llamara. Ella ya habría respondido al verme tan preocupada. Sé que no da señales de vida porque no puede».

El contenido del segundo mensaje era muy parecido al primero, pero Lena parecía al borde de un ataque de ansiedad.

«Por favor, por favor, llámame —le rogaba—. ¡No puedes desaparecer tú también!».

Sintió lástima por ella pero habían recibido instrucciones claras de no telefonar ni enviar mensajes, y tenía intención de cumplirlas. Carecía de sentido tomar una decisión y luego hacer las cosas a medias. Había acatado las normas de Inès Rosarde y no quería correr ningún riesgo. Y además, tampoco podía hacer nada por consolar a Lena.

Escuchó el último mensaje del buzón. Para su enorme sorpresa, era de Maya.

«Hola, Simon. ¿Cómo te va solito en el Mediterráneo? Oye, tengo buenas noticias: al final los niños quieren irse contigo. Ayer fue el último día de cole y ya están muertos del aburrimiento, sin hacer nada, peleándose y armando jaleo en casa».

¿Era cosa suya o la voz especialmente alegre de Maya ocultaba un deje de frustración? ¿Qué había pasado con El Nuevo, con el señor Los-críos-se-me-dan-de-maravilla? ¿Es que algo iba mal? ¿Los niños se habían enfadado con él? ¿O es que la convivencia con aquellos angelitos lo sobrepasaba? Maya y su pareja encontraban gran placer en manipular a los niños para fastidiar a Simon y que quedara como un imbécil. Y él se lo había puesto fácil. De pronto cayó en la cuenta de que la terrible situación en que se encontraba (por espantosa que fuera y que aún podía llegar a ser), había producido un cambio positivo en su actitud hacia su exmujer: no la había llamado para hablar con los niños ni para rogarle que se los mandara al menos unos días después de Navidad. Sin duda Maya contaba con ello, siempre había sido así en el pasado. Pero el juego perdía todo su encanto si Simon no daba señales de vida. Dos niños aburridos metidos en casa durante dos semanas de vacaciones, y encima con mal tiempo, podían hacer estallar a cualquiera. Y más a un novio reciente sin vínculos de sangre con unas criaturas que, como el propio Simon reconocía, a veces se convertían en unos monstruitos insoportables. A juzgar por el mensaje, parecía que eso era exactamente lo que había sucedido.

«Hemos estado mirando vuelos y podríamos comprar ya dos billetes para que lleguen a Marsella mañana. Solo tendrías que ir a buscarlos al aeropuerto. Por favor, llámame enseguida para que nos organicemos».

Ahí acababa el mensaje. Simon se quedó mirando el móvil: Maya en todo su esplendor. Ni siquiera preguntaba si le parecía bien el cambio de planes, daba por hecho que le besaría los pies embargado de gratitud. No llamaba para consultarle sino para notificarle sus intenciones. Al pedirle que la telefonara, solo quería asegurarse de que había oído el mensaje, no necesitaba su aprobación. Ya lo había aprobado ella.

Por supuesto, era imposible que sus hijos fueran a visitarlo, tan imposible como explicarle a su exmujer la situación en la que se encontraba. Ya anticipaba su incredulidad y no quería exponerse a sus burlas. Aparte de que iría contra las normas de la comisaría, no le apetecía ser el dócil Simon que siempre devolvía las llamadas. No tenía ganas de obedecer. De estar disponible. De satisfacer a los demás.

No pensaba telefonarla. Estaba desaparecido, Maya no podía imaginarse hasta qué punto aquella expresión era literal. Esas Navidades no había recibido más que desprecios. Pues bien, ahora tendrían que apañárselas sin él. También los niños, ya era hora de que aprendieran que los actos tienen consecuencias.

Hizo algo que no había hecho jamás: desoír la petición de su exmujer. Apagó el móvil y le quitó la batería.

Decidió bajar de nuevo para ver si Nathalie estaba desayunando. A mitad de la escalera se encontró con el teniente Halabi.

—¿La señorita Boudin está con usted? —le preguntó el policía.

—No. —Negó con la cabeza—. ¿No está abajo?

—No. Quizá siga durmiendo, pero tengo que comprobarlo. —Luego suspiró—. En realidad debería acompañarnos una agente pero no había ninguna disponible. No quisiera entrar sin más en su cuarto, ¿podría usted echar un vistazo?

—De acuerdo. —Se dio la vuelta, subió de nuevo y llamó a la puerta de la chica—. ¿Nathalie? ¿Estás despierta?

No recibió respuesta. Volvió a llamar, y luego otra vez. Puesto que no se oía nada, abrió la puerta. La habitación se parecía mucho a la suya. Y estaba vacía.

—No está —dijo atónito.

—¿Qué?

Halabi subió los peldaños en dos zancadas y se plantó a su lado. Lo apartó, entró en el cuarto y miró a su alrededor. Lo recorrió de arriba abajo, comprobó la ventana: cerrada.

—¡Mierda! —exclamó.

—Quizá haya bajado.

Halabi ya estaba otra vez en la escalera. Gritó desde allí algo que Simon no comprendió, y su compañero abandonó precipitadamente la cocina. Simon intentó bajar pero el teniente le ordenó con un gesto que se quedara arriba.

—Métase en su habitación —le ordenó—. Y cierre con llave.

Sacó la pistola y le quitó el seguro, lo mismo que Caparos. En cuestión de segundos se había impuesto el estado de emergencia en la pequeña casa en medio de la nada.

«¿Creerán que esa gente está aquí? ¿Y que ha secuestrado a Nathalie?».

Le costaba creerlo aunque sabía que esa gente era inteligente y astuta, y que siempre lograba acceder a la información importante. Recordó la advertencia que Jérôme le hizo a Nathalie, aunque nadie la había tomado en serio: «Nada de policía. También allí hay personas que trabajan para ellos».

¿Tendrían un topo? Quizá algún agente les había filtrado su paradero, poniendo en peligro no solo la vida de Simon y Nathalie sino también la de sus compañeros.

Encerrado en su habitación, se sentía como un preso en aislamiento. No percibía ningún ruido en la casa. Seguramente Halabi y Caparos inspeccionaban el jardín e intentaban averiguar qué había pasado con la joven.

¿Estarían pensando dónde y cuándo se habían descuidado? Pero en aquel momento esas preguntas eran una pérdida de tiempo, podían plantearse más tarde. Simon recordó la mirada dura y penetrante de Inès Rosarde. No le gustaría estar en la piel de los tenientes.

Una hora después la chica seguía sin aparecer. Halabi y Caparos comprobaron que no había nadie en los alrededores de la casa. Sin embargo, descubrieron un agujero en la base de la valla, un hueco lo bastante grande para que una persona pudiera colarse arrastrándose por el suelo.

Permitieron que Simon saliera de su habitación pero, cuando preguntó qué pensaban hacer, no respondieron. Dijeron que la alambrada estaba rota y, en su presencia, se limitaron a comunicarse intercambiando miradas. Halabi recuperó su puesto junto a la ventana de la cocina. Caparos se dirigió al salón y también se apostó en la ventana. Simon iba de una habitación a otra. Le parecía notar cierta indecisión en los agentes.

De repente Halabi soltó una exclamación, sacó el arma y le quitó el seguro. Simon, que en aquel momento se encontraba con él, siguió su mirada. Nathalie había aparecido en el camino de grava. Caminaba a paso normal y se la veía muy tranquila. Se dirigía a la casa.

—¡Al portón! —gritó Halabi.

Caparos ya estaba fuera, con la pistola preparada. Medio minuto después reapareció con la chica. Se la veía empapada y muy sucia, pero sonreía.

—Vengo de dar un paseo —anunció. Solo entonces percibió la tensión de los policías—. ¿Qué sucede?

—¿Ha salido por el agujero de la valla? —preguntó Caparos, cortante.

Nathalie señaló hacia la parte trasera del jardín.

—Sí, así es.

Eso explicaba por qué estaba llena de tierra como un topillo.

—Vaya por Dios —murmuró Halabi.

—¿En qué pensabas? —la reprendió Simon.

Ella lo miró, irritada.

—Solo quería dar un paseo. No sabía que estábamos prisioneros.

—Usted revisó la valla anoche, ¿no? —preguntó Simon a Caparos.

Este, que seguramente iba a tener que aguantar los reproches de su compañero, parecía abochornado.

—Estaba muy oscuro. Y llovía mucho.

No se había fijado en el hueco. Aquel error tendría consecuencias. Simon se dio cuenta de que el teniente estaba afectado, a pesar de sus esfuerzos por mantenerse tranquilo e impasible.

—No vuelva a hacerlo —advirtió Halabi a Nathalie—. Si les pasa algo, los responsables somos nosotros.

Estaba enfadado. La chica no podía haber abierto el hueco en la valla, por lo que el agujero debía de llevar tiempo abierto. El error lo había cometido Caparos pero los llamarían a capítulo a los dos. A pesar de que la situación se había resuelto sin daños tendrían que informar a su superiora, y no resultaba difícil imaginar sus envenenados comentarios. Su protegida había abandonado la propiedad sin que se dieran cuenta; había descubierto el agujero y paseado por el exterior durante horas mientras ellos la creían dormida.

«Novatos» era el apelativo más suave que les dedicaría la comisaria. La misión había comenzado peor que mal.

Mirkovo, Bulgaria
Sábado, 19 de diciembre

Ivana no conseguía pegar ojo y al final se levantó a las cuatro y media porque era inútil seguir dando vueltas en la cama. La inquietud la carcomía. Desde que había hablado con Boris, estaba convencida de que tenía algo que ver con la desaparición de su familia. Él no parecía sorprendido cuando le contó su historia y, además, notó que estaba asustado. Suponía que había accedido a llevarla al escondite para que convenciera a la familia de que acudiera a la policía; él no podía asumir tanta responsabilidad, no quería ponerse en peligro. Sin embargo, Ivana tenía miedo de que hubiera cambiado de opinión. El hombre podía pensar que le había mentado, o que revelar el secreto solo le causaría más problemas.

Tenía el presentimiento de que se marcharía antes de las seis. Por eso decidió vestirse y ponerse en camino. No permitiría que se la jugara.

En la pensión todo el mundo dormía. Nadie había preparado café y, menos aún, el desayuno. Pensó que a lo mejor encontraba abierta alguna panadería o cafetería, pero no tuvo suerte: la ciudad aún estaba sumida en el sueño. Hacía mucho frío y durante la noche había nevado. Aunque caminaba a toda velocidad, llegó congelada a casa de Boris. Eran las cinco y veinte. En la carpintería brillaba una luz que iluminaba el patio delantero. El hombre estaba cargando muebles en la caja de su camioneta descubierta; en aquel momento comprobaba las cuerdas que los sujetaban. Ivana calculó que estaría listo para marcharse en diez minutos y se alegró de haberse presentado antes de lo acordado. Sin embargo, estaba por ver si accedería a llevarla con él.

Se sobresaltó al verla.

—¿Qué hace aquí? Habíamos quedado a las seis.

Ella disimuló sus recelos.

—Es que no podía dormir. No aguantaba más en esa habitación.

—Ya... —Parecía indeciso. Al final dijo—: Oiga, lo he pensado mejor y...

—¿Sí?

—De verdad que no puedo ayudarla.

—Boris, por favor... Usted es mi única esperanza.

Él señaló la camioneta.

—Tengo que entregar muchos pedidos. Será un viaje muy largo.

—Pero seguro que pasará a ver a su padre. Puede dejarme allí y seguir su camino.

—Está usted suponiendo que sé dónde está mi padre.

Ivana lo miró fijamente. El hombre cerró los ojos con fuerza.

—¡Al diablo con todo! —exclamó—. ¿Es que no puedo vivir tranquilo? No le he hecho mal a nadie, jamás me he metido en líos. Solo intento progresar, ¡Dios sabe lo difícil que es!

—No siempre es posible quedarse al margen, Boris —repuso ella con suavidad—. La vida nos trae muchos reveses, nadie consigue salir indemne de todo.

—¡Claro que sí! —replicó el hombre, furioso—. Hay gente que no se mete en nada. Que solo mira su propio interés y no se complica la vida. Al final, a esos siempre les va bien. Nunca les pasa nada.

No podía estar más en lo cierto. Ivana guardó silencio, ¿qué podía responder? Sin embargo, lo miró con ojos rebosantes de desprecio.

Y él acabó por ceder. Si Ivana no se hubiera presentado antes de la hora fijada se habría largado solo. Era muy lista, y comprendió que no se libraría fácilmente de ella.

—Suba —ordenó con brusquedad—. Voy a tapar los muebles con una lona.

Agradecida, se subió al asiento del copiloto. En la cabina hacía tanto frío como en la calle, pero al menos estaba protegida del fuerte viento del este. Cruzó los brazos y se balanceó adelante y atrás. Tenía hambre y se moría por un café caliente. Pero no importaba. No era momento de pensar en eso.

Boris se acomodó en su asiento y, sin decir palabra, encendió el motor. Salieron del patio traqueteando. Reinaba la oscuridad, el único resplandor provenía de la fina capa de nieve que cubría las calles y los edificios. En cuanto abandonaron Mirkovo comenzó a nevar con intensidad. Los enormes copos caían como una lluvia de plumas.

«Ojalá no nos quedemos atascados», deseó Ivana.

A media mañana seguía nevando y ellos continuaban su ruta. Viajaban por carreteras comarcales, dejando atrás pueblos que parecían detenidos en el tiempo. Boris había entregado varios muebles. Apenas hablaba. En una ocasión, antes de subir a la camioneta, miró preocupado al cielo.

—Cada vez cae más densa —constató—. Si no para pronto, tendremos problemas.

En el trayecto habían visto varios coches atrapados en la nieve; como las ruedas de la camioneta eran más grandes, ellos podían seguir adelante. Sin embargo, considerando los enormes copos, dentro de poco su vehículo tampoco sería capaz de continuar. Hasta el momento Boris no había propuesto dar la vuelta, como Ivana temía. El hombre sabía que regresar podía resultar tan dificultoso como seguir: estaban ya muy lejos de Mirkovo. Además, debía entregar los muebles sin falta, necesitaba el dinero.

Pasado un rato paró en el arcén y tomó un termo del asiento de atrás.

—Café. ¿Le apetece?

Era solo y fuerte, y aún estaba caliente. Ivana agradeció como nunca unos sorbos de aquella bebida. El calor se expandió por su cuerpo y su ánimo, casi desfallecido, recuperó las fuerzas. Contempló el paisaje a través de la nieve. Llanuras. Campos ilimitados, infinitos. Ni siquiera se distinguía el horizonte porque el cielo y la tierra se fundían en el remolino gris de los copos. Parecían encontrarse en el fin del mundo.

—Ya no queda mucho —aseguró Boris, dando un trago de café.

—¿Para que acabe su jornada? ¿Ya ha entregado casi todo?

Él negó con la cabeza.

—No, para que lleguemos donde usted quiere ir. Yo continuaré hacia el norte y luego regresaré a Mirkovo dando un rodeo.

—A lo mejor debería quedarse allí a descansar durante la noche. Con tanta nieve...

—No, quiero seguir.

—¿Y su ruta a Mirkovo no pasa por allí?

—No. Ya no volveré hasta el fin de semana que viene.

Ella misma lo había sugerido: «Puede dejarme allí y seguir su camino».

En realidad era lo más sensato. A Ivana no le iba a resultar fácil convencer a la familia de que abandonara su escondite y acudiera a la policía. Necesitaría tiempo para persuadir a Gregor Semionov, si es que lo conseguía.

Y luego ¿qué? ¿Cómo iban a salir de aquel páramo?

«Ya pensaré en eso cuando llegue el momento», decidió.

Reanudaron la marcha. Las ruedas se abrían paso con dificultad a través de la capa de nieve, cada vez más espesa. En ocasiones el vehículo patinaba tanto que estaba segura de que acabarían en la cuneta, y tampoco Boris las tenía todas consigo. Ivana no quería ni imaginarse esa situación. Llevaban horas sin cruzarse con otro coche, aquella era una zona muy poco transitada y menos aún con ese tiempo. Si tenían un accidente nadie se enteraría. Se preguntó si Boris llevaría móvil y al instante pensó que, de todas maneras, no serviría de mucho. No creía que allí hubiera cobertura.

Eran casi las tres de la tarde, quedaban dos horas escasas de luz. Entonces Boris rompió el silencio.

—Es allí delante.

A pesar de sus esfuerzos, Ivana no veía nada «allí delante» debido a la tupida cortina blanca. Cuando se acercaron, distinguió entre los copos los contornos de una cabaña. Era más bien un refugio, no muy grande pero de aspecto sólido. Se encontraba en una hondonada y casi enterrado bajo la nieve acumulada en el tejado.

Boris detuvo la camioneta.

—No puedo acercarme más. Con esta nevada es imposible dar la vuelta ahí abajo y subir otra vez la pendiente. Tendrá que llegar a pie.

Ivana sintió aprensión.

—Pero su familia está ahí, ¿verdad? —Si se quedaba allí sola en medio de la nada, su vida correría peligro.

El hombre asintió.

—¿Adónde iban a ir? No hay modo de salir de aquí, y menos con un tiempo tan malo. —Señaló la cabaña con la cabeza—. La puerta se ha abierto un poco, eso es que me han visto. Se habrán asustado. Les traje comida ayer, no me esperan hasta la semana que viene.

—¿Hizo usted el viaje ayer aunque hoy tenía que pasar cerca?

Él rehuyó su mirada.

—No tenía que pasar cerca. He dado un rodeo solo para traerla.

—Oh, eso es...

Boris le quitó importancia con un gesto de la mano.

—No me dé las gracias. Tenía razón. Esta mañana hizo bien en presentarse antes porque pensaba irme sin usted. No quería complicarme más la vida.

—Lo comprendo —repuso ella.

—Pero cuando apareció... Siento muchísimo lo de su hija. Es una situación muy jodida. No sé si mi padre podrá ayudarla, pero al menos... —Se encogió de hombros.

Un hombre se asomó a la puerta.

—Es mi padre. —Boris lo señaló con el brazo.

—¿La cabaña es de usted?

Él negó con la cabeza.

—Es de una antigua clienta, una señora mayor que solía encargarme muebles para su tienda. Es una dacha, una cabaña de verano. Tengo llaves porque la señora ya no se puede mover y me encargó que le echara un vistazo de vez en cuando. —Temiendo que lo tomara por demasiado solícito, añadió—: No tiene familia, espero heredar la casita algún día. Incluye un poco de terreno con arbolado.

—Entiendo —dijo Ivana. Al encontrarse totalmente aislada, aquella cabaña parecía el escondite perfecto. Pero en ningún caso era una solución a largo plazo, debía convencer de ello a los Semionov.

Como si le leyera el pensamiento, Boris dijo:

—No creo que mi padre tenga ningún plan. ¿Cuánto pueden aguantar aquí? En verano se puede vivir pero ahora... La casa no está equipada para el invierno. Aunque la estufa arde día y noche, dentro hace un frío terrible. Dependen de mí por completo. Mi padre me entregó sus ahorros y con eso compro la comida, pero el dinero se terminará pronto. Y yo no puedo alimentar tres bocas, sobrevivo a duras penas. Estamos en diciembre y mire qué tiempo: imagine cómo será en enero y febrero. ¿Qué pasará si no consigo llegar hasta aquí? ¿Cómo van a sobrevivir?

—Realmente es una locura —afirmó Ivana.

La familia debía de estar aterrorizada. ¿Con razón?

—Están muertos de miedo —confirmó Boris—. Si no, jamás se habrían metido

aquí.

Abrió la puerta de la camioneta y el viento helador invadió la cabina. Saltó a la nieve, hundiéndose hasta las rodillas, y agitó un brazo.

—¡Soy yo! —gritó—. ¡Boris!

Gregor, que había permanecido tras la puerta, salió. Ivana lo vio abrirse camino por la nieve con dificultad. Jadeaba cuando llegó al vehículo y tenía las mejillas coloradas de frío.

—¡Boris! ¿Ha pasado algo? Dijiste que no volverías hasta la semana que viene.

Entonces Ivana se apeó. Gregor le clavó la mirada.

—¿Quién es usted?

—Esta mujer quiere hablar contigo, padre —anunció Boris—. Y deberías escucharla con mucha atención.

Hyères, Francia
Sábado, 19 de diciembre

—¿Qué hacías ahí fuera? —preguntó Simon a Nathalie, furioso. Necesitó dominarse para no gritar. Estaban en la habitación de la chica—. Y no me vengas con el cuento del paseo. No eres de las que salen a caminar durante horas en un día asqueroso como este.

—Ah, ¿es que ahora sabes cómo soy? —Seguía con la ropa mojada porque no tenía nada para cambiarse. Estaba sentada en la silla, empapada y sucia. Únicamente se había envuelto el pelo con una toalla. No parecía arrepentida en lo más mínimo, a pesar de que Halabi y Caparos la habían reprendido por su comportamiento—. ¡No tienes ni idea de quién soy!

—¡Y nunca he deseado tanto no haberte conocido! Estoy en esta situación por tu culpa. Por no hablar de Kristina, cuya vida está en riesgo. —Sentía ganas de estrellar algo contra la pared. Parecía que aquella cabeza de chorlito no era consciente del daño que había causado—. ¿Sabes lo que pienso, Nathalie? Creo que has salido a explorar la zona para averiguar dónde estamos porque quieres que tu querido novio venga a buscarte. ¡Y no te importa una mierda ponernos a todos en peligro!

—¡Él también corre peligro!

—Eso no lo sabes. No tienes ni idea de en qué bando está. Ni siquiera sabes lo que está pasando. ¿Cómo puedes ser tan ingenua?

—No me habría avisado si...

—Joder, Nathalie, ¡despierta de una vez! Pudo avisarte por miles de razones. Quizá pretendía quitarte de en medio porque, por algún motivo, suponías un riesgo para él. Y a lo mejor te contó eso de los agentes corruptos para evitar que fueras a la policía. Todo es muy confuso y...

—Si solo pretendía que me fuera de París, ¿por qué me persigue esa gente?

—Seguramente creen que sabes algo, aunque en realidad no tengas ni idea. ¡Pero todo eso da igual, Nathalie! Lo único importante ahora es que cooperemos. Ya han muerto dos personas y Kristina ha desaparecido. No podemos correr riesgos. No debemos salir de la casa ni decirle a nadie dónde estamos. ¡Y eso incluye a tu amado Jérôme!

—De todas maneras, no sé cómo iba a hablar con él —replicó ella.

Él asintió con firmeza.

—Y yo mantendré los ojos bien abiertos, tenlo por seguro. No pondrás las manos en mi móvil.

—No me sorprende. Era de esperar que agacharas las orejas...

—¿Asegurarme de que no pones en riesgo nuestras vidas te parece «agachar las orejas»?

—Eres servil y conformista, Simon. Siempre lo has sido y siempre lo serás. Esa Inès Rosarde te dice «sienta», «tumba» o «quieto» y tú obedeces como un perrito. Es ridículo. Yo no soy así, yo hago lo que quiero.

—¿«Servil y conformista»? ¿No se te ha ocurrido que esas advertencias y normas de seguridad están plenamente justificadas?

Ella se encogió de hombros.

«Solo intenta provocarme», pensó Simon. Aun así, le afectó. Y le dolió.

Había parte de verdad en sus palabras. Quizá no en lo referido a aquella situación concreta, pero sí en cuanto a su vida en general.

Y, siendo sincero, no era «parte de verdad» sino una verdad completa. A sus cuarenta años, aquella mañana había desatendido la petición de un familiar por primera vez: no había llamado a Maya. Recordó la sensación de fuerza y liberación que lo había embargado.

Pero era consciente de que había desperdiciado cuarenta años enteros.

Se dirigió a la puerta.

—Me voy abajo. La comisaria ha dicho que pasará dentro de un rato.

Ella volvió el rostro hacia la ventana. No contestó nada.

De pronto Simon la vio allí sentada como un cartucho de dinamita a punto de estallar. Esa era la impresión que transmitía. No estaba dispuesta a abandonar su plan de reencontrarse con Jérôme y haría cualquier cosa, lo que fuera necesario, para lograrlo, sin tener en cuenta las consecuencias.

Debía vigilarla de cerca.

Inès Rosarde traía malas noticias, Simon lo notó enseguida. Eran casi las cinco y media, mucho más tarde de cuando dijo que llegaría. Su compañero se quedó en el coche y ella entró en la casa. No había duda de que la conversación con Halabi y Caparos sobre el paseo matutino de Nathalie ya se había producido porque les lanzaba unas miradas fulminantes y los trataba con absoluta frialdad. Parecía agotada y muy baja de ánimo.

—Acompañeme, por favor —pidió a Simon—. Necesito hablar con usted.

Pasaron al salón, que seguía frío y húmedo. El radiador apenas emitía calor.

—No es un sitio muy acogedor, ¿verdad? —comenzó la comisaria—. Lo siento, pero en esta época del año... Muchas casas del sur no están preparadas para el invierno. Y eso que aquí también llega, una vez al año para ser exactos.

Él cerró la puerta y se detuvo en medio de la habitación.

—¿Qué le ha pasado a Kristina? —preguntó sin rodeos.

Ella inspiró profundamente. También se había quedado inmóvil.

—Lo siento muchísimo, Simon.

Lo llamaba por su nombre. ¿Un gesto de condolencia?

—Dígame...

—Está muerta.

De pronto sintió que le daba vueltas la cabeza, no conseguía pensar con claridad.

—¿Muerta? —repitió, como si no entendiera el significado de la palabra.

—Un hombre la encontró ayer en su garaje. La habían abandonado en el asiento trasero de su coche.

—¿Está segura de que se trata de Kristina? —inquirió él, sin poder creerlo.

—Por desgracia, sí. Aunque tenía graves heridas, aún vivía cuando el hombre la encontró. Falleció en la ambulancia.

—¿Qué le...? ¿Cómo murió?

Inès hizo un gesto de pesar con la cabeza.

—No me pida que le cuente los detalles. Créame, es mejor que no sepa lo que le hicieron.

—Dios mío... —No sabía qué decir ni qué hacer. Una especie de parálisis se había adueñado de él.

—La torturaron. Eso suele hacerse por venganza o para obtener información. Puesto que podemos descartar el móvil de la venganza, lo más probable es que intentaran descubrir dónde se escondían la señorita Boudin y usted. —Un escalofrío la recorrió al imaginar lo que habría sucedido de haberlos encontrado—. Debí traerlos aquí mucho antes. Sus vidas corrían peligro en Les Lecques.

—¿Esa gente ha aparecido por allí?

—Vigilamos el apartamento día y noche. No hemos visto a nadie sospechoso.

Simon se frotó los ojos. Sentía ganas de llorar pero no podía. Su cuerpo estaba paralizado.

—¿Eso quiere decir que no nos ha delatado? ¿Que no les dijo nada a pesar de que la torturaron?

«Kristina, siempre tan decidida y valerosa. ¿Cómo has podido soportarlo?».

—Eso parece —confirmó la comisaria—. Quizá no se han dejado ver porque piensan que el apartamento está vigilado. Pero también puede ser que su pareja no les revelara nada. De ser así, le ha salvado a usted la vida.

—En realidad no era mi pareja. —No sabía por qué se lo contaba; quizá porque no había nadie más—. Eso es lo peor. La conocía desde hace seis meses. Estoy divorciado y era la primera vez desde el divorcio que... que me imaginaba un futuro con alguien.

Aunque le costaba creerlo, le pareció ver compasión en los ojos de Inès Rosarde, siempre tan fríos.

—Qué tragedia —susurró ella—. Al principio de la relación... Tras superar un

divorcio... Lo siento muchísimo, Simon. Muchísimo.

—Lo cierto es que la relación ni siquiera había empezado. No supe poner mi vida en orden y darle a Kristina el lugar que merecía. No hablé de ella con casi nadie para no tener problemas con mi exmujer y mis hijos... Ella lo pasó muy mal. Puede decirse que nuestra relación terminó antes de convertirse en algo serio. Vino a Francia para que nos diéramos una última oportunidad. Y eso le ha costado la vida. De una forma brutal... —Cerró los ojos, como si así pudiera hacer desaparecer las imágenes que acudían a su mente. Murmuró—: Es... horrible.

—Simon...

Hizo un esfuerzo por recomponerse. La comisaria no era la persona más indicada para compartir su tristeza, su lamentable vida personal, sus errores y su sentimiento de culpa. No era una amiga y, además, tenía asuntos más importantes que resolver.

—¿De verdad están seguros de que es Kristina?

—Sí. La hemos identificado. Su bolso estaba en el suelo del coche, con toda la documentación. Y llegó a decir su nombre a los enfermeros.

—¿Y dónde...? ¿Dónde estaba?

—En Le Tholonet, un pueblecito cerca de Aix-en-Provence. No lejos de Les Lecques.

—Y el hombre en cuyo garaje... ¿tiene algo que ver?

—No. La investigación no ha concluido pero creo que podemos descartarlo. Tiene más de ochenta años y esto lo ha dejado en estado de shock. En mi opinión, nadie es capaz de fingir tan bien. Hubo que trasladarlo al hospital a causa de una crisis nerviosa y le han tenido que administrar ansiolíticos intravenosos.

—Pero entonces... ¿por qué la dejaron en su coche?

Ella se encogió de hombros.

—Creo que fue algo circunstancial. Primero, era un garaje exterior de chapa al que resulta muy fácil acceder. Segundo, la propiedad es la última al final de un camino. Y tercero, la finca es grande y la casa se encuentra al fondo, desde ella no se ve el portón de entrada. Suponemos que los asesinos buscaban un sitio para deshacerse de Kristina y que aquel les pareció adecuado.

—¿Y no podrían haberla dejado en...? —Necesitó parar. Era como si no estuvieran hablando de Kristina sino de un saco de basura.

Inès comprendió enseguida a qué se refería.

—Pues sí. Podrían haberla ocultado en cualquier otro sitio. En las montañas que comienzan poco después de Le Tholonet abundan los barrancos y precipicios. Pero sin duda querían que la encontráramos.

—Aún no estaba muerta, existía la posibilidad de que sobreviviera. ¿Acaso no temían que hablara?

—Es evidente que no. Ya tenemos la descripción de los supuestos policías del aeropuerto, pero no nos sirve de nada. Miles de hombres encajan en ella... Además, supongo que Kristina desconocía dónde la tenían prisionera.

—No sería en Le Tholonet, ¿verdad?

—Lo estamos investigando pero parece poco probable. Aunque seguramente se trate de un lugar cercano; necesitaremos mucha suerte para localizarlo.

Simon asintió. Le sorprendía su capacidad para formular todas esas preguntas con voz tan firme. En su interior, el mundo se derrumbaba de tal modo que no podía ni pensar en ello. Quizá por eso hacía tantas preguntas: para no volverse loco.

—¿Por qué...? ¿Por qué querían que la encontráramos?

—Para asustarnos. Quieren demostrar su poder y su falta de escrúpulos. Parecen muy seguros de sí mismos. Pero puedo decirle por experiencia que, antes o después, esa arrogancia será su perdición. Ya lo he visto en otras ocasiones.

Sin embargo, eso no le devolvería a Kristina. Se preguntó si saber que sus asesinos estaban entre rejas le reportaría algún consuelo. Pensaba que no. En aquel momento todo le parecía negro, vacío y sin sentido.

—Y ahora ¿qué pasará?

—Se le practicará la autopsia. Es posible que hallemos alguna pista relevante. Por cierto, hablando de pistas: los compañeros de París registraron el piso de Nathalie y Jérôme y no han encontrado nada. Parece que el joven se llevó su portátil. Han aislado las huellas, que compararemos con las encontradas en la vivienda de Jeanne Berney. Por supuesto, el hecho de que no coincidan no descarta a Deville, podría haberse puesto guantes. Aun así, casi todo el mundo deja algún rastro: partículas de piel, fibras... Pronto sabremos a qué juega.

Jeanne Berney. Otra mujer llorada por su familia. Yves Soler. Kristina. Tres asesinatos.

—Por Dios santo... —susurró Simon.

Rosarde pareció adivinar el hilo de sus pensamientos.

—Me alegro mucho de que la chica y usted estén aquí. Cualquier otra decisión sería una irresponsabilidad. Pero debemos desconfiar de Nathalie. Ya me han contado lo de esta mañana.

—Ese paseo...

La comisaria resopló.

—¡Paseo! Ambos sabemos que no iba buscando un poco de aire fresco. Quería explorar la zona para descubrir dónde estamos.

Eso mismo había supuesto él.

—Dice que está muy preocupada por la seguridad de Jérôme.

—Y yo estoy muy preocupada por la de ustedes —replicó ella—. No quiero que Deville aparezca por aquí.

—A lo mejor no es mala idea. Tal como están las cosas, es el único que podría explicarnos qué es toda esta locura.

—Precisamente por eso lo estamos buscando. Pero no me gustan las triquiñuelas —añadió con determinación—. La señorita Boudin debe permanecer al margen. Ahora mismo le explicaré lo que espero de ella.

Simon no creía que Rosarde consiguiera amilanar a Nathalie, y menos disuadirla de sus planes, pero asintió como si estuviera de acuerdo. No podía dejar de pensar en Kristina y en cómo había muerto. Sus pensamientos acababan ahí: en su muerte. Como si después no hubiera nada. Como si fuera imposible que la vida retomara su curso tras semejante horror.

—¿Qué le pasa a la chica con el tal Jérôme? —reflexionó la comisaria en voz alta—. ¿Qué la mantiene unida a él? ¿Es dependencia, es sumisión...?

—Es amor —repuso Simon—. Seguramente es amor.

Inès dio varias vueltas a la palabra, como si necesitara aclarar su significado.

—Pues sí, quizá —concedió dudosa.

—Hay personas que nunca abandonan al ser amado —dijo él con voz temblorosa—. En contra de la razón y la prudencia, desafiando al mundo si hace falta. Aunque Jérôme esté metido en asuntos turbios, aunque esté implicado en el asesinato de varias personas... a ella parece que no le importa. Permanecerá a su lado hasta el final.

Escuchó sus propias palabras.

«Es lo contrario de ti —dijo sin compasión su voz interior—. Ella hace por Jérôme lo que tú jamás hiciste por Kristina».

Oyó que la comisaria le decía:

—Calma, Simon, calma.

Solo entonces se dio cuenta de que estaba llorando.

Dobruja Meridional, Bulgaria

Sábado, 19 de diciembre

Tal como Boris había dicho, la cabaña estaba helada. En la estufa de hierro ardía un fuego incapaz de combatir el frío que se filtraba por las finas paredes. La familia se había abrigado con múltiples capas de ropa y Selina, además, se había envuelto en una manta de lana. Estaban pálidos, descuidados y con el pelo revuelto; olían a sucio.

Gregor Semionov se disculpó:

—No hay agua corriente, derretimos la nieve en un barreño. Pero claro, es difícil asearse y lavar la ropa...

«¿Cuánto tiempo piensan que pueden aguantar aquí?», se preguntó Ivana.

Su aparición les había causado una enorme inquietud. Aunque enseguida comprendieron que sus intenciones eran buenas, les aterrorizaba la idea de que alguien hubiera sido capaz de llegar hasta allí. De localizar a Boris, el hijo desconocido. Y de establecer la conexión.

Aunque eso tenía su lado bueno: Ivana no tendría que esforzarse mucho para convencerlos. La situación hablaba por sí sola. Si ella los había encontrado, cualquiera podría hacerlo.

—¿Dónde estamos? —les preguntó.

Reunidos alrededor de la estufa, se calentaban las manos con las tazas de café. Gracias a las provisiones que Boris les había llevado el día anterior, al menos contaban con comida y bebida.

—En Dobruja —respondió Katarina Semionova. Su voz era débil—. Muy cerca de la frontera con Rumanía.

Dobruja, un amplio territorio de suaves colinas que se prolonga hasta las orillas del mar Negro. La Dobruja Septentrional está situada al sureste de Rumanía y la Dobruja Meridional, al noreste de Bulgaria. Aunque hay algunas ciudades grandes, las separan enormes extensiones de terreno deshabitado. Campos y bosques hasta el horizonte. Cerca del mar el clima es suave, casi mediterráneo.

Sin embargo, se hallaban muchos kilómetros tierra adentro. Una región famosa por sus inviernos gélidos y sus intensas nevadas; el viento descendía desde Rusia.

—¿Y la población más cercana? —inquirió Ivana.

—Dulovo —contestó Gregor—. A unos quince kilómetros de aquí.

No era imposible. ¿O se lo impediría el mal tiempo? Debían de estar a unas cinco

o seis horas en coche de Sofía. Boris no regresaría hasta el viernes de la semana siguiente. Necesitaban salir de allí antes.

«Déjalo para después —se obligó a calmarse—. Ese es el segundo paso».

Informó a la familia del motivo de su visita. En parte conocían la situación por lo que les contó Kiril en su día. Mientras Ivana hablaba de Ninka, de su tristeza y su desesperación, Katarina le sujetaba la mano. La mujer la comprendía, por supuesto. Cualquier madre lo entendería.

—Por favor, acudan a la policía. Interpongan una denuncia y cuenten todo lo que saben. Es mi única posibilidad de volver a ver a mi hija.

Gregor movía la cabeza, nervioso.

—La policía es incapaz de protegernos —contestó—. Ese es el problema.

—Pero podría capturar a esa gente tan peligrosa.

—Son demasiados —objetó él—. La estructura es muy complicada. Aunque logran detener a unos cuantos, aunque los juzgaran y encarcelaran, otros seguirían en libertad. Estaríamos siempre en peligro.

—No pueden pasar aquí el resto de sus vidas. —Miró el equipamiento espartano de la cabaña y se estremeció por el frío y la suciedad—. Así no se puede vivir. No resistirán, Boris no aguantará. Tendrán suerte si superan el invierno, y quizá el verano. Pero el invierno próximo, lo dudo mucho. Y así un año tras otro... Sin esperanza...

—Esto es provisional —afirmó Gregor—. Conocía la cabaña porque Boris viene a revisarla y siempre comenta que quizá la herede algún día. Me pareció que serviría como primer refugio. Tuvimos que abandonar Sofía a toda prisa, no había tiempo para elegir el lugar perfecto.

—Entiendo, pero...

—No vamos a quedarnos aquí para siempre —la interrumpió él—. Quizá vayamos a Rumanía. Las cosas no pueden estar peor que en Bulgaria.

—Pero en Sofía tiene su trabajo. No sabe si encontrará algo en Rumanía.

Él se encogió de hombros.

—Pues tendré que intentarlo. No nos queda más remedio.

—Sí que lo hay —rebató ella, desesperada—. La policía. Luchar contra esa... banda criminal. Enfréntense a ellos. No permitan que los condenen a huir toda la vida.

Todos guardaron silencio. Ivana tuvo que reconocer que el miedo no los había hecho perder la cabeza. Simplemente sabían que no tenían posibilidades de sobrevivir si regresaban a Sofía, así de sencillo. Comenzar una nueva vida en Rumanía les parecía más seguro, a pesar de lo que suponía marcharse a un país extranjero. Quizá tenían razón y podrían salvarse: escondiéndose durante un tiempo en el país vecino, y pasando luego a Moldavia o más al norte, a Ucrania. Con suerte, algún día se librarían de las garras de sus perseguidores, y más teniendo en cuenta la agitación social que había en Kiev y que se extendía por toda la región. ¿Quién sería capaz de

sostener a largo plazo la búsqueda de una familia de solo tres miembros?

Este pensamiento hizo que Ivana se enfrentara a una cuestión que había permanecido en segundo plano todo el tiempo y que, por tanto, no había llegado a comprender: ¿por qué aquella gente perseguía a Selina de esa manera? Hasta el punto de empujar a la familia a aquella arriesgada fuga... ¿por qué? ¿Acaso temían que la chica pudiera identificarlos? Kiril y ella habían proporcionado a la policía una descripción de Viara y no solo no había servido para nada, sino que parecía que a esa gente no le importaba lo más mínimo.

¿Querían vengarse porque se les había escapado una presa cuyo precio ya habían pagado? ¿Pretendían recuperar lo invertido? Ivana no creía que fuese por eso. Eran criminales profesionales que sin duda calculaban muy bien la relación coste-beneficio. Les resultaba muy sencillo encontrar cientos de chicas y, con falsas promesas, mandarlas al oeste de Europa con el fin de explotarlas: así ganaban sumas astronómicas. Una pérdida como la de Selina tan solo les supondría unos pocos miles de euros. ¿De verdad les merecía la pena tanto esfuerzo? Si dedicaran ese tiempo a localizar nuevas jóvenes recuperarían con creces el dinero perdido.

¿A qué se debía aquella caza obsesiva? ¿Cuál era la razón?

Se decidió a formular la pregunta, mirando directamente a la chica:

—¿Por qué te persiguen, Selina? ¿Por qué necesitan encontrarte a toda costa?

Ella posó la taza de café. Le temblaban las manos. Había permanecido callada durante toda la conversación, como si lo sucedido le hubiera robado la voz o la capacidad de hablar. Guardó silencio tanto rato que Ivana temió no recibir respuesta. Cuando estaba a punto de girarse para hacerles a los padres la misma pregunta, la joven abrió la boca. Tenía la voz ronca, como les pasa a algunas personas cuando llevan un tiempo sin hablar.

—Creía que no me lo iba a preguntar nunca.

—Tienes algo que ellos quieren —aventuró Ivana.

Ella asintió y dijo:

—Voy a contárselo todo.

Desde el día que llegué a casa antes de lo previsto y me encontré a Jérôme con François fui incapaz de decirme que no pasaba nada y que mi novio solo estaba un poco distraído, malhumorado y pensativo. En cuanto entré en el salón noté que molestaba: no querían mi compañía ni que participara en su conversación. Fue como volver a la infancia, cuando me acercaba a un grupo de niños y no me dejaban jugar con ellos. Se callaban, paraban el juego, se me quedaban mirando. Levantaban un muro invisible. Y yo acababa comprendiendo que sobraba.

Exactamente eso sentí con Jérôme y François: que sobraba.

Al final de la velada lo comenté con él:

—Estabais muy serios, ¿qué era eso tan importante que discutíais? —Me esforcé por parecer relajada y natural, inocente. A lo mejor así recibía una respuesta.

—Nada —contestó él.

—Nunca me habría imaginado que te hicieras amigo de alguien como François. Sois muy distintos.

—No es mi amigo.

—Es la segunda vez que lo invitas. Y vuestra conversación me ha parecido bastante confidencial.

Perdió la paciencia.

—Por Dios, Nathalie, ¿adónde quieres llegar? ¿Qué te importa de quién me hago amigo o de qué hablo con François?

—Creía que todo lo que te importaba me importaba —repliqué, herida—. Y al revés.

—Esa no es la definición de «relación». —Estaba furioso—. ¡Es la definición de «control»!

Aquella velada terminó de nuevo con lágrimas por mi parte. Jérôme se marchó dando varios portazos. No sé adónde fue. Regresó a las dos horas oliendo a frío y a humedad, no a cantina. ¿Se dedicó a dar vueltas en aquella noche otoñal, oscura y lluviosa? ¿Él solo? ¿O con ella? ¿De verdad había una «ella»? Carecía de pruebas para demostrar mis sospechas. Hasta el momento no había identificado ni uno solo de los signos habituales: ni llamadas misteriosas, ni olor a perfume, ni manchas de carmín en la ropa, ni excusas poco creíbles para ausencias prolongadas... Aunque esto último no le hacía falta, el trabajo le brindaba infinitas oportunidades. Si estuviera liado con cinco o seis mujeres a la vez yo no tendría forma de saberlo. Quizá podría llamar a Denegri Transports y pedir que me proporcionaran sus horarios. ¿De verdad estaba siempre trabajando cuando se ausentaba de casa? ¿O estaba muy cerca, en París, en la cama de otra mujer? Sin embargo, aparte de François, que nunca pondría a su amigo en un aprieto, no conocía a nadie en la empresa. Y todavía no estaba tan hundida como para espiar a mi novio. Aunque si las cosas seguían así, pronto el miedo y la desesperación se impondrían a la autoestima y al orgullo.

Nunca me había sentido peor que en los días que siguieron, que se me hicieron eternos. Ni siquiera en los peores tiempos de mi madre, cuando creía que ya no tenía nada que perder. De pronto comprendí que no tener nada que perder no era tan malo. Ahora, por el contrario, todo estaba en juego: todo lo que me importaba, todo lo que daba sentido a mi futuro, todo lo que quería, todo lo que

necesitaba. Jérôme era mi vida. Mi guardián. Su amor me protegía de la inanición. Del autodesprecio. Del miedo. De la soledad. De la ausencia de mi padre. Del fracaso de mi madre.

Su amor me protegía de morir. Así de simple. Era lo único que se interponía entre la muerte y yo.

En mi desesperación, me aferraba a la idea de que no pasaba nada. De que eran imaginaciones mías. De que todo volvería a ser como antes.

Y entonces llegó aquel 4 de diciembre, el día que partió hacia Copenhague. Fue la última vez que lo vi. Cuatro días después recibí su llamada de alerta.

No sé nada más. Pero hay algo que tengo claro: volveré a verlo. Tengo que hablar con él. Necesito saber que está vivo y que todo va bien entre nosotros.

Por eso tiene que venir aquí. He descubierto más o menos dónde estamos. Si logro decírselo vendrá a buscarme, estoy segura.

Vendrá.

Hyères, Francia
Sábado, 19 de diciembre

Solo quería salir de aquella casa. Pasear bajo la lluvia a través de la invernical tristeza de las viñas desnudas. Necesitaba estar a solas con sus reproches. No había justificación posible. Ni comprensión. Ni perdón.

Deseaba concentrarse en Kristina. Sentía la necesidad de torturarse pensando en ella, como si eso pudiera compensar mínimamente lo que le había sucedido. Aunque sabía que era una idea absurda.

Inès Rosarde se marchó tras asegurarle que se estaban esforzando al máximo por encontrar a los asesinos.

—Hay en marcha más operaciones de las que puedo contarle. Confíe en nosotros, Simon. Confíe en mí.

Que confiara en ella o no... para Kristina ya carecía de importancia.

Por suerte, la orden de no abandonar la casa no incluía la finca. Para no enloquecer salió al jardín y lo recorrió varias veces. La lluvia lo empapó en cuestión de segundos. Vio al teniente Caparos reparando el agujero de la valla por el que había escapado Nathalie. Parecía fastidiado, mantenía los labios apretados. ¿Por la bronca de la comisaria? ¿Porque estaba calado hasta los huesos? ¿O por la muerte de Kristina? ¿Le afectaría un muerto más o un muerto menos? En realidad no la conocía, para él solo sería un nombre, nada más. Otro caso para las estadísticas. Sin embargo, quizá la noticia lo había sumido en el pesimismo: ya no quedaba duda de la crueldad y la osadía de sus enemigos. Probablemente también los policías eran ahora más conscientes del peligro que los acechaba. Se encontraban aislados en medio de la nada con dos personas a su cargo, una de las cuales, además, resultaba imprevisible. Aunque no había que olvidar que estaban entrenados para afrontar esas situaciones, eran profesionales; seguro que había pocas cosas en este mundo que los asustara de verdad.

Simon regresó a la casa dejando pisadas húmedas en las baldosas. Al subir la escalera se encontró con Nathalie, que salía de su habitación. Parecía temerosa y abatida.

—Simon —comenzó. Avanzó hacia él, que la rechazó con un gesto.

—Déjame en paz. No puedo más. De verdad, no puedo más.

—Inès Rosarde me ha contado lo de Kristina. Lo siento mucho. —En su rostro

delgado y pálido destacaban sus enormes ojos.

Esos ojos inmensos, ese cuerpo pequeño y frágil, la indomable melena que ocultaba su cara... Su aspecto lo había conmovido en la playa, despertando en él un instinto protector que había sido su ruina. Ahora lo único que sentía por ella era aversión y rechazo. Daría lo que fuera por no haberla conocido nunca y por perderla de vista. Pero se encontraban allí atrapados... y por tiempo indefinido.

—Es un poco tarde —repuso con brusquedad—. Para que lo sientas, digo. A Kristina ya no le sirve de nada.

A la chica se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Yo no sabía... Dios mío, ni siquiera sé en qué estoy metida...

—Pero tampoco haces nada por mejorar la situación. Tu salida para explorar la zona ha sido del todo contraproducente.

—De verdad que necesitaba moverme, no aguantaba aquí dentro. Llevábamos una eternidad encerrados en el apartamento de Les Lecques. Ya no podía más.

En aquel punto podía comprenderla. También él se encontraba casi al límite.

—Déjame solo —le pidió—. Ahora mismo no... Apenas concibo lo que ha pasado. No logro asimilarlo. Es tan increíble que Kristina ya no esté... Que muriera de un modo tan brutal...

Nathalie asintió. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Todo esto es una pesadilla —sollozó.

Pero él la dejó plantada en el pasillo. No estaba para consolar a nadie, bastante tenía consigo mismo. Se dirigió a su habitación y cerró dando un portazo.

Sacó el móvil, le puso la batería y lo encendió. Como era de esperar, el buzón de voz estaba lleno de mensajes de Maya. Los escuchó regodeándose del tono cada vez más histérico de sus palabras.

«Escucha, los niños se mueren de aburrimiento, necesitan un cambio de aires. Leon también piensa que el sur de Francia sería un buen sitio para ellos. ¿Por qué no contestas?».

«Leon también piensa...». Simon se imaginaba la crisis de aquella pareja. Leon, que había disfrutado tanto presentándose como el nuevo padre ideal, parecía haber perdido el interés en aquel jueguito. Sin necesidad de haber estado allí, Simon oía en su mente el diálogo mantenido entre ambos:

«Los niños me ponen de los nervios, ¿no puedes mandárselos a tu ex?».

Quizá Maya sintiera reparos durante unos segundos.

«Pues no sé... Después del tira y afloja... Va a parecer que...».

«¡Por Dios! ¡Lo que parezca me importa una mierda! Llama a Simon, dará saltos de alegría. ¿Desde cuándo es rencoroso? Da igual lo que le hagas, siempre comerá de tu mano».

«¿Crees que debería llamarlo y decírselo sin más?».

«Claro que sí. No se lo tomará a mal. Al revés, te estará muy agradecido».

Simon no soportaba más todo aquello. Ya no aguantaba ser tan amable. Tan

comprensivo. Tan atento a las necesidades de los demás. Tan transigente. Tan solícito. Tan preocupado por el bienestar de todos... menos por el suyo.

Aunque... si era sincero, eso era consecuencia directa de su manera de entender su propio bienestar, que dependía de caerle bien a todo el mundo. De que todos estuvieran contentos con él. De que nadie se enfadara. De que siempre dijeran: «Te apreciamos, Simon. Todo lo que haces está bien».

Pero nadie le decía eso. Antes al contrario, lo que le daban a entender, no con palabras sino mediante miradas y acciones, era: «Te despreciamos, Simon. Siempre intentas quedar bien con todo el mundo. ¡Eres patético!».

Durante su corta relación con Kristina había sido prisionero de esa conducta, a pesar de que ella intentó enseñarle otro modo de enfrentarse a la vida. Pero él no solo no lo entendió sino que se sintió incomprendido y criticado. Pretendió ser a la vez el padre perfecto (a pesar del divorcio), el exmarido perfecto y el nuevo novio perfecto. Fue incapaz de ver que aquella cuadratura del círculo estaba abocada al fracaso. En algún momento tendría que haberse preguntado: «Y yo ¿qué quiero? ¿Qué es lo mejor para mí?».

Quería a Kristina. Una vida con ella. Una vida en la que cupieran sus hijos, pero sin que le controlaran. A pesar de saber que eso no era cosa de los niños sino de Maya, que los utilizaba, nunca se había enfrentado a ella por miedo a que se enfadase.

De modo que era responsable de la muerte de Kristina. No directamente, pero sí por los acontecimientos que habían provocado su necesidad de agradar y su incapacidad para afrontar el disgusto de los demás. Había convertido a Kristina en un secreto mientras intentaba contentarla como a todo el mundo... y con eso le había fallado.

Del mismo modo que llevaba toda la vida fallándose a sí mismo al empeñarse en conseguir la aprobación y el cariño de su padre. Lo realmente irónico era que ese empeño lo alejaba cada vez más de su meta. Su padre no podía despreciarlo más.

En el fondo admiraba a Nathalie. Aunque estaba enfadado, la respetaba. Aquella chica había convertido a Jérôme, fuera o no merecedor de ello, en el centro de su vida. Se enfrentaba a cualquiera que expresara la menor duda sobre él y su amor. Se había escabullido de la casa para investigar la zona sin importarle lo que dijeran Halabi y Caparos. Hacía siempre lo que quería, por absurdo, peligroso, arriesgado o insensato que fuese. Daba igual lo que opinaran los demás. Ella seguía su camino.

Mientras que él se preocupaba tanto por elegir el camino correcto que terminaba no escogiendo ninguno. Y al final los acontecimientos lo arrollaban.

Agarró el móvil, rebosante de mensajes de Maya, y lo estrelló contra la pared. Cayó con estrépito en los tablones del suelo. Tras pisotearlo recogió el trozo más grande. Estaba rajado por varios sitios y la pantalla, a oscuras.

Destrozado. Estupendo.

Lo lanzó a un rincón y salió de la habitación.

Deseaba no ver a nadie pero, recluido allí con otras tres personas, sabía que eso no era posible. Oyó que alguien entraba en la casa; seguramente Caparos regresaba tras reparar la valla. Aún no llevaban ni veinticuatro horas encerrados y la atmósfera ya estaba tensa. Y no se debía tanto a la conciencia del peligro como a la convivencia en aquel espacio reducido y a la inactividad forzosa, a la absoluta inacción.

Y probablemente también a la lluvia.

Jamás en su vida había deseado tanto abandonar un sitio para siempre.

De pronto recordó la trampilla del techo y la escalera de mano. Era el único refugio posible. La idea era muy tentadora: encaramarse, retirar la escalera y cerrar tras de sí. Ser inalcanzable. Anhelaba la soledad como si su vida dependiera de ella.

La escalera se enganchaba en una argolla a un lado de la trampilla y, tirando, esta se abría. Emitió un suave chirrido; Simon se quedó inmóvil. Nadie parecía haberlo oído. Apoyó la escalera y subió por ella. Lo recibieron el polvo y la oscuridad, aunque entraba algo de luz por una minúscula ventana redonda, una especie de ojo de buey, que daba a la fachada de la casa. La lluvia golpeaba el tejado. Allí arriba no había nada, ni sillas ni cojines ni nada, pero eso no le importó. El valor incalculable de aquel espacio residía en que podía estar totalmente aislado.

Se acurrucó en un rincón. En algún sitio había leído que a menudo las personas deben pasar por una tragedia, por una experiencia traumática, para lograr dar un giro decisivo a sus vidas. Una situación que no permite alcanzar falsos acuerdos con uno mismo, en la que uno no puede engañarse ni cerrar los ojos a la realidad.

Quizá por fin había llegado ese momento. En la buhardilla de aquella casa solitaria. En la peligrosa y delirante situación en la que se hallaba. En la soledad angustiada de su interior. En su sentimiento de duelo, tan mezclado con el de culpa que ninguno de los dos lo abandonaría jamás.

Nada, nada volvería a estar bien.

Contemplaba las ruinas de su vida y se preguntaba si sería capaz de reconstruirla.

Dobruja Meridional, Bulgaria

Domingo, 20 de diciembre

El sueño de Ivana fue ligero e inquieto, y se despertó de madrugada. El reloj marcaba las cuatro y veinte. Como no había cortinas, la luz fría y azulada de la luna se colaba por las ventanas. Nada más levantarse tuvo que cruzar los brazos para darse calor. Aquella noche tiritó incluso bajo la manta a pesar de que al acostarse no se había quitado los pantalones ni los dos jerséis de lana. La habitación se encontraba tan fría que no le habría extrañado ver el vaho de su respiración. Una rápida mirada a la estufa confirmó que el fuego se había apagado.

Se acercó a una ventana para contemplar el exterior. Aunque era noche cerrada, las nubes se habían retirado y la luz de la luna se reflejaba en la nieve. Una noche clara y gélida. Como no nevaba, veía ante sí la infinita soledad blanca y resplandeciente. Por un segundo se perdió en la belleza de aquella imagen pero enseguida regresó a la realidad. Las maravillas del paisaje fueron sustituidas por los peligros que encerraba: la amenaza que suponían el frío y lo apartado del lugar.

Hostilidad. Ahí afuera estaba concentrada toda la hostilidad del invierno búlgaro.

Sentía los pies como dos témpanos de hielo, de modo que se apresuró a regresar al sofá, se cubrió con la manta hasta la barbilla y se acurrucó en posición fetal intentando entrar en calor. La cabaña tenía dos estancias y un pequeño anexo con la cocina. La familia Semionov descansaba en el dormitorio mientras que Ivana dormía en el salón. Durante la velada anterior, Gregor le había expuesto las condiciones sanitarias de su refugio.

—No hay inodoro. Dejamos un cubo en la cocina, que puede utilizar si quiere. Lo vaciamos varias veces al día. Para lavarse debe utilizar el barreño con nieve derretida que también está allí. No podemos ofrecerle nada mejor.

A falta de agua corriente y electricidad había nieve derretida y lámparas de parafina. Se sentía transportada a otro siglo.

Tal como prometió, Selina se lo contó todo. Sin guardarse nada, sin paños calientes. Ivana se quedó asombrada de su propia entereza mientras escuchaba una historia que podría ser la de su hija. Si lo consiguió fue porque se obligó con todas sus fuerzas.

«Debo prestar mucha atención. Si quiero ayudar a Ninka tengo que retener hasta el último detalle. Mis sentimientos y yo misma no importamos nada. Solo Ninka

importa».

Selina habló del hombre que la abordó en la discoteca, Mihailo. Joven, simpático. Parecía de fiar.

—Me dijo que era bellísima y que con un rostro como el mío podía ganar mucho dinero. Que tenía unos ojos preciosos y un cuerpo diez. Una sarta de topicazos, es cierto, pero en aquel momento me encandiló.

Mihailo le aseguró que la industria siempre andaba en busca de modelos y que, en su opinión, poseía todo lo necesario para triunfar.

—Me prometió sesiones de fotos por todo el mundo: Nueva York, París, Roma, Londres. Los mejores fotógrafos. El glamour de la escena internacional. Y dinero, mucho dinero. Dijo que debía pensar en mi familia porque nuestras vidas cambiarían para siempre. Me lo pintó todo de color de rosa. Y yo, tonta, inocente y joven como era, me creí cada una de sus palabras.

Aquella escena había sucedido pocas semanas atrás, de manera que Selina no había tenido tiempo de hacerse mayor. Sin embargo, no cabía duda de que ya no era «tonta» e «inocente» como se había descrito. Ivana se imaginó a la chiquilla de hacía unas semanas, bailando despreocupadamente en una discoteca y dejándose engatusar por los halagos y promesas de un hombre atractivo. La persona que ahora tenía delante ya no era una chiquilla sino una mujer joven. Muy seria, incluso un poco amargada. Recelosa de la vida, de la gente y del mundo en general. Su actitud había cambiado por completo, probablemente desconfiaba de todo y de todos. Con ello juzgaba tan mal a la humanidad como lo había hecho antes, movida por su fe ciega en la bondad de las personas. Pero al menos esa nueva disposición resultaba menos peligrosa.

—Me dio su tarjeta, me dijo que lo llamara y lo hice al día siguiente. Me moría de ganas de empezar mi carrera de supermodelo. Fue él quien concertó la cita con Viara.

En aquel momento Ivana se inclinó hacia delante.

—Viara. ¿Tú tampoco conoces su apellido?

—No. La verdad es que apenas me extrañó que no lo utilizara. Mihailo me había comentado que Viara solo había una, que era famosa en el mundo de la moda. Me habría sentido estúpida preguntándole por su apellido.

Ivana asintió. Lo entendía perfectamente. Ni Kiril ni ella lo habían preguntado, deslumbrados por la supuesta fama y el prestigio de aquella mujer.

—La última vez que vimos a Ninka fue cuando Viara acudió a recogerla —dijo—. Se suponía que la trasladarían junto con otras chicas, primero a Roma y, desde ahí, a las localizaciones de las distintas sesiones de fotos. Nos aseguraron que Ninka llamaría en cuanto llegaran. Pero nunca lo hizo.

Selina esbozó un gesto de comprensión.

—No habrá tenido ocasión. El plan está muy bien pensado: Mihailo embauca a las chicas en bares y discotecas, y después entra en escena Viara para convencer a las familias. La mayoría de los padres se lo pensarían dos veces antes de entregar a su

hija a un hombre desconocido, pero una mujer seria, educada y elegante como Viara disipa todas las dudas. Es absurdo, ¿verdad? Solo porque es mujer la gente piensa que la situación no entraña ningún peligro. Sin embargo, ellas desempeñan un papel muy importante en este negocio, y son tan malas como los hombres.

Sí, sí, sí... Ivana solo podía asentir ante cada palabra de la joven. Aquel engaño era tan simple, tan evidente... y sin embargo se lo habían creído a pies juntillas. Jamás habrían imaginado las oscuras intenciones de Viara.

«¡Como si eso se pudiera distinguir a simple vista!», exclamó para sus adentros.

Selina continuó hablando. Le pagaron un dinero, y entregó la mitad a sus padres. Después se subió a un coche conducido por un chófer. No lo había visto nunca, no se trataba de Mihailo. Viara, que en principio iba a acompañarla, había cancelado el viaje a última hora.

—Me explicó que tenía que ocuparse de dos chicas cuya documentación no estaba en regla y que se reuniría conmigo más adelante. En aquel momento me lo creí. Ahora estoy convencida de que ella no viaja nunca, que se queda en Sofía. Uno de los chóferes me dijo que antes solían transportar a varias jóvenes a la vez. Me imagino que, debido a la vigilancia en las fronteras europeas, han cambiado de sistema. Varios países han reforzado sus fronteras ante la llegada masiva de refugiados. Además, desde los atentados del 13 de noviembre, Francia no es el único país que impone controles mucho más exhaustivos. Sería muy arriesgado viajar con más de una chica; parece que ahora llevan como máximo a dos.

—¿Has dicho «uno de los chóferes»? ¿Es que eran varios?

—Sí, iban cambiando. Cambio de coche, cambio de conductor. No sé cuántas veces lo hicimos.

—Entiendo. Así resulta casi imposible rastrear su pista.

—Claro. Incluso me explicaron la supuesta razón: cada uno cubría un trayecto para evitar el cansancio y posibles accidentes. Me pareció lógico.

—Y esos hombres... ¿cómo te trataron?

—Bien. No intentaron propasarse, si se refiere a eso. Pernoctábamos en pensiones baratas, apartadas de las carreteras principales. Un par de veces dormimos en el coche. A partir de cierto punto empecé a sentirme cansada, sucia y descuidada. Pero pensé que todo se arreglaría cuando llegáramos.

Ivana asintió.

—Y... ¿qué pasó cuando llegasteis?

El rostro de la joven se contrajo.

—Entonces empezó el infierno.

Las primeras dudas aparecieron cuando, al poco de cruzar la frontera con Eslovaquia, se percató de que en su bolso no estaban ni el móvil ni el pasaporte. Muy alterada, se dirigió al chófer, un croata que solo chapurreaba el búlgaro y que no hablaba nada de

inglés.

—¡Me falta la documentación! ¡Y el móvil!

Habían pasado la noche en la destartalada miniván, en un lugar solitario a la entrada de una pista forestal que se perdía en la inmensidad de los negros bosques. Selina se acomodó atrás, sobre varias mantas de lana, y se envolvió en un saco de dormir bastante sucio. Como hacía frío, no le quedó más remedio que utilizarlo. El conductor durmió en su asiento reclinado. Aparte de él, no había nadie que pudiera acercarse a su bolso, de modo que concluyó que había sido él.

El hombre reaccionó a sus acusaciones con un torrente de palabras en croata y ella no entendió nada.

—¡La documentación! —repitió enfadada—. ¡Y el móvil! ¡Devuélvamelos!

—Móvil —dijo él.

—¿Tienes mi móvil y mi pasaporte?

El chófer metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y se los mostró. Selina intentó recuperarlos pero el hombre enseguida volvió a guardárselos en el bolsillo. Recibió otra larguísima explicación absolutamente incomprensible.

Se sentía indignada e inquieta pero, por suerte, poco después se produjo otro cambio de conductor. Como el nuevo era búlgaro podía entenderse con él. El hombre le explicó que custodiaban su pasaporte por razones de seguridad y que, cuando llegaran a su destino, se lo entregarían a la administración de la agencia para registrarla. Después, por supuesto, se lo devolverían.

—¿Por qué no puedo llevar yo mi pasaporte?

—Así son las normas.

—Pero eso no está bien. ¡Es mi documentación! —respondió ella, furiosa—. ¡Y mi móvil!

A eso el chófer no contestó nada.

A pesar de que el miedo y la suspicacia iban ganando terreno, se esforzó por combatirlos. En varias ocasiones se le presentó la oportunidad de escapar pero para aprovecharla, en lugar de acallarla, tendría que haber escuchado la voz que le repetía sin descanso: «¡Cuidado! ¡Esto no es normal!».

En un momento dado se enteró de que su destino era París, información que resultó ser cierta. Sin embargo se sentía confusa. ¿No habían hablado de Roma? ¿Por qué la llevaban a París?

Aunque claro, era la capital mundial de la moda. ¡La búlgara Selina Semionova en París! Para cuando llegaron, estaba agotada del viaje y se moría por darse un baño caliente. Le dolían los huesos, no tenía documentación ni móvil y París, que a causa de los recientes atentados se había convertido en una ciudad angustiada y traumatizada, estaba muy lejos de brillar envuelta en la niebla de noviembre. Sin embargo, ella se aferraba a la idea de que todo saldría bien y se esforzaba por mantener el optimismo imaginándose el futuro: Selina en las grandes pasarelas mundiales. Música, lluvia de flashes, fotógrafos rendidos a sus pies. Ella luciendo las

últimas creaciones. Su rostro en todas las portadas. «Eres fantástica —le había dicho Mihailo, admirándola—. ¡Tu carrera será fulgurante!».

Había demostrado una gran decisión y mucho valor. Lo dejó todo atrás en cuanto el destino le brindó una oportunidad. Sin pensar demasiado. Sin dudas ni titubeos.

«La suerte es de los valientes», se repetía intentando convencerse.

Hasta que la hicieron aparecer en un suburbio en el que solo había unas cuantas casas viejas y deterioradas. La zona parecía deshabitada y las viviendas estaban muy apartadas unas de otras, separadas por solares embarrados. Distinguió un edificio a medio levantar con una enorme superficie asfaltada delante; quizá un centro comercial con su aparcamiento. Seguramente la constructora comprendió que nadie iría de compras allí. La obra parecía llevar mucho tiempo detenida, los muros se desmoronaban.

Hacía frío y llovía.

Fue entregada a un hombre que la guio a una de aquellas casas cochambrosas. Al entrar percibió un frío húmedo. Muebles desgastados. Barrotes en las ventanas. Selina entrevió a una chica de su edad que se escabulló por el pasillo y desapareció tras la puerta de una habitación.

Una mujer se acercó a la recién llegada. Al verla, Selina sintió escalofríos. Tenía el rostro ajado y se mostraba fría y distante. Casi hostil.

—Selina Semionova —dijo. Ella asintió y la mujer continuó, en mal inglés—: Soy Taisia. Te enseño tu habitación. Después me ocuparé de ti.

Alargó la mano para tocar un mechón de su oscura melena y soltó una exclamación de asco. Murmuró algo en ruso. Selina, que entendía un poco ese idioma, se indignó muchísimo. «Repugnante —había dicho la mujer—. Y vulgar. ¡Qué cara tan vulgar!».

Sabía que estaba sucia, llevaba días sin poder lavarse en condiciones. ¿Es que aquella vieja no sabía cómo era el viaje?

¿Y qué era eso de «vulgar»? «Tienes el rostro de una diosa», había asegurado Mihailo. Muchos hombres le habían dicho lo mismo. Sin duda sabían más de la vida que esa señora cuya juventud quedaba muy lejos y que seguro que se moría de envidia.

Selina levantó la cabeza y le espetó en ruso:

—Haga el favor de no hablarme así.

Al segundo siguiente estaba tirada en el suelo, muerta de dolor. Taisia le había hundido un codo en el estómago, lo que la hizo doblarse por la cintura y caer. Siguieron una patada en las costillas y otra en la cadera.

—¡No! ¡No! —gritó ella.

La vieja la agarró de un brazo y la puso en pie. Sus manos eran como tenazas. Tenía la fuerza de un toro, nadie lo habría dicho por su aspecto. Selina comprendió que no podía hacerle frente.

—Ahora ya sabes lo que pasará si no obedeces —amenazó la mujer—. Y si eso

no basta, Igor y Sergei se ocuparán de ti. Cuando acaben contigo no volverás a decir ni pío, te lo aseguro.

Ella, aturdida, guardó silencio. Aquello tenía mala pinta, muy mala pinta.

Aunque entonces no quiso admitirlo, más tarde reconoció que en ese momento lo comprendió: había caído en una trampa. Aún no sabía lo que le iba a pasar, pero tenía la certeza de que no le aguardaba nada bueno.

Ivana, tiritando bajo la manta, se arrebujó aún más al recordar lo que la joven le había contado la noche anterior. Los escalofríos no se debían solo a la temperatura, en realidad provenían de su interior. Le había enseñado a Selina una foto de Ninka.

—Esta chica... ¿estaba en la casa?

Ella contempló la imagen.

—No. Pero yo me escapé el 7 de diciembre. ¿Cuándo salió ella de Bulgaria?

—El 1 de diciembre. A lo mejor os cruzasteis por muy poco.

—O la llevaron a otro sitio. Desde luego, no logré verlo todo ni conocer los entresijos, pero se trata de una organización poderosa, interconectada y ramificada. Debe de haber muchas casas en las que retienen a las chicas, y no solo en París. Pero creo que París es el centro, lo dirigen todo desde allí.

«Ninka podría estar en cualquier parte ahora mismo. Es posible que no la llevaran al mismo lugar que a Selina. Bueno. No te desanimes. Selina es la clave. Gracias a ella la encontrarás».

La joven había escapado a los diez días. Diez días encerrada en aquella casa, enferma por la desilusión, muerta de desesperación y, aun así, decidida a no rendirse a su destino. Sabía lo que le esperaba, las otras chicas no habían tardado en contárselo: la obligarían a prostituirse en burdeles y clubes. Debía devolver el dinero que la organización había pagado por ella, esa era la única posibilidad de recuperar el pasaporte. Si es que tal posibilidad existía.

Fugarse parecía inviable. Las vigilaban las veinticuatro horas del día.

—¿Cómo lo lograste? —le preguntó Ivana.

—Con ayuda. Solo con ayuda.

—¿Quién te ayudó?

Ella dudó un momento.

—No quiero que tenga problemas.

—¿Qué problemas podría causarle yo?

Selina reflexionó un momento y finalmente asintió. Pensó que no podía empeorar la ya de por sí difícil situación de su salvador.

—Fue el último chófer. Me dio un móvil. Mantuvo contacto conmigo y organizó la huida.

—¿El último chófer?

—Sí.

—¿Y por qué lo hizo?

—Estaba al tanto de lo que pasaba. Sabía lo que me harían y quería evitarlo. Deseaba ayudarme.

Con cautela, Ivana insistió:

—Pero se exponía a un gran riesgo, ¿por qué?

Selina se encogió de hombros.

—Se enamoró. Estaba loco por mí.

Ivana observó a la joven y no le extrañó nada. Era hermosísima incluso encerrada en aquella cabaña. Aun descuidada, sucia, extenuada, sin maquillar y marcada por el sufrimiento, era preciosa. Su belleza la había convertido en blanco de los traficantes de personas. Pero también le había proporcionado una vía de escape, y ella había sabido aprovecharla.

—¿Y dónde está ahora?

—No lo sé. Creo que le entró miedo en el último momento y se echó atrás. Pero yo ya estaba fuera. El resto lo logré sola.

—Pero no era Mihailo, ¿verdad?

—Dios, no. A Mihailo no lo he vuelto a ver. No, no era él. —Miró por la ventana hacia la nieve y el paisaje desolado—. Era un francés. Solo nos entendíamos algo en inglés, pero tampoco hacían falta muchas palabras... Se enamoró perdidamente en cuanto me vio. —Estaba claro que eso ya le había sucedido antes porque no parecía sorprendida—. Se llamaba Jérôme. Jérôme Deville. Y de verdad que no tengo ni idea de qué ha sido de él.

Hyères, Francia
Domingo, 20 de diciembre

Tenía la sensación de llevar cien años durmiendo. Se despertó de un sueño plúmbeo y necesitó unos momentos para ubicarse. ¿Dónde estaba? A su alrededor solo había penumbra. Paredes inclinadas con vigas de madera. Polvo. Vacío. El ruido de la lluvia golpeando un tejado.

La realidad tardó poco en sacudirle. El sur de Francia. Una casa protegida. El refugio contra la gente que le estaba buscando.

Kristina estaba muerta.

El dolor que lo inundó casi le dejó sin respiración. Se incorporó poco a poco y se puso en pie tambaleándose. Su cuerpo se había paralizado hasta tal punto que necesitó un tiempo para que la tensión recuperara la estabilidad. Se frotó los ojos. Tenía los párpados pegados. Debía de estar agotado, exhausto, al final de sus fuerzas. De lo contrario no habría dormido tanto y tan profundamente en medio de una situación tan terrible. Su reloj marcaba las diez. La luz gris de aquel día lluvioso de diciembre se colaba por el pequeño ventanuco redondo. Así que eran las diez de la mañana.

Abrió la trampilla y descendió hasta el primer piso. Reinaba tal silencio que al principio creyó que estaba solo en la casa. Sin embargo, al bajar la escalera encontró a los dos policías en la cocina. Halabi ocupaba su puesto habitual junto a la ventana. Caparos, que estaba de pie apurando su taza, se sentó después en una silla para calzarse unas botas de goma.

—Buenos días —saludó a Simon. Se lo veía nervioso.

Simon se pasó una mano por el pelo. Estaba despeinado, y no se había duchado ni lavado los dientes.

—Buenos días. Siento haberme dormido. Estaba en la buhardilla, espero no haberles preocupado.

«¡Qué tontería! —pensó al instante—. No parecen nada preocupados».

Halabi sonrió con frialdad.

—Sabíamos dónde estaba. No se apure, lo tenemos todo controlado.

«Bueno, ayer con Nathalie no tanto —replicó mentalmente—. Se fue tan tranquila de paseo mientras creíais que estaba en su habitación».

La tensión de los hombres le llamó la atención. El comentario de Halabi había

sonado artificial, demasiado forzado. Procuraban proyectar una imagen de seguridad.

—Voy a salir —informó Caparos—. Ayer no me dio tiempo a terminar de reparar la valla.

Así que esa era la causa de su irritación soterrada. La lluvia no cesaba y tenía que salir otra vez a pelearse con la maldita alambrada. Seguramente era el más mañoso de los dos y tenía que encargarse él de esa tarea.

—Yo me quedo aquí vigilando —respondió Halabi.

Caparos salió al exterior. Simon se dejó caer en una silla.

—¿Nathalie sigue durmiendo?

El policía asintió.

—Esta vez estoy seguro.

—Necesitaba un poco de soledad —explicó Simon—. Por eso subí a la buhardilla...

El hombre hizo un gesto comprensivo.

—Entiendo. Aquí estamos unos encima de otros. Y lo sucedido con... Lo lamento mucho. Lo de su pareja.

Él renunció a sacarlo del error. Una parte de su dolor se debía precisamente a que Kristina no era su pareja.

Pero eso no le incumbía al teniente.

Sin embargo, quienes los vieron juntos siempre dieron por hecho que eran pareja. Quizá daban más sensación de intimidad de lo que creía. Lena solía repetir que encajaban a la perfección. Una vez incluso dijo: «Estáis hechos el uno para el otro».

¡Lena! De pronto cayó en la cuenta de que aún ignoraba la muerte de Kristina. Continuaría angustiada, llamando a todo el mundo e intentando descubrir qué había pasado. Tenía que haberla avisado. Pero tenía prohibido telefonar y, además, su móvil estaba roto. Menos mal: lo abrumaba la idea de comunicárselo. Temía su estallido de dolor y de reproches.

La cafetera eléctrica estaba encendida, la jarra de cristal se mantenía caliente. Se sirvió una taza. Siempre disfrutaba del primer trago de café matutino pero aquel fue el más intenso de su vida. El calor reconfortante. La sensación de que, aunque titubeantes, sus ánimos se recobraban... Sobreviviría a aquel día. La vida continuaría a pesar de todo.

Arriba se oyó una puerta. Los hombres miraron hacia la escalera y vieron bajar a Nathalie. La larga melena desordenada le caía por la espalda, parecía recién salida de la cama. No llevaba nada más que una minúscula braguita negra y una camiseta verde muy ceñida y muy corta con la descolorida leyenda MAKE ME HAPPY. Su vientre liso, con los prominentes huesos de las caderas, quedaba totalmente al descubierto. Avanzaba con lánguidos movimientos felinos.

«¿Se da cuenta de lo que hace?», se preguntó Simon.

Notó que también Halabi la seguía con la mirada, de forma casi involuntaria; no podía reprochárselo. El policía apartó rápidamente la vista hacia la ventana pero,

igual de deprimida, volvió a posarla en ella.

Nathalie entró en la cocina.

—¿Puedo tomar un café? —preguntó.

Simon cogió una taza de la estantería, la llenó y se la tendió. Creyó que se sentaría a la mesa pero se quedó plantada en medio de la habitación, soplando el café.

—Quema —dijo en voz baja.

Él carraspeó.

—¿Has dormido bien?

La joven asintió.

—Sí. Este tiempo da tanto sueño... esta lluvia constante. —Miró a su alrededor—. ¿El señor Caparos sigue ahí fuera? Lo he visto por la ventana de mi habitación. El pobre...

—Tiene que reparar la valla —explicó Simon—. No podemos confiar en que no vuelvas a escaparte.

Ella le lanzó una mirada cargada de desprecio.

—Yo no me dejen encerrar, Simon. Por nadie.

—De todas formas hay que arreglar el agujero —apuntó Halabi—. Representa un riesgo. Fue un error por nuestra parte no darnos cuenta el primer día.

—Estaba muy oscuro y llovía a mares —dijo Simon para restarle importancia.

—Eso da igual. Fue muy poco profesional. No debió suceder y punto. —Volvió a mirar a Nathalie, cuyos pequeños pechos se dibujaban con nitidez a través de la tela—. Por Dios, señorita Boudin, ¿es que no puede ponerse algo?

Ella le sonrió.

—Ya llevo algo.

—Sabes perfectamente a qué se refiere —intervino Simon—. Es absurdo que andes así por ahí. Te vas a resfriar.

—Vaya, ¿así que voy a resfriarme? El burguesito Simon habla como una vieja institutriz —se mofó.

Se acercó a la nevera, la abrió y se inclinó para inspeccionar el contenido de las baldas de abajo. Halabi no podía quitarle los ojos de encima.

Algo no encajaba. Simon lamentó encontrarse embotado por el sueño y el dolor; su cabeza no funcionaba con la rapidez y la eficacia que debía. Se comportaba como si fuera otra. No era la chica pudorosa que, la noche que pasaron juntos en el hotel, se dejó la ropa puesta y se hizo un ovillo al otro extremo de la cama. Ni en su villa de La Cadière ni en el apartamento de Les Lecques ni en aquella casa se había presentado ante ellos de otro modo que no fuera totalmente vestida. Jamás se había contoneado con esa lascivia. Nunca se había burlado de él de esa manera.

«¿A qué viene este numerito? ¿Qué pasa?».

La noche anterior Nathalie había llorado por Kristina. «Es una pesadilla», había dicho entre sollozos. Y a Simon le pareció sincera: una chiquilla perdida, desamparada y afligida.

Aquella mujer fatal medio desnuda... no le convencía. Estaba actuando, y no era muy buena; más bien torpe y desmañada. Pero parecía que Halabi no se daba cuenta. Su cara reflejaba desconcierto mezclado con cierta fascinación.

Nathalie se irguió. Había encontrado una manzana. Dedicó al policía una sonrisa radiante antes de morderla.

Aquello desencadenó una asociación de ideas bastante evidente en la mente de Simon: Eva, la manzana, la serpiente, la caída en desgracia... Y de pronto un hombre con un arma apareció en la puerta de la cocina. Halabi, que con mucho esfuerzo había logrado dirigir la vista a la ventana, se giró una milésima de segundo tarde: la distracción hizo que descuidara la vigilancia y no oyera el ruido de la puerta. Desenfundó el arma pero también fue tarde. Retumbó un disparo. El teniente se tambaleó, intentó mantenerse en pie y se desplomó de cara, arrastrando una silla, en las baldosas de terracota. No se veía sangre por ningún sitio pero Halabi dejó de moverse.

Simon se quedó paralizado, con la taza, que estaba a punto de llevarse a los labios, a medio camino. Durante un instante que le pareció una eternidad fue incapaz de reaccionar.

También Nathalie permaneció inmóvil.

Al igual que el desconocido, que seguía en la puerta.

Era como si hubieran echado raíces, cada uno en su posición.

Entonces Nathalie profirió un extraño sonido. No era un grito, era un gruñido bajo y ronco, ni sorprendido ni alegre ni horrorizado. El sonido del reconocimiento. Simon imaginó que las hembras de los animales emitirían un rugido similar al encontrar una cría que daban por perdida.

—Jérôme —articuló la joven.

Él contempló su mano con la pistola, luego a Halabi, luego otra vez la pistola.

—Le he disparado —dijo.

—Jérôme —repitió Nathalie, esta vez con alegría en la voz.

Un ruido borboteante surgió de la garganta de Halabi. Horrorizados, vieron que levantaba la cabeza y los miraba con ojos rebosantes de pánico y angustia. La sangre que le subió a la boca se derramó por las baldosas. Parecía querer decirles algo pero sus estertores resultaban incomprensibles. Lo intentó con desesperación, luchando por respirar. Al final su cabeza se venció hacia delante. Una convulsión sacudió su cuerpo.

Hasnainy Halabi había muerto.

Dobruja Meridional, Bulgaria

Domingo, 20 de diciembre

Gregor había conseguido reavivar el fuego pero las llamas aún tardarían en templar mínimamente la estancia. A pesar de haberse envuelto en la manta, Ivana seguía muerta de frío. Estaba sentada en el sofá.

Selina se acurrucaba junto a la estufa. Llevaba tantas capas de ropa que apenas se intuía su figura esbelta y delicada. Tiritaba de frío, sujetando con rigidez una taza de café.

De la cocina provenía un murmullo de voces: Gregor y Katarina derretían la nieve recién caída y discutían la situación... o eso imaginó Ivana. Durante el desayuno (pan de molde con mermelada) les había insistido de nuevo: debían acudir a la policía, contar lo que sabían. Pedir protección. Tener fe en que era posible desarticular la organización.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —preguntó a Selina—. ¿Tú te enamoraste de ese Jérôme?

Ella negó con la cabeza.

—No. No estaba en condiciones de enamorarme de nadie. Además, al principio no sabía ni su apellido porque no quería decírmelo, lo averigüé después. Era el chófer del último tramo, y para entonces ya estaba muy nerviosa. Que me confiscaran el pasaporte y el móvil, el modo en que lo hicieron... empezaba a preocuparme. Seguía deseando que todo saliera bien y no paraba de repetirme que todo estaba en orden, pero en el fondo me atormentaban las dudas...

—¿No te contó lo que te esperaba?

—No. Creo que él mismo no lo sabía exactamente. Trabajaba de conductor en una empresa de transportes y era la tercera o la cuarta vez que trasladaba personas, siempre chicas jóvenes. Creo que intuía algo, pero carecía de información concreta. Me dijo que le pagaban muy bien y que lo hacía por eso. Tuve la impresión de que, aunque no se olía nada bueno, prefería no saber nada. Solo le interesaba el dinero.

Ivana la escuchaba con atención.

—No te cayó especialmente bien, ¿verdad?

Selina reflexionó un momento.

—No quiero ser injusta, si pude escapar fue gracias a él. Poco antes de que llegáramos me dio un móvil y una tarjeta prepago, corrió un gran riesgo. Pero es

cierto, no me caía simpático. Lo describiría como superficial y egocéntrico, muy engreído y pagado de sí mismo. Y que solo miraba por sus intereses. Le gustaba el dinero, sobre todo el dinero fácil. No parecía de los que se esfuerzan por conseguir lo que quieren.

—¿Hizo planes de futuro contigo?

—Estaba totalmente embelesado. Decía que yo era la mujer más hermosa que había conocido jamás, y que necesitaba volver a verme. Aquello me dio ánimos, ¿sabe? Sonaba como si me aguardara una vida normal con citas, escapadas, amoríos, romances... qué sé yo. Claro que no me veía al lado de un hombre como aquel. Yo, una modelo de fama internacional, con un camionero... Pero cuando me entregó el móvil y me dio su número, lo repetí hasta aprendérmelo de memoria. Aunque me empeñaba en acallarla, una voz de alarma me aconsejaba que lo considerara un aliado y que no lo espantara hasta asegurarme de que no iba a necesitar su ayuda. Por eso le respondí que yo también quería volver a verlo.

Lo llamó cuando vio que había caído en una trampa. Cuando descubrió para qué la habían trasladado a París. Después de la brutal paliza que le dieron Igor y Sergei ante su negativa a probarse la ropa provocativa que le habían entregado. Cuando se encontró en el suelo, temblando, sangrando y dolorida, tirada en un rincón de una habitación vacía con una ventana enrejada y sin manilla tras cuyos cristales se veía el cielo gris plomizo... Entonces comprendió que debía escapar. Llevaba el móvil escondido en la ropa interior, y eso era muy arriesgado. No tenía tiempo que perder: de un momento a otro podrían descubrirlo.

Marcó el número y gimió en el aparato:

—Ayúdame, sálvame. Ven, por favor. Me voy a morir. —Estaba aturdida y desesperada, y tenía miedo de que Jérôme cambiara de opinión o se asustara. Aquellos eran tipos duros de verdad, auténticos criminales, ¿por qué iba a arriesgarse? Sin embargo, él mantuvo la calma y prometió ayudarla.

—Te llamaré, te lo aseguro. Pon el móvil en modo vibración para que no suene. Te voy a sacar de ahí, pero necesito tiempo y un plan.

Tardó dos días y dos noches en dar señales de vida. A Selina el tiempo nunca se le había hecho tan largo. El miedo a que se olvidara de ella casi la hizo enloquecer. Sufrió vómitos y le subió la fiebre, lo que tuvo la ventaja de que la dejaron en paz. En ese estado no podían ni probarle ropa ni iniciarla en su nueva profesión. La mantuvieron encerrada en aquella habitación vacía con una manta y algo de comida. Taisia no se privó de advertirla que, por muchos truquitos que se inventara para seguir vagueando, comenzaría a trabajar sin falta el martes siguiente. Selina comprendió que debía escapar antes de ese día.

La batería del móvil empezaba a agotarse y no tenía cargador. Ya había perdido la esperanza cuando por fin llamó Jérôme.

—Escúchame —comenzó—: yo mismo te llevaré a Sofía. Lo dejo. Se acabó esto de los traslados.

A ella le castañeteaban los dientes de dolor.

—¿CÓ... cómo lo har... haremos?

—Tendrás que salir de la casa, ¿crees que podrás?

—Ahor... ahora me tien... tienen enc... encerrada en un cuarto.

—¿Y si te sacaran de ahí? ¿Sería posible?

Ella reflexionó unos minutos. Todas las ventanas de la vivienda estaban selladas y la puerta principal, cerrada con cerrojo. Pero en la planta baja se encontraban las dependencias de Taisia y su despacho. Mirando a hurtadillas, Selina se había fijado en esas ventanas: las manillas seguían en su sitio y, al menos en el despacho, no había barrotes. Seguramente a la vieja le disgustaba vivir en una prisión. El problema era que cuando salía siempre cerraba la puerta con llave, que llevaba consigo día y noche. A pesar de todo, aquel era el único punto débil en el sistema de seguridad de la casa. Cuando tuvo ocasión, Selina comentó la posibilidad de una fuga con su compañera de habitación.

—¿Nadie ha intentado huir por el despacho? —le preguntó.

En aquel momento había seis chicas en la casa, y todas le parecían marionetas. Seres apáticos sin voluntad, aisladas unas de otras y resignadas a su suerte.

—¿Cómo conseguiríamos la llave? —respondió su compañera—. Y una vez fuera... ¿adónde iríamos? Estamos en medio de la nada. Una chica intentó escapar aprovechando que la puerta principal se quedó abierta por descuido. La encontraron enseguida, perdida en esta ciudad fantasma. No quieras saber lo que Igor y Sergei hicieron con ella.

Durante el largo silencio en su conversación con Jérôme, Selina se acordó de su infancia, del tiempo pasado con su hermano Boris. Y de los trucos que este le enseñó. Aquello del alambre. Estaba casi segura de que la puerta del despacho no se le resistiría.

—Puedo intentarlo —respondió por fin—. Hay una posibilidad. Pero tiene que haber alguien fuera para sacarme enseguida de la zona.

—Vale. Escúchame bien: en tres días, el lunes por la noche. A las once. Tú consigue salir de la casa, ¿de acuerdo? Alguien te esperará con un coche en el aparcamiento del centro comercial. No debe acercarse más, llamaría la atención. Corre hasta allí lo más rápido que puedas. ¿Entendido?

—Sí, sí... Espero... Dios mío, ojalá salga bien... ¿Por qué no vienes tú?

—Estoy de camino a Copenhague. No he querido cancelar el viaje para que no lo relacionen con tu huida. Necesitamos algo de ventaja antes de que aten cabos. Vuelvo el lunes o el martes, con un trayecto tan largo es difícil saber cuándo llegaré a París. Es muy arriesgado que te recoja yo, tendrías que esperarme y no sabemos cuánto tardarán en notar tu desaparición. Podríamos retrasarlo un día porque libro después de la entrega pero...

—¡No! —El pánico casi le cortó la respiración—. Tiene que ser lo antes posible. ¡El lunes como muy tarde!

—De acuerdo. Pues entonces hacemos como hemos dicho. Puedes confiar en mi amigo. Estará en el aparcamiento, te subes al coche y os largáis. Sabe adónde llevarte. Allí me reuniré con vosotros.

—Está bien. Gracias.

Desde que su salvación parecía posible, los nervios amenazaban aún más con traicionarla. Todo tenía que salir bien. Necesitaba que la sacaran de aquel cuarto, de donde no había modo de escapar. Además, debía impedir que la mandaran a «trabajar» antes del aciago martes anunciado por Taisia. Sabía que no sobreviviría a ese momento.

Por suerte, al día siguiente fueron a buscarla para intentar vestirla de nuevo. Se mostró obediente y sumisa, probándose sin rechistar la lencería, las medias y la ropa que Taisia le había preparado. Eran prendas caras, Selina enseguida se dio cuenta. Así ataviada se sentía muy extraña. Ni siquiera se reconocía en el espejo, que le devolvía una joven totalmente distinta: provocadora, sexy, misteriosa... En otras circunstancias quizá le habría gustado. Pero no así, sabiendo para qué servía aquel atuendo. Para dar placer a unos desconocidos por los que sentía una repugnancia infinita. Solo de imaginarlo regresaron las náuseas, y se alegró de tener el estómago vacío.

Temblaba ante la idea de que Taisia la obligara a trabajar antes del martes. Un chófer recogía a las chicas y las repartía por los distintos locales. A menudo las cambiaban de club porque los clientes exigían variedad. Su compañera de habitación se lo había contado.

—Aunque siempre puedes tener suerte y dar con un tipo al que le pongas tanto que siempre pida estar contigo —le dijo—. Pasas toda la noche con él y te libras con un solo polvo. Y el resto del tiempo te dedicas a beber champán sentada en su regazo.

A Selina esa posibilidad no le parecía muy esperanzadora. Lo único que deseaba era volver a casa. Recuperar su vida.

El día de la fuga, por la tarde, la batería del móvil se agotó. Tenía mucho miedo de que le encontraran el teléfono. Si descubrían que había tenido oportunidad de comunicarse con el exterior se la llevarían de allí junto con las otras chicas, seguro que disponían de muchas casas donde realojarlas.

Además, pensarían que había llamado a la policía. Lo cierto es que había considerado esa opción pero luego la desechó. No hablaba francés y no sabía dónde se encontraba. La conversación se alargaría demasiado y, por tanto, resultaría muy peligrosa.

Su única salvación era la huida. Y aquel joven que quería ayudarla.

Taisia se pasó el día farfullando que la elección de Selina había sido un error, que solo era una carga y que no hacía nada por ganarse el pan. Sin embargo, al final decidió que no podía enviarla a trabajar antes del martes: aún tenía el cuerpo

magullado. La joven acertó a oír los improperios que la vieja dedicó a Igor y Sergei:

—¡Malditos imbéciles! ¡No podéis dejarlas marcadas durante semanas! ¿Cuántas veces tengo que decíroslo? Así no puedo mandarlas a ningún sitio. ¿Os entra en la mollera?

Aquello dio a Selina cierta satisfacción. Los hombres se habían ensañado con ella pero, sin saberlo, quizá le habían brindado la posibilidad de salvarse; una consecuencia que no podía estar más lejos de sus intenciones.

«Dentro de nada se os va a quedar aún más cara de imbéciles», pensó.

Al final, el plan salió tan bien que no se lo podía creer, no dejaba de repetirse que algo debía salir mal. Por la noche, un chófer recogió a las chicas y ella se quedó en la casa con Taisia y los dos matones. La vieja se retiró pronto a dormir. Los hombres, que debían esperar el regreso de las jóvenes, se acomodaron en la salita trasera para jugar a las cartas, ver vídeos y charlar en voz baja en ruso, su lengua materna.

El truco del alambre funcionó. Selina se coló en el despacho, cogió el portátil de encima de la mesa y saltó por la ventana.

Bajó la calle a toda velocidad. Corría por su vida. El amigo de Jérôme la esperaba en el lugar acordado. Se llamaba François, como le dijo después. También mencionó el apellido de Jérôme. Aquel François estaba de los nervios. Parecía más asustado que la propia Selina, si es que tal cosa era posible.

Pero se largaron antes de que nadie notara nada.

—Ese ordenador... —comenzó Ivana—. ¿Sabes qué contiene?

La joven negó con la cabeza.

—No. Está protegido con contraseña. Pero me imagino que para un entendido no sería difícil descifrarla.

—Seguro que hay datos importantes. Esto parece una red de traficantes de personas, muy bien tramada. Supongo que habrá infinidad de nombres almacenados en ese disco duro: suministradores, chóferes, responsables y clientes. —Se puso en pie. La manta se le escurrió de los hombros pero, a pesar del frío, no notó nada. Se acercó a la ventana y tamborileó con los dedos en el alféizar—. Selina, no hay duda de que ese portátil es la razón de que te busquen como locos. ¿Por qué no se lo llevaste a la policía? Tienes en tus manos material incriminatorio.

—No sé si es material incriminatorio, ni si será suficiente para arrestarlos a todos. Y tampoco sé si la policía puede protegernos a mí y a mi familia, ya se lo he dicho.

—Vuestra situación no sería peor que ahora. En todo caso, mejoraría —insistió Ivana—. Selina, debes entender que no van a rendirse. Si el ordenador contiene los nombres de los responsables, o de otros implicados dispuestos a colaborar con la policía para salvar el pellejo... Ahora mismo hay un montón de gente en París que se lo está jugando todo. Su carrera, su dinero, su prestigio... No les quedaría nada. ¿No ves que te perseguirán hasta el final? ¿Es eso lo que quieres? ¿No estar a salvo

nunca?

La chica bajó la cabeza. Su larga melena cayó hacia delante como una cortina, tapándole la cara.

Ivana miró por la ventana. Nieve, nieve hasta donde alcanzaba la vista. Soledad absoluta, silencio absoluto. Allí no había nadie. Tan solo cuatro personas en una cabaña perdida en medio de la nada.

Sin embargo, le parecía percibir un peligro. Una amenaza casi tangible.

—Debemos irnos —afirmó, inquieta—. Lo antes posible. Tenemos que arreglárnoslas para salir de aquí.

Selina levantó la cabeza.

—Pero ¿cómo? ¡La capa de nieve es muy espesa!

—No importa. Voy a hablar con tus padres. Sé bien lo que digo, ¡debemos irnos!

Hyères, Francia
Domingo, 20 de diciembre

Nathalie fue a abrazar a Jérôme pero él la apartó al instante. Sostenía el arma en la mano y apuntó de nuevo hacia Halabi, aunque no era necesario: estaba muerto, resultaba más que evidente.

—Tenemos que ocuparnos del otro —dijo—. Sigue tirado ahí fuera.

Simon logró recuperar el habla.

—¿También lo has matado?

Él negó con la cabeza.

—No. Solo lo he dejado inconsciente para quitarle la pistola. Pero puede volver en sí en cualquier momento.

—Hay que llamar a un médico —apremió Simon.

El joven dirigió el arma hacia él.

—No, ahora no. Cuando me vaya.

—Cuando nos vayamos —corrigió Nathalie.

Él no contestó a su puntualización. Simon lo miró con atención: se hallaba al final de sus fuerzas, agotado, demacrado, empapado, sucio y hambriento. Aunque una espesa barba le cubría el rostro, se apreciaban sus mejillas consumidas. Tenía los ojos hundidos. Su ropa olía mal.

Eso encajaba con el resto de la historia: si el relato de Nathalie era cierto, Jérôme llevaba diez días huyendo, arreglándose a duras penas, sin dinero y, casi siempre, sin un techo bajo el que refugiarse. Y en pleno invierno. No era de extrañar que se encontrara exhausto. En su estado, Simon no lo consideraría un contrincante peligroso... de no ser por el arma que sujetaba.

—El tipo de ahí fuera —repitió el joven—. Tenemos que hacer algo con él.

Al final salieron los tres, los hombres delante y Nathalie detrás con la pistola en la mano. Simon no la creía capaz de dispararle pero, por el momento, desechó la idea de escapar. No conseguiría cruzar a tiempo la valla y, además, eran dos contra uno. Debía tener paciencia y, quizá, tratar de convencerlos más tarde.

Caparos se encontraba en la parte exterior de la finca, desmoronado contra la valla exactamente en el lugar que pretendía reparar. Las herramientas estaban esparcidas por la hierba. Había recobrado el conocimiento pero, aturdido, no sabía dónde estaba ni qué había sucedido. Tenía los ojos entrecerrados. Murmuró unas

palabras que nadie entendió. La lluvia lo había empapado y Simon pensó que si se quedaba allí contraería una pulmonía.

—Hay que volver a meterlo por el agujero —dijo Jérôme.

—Por el portón sería más sencillo —opinó Simon.

—Imposible. Está cerrado, y dudo que sepas dónde buscar la llave.

Reptaron por la abertura y revisaron los bolsillos del teniente sin encontrar nada. Caparos emitió un suave gemido. En uno de los lados de la cabeza, en el lugar donde el joven lo había golpeado, el pelo estaba ensangrentado.

Era evidente que Jérôme sabía en qué momento estaría desprevenido reparando la valla. Nathalie, por su parte, distrajo al otro policía con su numerito de la cocina. Una acción tan bien coordinada revelaba que habían encontrado el modo de ponerse en contacto.

Simon maldijo su imprudencia al abandonar el móvil en la habitación.

—Tú agárrale los pies —le ordenó Jérôme—. Y yo lo levanto por los brazos.

Al final consiguieron pasar al policía por el agujero y arrastrarlo hasta la casa. Pesaba mucho, el esfuerzo los hizo sudar. Sin embargo no ofrecía ninguna resistencia porque, aunque estaba consciente, seguía demasiado atontado para comprender lo que pasaba. Simon deseó que su estado no fuera grave; la herida no parecía profunda pero podía sufrir una conmoción cerebral o algo peor. Se reprochaba amargamente ser el culpable de aquella desgracia. Por mucho que pensara que el móvil ya no servía, debió recogerlo. Pero paralizado, horrorizado y desesperado como se hallaba por la muerte de Kristina, ni siquiera se le ocurrió. Como un animal herido, corrió a esconderse sin preocuparse de nada, sin ver ni sentir otra cosa que su propio dolor. Se olvidó del resto del mundo en el momento menos oportuno. Y Nathalie supo aprovechar la ocasión. En cuanto pudo, actuó con la misma inteligencia y eficacia con que la noche anterior logró que se creyera su tristeza. Seguramente entró en su habitación cuando él ya estaba en la buhardilla y encontró el teléfono. Habría requerido una paciencia infinita repararlo, pero a la vista estaba que, de algún modo, había conseguido recomponer los pedazos y hacerlo funcionar. Y después debió de mandarle un mensaje por Facebook a Jérôme, que contestaría enseguida.

Colocaron a Caparos en el sofá del salón. Jérôme lo ató de pies y manos con una cuerda de tender.

—Necesita ropa seca —apuntó Simon—. Hace demasiado frío para dejarlo así.

—Ya nos ocuparemos de eso después —respondió el joven. Tenía de nuevo el arma en la mano. Nathalie estaba a su lado, contemplándolo.

Simon insistió:

—Por favor, deja que llame a una ambulancia. Este hombre necesita ayuda.

—No. Lo siento. La ambulancia atraería a la policía, y eso no me conviene nada. Acabo de matar a un teniente, ¿quién va a creerse que ha sido en defensa propia?

Simon no consideraba que el disparo contra Halabi hubiera sido en defensa propia, y menos aún teniendo en cuenta que, previamente, el joven había atacado a

Caparos y allanado la propiedad. Pero prefirió no dar su opinión.

—Yo podría atestiguarlo —aseveró—. Halabi desenfundó el arma. Si no te hubieras adelantado, habría disparado primero.

El joven volvió a negar con la cabeza.

—Demasiado arriesgado. —Se giró hacia Nathalie—. Ve y trae la pistola, está tirada en la cocina.

Obedeció al instante. Enseguida regresó con el arma y se la entregó. Él le puso el seguro y se la metió en el bolsillo de los vaqueros. Se lo veía agobiado. Seguramente llevaba una eternidad sin comer y sin dormir y, con el giro de los acontecimientos, descansar no parecía lo más urgente.

—Jérôme —aprovechó Simon—, ¿cuánto tiempo crees que aguantarás así? Huías de unos criminales y ahora también tendrás que huir de la policía. Supongo que te das cuenta de que todo esto... está condenado al fracaso.

Él lo amenazó con la pistola.

—No intentes comerme la cabeza. Mantén el pico cerrado, ¿entendido?

—Nathalie... —comenzó Simon.

—¡Cállate! —gritó ella.

El joven echó un vistazo a la habitación.

—Hay que librarse de él —señaló a Simon—, al menos por un rato. Tengo que descansar. Necesito comer, dormir y que se seque la ropa.

—Eso es fácil. Si lo encerramos en su habitación no podrá salir.

Simon hizo otro intento.

—Nathalie, desconocemos el protocolo de seguridad de esta casa. Quizá Halabi y Caparos tienen que establecer contacto cada cierto tiempo. Si no lo hacen, a lo mejor se presentan aquí las fuerzas especiales. Y entonces ¿qué? ¿La emprenderéis a tiros con los cuerpos de élite?

—¿Podrías pedirle a tu amigo que cierre la boca de una vez? —gritó el joven, crispado.

—No es mi amigo —replicó ella enseguida, una respuesta que Simon ya esperaba.

—¿Dónde está su habitación? —inquirió Jérôme.

—Arriba, la primera puerta a la izquierda —contestó la chica.

—¿Te importaría subir? —De pronto sonaba educado.

Simon no creía que fuera a matarlo a sangre fría; el tiro a Halabi había sido más bien un acto reflejo; además, parecía haberlo dejado conmocionado. Aun así, no veía la posibilidad de defenderse. Ante cualquier sobresalto, Jérôme dispararía de nuevo, y contaba con la ayuda de Nathalie. Desde su aparición, la joven parecía en trance, no le quitaba los ojos de encima. Él, en cambio, se encontraba exhausto. A Simon se le ocurrió de pronto que la chica podía volverse peligrosa, mucho más peligrosa que Jérôme. Aunque este temía por su vida, en realidad no tenía intención de herir a nadie. Sin embargo, ella estaba totalmente obsesionada con él. Se volvería loca solo

de pensar que corría algún riesgo.

Subió la escalera encañonado por el joven. Una vez arriba hizo un último intento:

—Tu única posibilidad es entregarte a la policía.

—No has entendido nada —le replicó—. Entra ahí. Nathalie te sacará cuando me haya ido.

Estaba claro que su intención no era desaparecer con ella. Simon previó que eso supondría muchas complicaciones.

La puerta se cerró y oyó girar la llave en la cerradura. Se quedó solo, mirando por la ventana. Llovía sin parar.

Dobruja Meridional, Bulgaria

Domingo, 20 de diciembre

No fue nada sencillo persuadir a Gregor de que debían marcharse. Estaba convencido de que en la cabaña estaban seguros... al menos más seguros que en cualquier otro lugar. Sí, hacía muchísimo frío, la estufa funcionaba a duras penas y no se podía decir que vivir allí fuese agradable, pero al menos no morirían congelados. Contaban con leña suficiente y con provisiones para una semana. Entonces aparecería Boris con nuevas reservas y podrían pensar en abandonar aquel refugio. Pero solo lo harían con un coche y con un plan que, con suerte, se les habría ocurrido para entonces.

Ivana objetó:

—Es probable que Boris no pueda venir la semana que viene. Mire el tiempo: se está nublando otra vez, volverá a nevar. Él y yo llegamos ayer de milagro. Estoy segura de que en unos días será imposible acceder aquí en coche.

—Pues entonces tampoco vendrán esos criminales. Que, por cierto, ni siquiera saben dónde estamos.

—Pero pueden descubrirlo en cualquier momento. No descansarán hasta encontrarnos. —Desde que conocía la existencia del portátil, la amenaza le parecía más inminente que nunca—. No tengo la menor duda de que ese ordenador está lleno de nombres. Y entre ellos el de los responsables de la red. Seguramente son personas muy influyentes que podrían perderlo todo: carrera, dinero, reconocimiento social... Se enfrentarían a un juicio y a penas de cárcel. Para ellos es vital recuperar esos datos antes de que su hija se los entregue a alguien.

—Pero ¿cómo van a localizarnos?

Ivana ya se había imaginado el proceso, de una lógica y una sencillez escalofrantes.

—Harán preguntas en su trabajo, Gregor, y enseguida darán con Dano. No es de los que se meten en líos ni se sacrifican por los demás, así que no tardará en contarles que mi marido les buscaba a ustedes. Entonces irán a por Kiril. —Se le quebró la voz. Temía por su esposo. No era ningún héroe, le sacarían toda la información que quisieran—. Cuando lo presionen les dará el nombre de Boris, y de inmediato se presentarán en su casa. ¿Será capaz de aguantar? Esos tipos no se andan con chiquitas. En mi opinión, es cuestión de tiempo que les indique el camino hasta aquí. Una cuestión de muy poco tiempo.

—Todo eso no son más que conjeturas —replicó el hombre.

Aun así, tenía el rostro ceniciento. Por fin entendía que su desaparición dejaba rastros. Al recurrir a Boris había quedado un cabo suelto. Quien lo encontrara y tirara de él llegaría a la cabaña enseguida.

—¿Y adónde podríamos ir? —preguntó al fin.

—La población más cercana es Dulovo, ¿verdad?

—Así es. «Más cercana» suena como si se encontrara aquí al lado, pero son quince o veinte kilómetros. ¡Mire ahí fuera! Para llegar a la carretera tendríamos que avanzar por más de un metro de nieve. Y, en caso de que consiguiéramos encontrarla, también la carretera estará nevada.

—¿Y las rodadas de la camioneta de Boris...?

—Se borraron ayer por la tarde, ¡no cuente con ellas! Dependeríamos de la memoria y del sentido de la orientación. Si nos fallaran y nos perdiéramos, sería el fin. No sobreviviríamos ni una noche.

Ivana se mordió el labio. El hombre tenía razón, dejar el refugio suponía un gran riesgo. La pregunta era: ¿qué resultaba más arriesgado, quedarse o marcharse?

—Quedarse —dijo en voz alta siguiendo su instinto, su intuición—. Quedarse es más peligroso. Vendrán, Gregor. Quién sabe, puede que incluso hoy. Y cuando lleguen debemos estar lejos, muy lejos.

El hombre estaba muy pálido. Se pasaba continuamente la lengua por los labios.

—¡Maldita la hora en que se presentó aquí! —estalló—. Dano no sabe nada de Boris, esa información solo la conseguirán a través de su marido. Si se hubiera quedado al margen...

¿Se daba cuenta de lo que decía?

—Es la vida de mi hija, no pensaré en serio que voy a «quedarme al margen».

Él guardó silencio.

—Nos iremos —accedió al fin—. Pero no hoy. Ya son casi las doce, en cuatro horas empezará a atardecer y dentro de cinco será de noche. Partiremos mañana antes del alba, así tendremos más horas de luz. Debemos llegar a Dulovo de día.

Una noche más. A Ivana le parecía peligroso pero comprendió que ese era el mejor acuerdo al que llegaría.

Dedicaron el resto del día a preparar lo básico y a adecuar la cabaña. Hirvieron el agua derretida de la nieve y rellenaron varias botellas de plástico para el camino. Katarina preparó bocadillos. Ivana y Selina guardaron en una mochila el contenido del botiquín de primeros auxilios.

—No carguéis con ropa —indicó Gregor—. Será bastante difícil avanzar por la nieve, los bultos deben ser ligeros. Nos pondremos toda la que podamos: varias capas de ropa interior, pantalones y jerséis. Ahí fuera hace casi veinte grados bajo cero, el frío va a ser mortal.

Un silencio angustiado siguió a sus palabras. Sin que nadie lo expresara, todos tenían presente lo que sucedería si no llegaban a Dulovo antes del anochecer, o si se

extraviaban en la oscuridad del bosque.

Gregor estaba en lo cierto: a las cinco de la tarde era noche cerrada. Ivana se estremeció al imaginar cómo sería encontrarse en el exterior.

Cenaron a las siete. Katarina abrió unas latas de conservas y las calentó en la estufa. La habitación no estaba tan fría como por la mañana. O, pensó Ivana, a lo mejor se había acostumbrado a las bajas temperaturas.

A las nueve Gregor sugirió que debían intentar dormir.

—Mañana nos espera un día muy duro. Necesitaremos todas nuestras fuerzas.

Se dispusieron a acostarse, aunque en realidad no había mucho que hacer porque no se quitaron la ropa. Gregor decidió dejar que el fuego se extinguiera del todo. Era lo que ocurría la mayoría de las noches debido al agotamiento, que les impedía levantarse para ocuparse de él. Pero en aquella ocasión no importaba, ya no iban a necesitarlo más.

—De madrugada hará un frío del demonio aquí dentro —advirtió el hombre—. Hay que taparse bien y procurar dormir.

Ivana no creía que pudiera pegar ojo. Estaba demasiado alterada, demasiado nerviosa, demasiado asustada. Pensaba sin descanso en Kiril y en sus hijos. ¿Corrían peligro? ¿Sufrían ya las amenazas o incluso la violencia de esa gente?

Aunque durante el día no se había ocupado más que de los preparativos para el viaje, al acostarse fue consciente de su extenuación. Tanto el miedo como las incómodas condiciones de vida consumían mucha energía. Le parecía imposible, pero a los pocos minutos de tumbarse en el sofá cayó en un profundo sueño.

La despertó una presión en el hombro. Dio un respingo y se incorporó. Bajo la pálida luz de la luna distinguió a Gregor, agachado junto a ella. El hombre se llevó un dedo a los labios.

—¡Chiss! No haga ruido.

Ella lanzó una mirada confusa a su alrededor. ¿Ya era de madrugada?

—Tenemos que irnos ahora mismo —susurró él.

Ivana se sentó en el borde del sofá.

—¿Qué hora es?

—Poco más de las doce —siseó tan bajito que apenas lo entendió—. Debemos darnos prisa.

—¿Cómo sabe que...?

Él negó con la cabeza.

—No lo sé, lo noto. Presiento el peligro. Hay que irse.

A ella no se le ocurrió decirle que solo eran imaginaciones suyas. En realidad era una locura partir en mitad de la noche, cuyas horas más gélidas y peligrosas estaban por llegar. Aquel hombre se había mostrado cauteloso y precavido al considerar que marcharse suponía más un riesgo que una oportunidad. Y precisamente por eso Ivana se lo tomó muy en serio. El instinto de Gregor lo empujaba a desaparecer lo antes posible, y ella comprendió que si no le hacían caso estarían perdidos.

—No tenemos elección —añadió él, tan bajo que Ivana le leyó los labios más que oír sus palabras.

—Lo sé —aseguró, y se puso en pie.

Hyères, Francia
Lunes, 21 de diciembre

La noche se arrastró como si cada uno de sus minutos durara una eternidad. La lluvia golpeaba el tejado con un ritmo monótono y adormecedor, pero Simon continuaba en tensión. Echado en la cama, sentía el retumbar acelerado de su corazón; además, se mantenía alerta por si percibía algún ruido en la casa. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué iba a pasar? Abajo, un policía yacía muerto en la cocina mientras, en el salón, su compañero estaba herido y maniatado en el sofá. Aunque Jérôme Deville por fin se había materializado en carne y hueso, Simon seguía sin entender su papel en todo aquel asunto. Sin embargo, al menos tenía la impresión de que no era peligroso. Una idea un tanto extraña considerando que su primera acción nada más entrar en la casa fue matar al teniente Halabi. Aun así, no había actuado con la sangre fría de un asesino, solo disparó porque Halabi echó mano de su arma. Jérôme se encontraba sin fuerzas, agotado y crispado. La historia de su huida podía ser cierta, pues su aspecto era el de un hombre en serias dificultades. Sin embargo, su nerviosismo sí era preocupante.

Y Nathalie.

Simon había tenido oportunidad de observar a la pareja durante unos diez minutos. Aunque no era psicólogo, la experiencia le demostraba que comprendía bien a las personas. Y enseguida se percató de que existía un enorme desequilibrio entre los dos. Nathalie idolatraba a Jérôme y, más aún, adoptaba ante él una alarmante posición de dependencia. Él constituía el centro de su vida; era su puerto, su ancla, su refugio, cualquier metáfora similar serviría para ilustrarlo. En su ausencia se había mostrado casi desquiciada, sobrepasada por la angustia y el miedo. Sin embargo, precisamente cuando la situación se complicaba (su novio había matado a un hombre y no podría evitar las consecuencias), parecía tranquila y despreocupada. Jérôme estaba allí. Lo demás no importaba.

El problema era que él no compartía sus sentimientos. En absoluto la consideraba el centro de su mundo y, además, saltaba a la vista que le desagradaban su amor incondicional y su adoración. Y ese rechazo no se debía a su actual estado de agotamiento. Simon adivinaba que hacía ya mucho que Jérôme no se interesaba por Nathalie tanto como ella por él. Una realidad que, aunque de modo inconsciente, la joven percibía, y que la impulsaba a aferrarse a él con más fuerza. Había hecho lo

imposible por guiarlo hasta allí. Y él había acudido, pero no porque anhelara verla sino porque se encontraba al límite. Necesitaba un sitio para descansar, además de comida y dinero. Debía pararse a pensar en sus siguientes pasos. Por alguna razón, había provocado a un comando asesino y, literalmente, huía para salvar su vida. Nathalie era la única persona a la que podía recurrir. Ese era el valor que le asignaba. No menos, pero tampoco más.

Y, sin duda, a ella le parecería muy poco.

Cuando por fin lo comprendiera podía resultar muy peligrosa. La chica estaba trastornada. Simon lo había notado desde el principio por los continuos vaivenes de su ánimo. Había mencionado alguna vez su adolescencia con una madre alcohólica y el traumático abandono de su padre; situaciones que, a todas luces, no había superado. Después de eso vinieron la anorexia, la asignación a una madre de acogida, la continua amenaza de acabar en una clínica... Hasta que Jérôme la salvó. Así lo veía ella. Seguramente a él ni se le pasó por la cabeza semejante idea, se limitaría a alegrarse por conseguir otra chica bonita. Jérôme el conquistador. Es probable que al principio disfrutara de su adoración. Pero con el paso del tiempo se le hizo insoportable.

Quizá en el fondo Jérôme no fuera mala persona. Pero desde luego era un egoísta. Un hombre guapo al que las mujeres se lo daban todo hecho. A largo plazo no deseaba una pareja de cuya vida tuviera que responsabilizarse. No era de esos. Era más bien de los que se agobian incluso por tener que hacerse cargo de su propia existencia.

Ya era más de medianoche. Simon volvió a contener la respiración para escuchar con suma atención. Nada. Solo el murmullo de la lluvia.

En cuanto lo encerraron en la habitación buscó el móvil con la mirada; más bien sus pedazos, esparcidos en el rincón. No estaban. Le costaba creer que Nathalie hubiera logrado hacer funcionar aquella chatarra. Quizá el aparato estuviera menos dañado de lo que parecía.

Se levantó y empezó a dar vueltas por el cuarto. El nerviosismo le impedía conciliar el sueño. Se preguntó cuánto tardaría Inès Rosarde en percatarse de que algo no iba bien. Ignoraba el protocolo, pero probablemente Halabi y Caparos tendrían que informar a la central a intervalos regulares. ¿Es que no notaban su silencio? ¿O acaso el agente de guardia daba cabezaditas encantado de que nadie lo molestara?

¿Qué harían Jérôme y Nathalie? El joven apenas podía tenerse en pie, seguro que estaba durmiendo mientras la chica velaba su sueño.

Antes o después tendrían que desaparecer, suponía que en el coche de los tenientes. Estaba por ver que Jérôme consiguiera marcharse solo, como parecía su intención. Simon imaginaba que Nathalie no lo consentiría. En cuanto a él, lo dejarían allí encerrado y en algún momento, en algún momento, alguien se extrañaría de que no hubiera señales de vida en la casa.

«Si nadie hace más tonterías, no habrá más muertes», pensó.

Se acercó a la ventana e intentó atisbar el exterior. Se había levantado un fuerte viento que zarandeaba los árboles. Los distinguía con dificultad porque el cristal le devolvía su propio reflejo. Vendaval y lluvia.

Deseó que todo terminara de una vez. Pensó en Caparos, tendido en el sofá con una herida en la cabeza; esperaba que no sufriera daños internos. Pensó en Halabi, muerto en la cocina. En Kristina. En Jeanne Berney. En Yves Soler.

Eran demasiados muertos. El horror tenía que acabar.

De pronto oyó que la llave giraba en la cerradura y se dio la vuelta. Para su sorpresa, se encontró ante Jérôme. Descansar algunas horas le había sentado bien, no se lo veía tan pálido y demacrado como a mediodía. Se había duchado y afeitado, aunque no le quedaba más remedio que llevar la misma ropa. Aun así, parecía distinto, más fuerte, más decidido, más lúcido. Lo amenazó con el arma de Caparos.

—¿Sabes dónde está Nathalie? —preguntó.

—¿Nathalie?

—No la encuentro. Ni la pistola del otro policía. Estoy preocupado.

—Y yo —repuso Simon. Señaló el arma—. ¿Podrías dejar de apuntarme con eso? No voy a atacarte. Me gustaría salir ileso de toda esta locura.

El joven bajó la pistola.

—Tenemos que encontrarla. A Nathalie, quiero decir.

—La casa no es tan grande como para...

—La he revisado de arriba abajo. El... el muerto está en la cocina y el otro poli sigue tirado en el sofá. Por ahí todo está tranquilo.

Desde luego, en cuanto a Halabi aquello no era ninguna sorpresa. Simon deseó que la inmovilidad de Caparos no fuera síntoma de una lesión grave.

—¿Y en la buhardilla...?

—También he mirado. Vacía.

Ciertamente, su desaparición era muy extraña.

—¿Estás seguro de que se ha llevado el arma? —quiso cerciorarse Simon.

—Sí. Y me da muy mala espina. Nathalie está trastornada. Tenía que haberme dado cuenta al principio, con todo eso de la anorexia... y su obsesión conmigo. Las lapas no son nada a su lado. La verdad, no entiendo cómo me metí en una relación con ella.

—No le habrás dicho eso, ¿verdad?

Él levantó los brazos en un gesto que significaba que admitía su error y que se reprochaba haber sido tan estúpido.

—Pues no con esas palabras... Pero le he contado lo de Selina.

—¿Quién es Selina?

Está aquí Eso era lo único que podía pensar al principio. Por fin nos hemos reencontrado. Tras unos días terribles, caóticos y agobiantes en los que llegué a creer que no volvería a verlo, de pronto lo tenía ante mis ojos. Afuera había un policía herido y, a nuestros pies, tirado en el suelo de la cocina, el otro yacía muerto. El bueno de Simon parecía que acababa de ver un fantasma. Todo me daba igual.

Lo único importante era que estábamos juntos.

Apenas podía creer lo fácil que había sido. Cuando nos enteramos de la muerte de Kristina, Simon se refugió en la buhardilla. Estaba hecho polvo, se quedó destrozado. Yo me encontraba en mi habitación, también muy angustiada. Sobre todo por Jérôme. Durante mi paseo había inspeccionado los alrededores y me aprendí los nombres de los caminos. Pero aquella información no me servía de nada sin un mapa en el que localizar la zona. No poder comunicarme con Jérôme me desesperaba. En un momento dado decidí bajar para buscar algo de beber. La puerta de la habitación de Simon estaba abierta de par en par, y entonces vi el móvil.

La tragedia de Kristina lo había hecho perder su habitual cautela. Sin duda, estaba más afectado de lo que me imaginaba.

Gracias a Google Earth descubrí dónde nos encontrábamos. Sabía que no podía ser lejos de Les Lecques. Mandé a Jérôme un mensaje por Facebook pidiéndole que contestara enseguida. Esperaba que no hubiera perdido el móvil y que revisara los mensajes. Me esforzaba por distinguir cualquier ruido proveniente de la buhardilla. Temía que Simon bajara antes de establecer contacto con Jérôme.

Veinte minutos después llegó su respuesta. Estaba en Les Lecques. Al acercarse al apartamento se dio cuenta de que la policía vigilaba el edificio. Estaba en la calle medio muerto de frío, de hambre y de sed.

Su mensaje decía: «¿Dónde estás? ¡Nathalie, ayúdame!».

¡Dios mío! Claro, por supuesto que lo ayudaría.

Lo llamé y me puse a temblar cuando escuché su voz. Describí nuestro paradero con todo detalle, la región interior de Hyères. Le proporcioné los nombres de las carreteras y le indiqué cómo llegar a la solitaria casa.

—Nos vigilan dos policías —lo advertí—. Ten mucho cuidado. Llámame cuando estés cerca. ¡Y date prisa! Si me pillan con el móvil no podremos hablar más.

Nunca una noche me pareció tan larga. ¿Lograría encontrar la casa? ¿Lo bastante rápido? Me ha contado que llegó haciendo autostop. Ahora que lo tengo ante mí debo reconocer que hemos contado con más suerte que inteligencia. Con esa pinta de vagabundo... es un milagro que alguien se prestara a llevarlo en su coche.

El último tramo lo hizo a pie.

Llamó hacia las diez de la mañana. Yo tenía el móvil en vibración para que nadie lo oyera y estaba al borde de un ataque de ansiedad.

—¿Dónde estás? —le pregunté.

—Aquí —repuso—, veo la casa. ¿Cómo entro?

En ese momento salía Caparos. Oí que, un poco enfadado, le decía a su compañero que iba a reparar la valla. Claro, con aquella lluvia no le hacía ninguna gracia tirarse en la hierba a doblar alambres con las manos heladas y mojadas.

El plan se me ocurrió en cuestión de segundos. Le expliqué a Jérôme que un policía salía para hacer unas reparaciones, y que debía reducirlo. La coincidencia era providencial, el teniente se concentraría en su trabajo y no podría vigilar el terreno. Mientras tanto, yo intentaría distraer a Halabi.

—Procura quitarle la pistola —le indiqué.

Noté que se sentía sobrepasado y agobiado pero sabía que no teníamos otra elección. La policía sospechaba de él en relación con el asesinato de Jeanne Berney, existía incluso una orden de búsqueda. No podía presentarse en la casa pidiendo ayuda sin más. Lo arrestarían, y nadie creería que no había hecho nada malo.

Mis planes iban mucho más lejos: tras descansar un poco en la casa abandonaríamos allí a Simon y a los policías, y nos largaríamos en su coche. No me engañaba, sabía que tendríamos que salir de Francia y empezar una nueva vida en algún país lejano. La perspectiva no me asustaba en absoluto. Si para poder pasar el resto de mi vida con Jérôme tenía que vivir en un témpano de hielo en medio del Ártico, lo haría encantada.

Pero las cosas no salieron como yo esperaba. Jérôme me ha contado que le resultó muy sencillo reducir a Caparos. Estaba por fuera de la valla, concentrado en su trabajo; además, la lluvia y el viento le impedían oír nada. Jérôme se acercó por detrás y le golpeó la cabeza con una piedra. Después cogió su arma, reptó por el agujero, atravesó el jardín y entró en la casa. Entonces pasó lo de Halabi. No era nuestra intención, por supuesto que no. Pero el policía sacó su pistola, ¿qué iba a hacer él, dejarse matar?

Yo seguía pensando sin parar: «Está aquí. Está aquí. Está aquí. Todo irá bien. Nos pondremos a salvo y seremos felices».

Tras atar a Caparos y encerrar a Simon nos retiramos a mi habitación. Él tomaba un té porque, aunque tenía hambre, era incapaz de comer nada. Repetía lo de Halabi una y otra vez.

—He matado a un hombre. Dios mío, Nathalie, ¿cómo voy a soportarlo?

—No le des más vueltas. Si no le hubieras disparado te habría matado él a ti. —Me incliné hacia delante y lo miré a los ojos—. Jérôme, no entiendo nada. Absolutamente nada. Por el amor de Dios, dime qué está pasando. ¿De quién huimos? ¿Y por qué?

Y entonces me habló de Selina.

Hyères, Francia
Lunes, 21 de diciembre

—Traficantes de personas —dijo Simon, despacio—. Así que de eso se trata, de gente que trae a Francia chicas del Este para obligarlas a prostituirse...

Había oído hablar de ello, era un negocio en auge. Pero siempre creyó que esas cosas sucedían muy lejos, en otros países. Jamás pensó que llegarían a afectarle directamente.

Jérôme ya no consideraba a Simon un enemigo. Aunque continuaba con el arma en la mano, era evidente que no temía que él le atacara... sino Nathalie. No perdía de vista la puerta mientras hablaba.

—Denegri Transports está en el ajo —explicó—. Pero, en mi opinión, no todos los trabajadores ni todos los conductores saben lo que sucede. Aunque oficialmente es una empresa seria y respetable, la jefa está metida en negocios sucios. Solo algunos conductores se ocupan de los traslados. Por qué me eligieron a mí... La verdad, ni idea.

Por pura psicología, pensó Simon. Jérôme era el hombre perfecto para una misión de ese tipo. Mostraba los niveles adecuados de codicia (por dinero sería capaz de actos que otros ni se plantearían) y egoísmo. Siempre antepondría su bienestar al de cualquier jovencita del Este. Además, era lo bastante pragmático como para no hacerse el héroe. No era ningún bravucón, por mucho que acabara de noquear a dos policías armados; había actuado impulsado por las circunstancias. Pero en su vida normal rehuía los problemas, evitaba mancharse las manos y procuraba sortear las dificultades. Podría decirse que hicieron una elección excelente con él, aunque se les escapó un pequeño detalle: su debilidad por las mujeres.

Se había enamorado de verdad de aquella joven búlgara llamada Selina.

—La mujer más hermosa que he visto en toda mi vida —aseveró.

Quizá no exageraba, la tal Selina debía de ser espectacular. Además Jérôme tenía una mala situación en casa, y tampoco eso lo sabían en Denegri Transports. Se sentía atrapado en su relación con Nathalie y buscaba el modo de escapar. Desde luego, rescatar a Selina redundaba en beneficio de la chica pero también había actuado pensando en sí mismo. Simon adivinó que el joven solo podía salir de una relación aferrándose a otra. En su círculo personal conocía a varios hombres que actuaban igual. Sufrían durante años con un matrimonio desastroso o una relación frustrante

que solo conseguían terminar si aparecía otra mujer dispuesta a acogerlos en sus brazos.

—¿Así que planeaste la huida de esa chica y algo salió mal...?

Jérôme asintió.

—Así es. Volvía de Copenhague. Antes de empezar el viaje vacié mi cuenta corriente, contaba con bastante efectivo.

No era solo su cuenta, era una cuenta conjunta con Nathalie. Simon recordó que la joven tuvo que abandonar París casi sin un céntimo porque no logró sacar dinero.

«Es un egoísta sin escrúpulos», pensó.

—Un compañero la recogió cerca del sitio del que escapó, y ambos debían esperarme en un aparcamiento a las afueras de París —continuó—. Se llama François. Me confié a él cuando empecé a cuestionarme aquellos... transportes especiales, y le pedí ayuda para salvar a Selina. Como yo no sabía exactamente cuándo llegaría a París, le indiqué una hora aproximada. Pero hubo un accidente. En Bélgica, cerca de la frontera francesa, se produjo una colisión múltiple y cortaron la autopista. Me quedaban unas dos horas y media de viaje pero en esa situación era imposible calcular cuánto tardaría. Había ambulancias, policía, helicópteros... podía pasarme horas allí. Así que llamé a François y le dije que quizá no nos veríamos hasta el día siguiente. Él me contó después que Selina casi se volvió loca al enterarse de mi retraso. Quería irse lo más lejos posible, la aterrorizaba esperar tan cerca de París y de la gente que la había apresado. Además, su confianza en mí disminuía cada hora que pasaba. Llegó un momento en que François ya no pudo retenerla. Selina se bajó del coche y dijo que volvería a Sofía en autostop. Él le dio dinero para que al menos pudiera comprar comida y quedarse a dormir en algún sitio. —Jérôme negó con la cabeza, cansado—. Supongo que François se alegró de librarse de ella. Él estaba de los nervios, y la espera pudo con él. En aquel momento no se dio cuenta del peligro que suponía dejarla marchar, puesto que le había mencionado no solo su nombre sino también el mío. Yo tenía clarísimo que la buscarían y, si la atrapaban, la obligarían a revelar nuestros nombres... Pero en fin, ahora ya no se puede hacer nada. No tengo ni idea de si habrá conseguido llegar a Sofía o si, por el contrario, la habrán capturado de nuevo.

—¿Y por eso te diste a la fuga? ¿Por miedo a que la apresaran y les diera vuestros nombres?

—Me parecía imposible que llegara tan lejos. Estaba a dos mil kilómetros de su casa. Es verdad que François le había dado dinero pero no llevaba documentación. Aunque en general los controles se hacen en la dirección contraria, Europa ha reforzado sus fronteras. ¿Cuánto iba a tardar en caer en manos de la policía?

Simon se inclinó hacia delante.

—Eso es algo que no entiendo. ¿A qué viene tanto miedo a la policía? ¿Por qué no recurriste a ella?

Él se pasó las manos por la cara en un gesto de impotencia que parecía decir:

«¿Cómo le explico esto a una persona corriente con una vida normal?».

—Por la conversación que mantuvo conmigo la señora Denegri, la jefa de Denegri Transports. No lo dijo expresamente, como tampoco mencionó la ilegalidad del asunto porque, en principio, las chicas venían a Francia para trabajar de modelos o actrices. Sin embargo, leyendo entre líneas, quedaba claro que se trataba de otra cosa. Y que si intentaba dejarlo las consecuencias podrían ser fatales, igual que si acudía a las autoridades. Me dijo: «Estamos muy bien relacionados en todas las esferas. ¿Entiende lo que quiero decir?». Y sí, creo que lo comprendí: se refería también a la policía. Ya se sabe qué tipo de gente frecuenta esos establecimientos y clubes tan exclusivos: altos cargos que entran y salen del Palacio del Elíseo, magnates de las finanzas, quizá ciertos fiscales del Estado. ¿Y por qué no algún pez gordo de la policía?

—¿No lo sabes seguro?

—No. A lo mejor fue un farol, pero no quería arriesgarme. Y aquel día... me invadió el pánico.

—¿El día que llamaste a Nathalie para avisarla?

Al escuchar su nombre, el joven se estremeció y miró a la puerta con mayor intensidad, como esperando verla aparecer en cualquier momento.

—Sí. Llegué a París avanzada la mañana. Hacía ya muchas horas que Selina se había marchado. Fui a casa de François, que me recomendó entregar el cargamento en la empresa y fingir normalidad absoluta. Pero me pareció muy arriesgado. ¿Y si habían atrapado a Selina? Conocía la respuesta: contaban con métodos para arrancarle la verdad. Por otro lado, yo era el chófer de la última etapa de su viaje, seguro que me interrogarían. Acudir a la policía... ¿y si estaba implicada?

—¿La policía al completo? Es una idea absurda. Incluso asumiendo que esa gente tenga contactos dentro, nunca alcanzarían a toda la policía. Te habrían protegido. Además, conocías la casa en la que retenían a las chicas, podrías haber guiado hasta allí a los agentes y demostrar que tus afirmaciones eran ciertas.

Él negó con la cabeza.

—Apuesto lo que sea a que, en este momento, la casa ya no existe. El edificio sí, por supuesto, pero las chicas habrán desaparecido junto con todo indicio de que han estado allí. Tras la fuga de Selina lo habrán destruido todo. Están perfectamente organizados, cuentan con planes de retirada inmediatos. No quedará ya ninguna prueba, estoy convencido.

Quizá Jérôme estaba demasiado asustado. Quizá consideraba la organización más grande y poderosa de lo que realmente era. Sin embargo, Simon desechó aquel pensamiento al recordar las muertes que habían causado y lo de prisa que habían descubierto el rastro de Nathalie. Yves Soler no sobrevivió ni una semana a su encuentro con la chica. Localizaron el apartamento de Les Lecques. Secuestraron a Kristina en el aeropuerto. Aquellos hechos señalaban a auténticos profesionales.

—Me marché de París —continuó el joven—, a pesar de que eso me convertía

automáticamente en sospechoso. No había entregado la carga, seguía llevándola en el camión. Llamé de nuevo a François para preguntarle si me estaban buscando. No lo sabía, pero pasó por mi casa y me informó de que había unos tipos raros vigilando el edificio. Me dijo que ni se me ocurriera ir por allí. Cuando colgué llamé a Nathalie. Nuestra relación no funcionaba y yo llevaba meses pensando en dejarla, pero no quería que le sucediera nada malo. No tenía nada que ver con todo aquello.

—Tampoco tu amiga de Metz, Jeanne Berney —apuntó Simon en voz baja.

Los ojos de Jérôme reflejaron un dolor imposible de fingir.

—Lo sé —contestó—. Nathalie me ha contado hace un rato que la policía sospecha de mí. Juro por Dios que no le toqué un pelo. Fui a pedirle ayuda, nada más.

—Esa gente consiguió sacarle información, la policía cree que ella les mencionó el apartamento de Les Lecques. Pero ¿cómo sabían dónde encontrarla? Hacía muchos años que no erais novios.

El joven soltó una carcajada que sonó casi despectiva.

—Investigan a fondo a los conductores antes de encargarles esas... tareas especiales. La señora Denegri me insinuó que lo sabían todo de mí y que controlaban a las personas que eran o que habían sido importantes en mi vida. No me habrían escogido para trasladar chicas si no conocieran mi biografía al detalle y no contarán con múltiples formas de presionarme. —Volvió a pasarse las manos por la cara consumida y demacrada. Después dijo—: No sé nada de François.

—Ha desaparecido —repuso Simon.

—Dios mío —murmuró—. Simon, Nathalie me ha contado antes lo de tu amiga. Lo siento. Todavía no comprendo cómo te has metido en todo esto, pero créeme... yo no quería hacerle daño a nadie. Solo deseaba salvar a Selina y empezar una nueva vida con ella.

—Pecaste de ingenuo. Aun suponiendo que el plan hubiera salido bien y lograras escaparte con ella, esa gente habría ido a por tus seres queridos. Y Nathalie era la primera de la lista, ¿es que no lo pensaste?

—Necesitaba un plan para salvar a Selina. La estaban maltratando, debía sacarla de allí. Le había dado un móvil, tenía que conseguirlo antes de que se lo encontraran. No fui capaz... con las prisas no pude considerarlo todo.

—La policía habría... —comenzó Simon.

—Ya te he explicado por qué no fui a la policía —lo interrumpió de malos modos—. Ahora es demasiado tarde, he matado a un teniente y herido a otro. Y soy el principal sospechoso del asesinato de Jeanne. No me queda más remedio que darme a la fuga.

—Pero si te entregas ahora... Si liberas a Caparos y llamas a una ambulancia, tendrás una posibilidad. Yo te creo cuando afirmas que no mataste a Jeanne Berney y, a la larga, las pruebas demostrarán que dices la verdad. Jérôme, pretendías hacer una buena acción: ayudar a una joven a escapar de un destino terrible. La policía lo tendrá en cuenta.

—Jamás debí colaborar trasladando chicas. Y el agente muerto en la cocina... — Negó con vehemencia—. No, no puedo arriesgarme. Me largaré de aquí en su coche.

Simon alzó las manos en un gesto de impotencia.

—El arma la tienes tú, no yo. No puedo impedírtelo.

—Tengo que irme antes de que en la central noten que algo va mal. Hace horas que los tenientes no han establecido contacto... Debería haberme marchado hace mucho tiempo. Pero, joder, no tengo ni idea de dónde se ha metido Nathalie. Ya sabe que me voy sin ella, y le he contado lo de Selina. Tiene la otra pistola. A lo mejor está apostada ahí fuera esperando que salga a coger el coche para pegarme un tiro. Está enferma, Simon, ¿no te has dado cuenta?

¿Le había dado la impresión de que estuviera enferma? ¿En el sentido de «perturbada»? Si era sincero, debía reconocer que sí.

—Pero también es muy lista —respondió—. Consiguió mandarte mensajes y llamarte con mi móvil roto... Es impresionante. Jamás habría creído que se pudiera arreglar...

—¿Usó tu móvil?

Simon asintió.

—Estaba tan enfadado y desesperado que lo estrellé contra la pared. Los pedazos se quedaron en el suelo pero se ve que logró recomponerlos. Aunque me parece un misterio, es evidente que funcionó.

—Yo no digo que sea tonta. Al contrario, es muy inteligente. Pero está desequilibrada. Si me lo hubiera pensado dos veces, la habría esquivado desde el principio.

—Pero no lo hiciste. Tenía algo que te gustaba.

—Bueno... —repuso él, dubitativo.

Simon supuso que le gustaba «algo» de las mujeres muy a menudo, pero jamás se planteaba si, además, existía una base sólida para una relación. Si la cosa no funcionaba, simplemente pasaba a la siguiente chica.

«Un comportamiento inmaduro. Pero en absoluto delictivo», pensó.

En aquel momento el joven no parecía nada decidido. Aunque quería marcharse, retrasaba la partida. ¿Temía que Nathalie lo estuviera acechando? ¿O es que carecía de un plan? Llevaba días huyendo y tendría que seguir haciéndolo sin saber adónde. Tampoco sabía cómo acabaría aquello, cuál era su objetivo ni si en realidad existía un objetivo. Aquella casa aislada en una región costera del sur de Francia constituía un refugio en el que podía recobrar algo de aliento. Lo protegía de la lluvia, la oscuridad y la incertidumbre. Sin embargo, la sensación de protección era engañosa. Llevaba ya demasiado tiempo allí, y eso era muy peligroso. La impresión de Simon era que, en el fondo, solo deseaba quedarse y esconder la cabeza debajo de una manta. Abajo yacía el policía al que había matado unas horas atrás; seguramente no se atrevía a hacerse un café ni a buscar algo de comida por miedo a pisar la cocina.

—Me voy —anunció al final. Levantó la pistola—. Esta me la llevo, a lo mejor la

necesito. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Qué vas a hacer? ¿Avisar a la policía?

—Lo primero es una ambulancia para Caparos.

—No hace falta —resonó de pronto una voz a sus espaldas.

Sobresaltados, se dieron la vuelta.

El teniente Jean Caparos apareció en la puerta. Tenía un arma en la mano.

—Tire la pistola, señor Deville —ordenó.

El joven la dejó caer. Tenía el rostro ceniciento.

—Aquí acaba su juego, Deville —dijo Caparos.

No me pilló desprevenida. Temí perderlo desde que me fui a París a vivir con él. En los últimos seis meses el miedo crecía cada día que pasaba. Se distanció de mí. Cambió por completo. Ya no era parte de su vida, levantó un muro entre nosotros.

Y ahora se había enamorado de otra.

Cuando me lo dijo no me sorprendió tanto la noticia en sí como lo extraordinario de la situación: me enteré de que había perdido al hombre de mi vida una tarde lluviosa de diciembre, en una casa protegida por la policía y perdida en la región de Hyères. El hombre de mi vida acababa de matar a un agente y de herir a otro, al que había maniatado en el sofá. El hombre de mi vida trabajaba para una organización criminal que trasladaba jóvenes de los países del Este, a las que luego obligaban a prostituirse en Francia. El hombre de mi vida había liberado a una de aquellas chicas pero algo salió mal y por eso estábamos atrapados en aquella casa, en una situación de vida o muerte.

—Está bien —dije—, está bien. Una aventura. Has tenido una aventura.

Estábamos en mi habitación. No quisimos ir a la cocina porque Halabi yacía muerto en el suelo, ni tampoco al salón, donde Caparos gemía débilmente. Simon estaba en su cuarto. Lo habíamos encerrado porque pensábamos que, a la menor oportunidad, intentaría llamar a Inès Rosarde; aunque sobre todo deseaba pedir ayuda para Caparos. Yo lo entendía, pero no era momento para sentimentalismos.

—No he tenido ninguna aventura —contestó.

Parecía tan cansado y triste que me moría por abrazarlo, cubrirlo de caricias y asegurarle que todo saldría bien. Necesité contenerme para no hacerlo.

El hombre de mi vida me había traicionado. No merecía mi consuelo. Aparte de que seguramente tampoco lo deseaba.

—No llegamos a tener una aventura —continuó—. Pero sí, me enamoré de ella.

Siempre imaginé que si un día me decía algo así el mundo se hundiría. Literalmente: se disolvería en humo y oscuridad y dejaría de existir. Sin embargo, no sucedió nada en absoluto. El viento aullaba. La lluvia golpeaba el tejado. Las vigas de la vieja casa crujían. La calefacción eléctrica emitía sonidos extraños en lugar de irradiar calor. Todo normal.

—¿Te enamoraste? Si acababas de conocerla...

Pero sabía que Jérôme no necesitaba conocer a una mujer para enamorarse de ella. Más bien funcionaba al revés: se enamoraba de una ilusión de esa mujer y, conforme la conocía, surgían los problemas. Cuanto más se convertía en un ser de carne y hueso, en una persona con flaquezas, problemas y exigencias, más perdía Jérôme la fascinación por ella. Por eso nuestro amor no soportó la rutina de la vida común en París. En Metz, mientras yo estaba bajo el yugo de Éliane y él bajo el de su padre, mientras nos resultaba difícil vernos, éramos una pareja de enamorados luchando contra el resto del mundo. En mi ingenuidad, no me había percatado de eso. Me bastaba con soñar con nuestro piso, con una decoración acogedora. Donde siempre habría flores en la mesa y luz en la ventana,

donde tomaríamos café juntos y, los domingos, nos leeríamos en voz alta artículos del periódico. Yo había echado mi vida por la borda para estar con él, mientras que él solo me había utilizado para mejorar su precaria situación económica.

A pesar de que ahora lo veía con toda claridad, sabía que lo seguía amando con el mismo anhelo doloroso y ardiente del primer día. No desapareció. Quizá era eso lo que debía haber sucedido, pero no pasó: del mismo modo que no se puede forzar el amor cuando no existe, tampoco se puede eliminar una vez que está ahí.

La esencia del amor es escapar a nuestro control. Hacer su voluntad.

—Es cierto —contestó Jérôme a mi comentario de que no conocía apenas a aquella búlgara—. Pero Selina es tan...

No terminó la frase. Al menos entendió que estaba fuera de lugar describirme por qué la chica le despertaba aquellos sentimientos. Yo no quería saberlo. Bueno, en realidad sí. Pero no lo habría soportado.

—Quizá pasó porque hace tiempo que las cosas no van bien entre nosotros —prosiguió. Me miró esperanzado, como deseando que, con una sonrisa, le dijera que lo comprendía.

«Pues claro, tienes razón, en realidad hace mucho que dejamos de ser una pareja, ya no hay chispa y nos hemos distanciado. Así que es normal que te hayas enamorado perdidamente de la primera guarrilla búlgara que se te ha cruzado, y que destruyas todo lo que hemos construido. Y que, de paso, pongas en peligro nuestras vidas y mates a un policía que solo hacía su trabajo. Por no hablar de Yves, Jeanne y Kristina, que han muerto porque eres incapaz de controlar tus impulsos...».

Por supuesto, no dije nada de eso. En cambio le pregunté:

—¿No crees que tenías que haberme contado en qué consistía tu lucrativo trabajo? ¿Que hubiéramos decidido juntos si lo aceptabas o no? ¡Me has puesto en peligro!

De pronto pareció arrepentido.

—Pues sí, pero tuve que prometer que no le diría una palabra a nadie, absolutamente a nadie. Pero... no debí aceptar. Debí rechazar la propuesta. Ahora lo veo claro, pero... Dios, Nathalie, ¿qué quieres que te diga? ¡No puedo deshacer lo que ya está hecho!

—¿Por qué te eligieron precisamente a ti?

Aunque no contestó, yo sabía muy bien por qué había sido un juego de niños convencer a Jérôme. Por el dinero. Siempre le gustó la buena vida, sentía debilidad por los símbolos de estatus. Se moría por tener un pisazo, un buen coche y ropa cara. Por desgracia, su predisposición a progresar mediante el trabajo duro era inversamente proporcional a la dimensión de sus deseos. En pocas palabras: se le presentó la oportunidad de ganar dinero rápido con poco esfuerzo. Y, por supuesto, la aprovechó.

—Al principio no me daba cuenta de lo que sucedía —respondió—. Lo de la prostitución... Creía que las chicas iban a trabajar de modelos.

No podía ser tan tonto. ¿Traslados secretos de modelos por Europa? ¡Qué estupidez! Últimamente había información en todas partes sobre lo que estaba pasando.

Se frotó los ojos.

—Nathalie, lo siento pero me caigo de sueño. Necesito descansar. No puedo más.

Se le notaba. Temblaba de agotamiento. No servía de nada seguir hablando con él, se quedaría dormido con la palabra en la boca.

—Claro, descansa —contesté con sensatez—. Yo me quedo despierta vigilando.

En realidad no sabía muy bien qué debía hacer. Supuse que procurar que Simon y Caparos no logran liberarse y pidieran ayuda. Entonces me di cuenta de una cosa.

—Ya sé que necesitas dormir pero no puede ser mucho rato. Desconocemos con qué frecuencia informaban los policías, o si la central hará llamadas de control. Si empiezan a sospechar, podrían enviar aquí a un montón de agentes. Para entonces deberíamos estar muy lejos.

Me miró sorprendido, con unos ojos entrecerrados y enrojecidos a los que la falta de sueño daba un aspecto febril.

—¿«Deberíamos»? ¿Quieres venir conmigo después de lo que te he contado?

Le devolví una mirada igual de sorprendida.

—Pues claro, ¿qué esperabas?

—Bueno, pensé que... —Guardó silencio un momento—. ¿Crees que es buena idea?

—Creo que nuestro destino es estar juntos.

Pareció a punto de responder algo pero al final no dijo nada. De modo que hablé yo en su lugar:

—Lo de esa chica... Los dos sabemos que solo es un arrebato. Siempre te han gustado las mujeres. —Aunque me doliera decirlo, era la verdad—. Quizá en los últimos tiempos no nos hemos prestado suficiente atención. —Eso no era verdad. Yo centraba toda mi atención en él, en nuestra relación y en nuestra felicidad. Por desgracia, no era recíproco; él se mostraba cada vez más indiferente—. Pero lo solucionaremos. Empezaremos de cero en algún sitio. Muy lejos de aquí.

—Nathalie...

—Esa Selina estará ya en el quinto pino. O muerta. Olvídate de ella. Hiciste una buena obra ayudándola a escapar. Que le vaya bien o no... ya no es cosa tuya.

—Nathalie, creo que no comprendes...

Lo interrumpí bruscamente.

—Te encontrabas en una situación excepcional, sobrepasado por las circunstancias. No le des más importancia de la que tiene.

—Le doy importancia por lo que te dije antes. Me ena...

Si decía otra vez que estaba enamorado de esa zorra perdería los nervios. Meforcé por mantener la calma.

—Ahora no tenemos tiempo para hablar de esto, ya lo haremos en otro momento. Necesitas dormir, debes reponer fuerzas. —Me acerqué a él y le saqué del bolsillo la pistola de Halabi—. A lo mejor es buena idea que yo también vaya armada. —No protestó, carecía de energías—. Acuéstate —le indiqué suavemente.

Lo amaba tanto que sentía ganas de llorar ante la intensidad de mis sentimientos.

Sentado en la cama, se quitó las deportivas. En cuanto su cabeza tocara la almohada se quedaría dormido.

Me dirigí a la puerta y, una vez allí, me giré hacia él.

—Hay algo que no entiendo, Jérôme. ¿Por qué te persiguen con tanto empeño? Han matado gente sin pestañear, ¿por qué? Entiendo que formabas parte de su turbio negocio y que no les gusta que lo dejes. Pero, por lo que dices, están tan bien organizados que jamás podrás probar nada contra ellos. Solo conseguirías meterte en más problemas. Entonces ¿por qué...?

Él estaba ya casi dormido.

—No sé —murmuró—. Ni idea. No lo sé.

Y lo venció el sueño.

Hyères, Francia
Lunes, 21 de diciembre

El teniente Caparos se encontraba bastante maltrecho: tenía el lado derecho de la cabeza manchado de sangre coagulada, estaba blanco como la cera y el sudor le perlaba la frente. Había sido derribado y herido, había estado inconsciente y ahora sentía que la tensión arterial le jugaba una mala pasada. Sin embargo, la mano que sujetaba la pistola no le temblaba. Aunque le costaba mantenerse en pie, la expresión de sus ojos y sus labios apretados con determinación aconsejaban no subestimarlo: quizá se desmayara, pero no antes de vencer a sus adversarios. Y por «adversario» parecía entender a cualquiera en aquella casa.

—Acérqueme la pistola de una patada, Deville —ordenó.

Él obedeció de inmediato. El arma se deslizó y quedó ante los pies del teniente, que la recogió.

—Y ahora, su teléfono.

Jérôme sacó el móvil de un bolsillo de los vaqueros y se lo pasó a Caparos por el mismo procedimiento. Este se agachó sin perder de vista a los dos hombres y sin que la pistola se desviara ni un milímetro.

—He avisado a mis compañeros —advirtió—. Esto se va a llenar de policías, Deville. Le detendrán por el asesinato del teniente Halabi. Y como sospechoso del asesinato de Jeanne Berney.

El joven se mostró visiblemente abatido.

—Yo no maté a Jeanne —susurró.

—Por suerte, eso no me corresponde a mí determinarlo —respondió Caparos. Se tocó la herida de la cabeza—. Por lo que a mí respecta, se le acusará de un delito de lesiones y puede que, incluso, de intento de homicidio. Va a pasar muchos años en la cárcel, Deville.

—Teniente... —comenzó Simon.

—¡Cuidado, señor! —lo interrumpió con brusquedad—. Su papel en todo esto cada vez me resulta más oscuro. ¿Con quién está? ¿Con nosotros o con este psicópata asesino?

Jérôme no era un psicópata asesino pero Simon entendía la postura del agente. El joven había matado a su compañero y lo había herido a él, dejándolo bastante maltrecho. La situación en la casa se había descontrolado debido a que sus protegidos

habían jugado sucio. Actuando en su propio interés, Nathalie había desencadenado el caos.

—¿Y Nathalie? —preguntó entonces—. ¿Dónde está?

—Va armada —repuso Jérôme.

El teniente negó con la cabeza.

—No. Esa pistola la tengo yo.

Pues claro, de lo contrario, ¿cómo habría llegado el arma a manos de Caparos? Simon se sorprendió de lo despacio que razonaba.

—¿Dónde está Nathalie? —insistió el teniente con más apremio.

Jérôme la había buscado por toda la casa. Desaparecida. Al mismo tiempo que el policía conseguía librarse misteriosamente de sus ataduras y hacerse con un arma...

—¿Dónde está? —inquirió por tercera vez.

—Estoy aquí —contestó una voz a sus espaldas.

Nathalie apareció en el vano de la puerta. Su aspecto era rígido y... casi espectral. Simon recordó las palabras de Jérôme: «Está enferma. Desequilibrada».

El joven la miraba atónito.

—¿Dónde te habías metido? ¡Te he buscado por todas partes!

—Estaba en el salón, echada en el sofá —explicó.

—¿En el sofá? —repitió Jérôme, confuso—. ¡Pero si ahí estaba el teniente!

—Te equivocas. —La chica intentó sonreír pero tan solo esbozó una triste mueca—. Caparos salió al coche para pedir refuerzos.

—¿Has sido tú...?

—Sí, lo he soltado. Luego me pidió que me tumbara en el sofá para disimular su ausencia. Por si te asomabas a comprobarlo.

—La señorita Boudin es la única que ha actuado con responsabilidad y sensatez —afirmó Caparos—. Intentar cualquier otra cosa es una locura. Deville, usted nunca ha tenido la más mínima posibilidad de salir con bien. Aunque hubiera logrado escapar, ¿cree que habría llegado muy lejos, que podría haberse ocultado en algún sitio?

«Qué decidida está —pensó Simon sobre Nathalie—. Y qué desesperada. Libera a Caparos, le devuelve el arma, y colabora en un plan para engañar a Jérôme y alertar a la comisaria Rosarde».

»Entrega a la policía al hombre que ama».

—Me estás condenando a la cárcel —comprendió el joven, consternado.

Ella asintió. Sin embargo no se la veía triunfante sino desgarradoramente triste.

—¿Y qué esperas, Jérôme? ¿Que deje que te marches sin mí? ¿Que me quede quieta mientras me abandonas? No soportaría la vida pensando día y noche que tú y esa chica sois una parejita feliz. Imaginándome tu amor por ella, vuestra vida juntos, cómo construís un futuro común...

—Pero de este modo también me pierdes. ¡No ganas nada!

—Un poco de paz —replicó ella. Parecía al borde de las lágrimas—. No sé cómo

voy a vivir sin ti, Jérôme. Pero prefiero saber que estás en la cárcel antes que en brazos de otra mujer.

Durante varios segundos se hizo un silencio, solo roto por el fragor del vendaval. El joven, que llevaba la última semana huyendo, era incapaz de asumir que su captura fuera obra de Nathalie, la única persona en cuya lealtad había confiado ciegamente. Se encontraba paralizado por la sorpresa.

Por su parte, a Caparos le resultaba cada vez más difícil fingir entereza, aparentar ser el dueño de la situación y tenerlo todo bajo control. Luchaba contra las náuseas y el mareo producidos por el golpe. Una conmoción, pensó Simon. El teniente intentaba parecer firme y seguro de sí mismo pero en su fuero interno rezaba para que los refuerzos llegaran enseguida. No aguantaría mucho más.

—Nathalie, por favor... —El joven rompió el silencio.

Ella se encogió de hombros.

—Es demasiado tarde, Jérôme.

—No deje que la convenza —advirtió Caparos—. Este hombre será su perdición.

—Este es el hombre al que amo —replicó ella.

Jérôme aprovechó la circunstancia.

—Nathalie, podemos hablar de todo otra vez. Nunca te he engañado. No tuve nada con esa chica. Fue... un capricho.

—¿Un capricho? ¡Tu decisión ha ocasionado una tragedia que nos ha arrastrado a todos!

—Yo no sabía... no quería...

—¡Basta! —cortó Caparos.

No le convenía nada que el joven consiguiera ganarse de nuevo a Nathalie, quien parecía empezar a dudar. El policía era consciente de la fragilidad de la situación. Aunque poseía un arma, no sabía durante cuánto tiempo lograría mantenerla en alto. Por ahora ella estaba de su parte, pero si cambiaban las tornas se quedaría solo. Desconocía las intenciones de Simon, de modo que, por si acaso, debía considerar la idea de enfrentarse a tres personas. Y en cualquier momento podía sufrir una bajada de tensión.

—Deville, váyase a la otra habitación —ordenó. Este no se movió. El teniente hizo un gesto de impaciencia con la pistola—. ¡Ahora! Créame, dispararé a la mínima ocasión.

Jérôme salió por la puerta. Al pasar junto a la joven le dijo:

—Nathalie, tú eres la única que...

Caparos le clavó el cañón en los riñones.

—¡Mantenga la boca cerrada! No lo repetiré. Andando, ¡a la otra habitación!

Simon calculó que, dada la debilidad del policía, entre Jérôme y él podrían reducirlo sin dificultad. Pero el arma cambiaba las cosas, sería demasiado peligroso. Por otra parte, era necesario que la policía recuperara el control. El joven debía asumir la responsabilidad de sus actos, y ayudarlo a escapar supondría incurrir en un

delito.

Caparos continuaba sin saber de qué lado se encontraba Simon, por lo que prefirió no correr ningún riesgo: le obligó a quedarse donde estaba, salió de la habitación con Jérôme y echó la llave. Después, Simon oyó que encerraba al joven en la habitación de enfrente. El teniente los había apresado a ambos.

Solo le quedaba esperar refuerzos.

Dulovo, Bulgaria
Lunes, 21 de diciembre

La temperatura era tan baja que el frío despertó aquella mañana a Zala Dobreva. Afuera todavía reinaba la oscuridad y, como su bebé aún no lloraba, podría haber seguido durmiendo. Sin embargo, había soñado que estaba acurrucada en el fondo de un pozo oscuro y gélido, y que el frío la calaba hasta los huesos. Tiritaba tanto que al final no consiguió mantener esa desagradable sensación dentro del mundo de los sueños.

Abrió los ojos de mala gana.

Jurev ya se había levantado, la cama estaba vacía. Trabajaba en la recogida de basura y por eso madrugaba tanto. En invierno a Zala le daba mucha lástima. Salir a la calle en medio del frío y la oscuridad... Si la casa estaba helada, ¿cómo sería ahí afuera?

Se levantó, encendió la luz y tocó el radiador, situado bajo la ventana. Nada. En otoño habían instalado una calefacción eléctrica que les parecía el colmo del lujo, pero resultó que se estropeaba continuamente sin que nadie fuera capaz de averiguar la causa de la avería. Llevaban gastado ya mucho dinero en técnicos que, aunque solo lograban hacerla funcionar por un tiempo, exigían que les pagaran cada vez que acudían.

Zala suspiró. En fin, había situaciones peores en la vida. Al menos todos gozaban de buena salud. Encendería el hogar en la cocina y al final del día la casa estaría caldeada.

Miró la cuna, colocada junto a la puerta. El niño dormía, con una respiración apacible y acompasada. Metió la mano bajo las múltiples mantas y comprobó que estaba calentito. Decidió dejarlo dormir. Si continuaba tranquilo le daría tiempo a hacer muchas tareas de la casa.

Cuando entró en la cocina los dos gatos que dormitaban en el banco frente al hogar saltaron al suelo y se frotaron contra sus piernas maullando lastimeramente. Ella se agachó para acariciarlos.

—Sí, hace frío. Pobrecitos. Voy a encender un buen fuego.

Se incorporó, sacó dos cuencos de un armario, los llenó de leche, añadió un poco de agua tibia y los puso en el suelo. Los gatos se abalanzaron sobre ellos. Zala miró el gran cesto junto a la chimenea y suspiró por segunda vez, ahora con más fuerza y

vehemencia. Ni un tronco. Tendría que salir, atravesar el patio y acarrear leña desde el cobertizo. Seguía en camisón, pero si volvía al dormitorio a vestirse y encendía la luz despertaría al niño. Así que se pondría las botas con las piernas desnudas, y el abrigo y un chal por encima del camisón; y tendría que aguantarse.

Al abrir la puerta se enfrentó a una densa ventisca. Llevaba así desde el día anterior, exceptuando una leve mejoría. ¿Cómo acabaría aquello? Podían quedarse totalmente aislados. Se preguntó si podría salir a comprar. Vivían fuera de los límites del pueblo, bastante apartados, junto a la carretera que llevaba a Dulovo. Habían comprado la casa al municipio por poco dinero. En aquel entonces apenas era más que una cabaña que, a lo largo de los años, fueron renovando; instalaron suelos y ventanas nuevos y arreglaron el tejado. Por suerte, Jurev era un albañil habilidoso. A Zala le parecía que todo había quedado de maravilla. Le tenía cariño a su casa, no la cambiaría por nada del mundo. Sin embargo, en días como aquel se sentía un poco apartada porque la nieve lo cubría todo y el vecino más cercano se encontraba a veinte minutos caminando. Con aquel tiempo y llevando al niño en el portabebés tardaría bastante más. Al volver del cobertizo comprobaría las provisiones, con algo de suerte no necesitaría ir a comprar nada.

Los gatos salieron disparados al exterior. Mientras uno de ellos se perdía en la oscuridad, el otro se detuvo de repente y se agazapó. Se le erizó el pelo y empezó a bufar.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó la mujer.

El gato miraba fijamente hacia el cobertizo. Algo en su interior llamaba su atención y lo alteraba.

Se contagió de la tensión del animal. ¿Qué habría en el almacén? De pronto fue más consciente de que estaba sola, con la única compañía de dos gatos y un bebé de seis meses. Oía retumbar su corazón.

—¿Hola? —gritó. La nieve se tragaba los sonidos; el mundo estaba sumido en un extraño silencio y su voz sonaba amortiguada—. ¿Hay alguien ahí?

Nada. Pero ella tenía un mal presentimiento. Hacía años que convivía con los gatos y había aprendido a tomarse en serio sus reacciones.

—¿Hola? —gritó de nuevo.

De pronto una sombra se separó de la pared del cobertizo. Zala dio un paso atrás. Había alguien allí. ¿Qué hacía junto a su casa a esas horas de la mañana, con un frío helador y una nevada tan densa? No podía tratarse de nada bueno. Retrocedió otro paso.

—Dios mío —murmuró—. ¡Jurev!

Pero Jurev no estaba, y no regresaría hasta el mediodía.

La figura avanzó hacia ella con pasos que le parecieron inseguros. Zala se dio la vuelta con la intención de entrar en casa, cerrar la puerta y echar el cerrojo.

—¡Por favor! —Era una voz sin fuerza, rota. Una voz femenina—. Por favor, ¡no se vaya!

Una mujer. Zala se detuvo. Comprobó que, efectivamente, caminaba a duras penas, tambaleándose.

—¡Por favor! —Solo le salía un hilillo de voz, como si estuviera al borde del agotamiento—. ¡Ayúdeme!

No podía abandonarla. Atravesando la nieve, que la cubría hasta la rodilla, llegó hasta la mujer justo a tiempo de sostenerla cuando le fallaron las piernas.

—Los otros... —Apenas la entendía—. Están en el cobertizo. Necesitamos ayuda.

—¿Qué pasa? ¿De dónde vienen con esta ventisca? —Dada la situación en las fronteras europeas, su primer pensamiento fue que eran refugiados sirios o afganos. Pero sin duda aquella mujer era búlgara.

—Policía —susurró—. Por favor, llame a la policía.

Esa petición la tranquilizó, al menos descartaba que fuera una delincuente.

—Vamos dentro. Está usted congelada.

—Los otros...

Entonces Zala vio que salían más del cobertizo. Por un momento sintió pánico pero lo reprimió con valentía. No eran maleantes. Aunque resultaba obvio que se encontraban en apuros, no le pareció que representaran una amenaza. Carecían de fuerzas para emprender cualquier acción.

—¿Qué les ha pasado? —les preguntó.

Distinguió a dos mujeres y un hombre. Estaban exhaustos y casi paralizados por el frío. Debían de llevar mucho tiempo a la intemperie. ¿De dónde venían? ¿De las inmensas llanuras de Dobruja? ¿En plena noche? ¿Con semejante nevada?

Los condujo a todos a la casa. Cayeron desplomados en la cocina, incapaces de dar un solo paso más. La nieve de su ropa se derretía y goteaba. Con la mirada perdida, contemplaban los charquitos que se formaban a su alrededor.

La mujer que se había acercado primero aún lograba mantenerse en pie. Se sentó en el suelo y apoyó la espalda contra el hogar apagado.

«Tengo que encender el fuego de una vez», pensó Zala.

La mujer buscó en la mochila que había dejado a su lado. Sacó un ordenador portátil y se lo tendió.

—Si vienen... Esto es muy importante. Escóndalo. ¡Es para la policía!

—¿Qué hay dentro?

—Nombres. —La mujer se reclinó, apoyando la cabeza contra la chimenea—. Están buscando esos nombres. No deben encontrarlos.

—¿Qué nombres?

—De criminales. Eche todos los cerrojos, ¡dese prisa!

Zala hizo lo que le pedía. Y después, por fin, marcó el número de la policía con dedos temblorosos.

Me sorprendía haber podido dormir. Mi vida acababa de saltar en pedazos, no era el momento más indicado para descansar. Pero debía de estar rendida, y seguramente era el único modo de evadirme por un tiempo de la terrible realidad. Si seguía pensando me volvería loca.

Jérôme me había traicionado y abandonado.

Y yo había traicionado y abandonado a Jérôme, o al menos él lo vería así. Me hallaba ante las ruinas de mi vida; carecía de futuro y mi pasado era un desastre. Los días previos habían sido una pesadilla pero el presente era aún más espeluznante. Me sentía como inmersa en una película de terror, solo deseaba que el espanto terminara de una vez. Pero sabía muy bien que nunca acabaría. No mientras viviera.

Simon y Jérôme estaban retenidos cada uno en una habitación, sin posibilidad de huida. La policía requeriría como testigo al primero y detendría al segundo. Jérôme había colaborado con una red de tráfico de personas y había matado a un agente. No parecía probable, al menos en un futuro cercano, que la historia con su amada búlgara tuviera un final feliz. Sin embargo, esa perspectiva no me consolaba en absoluto porque sabía que también nuestra relación estaba condenada. Él jamás me perdonaría lo que había hecho.

El teniente Caparos no me encerró con uno de ellos porque quería mantenernos separados. Desconfiaba de todos, también de mí, por mucho que lo hubiera liberado. Seguro que tenía miedo de que me pusiera otra vez del lado de Jérôme. Su misión consistía en evitar que se produjeran más incidentes antes de que llegaran los refuerzos. Me sugirió que aquella noche descansara en el salón, así que me tumbé en el sofá que había ocupado unas horas antes con el fin de engañar a Jérôme. Mientras me preguntaba si soportaría vivir con el peso de mi traición me quedé dormida. Físicamente agotada, mentalmente agotada.

Lo primero que noté al despertar fue la ausencia del murmullo continuo que nos había acompañado durante días. No llovía. Una tímida luz grisácea se colaba por las ventanas. Estaba amaneciendo.

Me incorporé para mirar por la ventana. El viento, que bramó toda la noche y que aún zarandeaba los árboles, había barrido las nubes. El cielo, de una transparencia sobrenatural, lucía claro y frío. Gris antracita con una línea púrpura coloreando el este. Maravilloso. El viento secaría los campos, la jornada sería fresca y soleada. 21 de diciembre, el día más corto del año. En tres días sería Navidad. Y mi vida ya no existía.

Me levanté y miré el reloj. Eran casi las siete.

¿Dónde estaba la policía? ¿O es que ya se había resuelto todo? ¿Habían detenido y trasladado a Jérôme? ¿Sin darme la oportunidad de verlo?

Agucé el oído. Parecía que en la casa todo estaba en calma, aunque el rugir del viento podía difuminar cualquier sonido. Me costaba creer que no me hubiera enterado de la llegada de la policía. Aunque a lo mejor la operación había sido muy discreta, al fin y al cabo Jérôme estaba encerrado y desarmado. Quizá Inès Rosarde se había presentado con dos agentes y solo fue necesario escoltarlo

hasta el coche, en silencio y sin aspavientos. En las películas aparecen operaciones espectaculares de comandos especiales que, bien pertrechados con cascos, chalecos antibalas y ametralladoras, se despliegan en la oscuridad, asaltan edificios y lanzan gases lacrimógenos. Hay intentos de fuga y tiroteos. Escenas dramáticas, personas heridas.

En la vida real, las cosas debían de ser muy distintas.

Me arreglé la melena como pude y me puse a doblar y a colocar las mantas del sofá. Es curioso que en esa situación dedicara tiempo a dejar la estancia ordenada, seguramente esa tarea me tranquilizaba un poco.

Cuando me disponía a remeter una manta por el hueco entre los cojines, un brillo gris metálico captó mi atención. Al principio pensé que era una moneda. Me incliné y metí la mano para sacarlo. No sabía qué era eso, un trozo de metal plano y mate. Y había más. Rebusqué y me di cuenta de que eran las piezas de un teléfono. Un móvil hecho pedazos.

Me quedé mirándolo, intentando encontrarle algún sentido. ¿De quién era y por qué estaba destrozado? ¿Qué hacía escondido en el sofá? ¿Pertenece a alguien de nuestro grupo? Creía recordar que Simon tenía un modelo parecido. ¿O sería de algún protegido que se había alojado antes en la casa?

Qué extraño. Pero bueno, probablemente no tenía nada que ver con nosotros. Dejé los trozos en la mesa y salí del salón.

El teniente Caparos se encontraba en la cocina, sentado junto a la ventana. Había acercado una silla y montaba guardia en el puesto que solía ocupar su compañero. Parecía cansado. Sujetaba una taza; la estancia olía a café recién hecho. El cuerpo de Halabi seguía en el suelo, pero al menos el teniente lo había cubierto con una sábana. El olor dulzón de la sangre ya se mezclaba con el del café. Halabi solo llevaba veinticuatro horas muerto, no era demasiado tiempo; pero pronto resultaría insoportable estar en la cocina y, poco después, en toda la casa. Fue entonces cuando comprendí que la policía no se había presentado. Jamás habrían arrestado a un sospechoso dejando atrás el cuerpo de un compañero.

Caparos se volvió hacia mí.

—Ha dormido mucho —observó.

Asentí, avergonzada por el desinterés y la insensibilidad que eso demostraba.

—El cansancio me cayó encima de golpe.

—No me extraña —contestó. La herida no parecía mejorar y el pelo se le apelmazaba en una costra de sangre seca—. Esto es demasiado para cualquiera.

Miré a mi alrededor.

—¿Dónde...? ¿Dónde está la policía? Si la avisó ayer...

Él se frotó la cara en un gesto de cansancio.

—El vendaval de anoche. Por todas partes hay carreteras inundadas y árboles derribados. La autopista está cortada entre Toulon y Hyères, los bomberos no dan abasto. Los refuerzos todavía tardarán en llegar.

Casi me dio lástima, y de pronto comprendí que se encontraba en una situación realmente dramática. Estaba atrapado en aquella casa aislada, obligado a contemplar el cadáver de su compañero. Aunque había logrado apresar a Jérôme, los refuerzos no aparecían. No podía fiarse un pelo de Simon ni de mí y, para colmo, se sentía físicamente mal. Muy mal, saltaba a la vista.

—¿Cómo está Jérôme? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—No he vuelto a subir.

—Simon y él deberían comer algo. O al menos, beber.

Me lanzó una mirada recelosa.

- Todavía aguantarán un tiempo.
—¿Puedo llevarles un poco de agua?
—A Deville, ni hablar. ¡Esa puerta no se toca!
—¿Y a Simon?

Para ser sincera, me daba igual que Simon tuviera sed. Me había ayudado, eso era innegable, pero no sentía cariño por él. Su indecisión, sus dudas, sus titubeos... Su obediencia... La situación se descontroló cuando, tras el asalto a la villa, avisó a la policía sin hacer caso de mis ruegos. En lugar de ofrecerse a encontrar a Jérôme, había puesto nuestra suerte en manos de esa comisaria. Por eso estábamos prisioneros en aquella casa. Por eso había muerto el teniente Halabi. Y por eso ahora pesaba sobre Jérôme un delito de sangre.

Sin embargo, debía reconocer que la traición y el abandono de Jérôme no eran culpa de Simon. Por mucho que deseara responsabilizar a otra persona, era imposible excusarlo: se había distanciado de mí, hacía ya tiempo. Mucho antes de conocer a aquella búlgara y de actuar como su heroico salvador.

Al final decidí llevarle agua a Simon para poder hablar con él. Para explicarle por qué había entregado a Jérôme a la policía. Necesitaba su comprensión; quería oírle decir que había hecho lo correcto, también para Jérôme. Era un hombre muy comprensivo, el bálsamo de sus palabras sanaría mis heridas. Al menos, un poco.

Lógicamente, Caparos se mostró desconfiado.

—De acuerdo —accedió—, puede ver al alemán. Pero cerraré con llave y tendrá que llamarme para salir.

Como si Simon pudiera enfrentarse a la autoridad...

—Está bien. —Acepté su condición.

Saqué de la nevera una botella de agua y subí la escalera escoltada por él. Me alegré de dejar atrás la cocina y el cuerpo de Halabi. Delante de la habitación, el teniente desenfundó la pistola y solo después abrió la puerta. Simon, que se encontraba en la cama, se incorporó al instante. Caparos guardó el arma.

—Cuando quiera salir, me llama —me recordó, empujándome dentro y cerrando la puerta. La llave giró en la cerradura.

Simon se levantó y se me acercó.

—¡Nathalie! ¿Qué pasa? ¿Dónde se mete la policía? ¡Ya debería estar aquí!

—Las carreteras están inundadas —informé— y el viento ha derribado muchos árboles. La autopista está cortada, así que van a tardar.

Con la incredulidad pintada en el rostro, se asomó a la ventana. Amanecía, y el cielo pasaba del gris antracita a un azul cristalino surcado por algunas nubecillas rosadas que avanzaban raudas, como veleros en un mar agitado. El viento doblaba las ramas casi hasta el suelo. El agua hacía brillar los campos y las gotas perlaban las viñas desnudas.

—Mistral —afirmó Simon.

El frío viento del norte que, bajando por el valle del Ródano, azota la Provenza; y que, según se dice, enloquece a algunas personas. Origina un tiempo estable que se mantiene durante largos períodos. La atmósfera se vuelve tan cristalina que todo se distingue con nitidez y como aumentado. Yo había oído hablar mucho del mistral, pero era la primera vez que lo experimentaba.

—El vendaval ha sido muy fuerte —constató Simon. Claro, visitaba la región desde la infancia, conocería bien los vientos—. ¿Hay carreteras inundadas y árboles arrancados?

Me encogí de hombros.

—Eso dice Caparos. Parece desesperado por que lleguen los refuerzos. —Le tendí la botella—. Toma, seguro que tienes sed.

Se la llevó a los labios y bebió a grandes tragos. Había adelgazado en los últimos días, se le notaba en la cara. No es que antes la tuviera muy llena, pero ahora estaba consumida, casi demacrada. Por un momento me sentí culpable: lo había arrastrado a mi dramática historia. Pero enseguida rechacé aquel pensamiento. No servía para nada, no podía permitirme malgastar energías.

—¿Cómo está Jérôme? —me preguntó cuando terminó de beber.

Por desgracia no lo sabía, aunque imaginaba que fatal. Si la espera hacía más difícil la situación para Caparos y para nosotros, para él sería peor.

—El teniente no me deja verlo. No quiere correr ningún riesgo.

—Jérôme mató a Halabi, el teniente no puede correr ningún riesgo.

—Solo le disparó porque Halabi sacó la pistola.

—Eso no importa, lo que cuenta es que está muerto. Y Caparos no quiere acabar igual.

—¡Tú viste que fue en defensa propia! —defendí a Jérôme—. ¡Halabi iba a pegarle un tiro!

—Eso es verdad. Pero, por desgracia, golpear antes a un agente para robarle la pistola e irrumpir en la casa empuñándola no habla precisamente en su favor —me explicó—. Me temo que ni el más hábil de los abogados lograría presentarlo como legítima defensa.

La preocupación me sumió en una profunda tristeza. De pronto mis brazos y mis piernas, todo mi cuerpo, parecía mucho más pesado. ¿Había cometido un error? ¿Exponía a Jérôme a una acusación de asesinato?

Simon adivinó mis pensamientos. Me puso una mano en el brazo.

—Nathalie, has actuado bien liberando a Caparos y devolviendo el control a la policía. Jérôme jamás conseguiría salirse con la suya. Lo perseguirían tanto esos tipos como la policía. Unos u otros acabarían encontrándolo, en el peor de los casos dejando más muertes por el camino. Es mejor así.

A pesar de sus tranquilizadoras palabras se me llenaron los ojos de lágrimas. No podía contenerlas, surgían de mi interior y brotaban a mares. Sin darme cuenta me encontré apoyada en su pecho, y él me rodeó con los brazos mientras le empapaba el jersey. Lloré desconsoladamente: por mi amor perdido, por la traición de Jérôme, por mi propia traición. Porque no entendía que una relación que había empezado de forma tan hermosa tuviera que terminar tan mal.

Entre sollozos oía la voz de Simon.

—Todo se arreglará. Has hecho lo correcto, Nathalie. Has frenado a tiempo. En algún momento Jérôme comprenderá que lo hiciste por su bien. Eres muy joven, tu vida se enderezará. Encontrarás a alguien con quien construir un futuro.

Apretada contra su pecho, hice un gesto negativo y vehemente con la cabeza. Jamás volvería a amar a nadie. No así. No como a Jérôme.

—Claro que sí, ya lo verás —susurró mientras me acariciaba el pelo. Después lo oí reírse bajito—. Eres muy inteligente, de verdad... Arreglaste tú sola un móvil destrozado... Yo habría sido incapaz, cualquiera habría sido incapaz. Pero cuando tú te empeñas en algo nunca te rindes. Aprietas los dientes y te enfrentas a cualquier adversidad. Por eso tu futuro no me preocupa: conseguirás lo que te propongas.

Aunque estaba deshecha en llanto y solo percibía su voz como una caricia suave, no pude evitar reparar en sus palabras. En realidad deseaba ignorarlas y seguir llorando al calor de su abrazo, pero no logré desconectar la mente del todo. Quizá porque los últimos acontecimientos desaconsejaban cerrar los ojos a la realidad.

Levanté la cabeza y le pregunté confusa:

—¿De qué móvil hablas?

Él me miró sorprendido.

—Del mío. Lo estampé contra la pared pero tú lo has arreglado.

Me liberé de su abrazo y me sequé las lágrimas con las mangas del jersey.

—Pero ¿qué dices?

Hyères, Francia
Lunes, 21 de diciembre

Simon sintió de pronto que una amenaza difusa y oscura los acechaba, y no conseguía identificar de qué se trataba. Algo no encajaba, y ese «algo» entrañaba un gran peligro.

—¿Encontraste mi móvil en esta habitación?

—Sí.

—Estaba destrozado. Tanto que no creí que funcionara, por eso lo dejé en un rincón. Lo di por perdido.

El rostro de Nathalie reflejaba su confusión.

—Pero si yo lo cogí de la mesa... Y no estaba roto, estaba entero. Supuse que por la pena de... En fin, que te habías descuidado.

Simon reflexionó. No podía tratarse de un malentendido, el adjetivo «destrozado» no dejaba lugar a dudas. Era imposible que a Nathalie su móvil le pareciera «entero». Lograr que funcionara le habría costado horas, era absurdo que no lo mencionara.

—Todo esto es muy raro... —observó la chica.

—Pues sí, es...

—Es muy raro porque acabo de encontrar un móvil roto en el salón —lo interrumpió—. Hecho pedazos y oculto entre los cojines del sofá. Me preguntaba si... ¿crees que será de alguien que estuvo aquí antes? Pero no, sabiendo que el tuyo ha desaparecido es demasiada coincidencia... Simon, tiene que ser tu teléfono.

—Pero entonces ¿de dónde ha salido el que encontraste? ¿Y quién ha escondido el mío?

Se miraron perplejos.

—Cuando utilizaste el móvil —preguntó Simon—, ¿no notaste que era distinto?

Ella se encogió de hombros.

—Estaba demasiado alterada, demasiado nerviosa. El tiempo apremiaba. Debía averiguar nuestra ubicación y comunicársela a Jérôme y, además, temía que en cualquier momento bajaras de la buhardilla y me descubrieras... No me fijé en ningún detalle. Pensándolo ahora, debería haberme dado cuenta de que el bloqueo de pantalla estaba desactivado.

La mente de Simon se puso a trabajar a toda velocidad. Alguien había recogido los trozos de su teléfono y los había escondido a toda prisa en el salón. Y había

dejado sobre la mesa un aparato muy similar.

¿Quién? ¿Por qué?

—¿Aún tienes ese móvil? —preguntó a Nathalie.

Ella negó con la cabeza.

—Caparos me hizo entregárselo porque no se fía de mí. Pero ya da igual, de todos modos no necesito hablar con nadie.

Un mal presentimiento embargó a Simon.

Algo no encajaba.

—¿Por qué no está ya aquí la policía? —repitió, nervioso—. Tardan demasiado.

—Seguramente no pueden llegar —aventuró la joven.

—Vamos, Nathalie, no es un tsunami ni nada parecido. Ha sido una tormenta muy fuerte, de acuerdo, pero ya han pasado muchas horas. Esto me da muy mala espina.

—¿Por qué? ¿Qué piensas?

—No lo sé exactamente. Todo esto del móvil... En principio solo dos personas podrían haberse llevado el mío y poner otro en su lugar. Y ambas son policías: Halabi y Caparos.

Nathalie frunció el ceño.

—¿Por qué iban a hacer eso?

Simon se quedó pensativo un momento.

—Pues para que atrajeras a Jérôme. Sabían que te obsesionaba contactar con él y que si te ofrecían una oportunidad no la ibas a desaprovechar.

—¿Era una trampa para hacer que viniera? ¿Y me han utilizado?

—Quizá no tenían otro modo de atraparlo. Él era la piedra angular de toda esta historia. Habían muerto varias personas y seguíamos sin saber lo que sucedía, solo él podía explicarlo todo. Debían interrogarlo.

—¿Y por qué no me lo dijeron abiertamente? Yo quería hablar con Jérôme, ¡si me lo hubieran pedido lo habría llamado!

—A lo mejor temían que te negaras si te dabas cuenta de que lo ponías en peligro. Nunca estuvieron convencidos de su inocencia; todo lo contrario, sospechaban que estaba implicado en asuntos delictivos. Seguramente no querían arriesgarse a que te escaparas al conocer el plan, a ti no habrían logrado atraparte con una simple llamada de teléfono.

La joven bajó la cabeza. Simon podía ver y casi experimentar lo desgraciada que se sentía. Al final la policía tenía razón: Jérôme estaba implicado en negocios sucios. Es cierto que intentó dejarlo, pero antes había colaborado.

Y además... además lo acusarían de asesinato. Su situación no podía ser peor.

—Tenía que detenerlo —susurró ella—. Tuve que hacerlo...

—Fue lo correcto —insistió Simon—. Y eso lo ha salvado.

—Pasará muchos años en la cárcel.

—Estoy seguro de que no le impondrán la pena completa. Se expuso a un grave peligro para ayudar a esa tal Selina, el tribunal lo tendrá en cuenta.

Al oír el nombre de la chica Nathalie se estremeció. Simon, que sabía lo mucho que amaba a Jérôme, se imaginó su dolor. Sintió mucha lástima. Debido a la ansiedad y al nerviosismo de los últimos días la había mandado al diablo varias veces, pero ahora reconocía que el destino la había golpeado con dureza. Se encontraba sola, perdida y profundamente herida. Sintió el impulso de abrazarla de nuevo para consolarla mientras se desahogaba, pero algo lo detuvo...

Una sensación... una extraña sensación de punzante inseguridad. No era el momento de lamentaciones, llantos ni consuelos. Quizá después, pero no en ese instante.

Porque algo no encajaba.

Habían sido muy inteligentes. Los tenientes y, casi seguro, su jefa Inès Rosarde. La noche en que Caparos salió a revisar la valla... quizá en realidad había practicado el agujero en el alambre de espino. Le facilitaron a Nathalie una vía de escape, que ella no tardó en utilizar. Después solo tuvieron que proporcionarle un móvil, convencidos de que se pondría en contacto con Jérôme. Y finalmente Caparos salió del recinto y se dejó reducir... Pero todo se torció cuando el joven mató a Halabi. Eso no lo habían previsto.

Simon frunció el ceño.

Aquel plan resultaba demasiado arriesgado. Ya solo el hecho de que Caparos se dejara golpear y quitar el arma... También él podría haber muerto, y ahora habría dos policías fallecidos. Aunque no había sucedido, su aspecto maltrecho indicaba que sufría una conmoción cerebral. Se diría que la idea había salido mal desde el principio: permitir que un sospechoso se hiciera con una pistola no podía formar parte de ninguna operación policial.

Recordó a la comisaria Inès Rosarde.

«No me gustan las triquiñuelas», había dicho con gran resolución. ¿Acaso era el tipo de mujer, el tipo de jefa, que consentía estrategias tan temerarias?

No cuadraba. Nada cuadraba.

Nathalie lo miró con insistencia.

—¿Qué pasa? ¿En qué estás pensando?

—En Inès Rosarde. Ese supuesto plan para atraer a Jérôme... no es propio de ella. Como mínimo, habría apostado un comando a una distancia prudencial de la casa para detener a Jérôme antes de que atacara a Caparos y le quitara el arma, y desde luego antes de que matara a Halabi. Tal como han sucedido las cosas, Jérôme se podría haber atrincherado aquí tomándonos como rehenes. Por nada del mundo, Nathalie. Rosarde no planearía algo así por nada del mundo. Es demasiado peligroso y, bien mirado, una chapuza.

—Pues a lo mejor Halabi y Caparos han actuado por su cuenta —opinó la joven, impaciente—. Simon, en realidad no importa de quién fuera la idea...

—Sí importa. Importa mucho. —Sentía que se encontraba al borde de un descubrimiento que complicaría aún más las cosas—. Caparos y Halabi por su

cuenta... Halabi muerto...

Rememoró la escena de la cocina, la aparición de Jérôme en la puerta empuñando la pistola... La reacción de Halabi cuando echó mano a la suya... Simon juraría que el teniente no estaba informado. De haber participado en el plan sabría que la maniobra de distracción de Nathalie, contoneándose semidesnuda, indicaba que el joven iba a aparecer de un momento a otro. ¿Era capaz de fingir tan bien? No había tomado ninguna precaución y, lo que es más, había brindado a Jérôme la oportunidad de dispararle.

No tenía sentido. Lo más seguro era que Halabi ignorara por completo lo que sucedía.

Solo quedaba Caparos.

Simon se masajeó las sienes. ¿Había planeado Caparos totalmente solo aquella arriesgadísima maniobra?

Tuvo que ser él quien le sirvió en bandeja el móvil a Nathalie, no había otra explicación. Y abrió el agujero en la alambrada. El enfado de Halabi y Rosarde por la fuga de Nathalie, así como su fastidio por la torpeza de Caparos al no fijarse en la valla rota, no eran simulados. El teniente lo había organizado todo sin considerar que las cosas podían torcerse. Seguramente su plan consistía en reducir a Jérôme en cuanto se acercara a él, pero no lo había logrado. Algo que debería haber contemplado, al menos como posibilidad.

¿Por qué razón un policía experimentado se exponía a semejante riesgo? ¿Para presentarse como un héroe ante sus superiores? ¿Como el hombre en cuya astuta trampa había caído el fugitivo Jérôme Deville? ¿Qué buscaba? ¿Un ascenso?

Ya podía olvidarse de ascender, y no solo porque su compañero no había sobrevivido a su plan. Simon no era experto en asuntos policiales pero estaba seguro de que, incluso aunque no hubiera muerto nadie, Caparos tendría que decir adiós a su carrera en el cuerpo.

Lo tenía por un hombre inteligente y sensato. ¿Por qué había hecho esa locura?

La razón no tenía nada que ver con los ascensos. Ni con demostrar que era el policía más sagaz de todos los tiempos. Ni con lucirse ante la comisaria.

Simon miró por la ventana. El mistral cobraba más fuerza a cada minuto que pasaba, parecía capaz de arrancar los árboles de cuajo. El cielo era azul resplandeciente, límpido como el cristal.

—¡Mierda! —gritó de repente—. ¡Mierda!

Acababa de comprenderlo.

Jean Caparos estaba comprado.

Y quienes se encontraban de camino no eran policías.

Toulon, Francia
Lunes, 21 de diciembre

Inès Rosarde no entendía por qué estaba tan inquieta. Quizá porque las cosas no avanzaban. Odiaba estancarse, no poder prever qué sucedería y no saber qué pasos debía dar. Se había encontrado en esa situación otras veces y, según su experiencia, siempre terminaban apareciendo indicios que permitían establecer conexiones ocultas hasta entonces. Sin embargo, en aquel momento sucedía algo excepcional: investigaba un caso sin saber exactamente de qué se trataba.

Esa circunstancia le destrozaba los nervios. Y se presentaba después del drama del civil muerto durante una operación, justo cuando sus superiores examinaban con lupa a su equipo.

Su primer caso sin Perez y con el desconocido Jean Caparos. Y tenía que ser tan rematadamente complejo.

Vigilaban el apartamento del tío de Jérôme las veinticuatro horas del día, pero no había aparecido nadie sospechoso y, menos aún, el tal Jérôme. Parecía que se lo había tragado la tierra.

Estaban indagando en su entorno, tanto en la empresa Denegri Transports en París como en el círculo personal de Jeanne Berney en Metz. Sin embargo, no lograban hallar ni el más mínimo rastro. Inès envió agentes a visitar a los padres de Nathalie Boudin, pero tampoco dieron con nada relevante. A pesar de encontrarse ebria, la madre afirmó que hacía mucho tiempo que no hablaba con su hija, y que no sabía nada de su vida. El nombre «Jérôme Deville» le sonaba vagamente («¿No eran novios cuando vivía con esa mujer?»), pero no pudo decirles nada más. No lo conocía en persona.

El padre, que residía en París con su nueva familia, llevaba años sin noticias de la joven.

—La última vez que hablamos fue cuando cumplió dieciocho. De un día para otro decidió dejar el instituto. Intenté disuadirla pero no hubo manera, quería venirse a París con aquel chaval... Al final lo hizo, y no me volvió a llamar. Es de locos, teniendo en cuenta que vivimos en la misma ciudad. Pero hay que dejar que los hijos sigan su camino, ¿verdad?

Tampoco Éliane, la mujer que la había acogido en Metz, pudo aportar nada revelador. Aunque siempre desconfió de Jérôme Deville.

—Un irresponsable. De los que se toman la vida a la ligera y huyen de las obligaciones. Una persona sin escrúpulos: cuando Nathalie decidió dejar los estudios poco antes de la universidad, él la apoyó, y no me extrañaría que la idea fuera cosa suya. ¿Se lo imagina? ¿Cómo se puede ser tan egoísta?

El exnovio de Éliane compartía su visión negativa.

—Pagado de sí mismo, egocéntrico. Se creía el mejor tío del mundo aunque no había hecho nada de provecho. Pero Nathalie lo adoraba. Era muy guapo y parecía encantador. A las mujeres les gustan los hombres así, ¿no es cierto? Y Nathalie... bueno, estaba bastante tocada. Si yo fuera Jérôme la habría evitado, era fácil ver que tenía problemas y que, a la larga, todo serían dificultades... Sin embargo, al principio el chaval bebía los vientos por ella. Era muy guapa. Quitando que estaba en los huesos, claro.

«Nada —pensó Inès—. Nada que nos permita avanzar. Nada que indique en qué clase de enredo se han metido los dos».

Sacó del bolso un paquete de tabaco, se levantó y salió de su despacho para fumar. Hizo un gesto con la cabeza a un agente que tecleaba en su ordenador en un escritorio próximo.

—¿Todo bien en Hyères? —le preguntó.

Él asintió.

—Caparos ha llamado hace un cuarto de hora. Todo normal.

La comisaria siguió avanzando pero de pronto se detuvo en seco y se volvió para mirarlo.

—¿Otra vez Caparos? Es la tercera vez que llama él.

—Sí.

—Acordamos que se turnarían —apuntó Inès.

Era habitual que los agentes establecieran contacto a intervalos regulares. Además, se solía pactar una pauta determinada: o siempre uno, o los dos alternados, o dos veces uno y luego el otro... Eso constituía un código de seguridad adicional: si se presentaba una situación crítica en la casa, los agentes podían verse obligados a saltarse el turno; y, además, podían enviar una señal de alerta simplemente alterando el orden establecido.

—¿De veras? —inquirió el hombre—. ¿Acordaron turnos?

—Sí. Qué raro.

No debía ponerse en lo peor; a veces los agentes se confundían, llevaban mal la cuenta o uno se quedaba dormido y el otro no quería despertarlo.

Pero más valía asegurarse.

—La próxima vez que llame, pida hablar con el teniente Halabi —ordenó Inès—. Si no se pone salimos para allá. ¿Entendido?

—Entendido —confirmó el policía.

Hyères, Francia
Lunes, 21 de diciembre

Jean Caparos se encontraba mal. Tenía escalofríos a pesar de que había subido tanto la calefacción en el salón que el radiador quemaba al tocarlo. Se sentía mareado y con unas ligeras náuseas que iban en aumento. El golpe había sido fuerte y temía sufrir una conmoción, o algo peor. Aunque necesitaba atención médica urgente, se veía obligado a esperar.

No dejaba de preguntarse cuándo terminaría todo.

El maldito corte de la autopista, los árboles derribados, las carreteras inundadas... El vendaval había causado muchos daños y el mistral, que bramaba de nuevo y cobraba fuerza a cada hora que pasaba, dificultaba aún más la situación.

Por supuesto, eso no habría impedido a las autoridades presentarse allí hacía muchas horas. La policía no debía respetar los cortes de carreteras y, además, podía enviar a algún agente de la Policía Municipal de cualquier pueblo perdido de los alrededores. En realidad el mistral solo impedía llegar a la casa en helicóptero; con un poco de suerte, Nathalie no se plantearía otras opciones. A Caparos le preocupaba que la chica empezara a recelar. Llevaba ya mucho rato en la habitación del alemán, ¿sospecharían que algo no iba bien?

Daba igual. Estaban encerrados. Eso era lo bueno de una casa protegida: no resultaba fácil escapar de sus habitaciones. Al menos sus prisioneros no podrían escabullirse y atacarle por la espalda. En ese sentido podía estar tranquilo.

Y, sin embargo, no lo estaba. ¿A causa del dolor de cabeza y las náuseas o porque las circunstancias le sobrepasaban?

Aguzó el oído. Silencio.

Detestaba tener que entrar en la cocina porque allí yacía Hasnainy Halabi, su compañero. Pensar en cómo había terminado empeoraba su malestar y aumentaba sus escalofríos. Aunque no lo habían mencionado, el plan preveía apresarlos igual que a los demás; sin embargo, siempre había intuido que Halabi no sobreviviría a la operación. Solo él, Jean Caparos, saldría sano y salvo. Con un pasaporte falso, un vuelo a Sudamérica y una suma considerable en una cuenta corriente. No preguntó qué les aguardaba a los otros, aunque podía imaginárselo. Por eso procuraba no pensar en ello.

Pero Jérôme Deville había matado a Halabi, y el propio Caparos podía haber

corrido la misma suerte. Esperaba no morir, con suerte solo sufría una conmoción; aunque temía que fuera algo peor.

Con gran esfuerzo entró en la cocina, intentando no fijarse en el cadáver oculto bajo la sábana. Miró por la ventana, que ofrecía la mejor perspectiva del camino y de la entrada de la finca. ¿Cuándo llegarían? ¿Cuánto tiempo más creerían sus compañeros que todo seguía en orden? Aunque había mantenido el contacto pactado con la comisaría de Toulon, faltaban los turnos de Halabi. Por mucho que el tontaina de guardia desconociera el código, o lo hubiera olvidado, Inès Rosarde no tardaría en sospechar algo, y ella no se andaba con contemplaciones. Quizá no enviara inmediatamente un comando, pero desde luego exigiría hablar con Halabi. Y entonces empezaría los problemas.

Nadie a la vista. Pero no podían tardar. Querían a Jérôme, aunque desconocía por qué lo perseguían con tanto ahínco. En realidad no sabía nada de las personas con las que se había involucrado. Un año y medio atrás se presentó en su despacho un hombre que solo le explicó que venía de París, sin revelar su nombre. Después procedió a enumerar punto por punto los asuntos clave de la vida de Caparos. Recordaba perfectamente los sudores fríos que le entraron cuando el desconocido se refirió a sus deudas:

—Ciento cincuenta mil euros. Es más o menos eso, ¿verdad?

Sí, era más o menos eso. Aunque el teniente se sorprendía de la cuantía de su deuda, le gustaban las cosas caras y especulaba en bolsa a través de internet. Le costaba resistirse porque al principio había ganado mucho dinero y esas ganancias lo habían vuelto menos cauto. Al final, era la historia de siempre con el desarrollo más previsible. Cayó en una espiral que lo llevó a pedir préstamos a gente con la que, en calidad de policía, no debería tener tratos de ningún tipo. Hacía ya tiempo que resultaba muy fácil chantajearlo. Se encontraba al borde del abismo, era solo cuestión de tiempo que sus superiores descubrieran su nefasta situación.

El desconocido había insinuado que le entregarían sumas importantes a cambio de colaborar de vez en cuando. Después se marchó, dejando a Caparos sumido en la confusión. Aunque sabía que existía la corrupción dentro de la policía, era la primera vez que se veía envuelto en algo similar. En ningún momento aceptó «colaborar de vez en cuando» pero comprendió que no necesitaban su consentimiento. El mensaje entre líneas quedaba claro: o colaboraba, o sus superiores se enterarían de sus problemas. Y ya podía despedirse de su puesto.

A lo largo de esos dieciocho meses fue recibiendo instrucciones para cometer diversas irregularidades. Unas veces debía perder la declaración de un testigo y otras, alterar un informe o traspapelar determinada información. Nunca se trataba de asuntos relevantes, al menos se consolaba con eso. Aunque el mayor consuelo provenía de los ingresos en su cuenta, que una y otra vez lo salvaban del colapso definitivo. Sin embargo, la conciencia le recordaba que estaba cavando su propia tumba: al hacerles el primer favor y aceptar el primer soborno había activado un

interruptor que ya nunca podría apagar. Se había convertido en un policía corrupto. Había elegido un camino que no tenía marcha atrás.

En tal situación, el último encargo resultaba muy oportuno. Debido a sus dimensiones, era improbable que después pudiera recuperar su vida normal. Le ordenaron tenderle una trampa a Jérôme Deville.

—¿Cómo lo haré sin que la policía sospeche? Me asignarán un compañero y tendré que informar cada cierto tiempo a la comisaría de Toulon. No podré actuar por mi cuenta sin que al final se descubra.

En previsión de que eso sucediera le habían proporcionado un billete de avión a Argentina y una cuenta bancaria en el extranjero, además de una elevada suma que le permitiría vivir mucho tiempo sin estrecheces. En aquel momento no sabía qué prefería, si entregar a Deville a sus perseguidores sin que se conociera su implicación (cosa que veía difícil) o verse obligado a huir, como al final acabaría sucediendo. Pasarse horas engañando a la comisaría de Toulon, sin informar del estado real de las cosas, lo había convertido en uno de los otros. Ya podía despedirse de su vida cotidiana. Aunque sentía miedo, también notaba la ilusión de un nuevo comienzo. Evidentemente en Francia no tenía ningún futuro, se había comprometido demasiado. Pero era joven, aún no había cumplido los cuarenta, y podía imaginarse empezando desde cero.

Aunque le daba algo de rabia el momento: Inès Rosarde lo había convertido en su mano derecha. Su carrera acababa de recibir un impulso y justo entonces se derrumbaba todo.

El dolor de cabeza le resultaba insoportable y, además, comenzó a tener problemas de visión. Percibía dos veces la figura cubierta con la sábana. Apartó la mirada e intentó enfocar un punto del paisaje, sin conseguirlo. Quizá no lograba obtener una imagen clara debido al fuerte viento que zarandeaba los árboles, las líneas aparecían difusas y ondulantes. Fijó la vista en los muebles de la cocina, en el aparador con las botellas de agua y el paquete de cereales, y todo se le movía y desdibujaba a pesar de que, por supuesto, el viento no agitaba las cosas allí dentro.

Mierda. Mierda. En ese estado jamás conseguiría tomar el vuelo a Buenos Aires y poner rumbo a un futuro desconocido. Necesitaba un médico, estaba seguro de que algo grave le sucedía.

Un mareo le obligó a sentarse pero no calculó bien la posición de la silla y se cayó al suelo, golpeándose la cabeza contra la pata de la mesa. Apenas notó nada. Mejor dicho, aquel daño repentino representó un alivio comparado con el dolor que le taladraba la cabeza cada vez con mayor intensidad. Sin embargo, enseguida sintió que un fluido denso y caliente le corría por el cuero cabelludo. Se llevó la mano al pelo y contempló los dedos cubiertos de sangre. Lo que faltaba. Se le había abierto la herida.

Se levantó a duras penas, apoyándose en la mesa. Necesitó permanecer inmóvil en medio de la habitación, inestable e inclinado hacia delante, antes de conseguir

arrastrarse hasta el pequeño dormitorio. La herida sangraba con profusión, debía parar la hemorragia.

Encontró el botiquín en el armario empotrado. Cogió un rollo de gasa e intentó vendarse la cabeza, pero las manos le temblaban demasiado. Al tercer intento se rindió, bañado en sudor. Su tensión amenazaba con desplomarse. Si ellos no aparecían pronto para ayudarlo perdería el conocimiento o incluso moriría allí mismo. ¿Por qué demonios veía tan mal? Todo se movía y parecía que no hubiera líneas rectas.

Procuró respirar pausadamente. No se engañaba, su estado iba a peor en lugar de mejorar.

«Necesito ayuda. Joder, necesito ayuda ahora mismo».

Sangraba mucho, tanto que lo embargó el pánico. Fracasó de nuevo en su intento de tapar la herida.

«A ver, Jean, piensa un momento. Si no te echan una mano te desangras aquí mismo».

La chica. Había planeado dejarla encerrada con el alemán, le parecía la opción más segura en vista de su calamitoso estado. Pero ahora necesitaba que alguien le curara la herida y le preparara algo de comer. No tenía hambre, más bien al contrario, solo de pensarlo le daban náuseas, pero esperaba recuperar las fuerzas con algo en el estómago. Si conseguía no vomitarlo, claro.

La chica era menuda y enclenque, confiaba en poder dominarla. Aunque no debía subestimarla. Es cierto que había caído en su trampa, escabulléndose por la valla y utilizando el móvil tal como él había previsto, pero al mismo tiempo demostró inteligencia, valor y determinación. Y sangre fría: lo desató a él con el fin de entregar a su novio a la policía. Caparos no comprendía por qué, pero estaba claro que Deville había desencadenado esa reacción.

Si Nathalie no hubiera actuado así, ella y Jérôme ya estarían lejos de allí, la policía de Toulon habría llegado hacía horas y su plan con los otros habría fracasado. A cambio, nadie habría sospechado de él y ya habría recibido atención médica. Visto desde la perspectiva actual, no parecía tan mala opción. Pero no servía de nada lamentarse. No debía mirar atrás, no le quedaba más remedio.

Si quería disfrutar del dinero y de una nueva vida en Sudamérica tendría que correr el riesgo y sacar a la chica de la habitación. Aunque apenas lograba mantenerse en pie poseía un arma, y eso representaba una ventaja.

Abandonó el dormitorio despacio, apoyándose en la pared. La escalera supuso todo un reto pero logró aferrarse al pasamanos y subir escalón a escalón. Sentía que la sangre le corría por la nuca, su aspecto debía de ser terrorífico.

Una vez arriba quitó el seguro a la pistola, la sujetó como pudo con mano temblorosa y abrió la puerta. Los encontró sentados en la cama. Nathalie, que se abrazaba las rodillas, estaba muy pálida, y Simon también tenía mala cara. Caparos pudo distinguirlo porque el esfuerzo de subir la escalera parecía haberle estabilizado

la tensión, al menos de momento. Las imágenes habían recobrado los contornos.

Lo comprendió al instante: habían descubierto lo que pasaba.

—¡Nathalie! —Hizo un movimiento hacia sí mismo con el arma—. ¡Ven aquí!

Ella se levantó, seguida de Simon. Caparos dirigió hacia él la pistola.

—¡Quédate donde estás! ¡Ni un paso más!

—Caparos —imploró él—, no hagas tonterías, por favor. Esos tipos no tienen escrúpulos, te equivocas si crees que puedes salir airoso de todo esto. Se librarán de nosotros sin pestañear en cuanto descubran que...

—¡Cállate! —lo interrumpió.

Pero Simon continuó, inalterable:

—En cuanto descubran que lo que buscan no está aquí.

Se hizo el silencio por un momento. Finalmente Caparos dijo:

—No sé de qué me hablas. Y no me importa, yo...

—Debería importarte, teniente. Jérôme me ha dicho que trabajaba para unos traficantes de personas que traen chicas del Este y las obligan a prostituirse aquí. Pues bien, resulta que no lo persiguen porque vaya a delatarles, sino porque creen que tiene algo que para ellos es muy valioso. Jérôme no tiene ni idea de qué se trata, y eso me hace pensar que buscan a la persona equivocada. Y si es verdad que Jérôme no tiene eso que es tan importante, ¿cómo crees que reaccionarán?

—Me da lo mismo —repuso Caparos—. Ya estaré lejos.

—¿En ese estado?

El teniente sujetó el arma con más fuerza.

—Estoy bien, gracias. Vamos, Nathalie, andando. Y sin trucos, ya no tengo nada que perder.

Ella se acercó despacio. En cuanto la tuvo a su alcance, Caparos la agarró del brazo y la arrastró al pasillo. Después cerró la puerta y echó la llave.

Aquella maniobra hizo que se pusiera a sudar profusamente, pero daba igual. Nathalie lo ayudaría a aguantar.

Hasta que los otros llegaran.

¿Traficantes de personas?

«No lo pienses», se ordenó.

Simon y yo no lográbamos planear nada, éramos incapaces de prever los acontecimientos. El tiempo pasaba y cada vez estábamos más seguros de que Caparos no regresaría para sacarme de la habitación. Aunque Simon procuraba mantener la calma, el pánico poco a poco se estaba apoderando de él. Y de mí: no dejaba de pensar en Kristina, Yves y Jeanne... Nos enfrentábamos a unos asesinos que aparecerían en cualquier momento. Y que no tenían ninguna razón para perdonarnos la vida. En cuanto a Caparos, debía de haber engañado a la policía de Toulon, y por eso no podían saber lo que estaba sucediendo en la casa.

Me esforcé por encontrar otra explicación. Intenté convencerme de que el mal tiempo era la causa de que no se presentara nadie: ni agentes, ni médicos, ni los encargados de levantar el cadáver de Halabi... Pero, por mucho que me costara, tenía que darle la razón a Simon: a esas alturas la policía ya habría encontrado el modo de llegar hasta nosotros.

Además, en el fondo yo tampoco creía que Inès Rosarde aprobara una maniobra tan peligrosa como la que había llevado a cabo el teniente Caparos. Sin duda, este había actuado por su cuenta, asumiendo un riesgo que con toda seguridad le costaría el puesto. Y eso reforzaba la sospecha de que trabajaba para alguien que lo protegía.

No obstante, la situación cambió cuando me sacó de la habitación. Ya no estaba condenada a esperar la llegada del peligro. Caparos necesitaba mi ayuda y eso representaba una oportunidad, por pequeña que fuera. Sin embargo, me sentía más angustiada que esperanzada porque todo dependía de mí; Simon y Jérôme seguían encerrados. Si yo fallaba, los tres estaríamos perdidos. Y no se me ocurría ninguna idea factible. Aunque el teniente apenas se sostenía en pie contaba con un arma y, como era un policía entrenado, no dudaba de su puntería incluso estando herido. Si intentaba atacarlo me exponía a morir de un disparo. Recé no solo para que se desmayara, sino para que además sucediera pronto. Pero las órdenes que me dio eran para evitar precisamente eso.

Nos encontrábamos en la cocina, me costaba sujetar bien las vendas. Él estaba sentado en una silla y yo, de pie a su lado. Una posición ventajosa para un ataque, de no ser porque notaba la pistola en las costillas.

—No hagas tonterías —me advirtió—. Tengo el dedo en el gatillo, ¿entiendes?

—Sí —dije con voz ahogada.

Sabía que solo necesitaba una fracción de segundo para disparar. Daba igual cómo intentara agredirlo, él siempre contaría con ese instante crucial.

La herida sangraba profusamente y me invadió una satisfacción malsana al pensar en el golpe que le había asestado Jérôme. Lástima que no hubiera cogido más impulso, nos habríamos ahorrado muchos problemas.

Aunque logré que el vendaje se mantuviera en su sitio, el tejido se empapó enseguida. En poco rato habría que cambiarlo.

—Pierdes mucha sangre —señalé—. Necesitas atención médica.

Estaba muy pálido.

—Aguantaré, no te preocupes. En cuanto coma algo estaré mejor.

Yo no tenía tan claro que comer le fuese a sentar bien, pero obedecí y me dispuse a preparar algo. En el congelador encontré varios platos precocinados. Escogí uno de pasta, encendí la cocinilla y volqué el contenido en un cazo. Caparos permanecía justo detrás de mí y no me perdía de vista, lo que hacía imposible añadir a la pasta alguna sustancia que lo dejara fuera de combate. Pero daba igual, tampoco había nada a mano que pudiera servirme.

Me senté a la mesa frente a él y empezamos a comer; mejor dicho, nos esforzamos por tragar un par de bocados. Aparte de mis problemas habituales con la comida, en aquella situación tenía el estómago cerrado. Y Caparos no dejaba de apuntarme, lo no contribuye precisamente a abrir el apetito.

Tampoco él logró tomar más que unas cucharadas medio llenas. El gris de su cara se volvió más ceniciento, el sudor le perlaba literalmente la frente. Parecía a punto de vomitar. ¿Conseguiría reducirlo entonces? Mientras vomitaba le sería imposible disparar. ¿Podría volcarle la mesa encima y arrebatarle la pistola en cuanto se le cayera?

La expresión de mi cara debió de reflejar mis intenciones.

—Olvídalo, Nathalie —dijo—. Estoy hecho una mierda pero controlo la situación. No hagas tonterías.

—No controlas nada —me atreví a replicar—. La herida es grave, el vendaje ya está casi goteando. Te juegas la vida por no dejarme llamar a una ambulancia.

—¡Deja de joderme con eso! —gritó.

Por desgracia, ni vomitó ni el agotamiento lo llevó al colapso. Al parecer tenía razón: aquellos cuatro bocados lo habían estabilizado. Su aspecto no mejoró mucho aunque le subió algo de color a las mejillas. Siguiendo sus órdenes, le cambié la venda, preparé café y nos sentamos a esperar junto al cadáver de Halabi. El día avanzaba hacia el ocaso. El mistral ganaba intensidad y un aire cortante se colaba por las rendijas de la ventana. Me acurruqué como pude, me moría de frío. Por el miedo, pero también porque el viento del norte enfriaba aún más la casa.

—¿Me dejas que lleve algo de comer a Simon y Jérôme? —pregunté al cabo de un rato.

Él negó con la cabeza.

—Ni hablar. No se van a morir de hambre. Tú te quedas aquí.

—Y al baño ¿puedo ir? —Estaba en el piso de arriba, quizá tuviera ocasión de forzar una de las puertas. Aunque claro, Caparos ya había previsto esa posibilidad.

—No.

—Pero es que tengo una urgencia...

—¡Que no! —rugió.

Nos alumbrábamos solo con la tenue luz de la cocinilla. Volví a cambiarle el vendaje. Comprobé abatida que, tal como él había previsto, le estaba ayudando a mantenerse consciente y en pie.

Afuera reinaba la oscuridad y dentro nos encontrábamos casi en penumbra, por lo que distinguimos al instante un resplandor que atravesaba la noche. Un coche se acercaba, aunque el aullar del viento impedía que lo oyésemos. Ya no estábamos solos.

Inestable, Caparos se levantó.

—¡Ya están aquí! ¡Por fin!

Me bastó una fracción de segundo para decidir que era el momento de actuar. Aunque desconocía las intenciones de esa gente, estaba segura de que acabarían con nosotros si no lo impedía de algún modo. Matarían a Caparos, que a todas luces creía que se acercaba su salvación. Y por supuesto a Jérôme, al que perseguían sin tregua aunque no tuviera lo que buscaban. Y a Simon y a mí, que nos habíamos visto envueltos en un asunto totalmente ajeno a nosotros. No sé por qué, pero no tenía

ninguna duda: para esa gente la solución más fácil era asesinarlos a todos y perderse en la noche. Quizá se llevaran a Jérôme para sacarle la información que necesitaban, pero eso solo retrasaría la hora de su muerte.

Al final hice lo que se me había ocurrido horas antes: empujé la mesa con toda mi rabia contra Caparos, que por un instante había apartado los ojos de mí para mirar por la ventana. Los vasos, platos y tazas se estrellaron contra el suelo. El teniente se tambaleó y resonó un disparo; puesto que no sentía dolor supuse que no me había alcanzado. Luego cayó de rodillas antes de desplomarse cuanto largo era. Se dio un fuerte golpe en la cabeza y se le pusieron los ojos en blanco.

Y no se movió más.

Sobreponiéndome al miedo y al asco rodeé la mesa, me agaché y le registré los bolsillos de la chaqueta y del pantalón. Encontré una llave y recé para que abriera las habitaciones. Liberaría a Simon y a Jérôme, pero no sabía qué podríamos hacer después para salvar nuestras vidas. El enemigo se acercaba. Y nos tenía en su trampa.

Cogí la pistola, que se había deslizado bajo el fregadero. Al menos poseíamos un arma. Yo jamás había utilizado una y sospechaba que Simon tampoco estaba familiarizado con ellas. Aunque Jérôme había demostrado sus habilidades, no sabía si sería capaz de protegernos hasta llegar al coche para embarcarnos en una huida temeraria. Ninguno de los tres estaba preparado para lo que se avecinaba.

Eché un vistazo por la ventana y percibí una mezcla borrosa de oscuridad, árboles y el reflejo de la cocina débilmente iluminada. Ya no brillaban los faros del vehículo, tan solo se distinguían la noche y el vendaval. Por un momento me pregunté si me había imaginado aquellas luces pero Caparos también las había visto. Debía ser muy cauta. Alguien rondaba la casa.

Entonces me di cuenta de que allí, junto a la ventana, era un blanco perfecto. Me agaché al instante y apagué la luz de la cocinilla. Caparos emitió un débil gemido, señal de que estaba vivo. Consideré que no representaba una amenaza: ya antes de desplomarse se encontraba muy débil, y aquella caída le había dado la puntilla.

Subí la escalera a toda prisa. Aunque la luz del pasillo seguía encendida no constituía un peligro, dado que este carecía de ventanas. Metí la llave en la cerradura de la habitación de Simon. Giró y la puerta se abrió.

Él se acercó rápidamente.

—Acabo de oír un disparo, ¿qué...?

Lo tranquilicé negando con la cabeza.

—Nadie está herido. Caparos se ha caído y ha perdido el conocimiento. Pero están aquí, Simon. Esa gente. Ahí fuera.

—¡Joder! —exclamó. Miró escaleras abajo. Desde donde estábamos se veía la entrada de la vivienda—. ¿La puerta está cerrada?

No lo había comprobado. Como tampoco se me ocurrió coger el móvil de Caparos. Durante unos segundos preciosos nos quedamos contemplando la puerta con todas nuestras esperanzas puestas en ella. Aquella era una casa protegida. Si la entrada estaba bien asegurada podríamos aguantar hasta que llegara la policía.

Simon se quedó paralizado pero yo reaccioné y probé la llave en la otra cerradura. Sentí un inmenso alivio cuando vi que también se abría. Jérôme nos había oído en el pasillo y esperaba pegado a la puerta. Salió al instante.

—¡Gracias a Dios! ¿Qué ha pasado? ¿Y la policía?

Ignoraba el giro que estaban dando los acontecimientos.

—Ahí fuera está la gente que te persigue —dije—. ¡Caparos era de los suyos!

—¿Qué? —preguntó él, atónito.

Le puse la pistola en la mano.

—Toma, tú eres el único que sabe disparar.

Se quedó mirándola como si no hubiera visto un arma en su vida.

Entretanto, a Simon se le había ocurrido una idea.

—¡La trampilla! ¡Vamos, rápido! Podemos atrincherarnos allí arriba.

Ganaríamos tiempo. Nada más.

Mientras Simon la abría y colocaba la escalera yo no dejaba de pensar que todo sería inútil si no lográbamos contactar con la policía. Esos tipos destrozarían a tiros la trampilla y nos atraparían sin despeinarse.

Me sentía como una imbécil por no haberle quitado el móvil a Caparos. Por eso, antes de que cualquiera de los dos pudiera impedírmelo, eché a correr escaleras abajo. En realidad más bien volé escaleras abajo, saltando los escalones de dos en dos.

—¡Nathalie, por el amor de Dios, vuelve aquí! —oí gritar a Simon.

Pero no le hice caso. Aunque me aterrorizaba registrar de nuevo al moribundo teniente Caparos, no tenía otra elección.

Necesitábamos su móvil.

Toulon, Francia
Lunes, 21 de diciembre

Eran las siete pasadas y ya había anochecido cuando Inès Rosarde decidió marcharse a casa. Continuaba inquieta pero, puesto que no lograba identificar la causa, se esforzó en acallar la sensación de peligro. Estaba enferma y tenía algo de fiebre. En las últimas semanas había trabajado demasiado y dormido muy poco, y aquel caso tan enrevesado le consumía los nervios. Además, el día de Navidad estaba a la vuelta de la esquina y aún no había comprado ningún regalo. Le temblaba el párpado izquierdo, como le sucedía siempre que el estrés la sobrepasaba.

Cogió el bolso y abandonó su despacho. Al salir vio que el agente seguía delante del ordenador. Miraba la pantalla con el ceño fruncido, tan concentrado que ni siquiera notó su presencia.

—¿Todo bien en Hyères? —le preguntó.

Él dio un respingo.

—Verá, aquí hay algo raro...

—Dígame si ha hablado con Hyères.

El hombre asintió.

—Hace dos horas. Todo en orden.

—¿Se puso el teniente Hasnainy Halabi?

Una mueca de culpabilidad se dibujó en su rostro.

—Pues estaba dormido. No quise insistirle a Caparos para...

—¡Joder! —Inès sintió como si un rayo le atravesara la cabeza. Lo que faltaba para acrecentar su ansiedad—. ¿Es que no me explico bien? ¿Para qué sirven las normas si todo el mundo se las salta? Establezca la conexión y póngame ahora mismo con el teniente Halabi. ¡Ya! ¡Quiero tenerlo al aparato en menos de un minuto!

Daba las órdenes a gritos.

—Disculpe, comisaria, pero...

—¿Quiere hacer lo que le digo de una vez?

—Es que ha entrado un mensaje de París, del Ministerio del Interior.

—Ya, ¿y qué?

Desconcertado, negó con la cabeza y volvió a clavar la vista en la pantalla.

—Pues resulta algo confuso pero, si lo he leído bien, esta tarde las autoridades búlgaras se han puesto en contacto con el Ministerio del Interior.

—¿Las autoridades búlgaras?

—Así es. Según pone aquí, han llegado a sus manos numerosos archivos digitales que contienen nombres, direcciones y puestos de trabajo de ciudadanos franceses. Parece ser que todos están involucrados en una red de tráfico de personas que transporta chicas a Francia y a otros países europeos, sobre todo desde Bulgaria y Rumanía. Las obligan a...

Ella lo cortó.

—Ya sé, ya sé. Es espantoso, pero ahora mismo...

El hombre la interrumpió. No lo hacía nunca porque las consecuencias eran terribles, pero en esa ocasión decidió arriesgarse.

—Señora comisaria, nos escriben porque en uno de esos archivos aparece el nombre de un agente nuestro. No lo entiendo pero...

—¿Y quién es? —preguntó ella con impaciencia. El párpado le temblaba con mayor intensidad.

Él miró alternativamente a la pantalla y a su jefa.

—Jean Caparos. Aquí está su nombre... Me cuesta creer que... ¿Cómo puede ser?

Inès Rosarde sintió que un segundo rayo atravesaba su cabeza. Más cegador, más potente, más terrorífico.

Bajo su luz, vio la casa totalmente aislada en el interior de Hyères; a Simon y a Nathalie que, confiando en ella, se habían dejado conducir allí; y a los tenientes Jean Caparos y Hasnainy Halabi, que se habían prestado voluntarios para la misión. Ahora sabían que uno de ellos no era trigo limpio. Y no lograban hablar con Halabi...

De pronto comprendió el motivo de su inquietud, de aquella intuición que no debió ignorar.

—Tendría que haber... —comenzó, pero se recompuso al instante. No era momento de lamentarse de los errores, eso solo la llevaría a cometer más. Tampoco debía pararse a pensar en su carrera cuando, después del incidente del civil muerto, sus superiores descubrieran el tremendo error que había cometido con la elección de Jean Caparos—. Que se movilice una unidad de asalto ahora mismo —ordenó—. ¡Hay que actuar deprisa!

La embargaba el terrible presentimiento de que podía ser demasiado tarde.

Hyères, Francia
Lunes, 21 de diciembre

La cocina permanecía a oscuras y en silencio. Gracias a la luz que se filtraba desde la escalera Nathalie vislumbraba los contornos de los muebles: la encimera con el fregadero, los armarios, las sillas, la mesa volcada. Distinguió el cadáver del teniente Halabi y, tras la mesa, sobresalía un pie de Caparos. Se obligó a levantar la cabeza para mirar por la ventana, la aterrizzaba encontrarse con el rostro de uno de ellos al otro lado. Pero allí no había nadie.

¿Dónde estaban?

Se agachó y rodeó la mesa a gatas. No sabía qué se veía desde fuera, por lo que evitó ponerse a tiro. Chocó con algo blando y cálido. El cuerpo de Caparos.

Sin saber si estaba vivo o muerto, reunió valor para acercarse y revisarle los bolsillos. Procuraba respirar lo menos posible debido al desagradable olor proveniente del cadáver, que llevaba ya más de veinticuatro horas allí. Y también porque, aun sin darse cuenta, no quería hacer ningún ruido. Probablemente era un esfuerzo innecesario pero ni se lo planteó. En ese momento solo le importaba sobrevivir.

No encontraba el móvil. De hecho, todos los bolsillos parecían estar vacíos. Solo palpaba el cuerpo. Estaba caliente. No sabía qué la asustaba más: que siguiera con vida o que estuviera muerto.

Podía ser que, al desplomarse, el teléfono se le hubiera caído del bolsillo y hubiera rodado por el suelo. O quizá Caparos lo había dejado sobre la mesa después de llamar a la comisaría de Toulon para fingir que todo estaba en orden. En aquel momento Nathalie se había planteado gritar pidiendo ayuda, pero al final el cañón de la pistola la había disuadido.

Se apartó un poco, decidida a revisar el suelo. Una tarea casi imposible porque no podía encender la luz. Al chocar contra la mesa se atrevió a respirar con normalidad. Justo en ese instante se sintió arrastrada hacia atrás, un brazo le rodeó el cuello y un metal frío se apretó contra su sien.

—¡Quieta! —ordenó Jean Caparos—. ¡Si te mueves te mato!

Ahogó una exclamación de terror y enmudeció, paralizada por el contacto del arma. ¿Cómo había sido tan imbécil? Le había quitado la pistola sin recordar que el teniente poseía otra: la de Halabi. Había vuelto a la cocina sin ninguna precaución

para registrar a un hombre armado que, aunque malherido, no tenía por qué estar muerto.

—Ahora nos vamos a levantar muy despacio —masculló Caparos—. Como intentes cualquier cosa te pego un tiro. No tengo nada que perder, ¿entiendes? Eres una zorra estúpida y me encantaría quitarte de en medio, ¿me has oído?

Ella asintió. La presión del brazo alrededor de su cuello aumentó.

—Sí. —Apenas le salía la voz.

Se incorporó muy despacio. Caparos se apoyaba en ella como un fardo. No tenía más remedio que ayudarlo a ponerse en pie. Por sus gemidos y jadeos comprendió que sentía mucho dolor, probablemente la herida sangraba de nuevo. A pesar de todo, aún tenía fuerza: le atenazaba el cuello de un modo que Nathalie apenas podía respirar.

—Y ahora vamos a la entrada. Despacito, paso a paso. Y me ayudarás a abrir sin resistirte.

De manera que la puerta sí estaba asegurada. Por eso ellos aún no habían logrado entrar. Probablemente seguían fuera, rodeando la casa y preguntándose por qué no les abrían. No pensaban largarse. Aunque adivinaran que algo iba mal o sospecharan que les habían tendido una trampa, no iban a renunciar. Estaban demasiado cerca de su objetivo.

Avanzaron con precaución por la cocina. Cuando salieron al vestíbulo, iluminado por la luz de la escalera, Nathalie parpadeó deslumbrada. Miró hacia arriba y distinguió a Jérôme y Simon, que contemplaban la escena horrorizados.

El cañón se hundió aún más en su sien.

—Si hacéis cualquier tontería me cargo a la chica —amenazó el teniente.

—Caparos, no empeores las cosas —suplicó Simon—. Si la matas te condenarán por asesinato. Lo que has hecho hasta ahora es grave pero...

—Ahórrate el sermón —lo interrumpió—. Bastante tienes con salvar tu maldito pellejo. Vamos a abrir la puerta.

Eso confirmó a Simon y Jérôme que la puerta estaba asegurada. Y, al mismo tiempo, que los separaban solo unos segundos de la catástrofe. Nathalie avanzaba lo más despacio posible, y Caparos no podía apremiarla porque le fallaban las piernas. Sin su ayuda habría sido incapaz de poner un pie delante del otro. Pero no necesitaba a nadie para apretar el gatillo. Nathalie lo tenía muy presente.

Jérôme, comprendiendo que sus perseguidores entrarían en la casa en cuestión de segundos, trepó por la escalera de la buhardilla.

—¡Corre! —le gritó a Simon.

Este se quedó petrificado. El joven pretendía que se pusieran a salvo y abandonaran a Nathalie. Ellos podrían aguantar allí arriba un tiempo, pero sin duda ella moriría al instante.

—¡Vamos, sube! —insistió Jérôme.

Pero Simon no conseguía moverse, estaba paralizado. El instinto de supervivencia

que lo impelía a ponerse a salvo luchaba contra la certeza de que no podría volver a mirarse en el espejo sabiendo que había dejado a Nathalie a merced de sus perseguidores. De un modo extraño, absurdo y no deseado por él habían acabado siendo un equipo. Desde que la recogió en la playa habían superado codo con codo las distintas etapas de aquella terrible historia que ya era su historia común. Lyon, Les Lecques, el inhóspito apartamento, la casa protegida... ¿habían soportado juntos todo aquello para que ahora él la abandonara a un destino atroz? ¿Para que muriera sola, como había muerto Kristina?

—¡La pistola! —urgió a Jérôme—. ¡Deprisa!

Este la dejó caer y procedió a recoger la escalera. También le daba igual lo que pasara con Simon. Solo le importaba salvar el pellejo.

Simon se agachó para recoger el arma. Jamás había tocado una. Se sentía sobrepasado y muerto de miedo... pero también inundado de una profunda paz interior. Porque no pensaba huir. Porque haría lo correcto aunque le costara la vida.

Nathalie y Caparos llegaron a la puerta. El teniente rebuscó en sus bolsillos con la mano libre. Sangraba, tiritaba y era incapaz de concentrarse a la vez en buscar las llaves, en su rehén... Y en Simon, que desde lo alto de la escalera empuñó la pistola con las dos manos y apuntó.

Y disparó.

Caparos cayó de lado, estrellándose contra el suelo. Y Nathalie se desplomó, bien arrastrada por su peso o bien alcanzada por un tiro efectuado por el teniente en el último segundo. Simon no lo sabía.

Solo sabía que la entrada, la puerta que los protegía, permanecía cerrada.

La Cadière, Francia
Jueves, 24 de diciembre

Llevaba dos días enteros trabajando sin descanso y por fin la casa se encontraba en un estado bastante decente. Barrió los miles de fragmentos y esquirlas y los metió en grandes bolsas de basura; volvió a colocar los muebles volcados y llevó al punto limpio los que habían quedado inservibles. Encontró algunos platos, tazas y vasos intactos, de modo que pudo comer e incluso cocinar con los escasos utensilios que habían sobrevivido en la cocina supermoderna. Comprobó que era posible vivir sin poseer de todo y que simplificar su estilo de vida no significaba que dejara de ser agradable. Puesto que el teléfono fijo funcionaba, no tardó en contarle lo sucedido a su padre. Este al principio se quedó sin aliento y después lo bombardeó a preguntas:

—¿Cómo que ladrones? ¿Y tú dónde estabas cuando entraron? ¿Por qué no avisaste de inmediato a la policía? ¿Cómo es posible que lo destrozaran todo? ¿Es que no hiciste nada por impedirlo? No lo entiendo, de verdad. Y justo ahora, en plenas Navidades. Tendré que...

Simon interrumpió a su padre por primera vez en su vida, como constató después.

—Puedes celebrar las fiestas tranquilamente, no hace falta que vengas. Yo me ocupo de poner orden aquí, tú habla con el seguro. La policía lo ha inventariado todo, supongo que te reembolsarán la mayor parte de los daños.

—Pero es que no comprendo...

—Es una larga historia, demasiado complicada para contártela por teléfono. Algún día te lo explicaré. Por ahora pasaré las Navidades aquí, luego ya veré.

Aunque su padre no era el hombre más sensible del mundo, a veces resultaba sorprendentemente perspicaz.

—¿Qué ha pasado? Te noto raro. ¿Es que hay algo más? ¿Alguna otra cosa que deba saber?

«En realidad, no», pensó Simon.

—No —repuso—. No, eso es todo.

Y se despidió. Después llamó a Maya, que por suerte no estaba en casa. Le dejó un mensaje en el contestador.

«Soy Simon, siento no haberte llamado antes. Me ha surgido un problema y no podré traerme a los niños. Ya te lo cuento en otro momento».

Y colgó. A lo mejor se lo contaba o a lo mejor no. Al igual que le pasaba con su

padre, no tenía ganas de dar explicaciones.

También telefoneó a Lena, la amiga de Kristina. Fue la llamada más difícil porque a ella no podía decirle que todo iba bien y que ya hablarían más adelante. Lena, a quien encontró con los nervios destrozados y muerta de desesperación, merecía un relato detallado de los hechos. Al término de la conversación él estaba bañado en sudor y ella, profundamente consternada. Y eso que no le mencionó lo que pasó después ni que, al final, le había pegado un tiro al teniente Caparos. Puesto que se limitó a lo que concernía a Kristina, los últimos acontecimientos no eran relevantes. Aunque algún día se los contaría; pensaba visitarla en cuanto regresara a Hamburgo.

La mañana de aquel 24 de diciembre había conducido hasta Toulon para recoger a Nathalie en el hospital.

Físicamente no le pasaba nada, no resultó herida. No obstante sufrió un colapso nervioso tras pasar cinco minutos eternos, el tiempo que Simon tardó en liberarla, atrapada bajo el cadáver de Jean Caparos. No decía una palabra, tan solo temblaba y miraba a su alrededor con los ojos vacíos y muy abiertos. Estaba en shock.

Después Simon se había precipitado a la cocina, donde encontró el móvil entre las cosas que cayeron de la mesa. Arrastró a Nathalie escaleras arriba mientras marcaba el número de la policía. Puesto que Jérôme había retirado la escalera y cerrado la trampilla, no podían refugiarse en la buhardilla. Se encerraron en la habitación de Simon, conscientes de que esa puerta apenas los protegería si sus perseguidores lograban entrar en la casa.

Nathalie se quedó sentada en la cama, temblando y con la mirada perdida. Mientras tanto, Simon descubría que una unidad de asalto ya estaba en camino.

—Quédense donde están—lo conminó el agente que atendió su llamada—. No se espongan a ningún riesgo y mantengan la calma.

Se acomodó al lado de Nathalie y la abrazó. Así los encontró la policía: aferrados el uno a la otra. La chica seguía sin decir palabra. Por eso la trasladaron al hospital, donde los médicos determinaron que su falta de peso era alarmante.

El aire era cristalino y glacial porque el mistral siempre conllevaba bajas temperaturas, pero a cambio el cielo lucía un azul intenso, el sol brillaba y el vendaval había remitido por completo. Simon y Nathalie llevaban un rato sentados en el porche, pero en cuanto él se fijó en que la chica tenía los labios azulados volvieron a entrar en la villa. Como estaba en los huesos, no aguantaba mucho tiempo en el exterior, ni siquiera llevando jersey, abrigo y una manta por encima. En aquel momento ocupaba una de las tres sillas ilesas y contemplaba el mar a través de la gran cristalera. Sostenía una taza con las dos manos, aunque no probaba el té.

Al menos había salido del shock. Sus ojos recobraron su movilidad y tamaño habituales.

Tras dos largas conversaciones con Inès Rosarde, Simon informaba ahora a la

joven de los últimos acontecimientos y de los hechos que iban saliendo a la luz. Así, le contó que los tipos avisados por Caparos ya se habían largado cuando llegó la policía. Sin embargo, inmediatamente después se llevó a cabo una redada en Denegri Transports que culminó con la detención de su dueña. Según las primeras investigaciones, Madeleine Denegri lideraba una red de trata especializada en chicas de los países del Este. La empresa de transportes no era su principal fuente de ingresos, solo servía como tapadera para encubrir su verdadero negocio: el tráfico de personas, el secuestro y la prostitución. Gestionaba un gran número de casas donde las jóvenes, totalmente desamparadas, eran tratadas como esclavas. Dirigía clubes, establecimientos y burdeles en toda Francia. Ganaba una verdadera fortuna.

—A principios de diciembre Jérôme ayudó a escapar a Selina —explicó Simon—. Resulta que, en su huida, la chica se llevó un portátil que pertenecía a la supervisora de la casa donde estaba retenida. Contenía archivos repletos de nombres y direcciones de clientes, así como de chóferes y personas de contacto en Rumanía y Bulgaria. Aquello ponía en una situación muy comprometida a Madeleine Denegri. Si esos datos acababan en manos de la policía estaba perdida. Debía recuperar el ordenador a toda costa pero ignoraba quién lo tenía, si Selina o Jérôme. O incluso tú. No podía descartar que te hubieras visto con Jérôme esa misma noche en París y que él te lo hubiera entregado. Por eso os perseguían a los tres. Madeleine Denegri se lo jugaba todo. Su vida entera.

—¿Y por qué mataron a Yves?

—Parece que tuvo mala suerte. En Denegri Transports conocían tu número, así que llamaron a tu móvil sin descanso. Al final Yves respondió y les contó que habías estado en su casa. Quizá quiso darse importancia, o esperaba que le pagaran por aquella información...

—Si le di un nombre falso... Aurélie —murmuró Nathalie—. Le dije que me llamaba Aurélie. Pero no sirvió de nada...

—Pues no. Tenía tu móvil, y la descripción física que les dio de ti coincidía, de modo que los hombres de Denegri se presentaron en su casa. Y no sobrevivió a la visita. Probablemente intentaron sacarle información sobre tu paradero pero no lo sabía. Dejarlo con vida suponía un riesgo, así que... —Hizo un gesto resignado con la mano, Nathalie sabía de sobra cómo había acabado Yves.

—En cierto modo me da pena —declaró ella en voz baja—. Era un tipo asqueroso pero... tampoco se merecía eso.

Jeanne Berney, por el contrario, sí les reveló varios lugares en los que podía esconderse Jérôme, entre ellos el apartamento de Les Lecques donde habían pasado las vacaciones varias veces. Esa indicación, unida a la presencia de Nathalie en Lyon, apuntaba al sur de Francia como refugio más probable.

—Y así es como llegaron hasta aquí —concluyó Simon.

Nathalie no se atrevió a mirarlo a los ojos.

—Y se llevaron a Kristina —susurró.

Él se preguntó si su abrumador sentimiento de culpa disminuiría algún día. Esperaba que el tiempo corriera a su favor porque soportar semejante carga el resto de su vida le parecía imposible.

—Solo tuvieron que vigilar la villa. La siguieron cuando vino a recoger el coche alquilado para ir al aeropuerto.

Ambos guardaron silencio. Mientras saboreaban el té, permanecieron contemplando el mar centelleante y el paisaje bañado por el sol. Era el día perfecto para pasear por la playa, para sentarse bien abrigado en la terraza de un café o para subir a las montañas y admirar las fantásticas vistas en el aire cristalino. Pero no harían nada de eso. Se quedarían en casa tomando té y hablando. Buscando la más mínima señal que les indicara cómo seguir con sus vidas. Simon reconoció que, dentro de lo malo, era muy afortunado. Sus condiciones materiales no habían cambiado: podía volver a su casa de Hamburgo y seguir traduciendo y ejerciendo de padre los fines de semana. Una nueva relación era impensable y el trauma de lo sucedido lo acompañaría siempre, pero al menos tenía un hogar y un trabajo. Y su antigua vida. Eso sí, comprendía que no podría retomarla a menos que hiciera profundos cambios, porque él ya no era la misma persona.

Pero ¿y Nathalie? Jérôme se encontraba en prisión provisional y, como mínimo, cumpliría una condena por asesinato. Con el sueldo de la joyería, la joven no podría permitirse alquilar un piso decente. Su vida de los últimos tiempos la financiaba Jérôme con el dinero extra que le reportaba su actividad ilegal. Ahora Nathalie estaba sola. Totalmente sola. Su padre se había apartado de ella hacía muchos años. Su madre seguía luchando en vano contra el alcohol. Con Éliane había discutido y tenía difícil arreglo. Y, además, carecía de profesión y de formación.

La contempló. Se la veía enferma y herida. Pero, mezclado con el dolor y el abandono, otro sentimiento asomaba a sus ojos: la rabia. Jérôme la había defraudado, engañado y traicionado. Estaba furiosa con él.

Quizá no era un mal comienzo, reflexionó Simon.

La policía había sacado a Jérôme de su escondrijo en la buhardilla. Desarmado y asustado como estaba, no ofreció la menor resistencia. Simon recordó que, en el momento crítico, se puso a cubierto sin importarle lo que les pasara a ellos. No hizo nada cuando Caparos trató de abrir la puerta a sus cómplices llevando a Nathalie como rehén. De haberlo logrado, la chica no habría sobrevivido ni dos minutos. Pero Jérôme solo pensó en salvar el pellejo.

¿Qué le había dicho en una ocasión? «Nathalie está trastornada».

Cierto que padecía anorexia, que dependía emocionalmente de su novio y que su infancia y adolescencia habían sido muy problemáticas; sin embargo, Simon consideraba que, cuando la situación se agravó, Nathalie actuó como una persona reflexiva, inteligente y en absoluto trastornada. Hizo lo correcto cuando impidió que Jérôme huyese y lo entregó a la policía. Y hacía falta arrojo para, en aquella situación de peligro, volver a bajar para buscar el móvil de Caparos. No había mucha gente con

esa sangre fría; de hecho, Simon no conocía a nadie así.

Le cogió la mano por un momento.

—Fuiste muy valiente —aseguró—. Nunca lo olvides. Alguien capaz de actuar como lo hiciste tú puede superar cualquier dificultad.

—No sé muy bien qué voy a hacer ahora —repuso ella con voz tenue.

Él se esforzó por no contestarle una trivialidad del tipo «siempre hay una manera» o «la vida continúa». Volvió a cogerle la mano y le dio un apretoncito. Por supuesto eso no cambiaba nada, pero al menos demostraba que estaba a su lado.

La chica tomó otro sorbo de té y preguntó con objetividad:

—La policía ya estaba en camino, ¿cómo sabían...?

Inès Rosarde se lo había contado todo a Simon.

—Selina tenía el portátil en su poder —respondió—. A pesar de que la persiguieron sin descanso se les escapó, y al final logró entregar el material a la policía búlgara. Los especialistas descifraron la contraseña con bastante rapidez y accedieron a los archivos de Denegri. Allí encontraron gran cantidad de nombres, direcciones y lugares de trabajo. Entre ellos figuraba Jean Caparos. Enseguida trasladaron la información al Ministerio del Interior francés, que lanzó una alerta a la comisaría de Toulon. Por suerte, Inès Rosarde no tardó en sacar conclusiones: corríamos grave peligro. El hombre a quien había confiado nuestra seguridad era nuestro enemigo.

—Y yo lo ayudé...

—¿Cómo ibas a saberlo? Tampoco yo desconfié de él ni por un momento. Ahora se ha descubierto que en los últimos años había acumulado deudas astronómicas. Debió de resultarles muy fácil sobornarlo.

Ella asintió. A veces esas cosas sucedían... Nadie nacía delincuente, pero en determinadas circunstancias la gente llegaba a creer que su única salida era la ilegalidad.

—¿Se sabe qué ha sido de François Rigot? —preguntó.

Simon negó con la cabeza.

—Siguen sin encontrarlo. Pero por lo que se desprende de los interrogatorios, no ha sido víctima de Madeleine Denegri y su banda. Parece que está escondido, quién sabe cuándo se atreverá a regresar.

—Pobre François, quería caerle en gracia a Jérôme. Igual que yo. Nos tenía fascinados.

—Es un hombre muy atractivo y carismático que sabe ganarse a todo el mundo. Hay tipos así, y no es ninguna vergüenza sucumbir a su encanto.

Ella negó con la cabeza.

—Para mí no era solo guapo y encantador. Lo amaba de verdad. Me hacía bien estar a su lado, me sentía a salvo y protegida. Era mi refugio...

Sacudió de nuevo la cabeza como si le costara comprender lo sucedido, preguntándose por qué había sido incapaz de ver las cosas con claridad. Jérôme dejó

de amarla. Se involucró en negocios sucios. Se enamoró de otra chica y planeó su huida y su futuro con ella. En los últimos minutos en la casa de Hyères solo pensó en sí mismo, en su propia seguridad, y lo demás no le importó. Durante mucho tiempo ella no se había percatado de todo aquello.

¿O sí?

Recordó el miedo que la había atormentado sin descanso y sin explicación aparente.

—Sentía tanta angustia... —continuó en un susurro—. Empezó cuando nuestra situación económica mejoró y nos mudamos a Issy. Antes las cosas iban bien entre nosotros, a pesar de las terribles condiciones de Clichy. Pero desde que vivíamos en Issy presentía una amenaza cuya razón desconocía. Quizá...

—Quizá una intuición certera —completó Simon—. Jérôme comenzó a actuar a tus espaldas, a frecuentar malas compañías y a meterse en asuntos turbios. Y tu subconsciente lo percibía aunque no existieran signos externos. Las vibraciones habían cambiado, es verdad, pero era imposible adivinar lo que escondían.

Nathalie pareció comprender que tenía razón, pero aquellas palabras no le servían de consuelo. El hombre al que amaba la había engañado en todos los aspectos. Simon podía imaginar su dolor.

Entonces sonó su móvil, que estaba sobre la mesa. Leyó el nombre en la pantalla: «Maya». Seguramente ya había escuchado su mensaje en el contestador. Como no deseaba hablar con ella, hizo caso omiso de la llamada.

Y se levantó de pronto.

—¿Qué te parece si buscamos un árbol de Navidad? En Hamburgo siempre lo pongo el 24 de diciembre.

Ella le lanzó una mirada perpleja, como si las fiestas fuesen la última cosa en la que debían pensar.

—¿Quieres celebrar las Navidades?

—No es que me apetezca mucho, pero de algún modo hay que seguir adelante, algo tenemos que hacer. Podríamos decorar la casa y cocinar platos navideños. Siempre será mejor que... —No supo continuar.

—¿Mejor que qué?

—Mejor que quedarnos aquí sentados —dijo al final.

Nathalie inspiró profundamente.

—¿Puedo pasar estos días aquí? —preguntó.

Él estuvo a punto de responder: «¿Adónde vas a ir si no?». Por suerte no lo dijo, habría sido muy desconsiderado.

—Claro que sí —contestó—. Por supuesto que puedes quedarte.

Lo cierto era que se sentía muy agradecido por la presencia de Nathalie.

Porque no habría soportado quedarse solo.

Sofía, Bulgaria
Jueves, 24 de diciembre

—Todavía nada —anunció Kiril. Regresaba de la comisaría, adonde iba todos los días a preguntar por Ninka.

Con él entraron en el piso un golpe de aire frío y el olor de la nieve. Sus botas goteaban agua sucia que dejaba manchas en el suelo.

Ivana se encontraba junto a la ventana de la cocina. Contemplaba el cielo cubierto de nubes bajas y plomizas, cargadas de nieve. El monte Vitosha apenas se vislumbraba aquel día.

No había horneado el pan especial con la moneda, Kiril lo sabía. Y ya era casi el día de Navidad.

Se acercó a ella y le puso la mano en el brazo.

—La encontrarán —aseguró—. La policía francesa hará todo lo posible.

—La policía francesa está muy ocupada buscando a los terroristas del Estado Islámico —repuso ella en voz baja—. No tienen tiempo para una chica búlgara desaparecida.

—Claro que sí. La vida, la vida normal, continúa en Francia.

—¿Qué hay de normal en la historia de Ninka?

—Ya sabes a qué me refiero.

Ella asintió. Pero, aunque entendía lo que quería decir, no la convencía.

—A lo mejor ni siquiera está en Francia —murmuró.

—Pero es allí donde han desarticulado la organización y donde estudian todas las pistas —señaló él, fingiendo seguridad. En realidad no lo sabía, pero eso era lo que deseaba fervientemente. «No se desanime —le acababan de decir en la policía—. En cuanto aparezca el más mínimo rastro de su hija los franceses nos informarán, y nos pondremos en contacto con ustedes de inmediato».

Kiril era consciente de que importunaba a los agentes al presentarse todos los días en la comisaría, en ocasiones incluso dos veces. Pero no podía quedarse sentado en casa.

Observó a su esposa, que seguía mirando por la ventana; se fijó en la tensión de su nuca, en sus hombros escuálidos, en su espalda huesuda. Había sido muy valiente al caminar por la nieve y el hielo a través de las llanuras salvajes de Dobruja en una de las noches más frías del invierno. Así había logrado entregar a la policía la

información para que actuara contra aquella organización ramificada por varios países. Según la investigación, sus perseguidores no consiguieron dar con su pista; no habían localizado a Dano ni a Kiril y, por lo tanto, tampoco a Boris. El mal presentimiento de Gregor Semionov aquella noche se debió a su nerviosismo, no a una intuición. Aun así, la policía opinaba que solo habría sido cuestión de tiempo que acabaran encontrándolos, y que la decidida intervención de Ivana les había proporcionado el material incriminatorio necesario para impedirlo. Espoleada por el desesperado deseo de salvar a la mayor de sus hijas, Ivana había desafiado los límites de su fuerza y su resistencia. Kiril sabía que, con tal de recuperar a Ninka, habría sido capaz de atravesar el desierto descalzo o de cruzar a nado el Ártico.

La pobre Ivana había imaginado que enseguida podría abrazar a su hija.

La policía había liberado a muchas jóvenes, entre ellas varias menores de edad. No todas se alegraron. Algunas, como Selina, habían caído en una trampa; sin embargo otras habían elegido voluntariamente aquel camino, conscientes de lo que les esperaba, pensando en el dinero y en dejar atrás las desoladoras condiciones de vida de sus países de origen.

Pero Ninka no había aparecido. Aquello no tenía por qué significar nada malo, según le aseguraron a Kiril en la comisaría. No quería decir que le hubieran hecho daño o incluso quitado la vida.

—Solo significa que ni los compañeros franceses ni nosotros hemos podido procesar aún tanta información —lo tranquilizó el agente—, y que las personas sometidas a interrogatorios no han confesado todo lo que saben. Le aseguro que llegaremos hasta el fondo de este asunto, confíe en nosotros.

¿Qué otra opción le quedaba? No podía hacer nada más. Aunque la policía francesa había detenido a los cabecillas, era previsible que intentaran ocultar todos los datos posibles. Eran criminales experimentados, lo último que harían sería ofrecer declaraciones detalladas.

—Cada día que pasa aumenta el peligro para Ninka. —Ivana rompió el silencio—. Quizá esté atrapada en algún sitio y ahora nadie se ocupa de ella. No puedo sacarme de la cabeza el caso Dutroux, el de Bélgica. Unas niñas murieron de forma espantosa, encerradas en un sótano, porque sus secuestradores no dijeron ni una palabra cuando los arrestaron.

—Ninka ya no es una niña.

—¡Eso da igual! —replicó con vehemencia, y se mordió el labio para no seguir gritando porque no quería que sus hijos la oyeran. Repitió—: Sabes que eso da igual. Podría encontrarse en una situación terrible que yo he agravado. Antes a lo mejor tenía alguna oportunidad de escapar, pero ahora que todo ha salido a la luz... —No pudo continuar. Las escenas creadas por su fantasía eran demasiado monstruosas para describirlas con palabras.

—No te imagines lo peor —rogó Kiril torpemente.

—¿Y qué quieres que me imagine?

—Un final bonito. Que la historia acaba bien, que Ninka vuelve a casa.

Ivana bajó la cabeza y se echó a llorar.

Él le acarició los hombros con gesto desmañado. Notaba cada hueso, cada músculo, cada tendón, por lo mucho que había adelgazado. Por el gran desgaste que había supuesto su batalla.

—Todo irá bien —afirmó, comprendiendo enseguida que no tenía modo de asegurarlo. Si de verdad todo iba bien, Ninka regresaría con ellos. O quizá un día les comunicaran su muerte. Y había una tercera posibilidad, la más terrible de todas: que no averiguaran nada. Que Ninka no apareciera jamás. Que nunca conocieran cuál había sido su destino.

Esa situación los condenaría a un infierno en la tierra.

Lo peor era que con echar un vistazo alrededor estaba claro que ese infierno existía, que constituía una realidad cotidiana para muchas personas. No había ninguna razón para que no les sucediera a ellos. Nadie tiene derecho a pasar por la vida sin sufrir daños.

Ella se giró para mirarlo.

—El pan de Navidad... —comenzó—. No volveré a prepararlo hasta que vuelva Ninka.

Él asintió, consciente de que no se refería solo al pan. En realidad quería decir que para ella no habría vuelta a la normalidad hasta que tuvieran noticias de Ninka. Y eso los incluía también a él y al resto de sus hijos. Todos permanecerían congelados en aquel extraño momento que no era ayer ni mañana y que, al mismo tiempo, parecía disociado del presente. El presente nunca se detiene, con cada segundo avanza hacia delante. La vida de Ivana ya no avanzaba. Estaba estancada. En el miedo. En la incertidumbre. En la espera.

Y también en la esperanza.

La esperanza los mantendría con vida. Quizá era una aliada engañosa y pérfida.

Pero era la única que tenían.



CHARLOTTE LINK (Frankfurt, 1963). Hija de la reconocida escritora Almuth Link, Charlotte descubrió su vocación a edad muy temprana y empezó a escribir a los dieciséis años. Ha cultivado distintos géneros literarios, desde la narrativa al libro infantil, sin olvidar la narración corta o los artículos periodísticos.

El secreto de su éxito radica en la rigurosa documentación que maneja, así como en la depurada técnica de su prosa. A través de sus personajes, complejos y contradictorios, crea tanto grandes novelas de historia contemporánea como absorbentes tramas psicodramáticas de trasfondo criminal.

Es una de las escritoras más sobresalientes de la literatura contemporánea alemana, cuyos libros han vendido más de veinticuatro millones de ejemplares en todo el mundo. Sus obras han alcanzado los primeros puestos en las listas de los más vendidos de varios países, han sido nominadas en la categoría de ficción del Deutscher Buchpreis y, además, han sido adaptadas para la televisión con gran éxito.

Entre sus obras se cuentan *La casa de las hermanas*, *La cultivadora de rosas* y *Después del silencio*.